
Todo lo que
CONSTRUIMOS
AL CAER
CRISTINA PINO

Todo lo que construimos al caer

Todo lo que construimos al caer

Cristina Pino Carrillo

Derechos de autor © 2026 Cristina Pino Carrillo

Todos los derechos reservados. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A Mario,
por ser mis cimientos de hormigón armado
cuando yo amenazaba con derrumbarme.

Y para todos aquellos que alguna vez huyeron por amor,
pero, sobre todo, para los que tuvieron la valentía
de quedarse a recoger los pedazos.

"Do I wanna know if this feeling flows both ways?"
DO I WANNA KNOW? - ARCTIC MONKEYS.

Contenido

Todo lo que construimos al caer
Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Epígrafe
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo
Agradecimientos
Acerca del autor

Prólogo

Madrid, hace cuatro años.

El silencio del piso compartido pesaba más que el hormigón.

Nicolás se quedó de pie en el umbral de la habitación, con la bolsa de lona colgada del hombro y las llaves apretadas en el puño hasta que los bordes metálicos le marcaron la piel. En la cama, ajena a que su mundo estaba a punto de desmoronarse, Valeria dormía plácidamente. Llevaba puesta la camiseta gris de los Arctic Monkeys que él le había comprado en su primer concierto juntos.

El teléfono vibró en su bolsillo trasero, un recordatorio letal de la llamada que acababa de recibir hacía apenas diez minutos. Su hermana. Las deudas. El desastre absoluto que amenazaba con arrastrar a su familia por el fango y arruinar cualquier futuro profesional que él intentara construir.

Podría haberse quedado. Podría haberla despertado, ver cómo sus ojos oscuros se llenaban de pánico y dejar que ella intentara arreglarlo, como hacía siempre. Valeria era una gestora nata; nacida para organizar, para sostener, para construir.

Pero Nicolás sabía de estructuras. Y sabía que cuando la base se agrieta, si le añades peso, solo consigues que todo el edificio colapse más rápido. Si se quedaba, la arrastraría con él. Hundiría esa carrera brillante que ella acababa de empezar a cimentar con su recién estrenado título.

—Perdóname —susurró a la habitación vacía, con la voz rota.

Dejó las llaves sobre la cómoda, justo al lado del plano del proyecto de fin de carrera en el que habían trabajado codo con codo. No dejó ninguna nota. Las explicaciones solo servirían para que ella intentara buscarle, y él necesitaba que Valeria le odiara lo suficiente como para no mirar atrás.

Dio un último vistazo a la chica que amaba, cruzó el pasillo a oscuras y cerró la puerta de la calle con un clic casi inaudible.

Esa noche, Nicolás Rivas no solo abandonó Madrid. Derribó con sus propias manos lo único real que había construido en su vida.

Capítulo 1

Valeria

El problema de los hoteles tropicales, pensé mientras me ajustaba las gafas de sol, es que son muy bonitos para las fotos, pero un desastre en la práctica.

El aire acondicionado del inmenso lobby del Resort Costa Zafiro perdía la batalla por goleada contra la humedad de Punta Cana. El sitio estaba diseñado para impresionar: techos altísimos de hojas de palma y vigas de madera que gritaban «rústico chic».

Era precioso. Y muy poco práctico.

—Toda esa paja es un nido de bichos —murmuré para mí misma, escrutando el techo—. Y la madera se va a hinchar con esta humedad en menos de dos años. Por no hablar del ruido...

—¿Señorita Torres?

Bajé la vista. Un botones dominicano con una sonrisa inmensa sostenía una bandeja de plata frente a mí.

—Bienvenida al paraíso —dijo el hombre, ofreciéndome una copa de champán helado que sudaba pequeñas gotas de condensación.

Dudé un segundo. Mi cerebro pedía agua a gritos, pero el viaje de ocho horas me pedía alcohol. Acepté la copa con un leve asentimiento de agradecimiento. El cristal frío fue un alivio contra la palma de mi mano. Me la llevé a los labios y dejé que las burbujas me envolvieran la lengua.

Justo lo que necesitaba.

En ese momento, mi teléfono vibró dentro del bolso. Lo saqué y vi el nombre en la pantalla: *Oficina*.

—Dije que no me llamarais a menos que el estudio estuviera ardiendo —respondí, dejando escapar un suspiro de puro cansancio.

—Lo siento mucho, Val —dijo Sandra, mi asistente, con voz minúscula al otro lado de la línea—, pero los proveedores dicen que el mármol para la obra del hotel no llegará a tiempo.

Me froté la sien libre con dos dedos. Caminé sin prisa hacia los enormes ventanales que daban al mar turquesa, dándole la espalda a la recepción. Llevaba un vestido largo de punto color arena que caía sobre mi cuerpo rozando mis sandalias planas.

—Escúchame, Sandra —dije, intentando mantener la paciencia—. Diles que si ese mármol no está el lunes a primera hora, cancelo el contrato y me voy con la competencia. Saben de sobra que tenemos un acuerdo firmado. Que no intenten cobrarnos más por las prisas, no nos pueden dejar colgados a última hora.

Hice una pausa y tomé otro sorbo de champán, sintiendo cómo me calentaba el pecho.

—Pásales la pelota a ellos, Sandra. Haz la llamada.

Colgué y metí el teléfono de nuevo en el bolso.

Se acabó.

Exhalé, sintiendo cómo la tensión de mis hombros bajaba un par de centímetros. Estaba en el Caribe. Tenía quince días por delante de sol, playa y la boda de mi mejor amiga. Quince días para apagar el teléfono, olvidar los presupuestos, los proveedores de Madrid y el ruido de las obras. Solo necesitaba paz y un poco de silencio.

Me giré hacia el mostrador de recepción para coger la llave de mi habitación. La chica tecleaba en su ordenador, con la vista clavada en la pantalla, mientras yo contaba los segundos que faltaban para poder tumbarme en una cama en condiciones, quitarme las sandalias y dormir catorce horas seguidas.

—Disculpe la espera, señorita Torres. —La recepcionista seguía tecleando sin mirarme—. Estamos coordinando la llegada del resto del grupo de la boda. Ha sido una suerte que el padrino haya aterrizado antes de tiempo, así podemos darles las habitaciones a los dos a la vez.

Mi mundo entero se detuvo con un frenazo en seco.

La copa de champán me resbaló un poco entre los dedos, obligándome a apretarla con fuerza para no dejarla caer al suelo de piedra.

—¿El padrino? —Mi voz sonó extraña, lejana, como si estuviera hablando bajo el agua—. Querrá decir el novio. Lucas no llega hasta esta noche.

La chica levantó la vista y me dedicó una sonrisa amable, sin tener ni idea del terremoto que acababa de provocar.

—No me refiero al novio, señorita. Me refiero al otro testigo. El señor Rivas.

Rivas.

Ese apellido me golpeó el pecho dejándome sin aire. El calor del lobby de repente se volvió asfixiante, denso.

No. No, no, no. El plan era que llegaba mañana.

Necesitaba esas veinticuatro horas de margen. Un día entero para aclimatarme, para soltar las maletas, para prepararme a nivel mental y ensayar mi cara de indiferencia frente al espejo del baño hasta

creérmela. No podía verlo ahora. No con el *jet lag* arrastrándome por los suelos y la guardia baja.

—Tiene que haber un error. —Noté cómo el pulso se me aceleraba en la base de la garganta—. Nicolás Rivas llega mañana en el vuelo de las...

—¡Joder!

Una exclamación, el ruido de algo pesado cayendo al suelo y una carcajada cortaron mi frase por la mitad.

El sonido venía de la zona del bar, a unos veinte metros a mi derecha.

Conocía esa risa. Dios, cómo la conocía. Podría reconocerla en medio de una multitud, a oscuras o en el fin del mundo. Era una risa grave, que empezaba en el pecho y contagiaba a cualquiera que estuviera cerca.

Durante años, esa risa había sido mi sonido favorito en el mundo. Ahora, solo conseguía revolverme el estómago.

Me giré despacio.

Y allí estaba.

Nicolás Rivas. O como solo yo tenía permiso para llamarle: Nico. El chico que me enseñó a respirar para luego dejarme ahogándome sola.

Estaba apoyado en la barra, rodeado de ese pequeño caos que siempre le acompañaba. Se le habían caído las gafas de sol al suelo y, al agacharse a cogerlas, casi tira su propia mochila. Dos camareras se reían con él, encantadas. Y él... él se reía de sí mismo, pasándose una mano por el pelo despeinado con un gesto despreocupado que ahora odiaba con toda mi alma.

—Soy un desastre, lo siento. —Su disculpa flotó en el aire hasta llegar a mis oídos.

El impacto fue físico. Recibir un golpe habría dolido menos. Su voz era más profunda. Más madura. Más rota de lo que recordaba.

Sentí que las rodillas me fallaban y tuve que apoyar la cadera en el mostrador para no acabar en el suelo.

Había cambiado.

Mis recuerdos se quedaban cortos con el hombre que tenía delante. El Nicolás que yo guardaba en mi cabeza —congelado en el tiempo la noche que huyó— era un chico de veinticuatro años, delgado, con camisetas de grupos *indie*.

El hombre de la barra era... más. Ocupaba más espacio. Llenaba una camisa de lino blanca que se le pegaba al pecho por la humedad. Tenía la piel dorada por el sol y una sombra de barba de varios días que le endurecía la mandíbula. Parecía cansado, pero de esa forma injusta en la que a algunos hombres les hace parecer aún más atractivos.

Pero lo que hizo que se me secara la boca fueron sus brazos.

Llevaba la camisa arremangada. Y allí, donde antes había piel limpia que yo solía besar, ahora había tinta.

Trazos negros y finos. No eran tribales ni dibujos macarras. Eran líneas geométricas, pequeños bocetos y ángulos que le subían por los antebrazos. Eran hipnóticos. Puro arte sobre su piel.

Sentí un pinchazo de dolor en el pecho.

Esa piel es nueva. Ya no sé quién es.

En ese instante, Nicolás dejó de reír. Se giró sin prisa, buscando entre la gente del lobby como un radar.

Y me encontró.

Nuestras miradas chocaron con la fuerza de un impacto frontal.

El tiempo se congeló. La música, las risas de los turistas, el tintineo de las copas... todo desapareció. Solo quedaba él. Y esos ojos oscuros que me miraban con una intensidad que me cortó la respiración.

Nicolás se quedó de piedra. La sonrisa de chico bueno se le borró de la cara en el acto. Abrió un poco la boca, como si fuera a decir mi nombre, pero no salió ningún sonido.

Vi cómo sus ojos me recorrían de arriba a abajo. Vi cómo bajaban por mi vestido, cómo se detenían un segundo de más en mis caderas, cómo subían de nuevo hasta mi cara. Y vi algo más. Un brillo oscuro, casi hambriento, que gritaba: *Sigues siendo tú.*

Corre, gritó mi cabeza. *Date la vuelta, sube a tu cuarto y no salgas en toda la semana.*

Pero mis pies estaban soldados al suelo.

Nicolás rompió la magia. Se colgó la mochila al hombro de un tirón, se despidió de las camareras sin sonreír y empezó a caminar directo hacia mí.

Avanzaba con esa seguridad arrogante de siempre. Pero yo, que lo conocía mejor que a mí misma, noté que iba tenso. Estaba a la defensiva.

Levanté la barbilla, tragando saliva para deshacer el nudo de mi garganta. *No dejes que vea que te afecta.*

Cuando llegó a mi altura, se paró en seco. Estaba demasiado cerca. El olor a sal, a sándalo y a él me golpeó de lleno. Un olor que mi cuerpo reconoció al instante, erizándome la piel.

—Valeria.

Su pecho subió y bajó con fuerza bajo el lino, y mi nombre sonó como si llevara cuatro años aguantando la respiración.

—Rivas. —Sostuve su mirada, usando un tono frío y cortante, un escudo improvisado para mantenerlo a raya.

Vi cómo el músculo de su mandíbula saltaba y un destello de vulnerabilidad cruzaba sus ojos antes de endurecerse de nuevo. Le había dolido. Genial.

—Sigues llamándome así cuando quieres levantar un muro entre nosotros. —La chispa arrogante que tenía hace un minuto con las camareras se apagó por completo. Forzó una sonrisa triste, pero sus ojos me escrutaban con una intensidad casi desesperada—. Cuatro años, Val. ¿Y ni un triste «hola»?

—Hola. —Parpadeé un par de veces para no delatar el caos que me estaba destrozando por dentro—. Llegas un día antes. Eso nos arruina toda la organización de las habitaciones.

—¿En serio? —Nicolás soltó una risa seca, incrédulo, y la decepción le ensombreció el rostro—. ¿Cuatro años sin vernos, sin cruzarnos ni una sola palabra, y me hablas de organización? —Se pasó una mano por el pelo, tirando un poco de los mechones en un gesto de pura frustración—. Sigues siendo la misma maniática del control.

—Y tú sigues siendo el mismo caos. —Lo miré de arriba a abajo con un vistazo rápido, deteniéndome un segundo en los trazos negros de sus tatuajes antes de clavar mis ojos en los suyos, buscando herir—. Llegas tarde, haces ruido, montas el número con las camareras... Al menos eres coherente.

Nicolás dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio a propósito. Tuve que clavar las uñas en la palma de mi mano libre para no

retroceder. No iba a ceder. No ante él.

—Te he echado de menos, Valeria.

Su voz bajó de volumen, volviéndose ronca, y sus ojos perdieron toda la dureza para mostrar una sinceridad cruda que me desarmó por completo. De golpe. Sin anestesia.

Las palabras se quedaron flotando en el aire húmedo. Mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que me dolió el pecho.

Mentiroso. Eres un cobarde.

La rabia me quemó la garganta. Quise gritarle. Quise abofetearle. Pero si empezaba, sabía que acabaría llorando, y no pensaba derramar ni una sola lágrima delante de él.

—¿A qué viene eso, Nicolás? Guárdate el cuento para las camareras, Rivas. —Me incliné un milímetro hacia él, con la voz baja y venenosa, obligándome a ignorar cómo me temblaba el pulso—. Conmigo ya no funciona. Tengo una boda que sacar adelante y cero ganas de aguantar tus dramas.

Me di la vuelta con brusquedad, dispuesta a ir hacia los ascensores y huir de allí.

Pero el pasillo estaba bloqueado por unas maletas. Intenté esquivarlas por la derecha justo en el momento en que Nicolás también se movía hacia ese lado para dejarme pasar.

Fue un error tonto.

Nuestros cuerpos chocaron.

Fue solo un roce. Su brazo desnudo contra el mío. Pero el efecto fue brutal.

Una descarga eléctrica me recorrió entera. Fue como tocar un cable pelado. Mi cuerpo reaccionó por instinto, acercándose a él,

reconociendo su tacto como si fuera algo que llevaba años buscando.

Lo oí coger aire de golpe, sorprendido por el contacto.

Me quedé paralizada. Su olor me llenaba los pulmones, mareándome. Nicolás no se apartó. Se quedó allí, a milímetros de mí. Sus ojos bajaron deprisa hacia mis labios y juraría que se inclinó un poco más cerca, atraído por una inercia que ninguno de los dos controlaba.

—Val... —susurró, con la voz rota, casi suplicante.

El pánico se apoderó de mí. Pánico ciego. No le tenía miedo a él, me tenía terror a mí misma. Terror a descubrir que, a pesar del odio y de los cuatro años de silencio, me seguía temblando todo el cuerpo con solo rozarle.

—No. —Me aparté de un tirón, frotándome el brazo como si su piel me hubiera quemado.

Lo miré fijamente a través de las gafas de sol, intentando transmitirle todo el asco posible. Pero sabía que él había visto mi reacción. Sabía que él también había sentido la descarga.

—No te me acerques, Nicolás. Mantén las distancias —ordené, con la respiración entrecortada—. No voy a dejar que me arruines esta semana.

Y sin esperar respuesta, salí casi corriendo hacia el ascensor, huyendo como si me persiguiera el mismísimo diablo.

Solo cuando las puertas se cerraron y me quedé a solas, me quité la máscara.

Me deslicé por la pared metálica hasta sentarme en el suelo, abrazándome las rodillas. Me miré el brazo, justo en el punto exacto donde me había tocado. La piel todavía me hormigueaba.

—Mierda —susurré, escondiendo la cara entre las manos—. Mierda, mierda, mierda.

Pensé que lo había superado. Pensé que el tiempo lo curaba todo.

Pero había bastado un solo segundo para darme cuenta de que, frente a Nicolás Rivas, yo no era más que un castillo de arena esperando a que subiera la marea.

Capítulo 2

Valeria

Quería verme bien. O al menos, aparentar que la situación no me superaba.

Me miré en el espejo de cuerpo entero de mi suite, girándome un poco para comprobar la caída de la tela. Era nuestra primera noche en Punta Cana, la cena de bienvenida oficial con los novios, y yo sabía de sobra que la silla frente a la mía en el restaurante Ammos tenía nombre y apellidos: Nicolás Rivas.

Por eso había elegido ese vestido. Era mi forma de intentar convencerme de que esta noche no iba a poder conmigo.

El satén de seda color verde esmeralda se deslizaba sobre mi piel como agua, frío y ligero, sujeto a mis hombros por dos tirantes finísimos. El color hacía que mis ojos brillaran y creaba un contraste eléctrico con mi pelo. Me había soltado la melena, dejando que las ondas cobrizas cayeran sobre mi espalda por la humedad del Caribe. Parecía fuego sobre seda verde.

Tenía un escote en la espalda que bajaba hasta la zona lumbar y una abertura lateral en la pierna izquierda. Era el tipo de prenda que te pones para fingir que el mundo no te importa, cuando por dentro te estás muriendo de miedo.

Me apliqué una capa de brillo de labios, difuminándolo con el dedo. Mi reflejo me devolvió la mirada de una mujer que intentaba

con todas sus fuerzas no desmoronarse.

—Tú puedes con esto, Val. —Me apoyé en el lavabo de mármol, buscando un poco de valor en mis propios ojos—. Es solo una cena. Sonríes, brindas por Sofía y Lucas, y pasas el mal trago.

Mi voz sonó frágil, y mis manos temblaron al coger el pequeño bolso de fiesta.

No puedo. El nudo que tenía en el estómago desde el encuentro en el lobby amenazaba con ahogarme. Pero iba a tener que disimular. Al final, madurar a veces se reduce a eso: a respirar hondo e intentar que nadie note que estás a punto de echarte a llorar.

Salí de la habitación 104. El pasillo de las Ocean Suites era exterior, una pasarela de madera rodeada de vegetación tropical que olía a jazmín nocturno y a tierra mojada. El calor húmedo de la noche me abrazó en el acto, pegándose a mi piel. La iluminación era tenue, casi dorada, diseñada para el romance. Una ironía bastante cruel.

Di tres pasos hacia la salida del complejo. Y entonces, escuché el clic metálico de una cerradura.

La puerta de al lado se abrió. La 105.

Me detuve en seco. Mis sandalias se clavaron en la madera.

Nicolás salió de la habitación contigua.

Nuestras miradas chocaron en la penumbra del pasillo. Él se estaba terminando de abrochar los botones de los puños de su camisa de lino azul marino, un color que contrastaba de forma brutal con su piel bronceada y la tinta negra de sus brazos. La brisa del mar trajo su olor hasta mí: olía a ducha reciente, a ese jabón cítrico del hotel mezclado con su aroma natural a madera y sal.

Se quedó paralizado con los dedos enganchados en el puño de la camisa, mirándome de arriba a abajo.

Sus ojos, tan oscuros que parecían pozos sin fondo bajo aquella luz, barrieron mi cuerpo. Bajaron por el escote del vestido, siguieron la curva de mi cadera y se detuvieron en la abertura de mi pierna desnuda. Cuando volvió a clavar la vista en mi cara, había un destello nuevo en sus pupilas. Algo intenso que me hizo encogerme un poco por dentro.

—Valeria. —Su voz rompió el canto de los grillos. Sonaba rasposa, cargada de una intimidad que me revolvió el estómago.

Tragué saliva y aparté un mechón cobrizo de mi cara.

—Nicolás.

Intenté seguir caminando hacia el restaurante, pero él dio una zancada ágil y se interpuso en mi camino.

—Espera. —Bloqueó el ancho de la pasarela con su cuerpo—. Tenemos que hablar. La cena es en diez minutos y no podemos sentarnos a la mesa con los novios así.

—¿Así cómo? —pregunté, sintiendo cómo el corazón me golpeaba las costillas con tanta fuerza que me faltaba el aire.

—Con este silencio cortante que has puesto entre los dos. —Nicolás acortó la distancia un milímetro, buscando mis ojos en la oscuridad—. Sofía y Lucas están felices. Es su semana. No quiero que nuestra... mierda, les salpique en la cena de bienvenida.

Solté un suspiro cansado, negando con la cabeza. No tenía energía para pelear.

—No quiero arruinarles nada, de verdad. Solo... —Dudé, buscando las palabras—. Solo quiero pasar esta semana tranquila.

Así que no te preocupes por mi actitud. Voy a sonreír y a comer sin montar un número.

Intenté rodearlo, pero él volvió a moverse, cortándome el paso por completo. Su altura y la anchura de sus hombros hacían que el espacio de repente pareciera minúsculo. El aire a mi alrededor se quedó sin oxígeno.

—No voy a dejar que te escapes con frases hechas. —Bajó la voz, arrastrando las palabras con una urgencia que me erizó la piel de la nuca—. Intenté hablar contigo en el lobby y saliste huyendo. Llevo cuatro años esperando para explicarte...

—No quiero escuchar tus explicaciones, Nico —lo interrumpí. La voz me tembló, traicionando mi pánico—. Llegas cuatro años tarde. Y yo no tengo fuerzas para revivir todo aquello ahora.

—Por favor, Val. No fue tan simple. Tú crees que lo sabes todo, pero no tienes ni idea de por qué me fui.

—Sé que te fuiste. Eso es lo único que importa. —Di un paso atrás, cruzándome de brazos sobre el pecho para darme un poco de calor—. Así que, por favor, déjalo estar. Vamos a ir a esa playa, vamos a beber vino, vamos a sonreír a los novios y vamos a intentar sobrevivir a esta semana. ¿De acuerdo?

Nicolás me miró despacio. No intentó defenderse de nuevo. Solo me sostuvo la mirada con una tristeza tan cruda que sentí mis ojos picar por las lágrimas contenidas.

—De acuerdo —murmuró.

Pero antes de que pudiera alejarme, él alargó el brazo y rozó mi mano.

Su palma era grande, caliente, áspera por los callos de los lápices y los planos. El contacto duró apenas un segundo, pero sentí su

latido bajo mi piel. Fuerte. Rápido. Desbocado.

—Pero te advierto una cosa. —Se inclinó hacia mí hasta que su aliento me rozó la oreja. Pude contar cada sombra de su barba—. Puedes ponerte ese vestido para marcar las distancias. Puedes mirarme con frialdad e intentar fingir que nada te afecta. Pero no finjas que somos desconocidos. Porque mi piel todavía se acuerda de la tuya. Lo sentí esta tarde. Y lo estás sintiendo ahora.

Retiré la mano con un tirón asustado, como si hubiera metido los dedos en las brasas de una hoguera. La piel me hormigueaba. El aire entre nosotros estaba tan cargado de electricidad estática que me costaba respirar.

—Déjame en paz —susurré, con la voz ahogada.

—Ojalá pudiera, Valeria. —Sonrió con una mueca torcida, carente de alegría, que le marcó un pequeño hoyuelo en la mejilla—. Pero estoy en la habitación de al lado.

La sangre se me heló en las venas. La palabra se me atascó en la garganta.

—¿Qué?

Él se hizo a un lado, dejándome el camino libre hacia el restaurante, y me dedicó una última mirada oscura.

—Bienvenida al paraíso.

El restaurante Ammos era una trampa de lujo diseñada con un gusto exquisito.

Estaba situado sobre la arena blanca de la playa privada del hotel. No tenía paredes, solo columnas de madera pintada, techos de bambú y cortinas de lino que bailaban perezosas con la brisa nocturna. Las mesas estaban iluminadas por pequeñas velas dentro

de fanales de cristal, y el sonido rítmico del mar rompiendo a pocos metros actuaba como banda sonora.

Sofía y Lucas ya estaban sentados en una de las mesas más cercanas a la orilla. Nos vieron acercarnos —Nicolás caminaba un paso por detrás de mí, manteniendo una distancia prudencial— y se levantaron de un salto.

—¡Val! —gritó Sofía, radiante. Vibraba con esa energía nerviosa e inagotable de quien se casa en dos semanas. Llevaba un vestido blanco ibicenco que resaltaba su bronceado—. ¡Estás espectacular! Dios mío, ese verde con tu pelo...

—Gracias, Sofi. —Forcé una sonrisa y le devolví el abrazo, aferrándome a ella como a un salvavidas—. Tú sí que estás guapa. Se te nota la felicidad en la cara.

—¡Y el padrino! —Lucas abrazó a Nicolás con fuertes palmadas en la espalda—. Tío, no me creo que estés aquí. Pensé que perderías el avión en Madrid.

—Casi. —Nicolás me echó una mirada rápida, indescifrable, antes de sonreír a su amigo. El viento del mar le había revuelto el pelo oscuro—. Pero no me lo perdería por nada del mundo.

Nos sentamos. La mesa era redonda, amplia pero íntima. Sofía y Lucas tomaron asiento juntos, entrelazando las manos sobre el mantel. Por pura inercia, yo me senté a la derecha de mi amiga y Nicolás ocupó la silla a la izquierda de Lucas.

Eso nos dejaba a nosotros dos cerrando el círculo. Sentados el uno junto al otro.

Él se dejó caer en la silla de mimbre a mi lado. Pidió vino tinto al camarero sin abrir la carta. Durante los primeros minutos, me evitó por completo, girando el cuerpo para centrarse en bromear con los

novios. Pero yo sentía su presencia constante. El calor que desprendía su brazo a escasos centímetros del mío era como un campo gravitatorio tirando de mí.

—Bueno —anunció Sofía, dando una palmada emocionada para llamar nuestra atención—, ¿qué os parecen las habitaciones? Tuve que sobornar a medio hotel para conseguiros las Ocean Suites.

Tragué saliva. Un nudo de plomo se me instaló en la boca del estómago al recordar sus palabras en el pasillo.

—Son... preciosas, Sofi. Gracias.

—¡Y lo mejor es la terraza! —exclamó ella, ajena por completo a la tensión que flotaba a nuestro lado de la mesa—. Pedí en concreto que os pusieran en la 104 y la 105. Comparten el *deck* de madera al aire libre. Pensé que sería genial, así podéis salir por la noche a charlar... como en los viejos tiempos en el piso de la universidad.

Me atraganté con el agua.

Tosí, llevándome la servilleta de lino a la boca mientras mis pulmones luchaban por conseguir aire. Nicolás giró la cabeza hacia mí, y a esta distancia tan corta, pude ver la tensión en su mandíbula. Él ya lo sabía.

—Es un detalle, Sofía —dijo él, con voz muy baja—. Seguro que Valeria y yo lo aprovechamos.

Bajé la vista al plato, incapaz de mirarlo. *Si pones un solo pie en esa terraza, me muero.*

—Eso espero. —Lucas empezó a servir más vino en las copas vacías—. Sé que no os habéis visto en mucho tiempo, y sé que las cosas terminaron... bueno, fatal. Pero sois nuestros mejores amigos. Queremos que esta semana trate sobre dejar las cosas atrás.

—Claro que sí —me apresuré a decir, sintiendo las mejillas arder —. Estamos aquí por vosotros.

La cena transcurrió envuelta en una neblina densa. La comida era un espectáculo de alta cocina, pero a mí me costaba tragar. Sofía y Lucas llevaban el peso absoluto de la charla, debatiendo sobre los arreglos florales y el DJ.

Yo asentía, sonreía y hacía comentarios cuando tocaba. Pero mi mente estaba a kilómetros de allí.

Mi cuerpo entero estaba hiperconsciente del hombre sentado a mi lado.

Notaba cada vez que él levantaba su copa para beber. Notaba cómo sus dedos largos, adornados con ese anillo de plata en el pulgar que yo le regalé en nuestro tercer año de carrera —*Dios, no se lo ha quitado*—, acariciaban el tallo de cristal. Notaba cómo, cada vez que yo abría la boca para intervenir, él dejaba de mirar a Lucas y fijaba la vista en mis labios.

Llegaron los postres y Lucas alzó su copa, pidiendo silencio.

—Quiero hacer un brindis. —Miró a Sofía con devoción, y luego se giró hacia nosotros—. Por nosotros. Y por nuestros mejores amigos. Sé que tenéis vidas muy caóticas. Nico con sus proyectos saltando de país en país, Val con su carrera imparable en el estudio...

Nicolás soltó una risa suave, cargada de una extraña amargura.

—Brindemos por eso. —Levantó su copa, buscando mi mirada—. Por tener el valor de buscar tu propio camino. Y por atreverse a empezar de cero, cueste lo que cueste.

La punzada de dolor en mi pecho fue tan aguda que casi me dejó sin aliento.

¿El valor? ¿Llamaba «empezar de cero» a dejarme a mí sola recogiendo los pedazos de todo lo que habíamos planeado juntos?

La rabia me subió por la garganta, quemándome, lista para estallar. Quise reprochárselo allí mismo. Quise preguntarle a gritos cuánto le había costado a él empezar de cero. Pero entonces vi la sonrisa ilusionada de Sofía, ajena a la tormenta que se estaba formando a su lado, y me tragué el veneno. No podía arruinarles la noche.

Levanté mi copa, con la mano temblando a pesar de mis esfuerzos por controlarla. Choqué el cristal contra el de Nicolás con un tintineo afilado.

—Yo brindo por vosotros —dije. Mi voz sonó delgada, pero me obligué a sostenerle la mirada a él, no a los novios—. Por la suerte de encontrar a alguien que sabe lo que quiere. Alguien que decide quedarse a cuidar lo que habéis construido juntos, pase lo que pase.

Era un halago perfecto para una pareja a punto de casarse. Sofía sonrió, con los ojos brillantes, y se apoyó en el hombro de Lucas.

Pero para Nicolás, fue un disparo a bocajarro.

El silencio cayó sobre nuestro lado de la mesa. Nicolás no bajó la vista ni hizo ademán de defenderse. Su mandíbula se tensó con tanta fuerza que vi el músculo saltar bajo la piel. El dolor cruzó su expresión, crudo y real. Se llevó la copa a los labios y bebió un trago largo, tragándose mis palabras como si fueran cristales rotos.

Yo bajé la mirada hacia el mantel, sintiendo un nudo terrible en el estómago. Ganar esa pequeña batalla verbal no me había hecho sentir mejor. Solo me sentía más vacía.

Y en ese preciso instante, ocurrió.

Nicolás se removió en su silla de mimbre, y bajo la mesa, en la oscuridad, el lateral de su rodilla chocó contra la mía.

Fue un contacto firme. Hueso contra hueso. Calor contra calor.

Dejé de respirar.

La lógica aplastante dictaba que debía apartarme. Desplazar la pierna hacia Sofía. Romper el contacto y mantener mi dignidad intacta.

Pero el pánico me paralizó. Y él tampoco se movió.

Nicolás mantuvo el lateral de su pierna presionado contra la mía con firmeza. El calor que desprendía su piel traspasó la fina tela de sus pantalones de lino y la seda fría de mi vestido. Subió como un incendio forestal por mi muslo desnudo, acariciando la abertura de la falda. Era eléctrico. Era abrumador.

Arriba, sobre la superficie iluminada por las velas, seguíamos mirándonos con dolor y reproches. Abajo, ocultos de la vista de nuestros mejores amigos, mi cuerpo estaba traicionando a mi cabeza, buscando el calor del suyo como si llevara años congelada.

Mi corazón latía a tal velocidad que temí que Lucas y Sofía pudieran escucharlo.

Mueve la pierna, Valeria. Aléjate.

Pero no pude. Una lágrima de pura frustración amenazó con asomar a mis ojos. Empujé un poco mi rodilla hacia adelante. Presionando contra él. Una rendición silenciosa en la penumbra.

Los ojos de Nicolás se oscurecieron hasta volverse negros del todo. Supo, por la presión de mi piel, que yo no tenía todo bajo control. Que estaba tan asustada y perdida como él.

Vi cómo la nuez de su garganta subía y bajaba al tragar saliva con dificultad. Vi cómo su mano apretaba el tallo de la copa de vino con

tanta violencia que los nudillos se le pusieron blancos.

Estuvimos así diez segundos. Veinte. Un minuto entero en el que yo solo escuchaba el rugido ensordecedor de mi propia sangre corriendo por mis venas.

—¿Más vino para los señores? —preguntó un camarero a mi espalda, apareciendo de la nada.

El contacto bajo la mesa se rompió en el acto. Ambos apartamos las piernas a la vez, echándonos hacia atrás en nuestras sillas, como si acabáramos de despertar de un trance.

Agarré mi vaso de agua con la mano temblorosa, bebiendo casi con desesperación. Nicolás se pasó una mano por el pelo y fijó la vista en la negrura del mar, respirando con dificultad.

—Creo que me iré a dormir ya —anuncié, levantándome de la silla. Mi voz sonó delgada, frágil—. El viaje me ha dejado agotada. Y mañana hay reunión con el organizador.

—Sí. —Nicolás apuró su copa de vino de un solo trago, sin mirarme a la cara—. A mí también me vendrá bien descansar.

Me despedí de los novios con una sonrisa que sentí como una grieta en la cara, y eché a andar hacia mi habitación hundiéndome en la arena.

Sabía que él me miraba mientras me alejaba. Sentía el peso de sus ojos clavados en mi espalda desnuda.

Ya no había forma de disimular. Toda mi calma aparente había saltado por los aires la primera noche. Y lo que más me aterrorizaba admitir en voz alta era que, lejos de ser invencible, estaba a un solo roce de volver a caer.

Capítulo 3

Valeria

La puerta de la habitación 104 se cerró a mi espalda con un clic electrónico.

Por fin. Silencio.

Me apoyé contra la madera, cerré los ojos y dejé escapar el aire que llevaba conteniendo desde los postres. Me dolía el pecho. Todo mi cuerpo temblaba con esa tensión agotadora que solo Nicolás Rivas era capaz de provocar.

Me quité las sandalias de tacón, dejándolas caer en cualquier parte, y caminé descalza sobre el suelo de madera tropical. El frío bajo las plantas de mis pies me ayudó a centrarme.

La suite era espectacular, tenía que admitírselo a Sofía aunque fuera en silencio. Una cama *king size* con dosel y sábanas de hilo egipcio, muebles de diseño local y un ventanal inmenso de suelo a techo que daba a la terraza privada.

Pero en ese momento, la habitación se me caía encima. Una suite inmensa situada a escasos veinte centímetros del hombre del que llevaba cuatro años intentando huir.

Llevé las manos a mi espalda para bajar la cremallera. La seda color esmeralda resbaló por mi cuerpo hasta caer al suelo formando un charco verde a mis pies. Me quedé allí, en ropa interior, sintiéndome diminuta en la penumbra.

Necesitaba lavarme la cara. Necesitaba arrancarme el maquillaje, la laca y la sonrisa forzada que había llevado pegada toda la noche. Pero, sobre todo, necesitaba olvidar el calor de su pierna rozando la mía bajo el mantel.

Me metí en el baño, abrí el grifo de golpe y me mojé la cara con agua helada. Al levantar la vista hacia el espejo, mis ojos verdes me devolvieron la mirada de una mujer asustada.

Me apoyé en el mármol del lavabo, clavando la vista en mi propio reflejo. *Respira, Valeria. Es solo una semana. Es solo Nicolás. No dejes que el pasado te pase por encima otra vez.*

Me sequé la cara con una toalla mullida y volví al dormitorio para buscar algo con lo que dormir. Abrí mi maleta. Mis dedos pasaron por encima de los pijamas de raso preciosos que había traído «por si acaso». Pasaron de largo por las camisetas de tirantes básicas. Y se detuvieron sobre una tela de algodón gris, desgastada y suave por los cientos de lavados.

La saqué.

Era una camiseta de los Arctic Monkeys, del *tour* de 2013. El cuello estaba un poco dado de sí y tenía un pequeño agujero cerca del dobladillo inferior.

No era mía. En realidad, nunca lo fue.

Se la robé a Nicolás una mañana de domingo en nuestro último año de carrera. Él se había echado a reír, intentando quitármela mientras yo corría en bragas por el pasillo de nuestro piso compartido, y al final me había dejado quedármela con la única condición de que se la devolviera lavada.

«Te queda enorme, Torres», me había murmurado él aquella mañana, tirando de la tela gris hasta hacerme caer de nuevo sobre

su pecho desnudo en la cama. Hacía frío en Madrid y la lluvia golpeaba los cristales de nuestra habitación, pero bajo aquellas sábanas, rodeada por sus brazos, yo sentía que nada malo podía pasarme. Él me apartó el pelo revuelto de la cara y me miró con una devoción absoluta. Como si yo fuera lo mejor que le había pasado en la vida. Me acarició la mejilla con el pulgar, trazando mi mandíbula con cuidado.

«Quédatela», había susurrado contra mi boca antes de besarme. «Me gusta más cómo te queda a ti. Huele a hogar cuando la llevas puesta».

Nunca se la devolví. Y cuando él desapareció en mitad de la noche hace cuatro años, llevándose consigo todos los planos de nuestro futuro, esa prenda vieja fue lo único suyo que no fui capaz de tirar a la basura.

Dormía con ella cuando el estrés del trabajo no me dejaba respirar. Dormía con ella cuando la soledad de mi piso en Madrid se volvía insoportable. Se había convertido en mi refugio, en una patética manta de seguridad a la que me aferraba cuando todo lo demás fallaba.

Me la puse de un tirón, devolviéndome al presente de golpe. La tela olía a mi suavizante de lavanda, pero mi cerebro masoquista todavía buscaba las notas de madera y sándalo entre las fibras de algodón. Me llegaba hasta la mitad de los muslos. Me hacía sentir arropada. Me hacía sentir a salvo.

Me metí en la cama y apagué la luz de la mesilla.

A dormir. Mañana será otro día.

Cerré los ojos. Y entonces, lo oí.

El sonido llegó sordo, vibrante, a través de la pared que compartía con el cabecero de mi cama. Agua a presión golpeando contra los azulejos. Las tuberías de este *resort* de lujo eran un desastre acústico. Podía oír con total claridad cómo se encendía la ducha en la habitación 105.

Mi cuerpo se tensó bajo las sábanas. Y mi cabeza, acostumbrada a visualizar los espacios en tres dimensiones, empezó a trazar líneas que no debía.

Imaginé el agua cayendo sobre la piedra oscura del baño de al lado. Imaginé el vapor empañando el espejo. Imaginé a Nicolás bajo el chorro, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados, el agua resbalando por esa espalda ancha que yo conocía de memoria, bajando por la tinta nueva de sus brazos...

—Basta —gemí en voz alta, aplastándome la cabeza con la almohada para ahogar el sonido.

La ducha se apagó unos minutos después. Pero el silencio que siguió fue mil veces peor. Porque ahora sabía que él estaba allí. Despierto. A escasos centímetros de mi cabeza. Repasando cada segundo de la cena. Pensando en mi pierna rozando la suya.

Pasaron diez minutos. Veinte. Media hora. El insomnio era un viejo conocido, pero esta noche pesaba mucho más.

Hacía calor. Incluso con el aire acondicionado al máximo, sentía que me asfixiaba. Me revolví entre las sábanas, buscando el lado frío del colchón, pero no existía.

Entonces me llegó el olor.

Sutil. Terroso. Inconfundible. Tabaco negro.

Alguien estaba fumando en la terraza. Y el humo se colaba por las rendijas de mi ventanal.

Mi corazón dio un vuelco. Nicolás había dejado de fumar hacía años, justo cuando empezamos a salir, porque yo le dije que odiaba besar ceniceros. ¿Había vuelto a caer? ¿O la ansiedad se lo estaba comiendo por dentro igual que a mí?

La curiosidad pudo conmigo.

Me levanté de la cama, impulsada por un nudo en el estómago que no podía controlar. Caminé descalza hacia el enorme ventanal y deslicé el pestillo de seguridad con cuidado de no hacer ruido. La puerta de cristal se abrió con un susurro.

El aire de Punta Cana me golpeó de frente. Era denso, caliente, cargado de salitre y del zumbido de los grillos. Salí al *deck* de madera.

La terraza tenía dos tumbonas de teca y una pequeña piscina privada en el borde. Y a la derecha, tal y como había planeado Sofía con toda su buena intención, estaba la separación con la 105.

No era un muro. Era una simple jardinera de obra pintada de blanco, apenas me llegaba por encima de la rodilla, coronada por unas cuantas hojas de monstera y aves del paraíso. Podría haberla cruzado con dar un solo paso.

Nicolás estaba sentado en una de las tumbonas de su lado, hundido en los cojines, con las piernas largas estiradas y los tobillos cruzados.

No llevaba camiseta.

El oxígeno se me evaporó de los pulmones. La luz blanca de la luna y la iluminación indirecta del jardín bañaban su torso desnudo. Estaba mucho más definido de lo que recordaba. Una línea de vello oscuro bajaba desde su ombligo, desapareciendo bajo la cinturilla de unos pantalones de chándal grises.

Tenía una botella de cerveza apoyada en el muslo y un cigarrillo humeante entre los dedos de la otra mano.

Al oír mi puerta deslizarse, giró la cabeza.

Nuestras miradas chocaron en la oscuridad tropical.

Me quedé congelada. Esperé una frase sarcástica. Esperé un «¿Vienes a terminar la discusión bajo las estrellas?» o un «Bonito pijama».

Pero Nicolás no dijo nada.

Solo se quedó inmóvil, con el cigarrillo a medio camino de sus labios.

Vi cómo sus ojos negros bajaban desde mi cara deslavada hasta mi cuerpo. Y vi el instante exacto en el que se detuvieron en el logo de mi pecho.

Vi la sacudida de su nuez al tragar saliva con tremenda dificultad. Vi cómo la mano que sostenía la cerveza se contraía alrededor del vidrio.

La camiseta gris. Su camiseta. Arctic Monkeys, 2013.

El silencio se estiró entre nosotros, cargado con el peso insoportable de mil cuatrocientos sesenta días de ausencia y de una intimidad rota que ya no sabíamos cómo recuperar.

Me sentí expuesta. Que me viera con su ropa era una confesión a gritos. Era admitir sin palabras: *«No te he superado. Te sigo echando de menos cada maldita noche».*

Mi primer instinto fue cruzarme de brazos para tapar las letras descoloridas. Quise darme la vuelta y meterme corriendo bajo las sábanas. Pero me quedé paralizada. Sostuve su mirada, esperando el golpe. *Dilo. Búrlate de mí, Nico. Dime lo patética que soy.*

Pero Nicolás no se burló.

Su mirada subió de nuevo desde la camiseta hasta mis ojos. No había ni rastro de arrogancia en ella. Solo había una tristeza absoluta, devastadora. La misma mirada con la que me adoraba en la cama en Madrid, pero rota en pedazos.

Sin romper el contacto visual, se llevó el cigarrillo a los labios. Dio una calada profunda y soltó el humo hacia el cielo estrellado en un suspiro agotado.

Luego, despegó la botella de cerveza de su pierna y la alzó un poco en mi dirección.

Un brindis mudo. Un reconocimiento silencioso y desgarrador de nuestra propia miseria compartida.

Tú no duermes. Yo no duermo. Y los dos sabemos por qué.

Sentí que las lágrimas me picaban en los ojos. Quería saltar esa jardinera, cruzar al otro lado y golpearle el pecho desnudo hasta quedarme sin fuerzas. Quería exigirle a gritos que me explicara por qué me dejó. Quería que dejara la cerveza a un lado y me abrazara hasta que el dolor desapareciera.

Pero no hice nada de eso. Ninguno de los dos pronunció una sola sílaba.

Las palabras lo habrían hecho demasiado real. Lo habrían reducido a una pelea de ex novios despechados. Y esto... esto era una herida abierta sangrante a la luz de la luna.

Acepté su brindis amargo con un asentimiento de cabeza casi imperceptible.

Luego, me di la media vuelta.

Entré en mi habitación, cerré la puerta de cristal a mis espaldas y eché el pestillo metálico con las manos temblando.

Me apoyé contra el cristal frío, mirando hacia la oscuridad exterior, con el corazón latiéndome a mil por hora en la base de la garganta. Al otro lado de la jardinera, vi la silueta de Nicolás recostarse de nuevo en la tumbona, exhalando humo, tan solo en la noche como yo, con la imagen de mi camiseta grabada a fuego en sus retinas.

Me deslicé por el ventanal hasta sentarme en el suelo. Me abracé las rodillas, cubriéndome con la tela de algodón gris que en mi memoria siempre olería a él, por mucho que intentara ahogarla en lavanda.

Capítulo 4

Valeria

Dicen que la falta de sueño es la mejor forma de tortura. Yo añadiría un pequeño matiz a esa teoría: la falta de sueño sabiendo que la persona que te desvela está sumida en un sueño profundo a menos de tres metros de ti.

Me levanté con el sol, o quizás un poco antes de que despuntara en el horizonte. Mi cuerpo se sentía pesado, como si alguien hubiera sustituido mis huesos por vigas de plomo durante la noche, pero mi mente estaba hiperactiva, zumbando con un cóctel tóxico de cafeína, ansiedad y la imagen recurrente de un torso desnudo en la penumbra de una terraza.

Me vestí buscando algo que me diera seguridad. Elegí unos pantalones *palazzo* de lino color arena, de tiro alto y con tanto movimiento que parecían una falda al caminar, y un top asimétrico negro que dejaba un hombro sin cubrir. Era moderno, elegante y profesional. Un conjunto impecable para intentar sentirme fuerte.

Me recogí el pelo en una coleta alta y tirante, intentando borrar cualquier rastro de la vulnerabilidad de la noche anterior. Gafas de sol negras tipo *cat-eye*. iPad con batería completa. Café doble en mano.

—Vamos allá —murmuré, saliendo de mi habitación y obligándome a no desviar la mirada hacia la puerta cerrada de la

105.

La reunión de logística estaba convocada en El Mirador de las Rocas, una plataforma de madera construida sobre un acantilado bajo, justo en el punto donde las olas rompían con más fuerza contra la piedra. Sobre el papel, o en un tablero de Pinterest, era el lugar más romántico del mundo. En la realidad, bajo el sol de las nueve de la mañana que ya empezaba a picar en la piel, era un absoluto desafío técnico.

Cuando llegué a la plataforma, el viento marino me golpeó la cara con violencia, amenazando con desordenarme la coleta.

Sofía y Lucas ya estaban allí, hablando con gestos tensos y el ceño fruncido con la *wedding planner* del hotel, una mujer llamada Elena que parecía estar a dos minutos de sufrir un colapso nervioso. Mis ojos se clavaron directamente en él.

Estaba de pie cerca del borde del acantilado, mirando el horizonte turquesa con las manos hundidas en los bolsillos de unos pantalones cortos color caqui. Llevaba una camiseta de algodón blanca básica; el tipo de prenda que en cualquier otro hombre parecería ropa interior barata, pero que a él le sentaba como si estuviera hecha a medida. Sus brazos tatuados brillaban por el sudor provocado por el calor y la humedad de la mañana.

Al oír el repiqueteo de mis sandalias sobre la madera, se giró. Llevaba unas gafas de sol de aviador que ocultaban sus ojos oscuros, pero sentí el peso físico de su mirada recorriéndome de arriba a abajo. Se detuvo un segundo en la piel desnuda de mi hombro antes de asentir con la cabeza.

Un saludo mínimo. Profesional. Frío.

Como si anoche no hubiéramos compartido un cigarrillo, una cerveza y un abismo de silencio insoportable en la terraza.

—Buenos días, equipo —anuncié, aclarándome la garganta para sonar firme y uniéndome al círculo.

—¡Val! Gracias a Dios que has llegado. —Sofía me agarró del brazo, soltando el aire retenido en sus pulmones—. Estamos teniendo un pequeño... debate de opiniones.

Me giré hacia Elena, la organizadora, escaneando su postura tensa.

—¿Cuál es el problema?

—El problema —intervino Nicolás, y su voz grave cortó el viento como el filo de una navaja— es que quieren convertir este mirador natural en una puta carpa de circo.

Me giré hacia él. Me bajé las gafas de sol hasta la punta de la nariz muy despacio, calculando cada milímetro del gesto, para poder mirarlo por encima de la montura.

—Explícate.

—Elena sugiere instalar una enorme estructura de aluminio con telas blancas pesadas para cubrir toda la zona de la ceremonia —explicó Nicolás, señalando con un brazo el espacio vacío sobre nuestras cabezas—. Dice que es por el sol. Yo digo que si tapas el cielo abierto y el acantilado con lonas baratas, te cargas el noventa por ciento de la razón por la que Lucas y Sofía cruzaron el Atlántico para elegir este sitio. Matas la verticalidad del espacio. Matas la luz natural.

—No mato nada —protestó Elena, con las mejillas encendidas de indignación—. Protejo a los invitados. La ceremonia es a las cinco de la tarde. El sol seguirá pegando con fuerza a esa hora.

Di un paso hacia el centro de la plataforma y miré a mi alrededor. Mi instinto tomó el mando, procesando datos a toda velocidad para no pensar en él: orientación cardinal, ángulo de incidencia solar, flujos de viento, confort térmico. No podía evitarlo; era pura deformación profesional.

—Nicolás tiene razón en que una estructura pesada de aluminio arruinaría la estética del lugar por completo —dictaminé.

Vi de reojo cómo la comisura de los labios de Nicolás se curvaba en una sonrisa de medio lado, saboreando su victoria prematura.

—Pero —añadí, alzando la voz y borrándole la sonrisa de un plumazo—, Elena tiene toda la razón en cuanto a la seguridad básica. A las cinco de la tarde, con este nivel de humedad caribeña, tener a ochenta personas sentadas bajo el sol directo durante cuarenta y cinco minutos es una negligencia. Tendremos desmayos. En especial los abuelos de Lucas. Y créeme, Nicolás, una ambulancia abriéndose paso en mitad de los votos sí que destruye la estética del evento.

Nicolás se cruzó de brazos, tensando la tinta de sus bíceps bajo el sol.

—La gente puede llevar sombreros. Podemos poner abanicos de hoja de palma en las sillas. No necesitamos construir un techo falso de la nada. La buena arquitectura debe integrarse con el entorno que la rodea, no esconderse de él por miedo.

—La arquitectura debe servir a las personas que la habitan, Rivas —repliqué, acortando la distancia entre nosotros con un paso firme —. Si el espacio que diseñas es hostil para el usuario, tu diseño es un fracaso. No estamos construyendo un monumento para tu ego,

estamos organizando la boda de nuestros mejores amigos. La prioridad número uno es el confort.

—La prioridad es la emoción —contraatacó él, bajando la voz un tono y dando un paso hacia mí para invadir mi espacio.

De repente, la estúpida discusión sobre la carpa de aluminio parecía una discusión sobre algo mucho más antiguo. Mucho más profundo y doloroso.

—Tú siempre quieres controlarlo todo, Valeria. Quieres poner un techo grueso sobre tu cabeza para que nada te toque, para que nada te queme. Pero a veces, joder, a veces hay que dejar que el sol te dé en la cara.

El subtexto del mensaje me golpeó en el centro del pecho con la fuerza de un ariete. *Tú te escondes bajo un techo seguro. Yo siento el mundo.* Apreté el iPad contra mi estómago como si pudiera protegerme del golpe.

—Y tú siempre priorizas la maldita foto bonita sobre la cruda realidad —siseé, acercándome tanto que pude oler el jabón de su camiseta—. Es muy fácil jugar a ser el arquitecto visionario y bohemio cuando no eres tú quien tiene que recoger a la abuela de Lucas del suelo porque le ha dado una insolación. Se llama responsabilidad, Nicolás. Deberías probar a asumirla alguna vez.

El aire entre nosotros crepitó, cargado de una electricidad a punto de hacer saltar los plomos de toda la isla. Sofía y Lucas nos miraban en silencio, con los ojos muy abiertos, como si estuvieran presenciando un partido de tenis donde la pelota era una granada sin anilla.

—Vale, vale, vale —intervino Lucas, poniéndose de forma física en medio de los dos con las manos en alto—. Haya paz en el paraíso. Ni

insolación masiva ni circo ambulante. ¿Existe un punto medio racional?

Respiré hondo, llenando mis pulmones de aire salado, y me obligué a clavar la vista en los planos de la pantalla de mi iPad para no mirar la boca de Nicolás, que estaba fruncida en una línea dura y peligrosa.

—Una pérgola bioclimática de lamas orientables sería lo ideal, pero no tenemos el tiempo ni los materiales —murmuré, deslizando el dedo índice por el plano digital a gran velocidad—. Podríamos usar velas tensadas. Triángulos de tela técnica, anclados a los tres árboles existentes en el borde y a un par de postes temporales de madera. Dan sombra difusa, pero dejan pasar el aire caliente hacia arriba y no cierran las vistas laterales del acantilado.

Levanté la vista del iPad. Nicolás me estaba mirando a los ojos. La furia había desaparecido de sus facciones. Ahora parecía... pensativo. Su cerebro estaba evaluando mi propuesta a la velocidad de la luz.

—Velas tensadas —repitió él en voz baja, visualizando la estructura tridimensional en su cabeza—. Si usamos tela microperforada en un tono arena que imite las rocas, se fundiría a la perfección con la madera de la plataforma...

—Exacto —lo interrumpí, sintiendo cómo la adrenalina del trabajo tomaba el mando de mis venas—. Y si cambiamos los anclajes principales, poniéndolos aquí y aquí —señalé dos puntos imaginarios en el aire sobre nuestras cabezas—, creamos una corriente de aire cruzada que refrescará la zona de asientos.

—No —me corrigió de inmediato, moviéndose para ponerse a mi lado.

Su hombro rozó el mío con firmeza, pero, por pura sorpresa, ninguno de los dos se apartó del contacto. Estábamos en «modo trabajo». El modo sagrado. Nuestra única zona neutral.

—Si anclas los tensores ahí, la tensión del viento racheado que sube del mar deformará la tela en menos de una hora. Tienes que anclar el punto de máxima tracción en el eje norte.

Miré hacia la dirección que me señalaba con el dedo. Visualicé la física de los vientos alisios golpeando la lona. Maldita sea, el muy cabrón tenía toda la razón del mundo.

—Vale. Eje norte —concedí a regañadientes—. Pero necesitamos tres puntos de apoyo estructurales para ese ángulo, no dos.

—Concedido. —Nicolás asintió, dándome la razón con un gesto fluido, y se giró hacia una atónita Elena—. ¿Tenéis velas triangulares de lona en el almacén de eventos del hotel?

—Sí, creo... creo que sí... —balbuceó la organizadora, superada por el torbellino en el que nos acabábamos de convertir.

—Problema resuelto —sentenció Nicolás.

Se giró hacia mí y, por primera vez en cuatro malditos años, me miró con algo muy parecido al respeto profesional puro y duro.

—Aún hay otro problema logístico —añadió Sofía, caminando hacia el pequeño altar de madera improvisado en el extremo de la plataforma—. ¿Dónde nos ponemos en realidad nosotros? El fotógrafo insistió mucho en que el fondo principal de la ceremonia tiene que ser el mar abierto, obvio. Así que, ¿nos ponemos de cara a las sillas, aquí?

Sofía se colocó de pie en el centro del altar, mirando hacia donde irían sentados los invitados, de espaldas al océano.

Nicolás y yo fruncimos el ceño al unísono.

Ambos metimos la mano en el bolsillo y sacamos nuestros móviles al mismo tiempo. Ambos abrimos la aplicación de la brújula casi a la vez. Ambos levantamos la cabeza para mirar al cielo radiante, calculando en silencio la posición exacta y la inclinación del sol a las cinco de la tarde en esta latitud caribeña.

Fue un movimiento coreografiado a la perfección. Una danza sin palabras que habíamos practicado mil veces en la biblioteca de la universidad, corrigiendo y destrozando los proyectos del otro hasta la madrugada.

—No —dijimos los dos en voz alta al mismo tiempo.

Nuestras voces se superpusieron en una armonía perfecta. Bajamos los teléfonos y nos miramos. Hubo un chispazo de sorpresa genuina en el fondo de sus ojos oscuros, un destello que sin duda era un reflejo exacto del que debía estar brillando en los míos. Esa conexión telepática absurda, esa capacidad innata de ver y descifrar el mundo a través de la misma lente geométrica, seguía ahí. Intacta bajo las capas de polvo y rencor.

—Si os ponéis justo ahí... —empecé yo, sin apartar mis ojos de los suyos.

—... el sol de la tarde os golpeará en un ángulo de incidencia de treinta grados oeste —terminó él la frase por mí, con una suavidad que me erizó el vello de los brazos.

—Le dará a Lucas directo en las retinas —seguí yo, señalando al novio con la mano libre.

—... y el pobre desgraciado saldrá guiñando un ojo o llorando a mares en todas las fotos del «sí, quiero» —concluyó Nicolás, con una media sonrisa asomando a sus labios.

Sofía nos miraba con la boca abierta de par en par, alternando la vista entre los dos.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos?

Nicolás y yo rompimos el contacto visual al mismo tiempo y nos giramos hacia la plataforma de madera. Sin necesidad de intercambiar una sola palabra, ambos caminamos a paso rápido hacia el pesado altar rústico. Nicolás agarró el extremo derecho con firmeza. Yo agarré el izquierdo.

—¿Treinta grados de giro hacia el norte? —preguntó él en voz baja, mirándome de reojo.

—Veinticinco es más que suficiente —corregí al instante, con seguridad—. Nos da margen para mantener la silueta del faro antiguo en el encuadre del fotógrafo de fondo.

Él sonrió. Esta vez fue una sonrisa pequeña, vacía de chulería o cinismo. Era real.

—Bien visto, Torres. Eres buena. Veinticinco grados. A la de tres.

Levantamos la pesada mesa de roble y la giramos sobre sus patas. El movimiento fue fluido, coordinado al milímetro. No necesitamos contarnos los pasos ni avisarnos del peso. Llevábamos grabado en la memoria muscular cómo se movía el cuerpo del otro, cuánta fuerza podía ejercer, cuándo tocaba girar y cuándo parar.

Dejamos la mesa en su nueva posición con un golpe sordo.

—Ahí —dijo Nicolás, sacudiéndose el polvo invisible de las manos —. Ahora la luz principal de la tarde será pura luz lateral. Perfecta. Dorada y suave.

—Y Lucas conservará intactas sus retinas para la luna de miel — añadí, cruzándome de brazos con aire satisfecho.

Nos quedamos parados en silencio, uno al lado del otro, hombro con hombro, admirando el resultado de nuestra pequeña obra conjunta. El silencio que se instaló entre nosotros esta vez no era cortante y afilado como el de la cena, ni asfixiante y denso como el de la terraza. Era... eléctrico. Zumbante. Era el calor residual de una máquina muy compleja y potente que acaba de funcionar a la perfección después de llevar años desenchufada.

Por un segundo, solo por un fugaz y minúsculo segundo, me olvidé de que lo odiaba con todas mis fuerzas. Me olvidé de la huida cobarde, del dolor sordo y de los mensajes sin responder. Por un instante suspendido en el tiempo, solo éramos Nico y Val. El *Dream Team*. El equipo imbatible resolviendo los problemas estructurales que los demás ni siquiera eran capaces de ver.

Sentí el peso de su mirada quemándome el perfil de la cara. Me giré despacio.

Nicolás me estaba mirando, pero no estaba escrutando mi cuerpo, ni la abertura de mi top asimétrico, ni mis piernas. Me miraba a los ojos con una intensidad brillante y abrumadora. Una mezcla letal de admiración profesional y una nostalgia tan profunda que amenazó con cortarme la respiración.

—Sigues siendo muy rápida, Torres —murmuró, con la voz tan baja y ronca que solo yo pude oírlo por encima del sonido del mar.

Mi corazón dio un vuelco estúpido, acelerándose de forma traicionera contra mis costillas.

—Y tú sigues suplicando en silencio que alguien te corrija los grados de inclinación, Rivas —repliqué por puro instinto.

Pero mi voz salió sin una sola gota de veneno. Salió suave. Rota. Peligrosa al exponer mi debilidad.

La sonrisa de Nicolás se ensanchó un milímetro, iluminándole la cara de una forma que hacía que me doliera mirarlo. Dio un paso hacia mí, invadiendo y rompiendo por completo mi burbuja de espacio personal de seguridad.

—Quizás... —susurró, bajando la cabeza hasta que nuestros rostros estuvieron a centímetros—. Quizás solo necesito tener a la persona adecuada a mi lado para que me corrija.

La alarma de peligro empezó a sonar a todo volumen en mi cabeza. Estábamos demasiado cerca. Respirando el mismo aire. Demasiado sincronizados. Si me quedaba atrapada en la gravedad de sus ojos oscuros un solo segundo más, iba a bajar la guardia por completo. Y si bajaba la guardia, él me destrozaría el corazón en mil pedazos. De nuevo.

Me aclaré la garganta con brusquedad y di un paso atrás de golpe, rompiendo el momento en mil pedazos.

—Bueno —anuncié en voz alta, girándome hacia Sofía y volviendo a mi papel de profesional eficiente—. Asunto resuelto. Carpas descartadas, orientación perfecta y retinas del novio a salvo. ¿Qué es lo siguiente en la lista de desastres, Elena? Tengo una llamada importante con los proveedores de Madrid a las once en punto y no pienso llegar tarde.

Vi por el rabillo del ojo cómo la expresión suave de Nicolás se borraba en el acto. La máscara de frialdad y cinismo volvió a caer sobre sus rasgos endurecidos como un pesado telón de acero cerrándose en un teatro vacío.

Pero ya lo había visto. Había visto la grieta en su seguridad.

Y lo peor de todo, lo que me aterrorizaba hasta la médula, es que sabía que él también se había asomado de lleno a mi miedo.

Capítulo 5

Valeria

Nunca me ha gustado demasiado la ropa de verano.

Siempre me ha parecido que te deja con una vulnerabilidad absurda, obligándote a enseñar mucha más piel de la que te gustaría cuando tu único deseo es pasar inadvertida. En invierno puedes esconderte bajo las capas de un abrigo de lana enorme y nadie tiene por qué saber qué pasa por tu cabeza o qué complejos esconde tu cuerpo.

Pero en el Caribe, a treinta grados a la sombra y con una humedad del ochenta por ciento, no tienes muchas opciones. O te quitas la ropa, o te derrites.

Y aquel día, el sol de Punta Cana parecía decidido a no darnos ni un segundo de tregua.

Sofía había insistido en alquilar un barco para ir a Cala Escondida, una pequeña bahía salvaje a la que solo se podía acceder por mar. Según ella, era el lugar perfecto para reconectar y relajarse antes de que empezara la locura de la boda. Según yo, era una pesadilla de arena, salitre, sudor y cuerpos a medio vestir de la que no había escapatoria posible.

Me ajusté las gafas de sol y clavé la vista en el horizonte turquesa desde la proa de la lancha motora, haciendo un esfuerzo inmenso por ignorar el hecho de que Nicolás estaba sentado a escasos dos

metros. Estaba recostado contra los asientos de cuero blanco, con las piernas abiertas y una cerveza helada en la mano, riéndose a carcajadas de algo que acababa de decir Lucas.

Yo llevaba puesto un bikini de color terracota. Un tono óxido, casi cobrizo, que se fundía a la perfección con el color de mi pelo y hacía que mis ojos verdes resaltaran como dos semáforos en ámbar. Era minúsculo. Dos simples triángulos de tela en el pecho y una braguita atada con lazos finos en las caderas.

Me sentía desnuda. Me sentía ridícula. Y, por la forma en que Nicolás había dejado de hablar a mitad de una frase, tragando saliva con tanta fuerza que se le marcó la nuez cuando me quité el vestido playero al subir al barco, supe que el traje de baño estaba cumpliendo su función de desestabilizarlo.

—¡Llegamos al paraíso! —gritó el capitán dominicano, cortando el motor de golpe.

La lancha se detuvo en una cala de agua tan irreal y cristalina que parecía retocada con un filtro de Instagram. Enormes rocas grises y afiladas flanqueaban la arena blanca, creando una media luna de aislamiento total del resto de la isla.

—¡Al agua, patos! —gritó Sofía, saltando por la borda con un chapoteo enorme.

Lucas fue detrás de ella sin pensárselo. Yo, en cambio, me tomé mi tiempo. Me apliqué protector solar en los brazos y las piernas con movimientos lentos y calculados, ganando tiempo para mentalizarme.

Por el rabillo del ojo, vi a Nicolás levantarse. Llevaba una camiseta de tirantes blanca, de esas viejas y desgastadas por los lavados.

Agarró el dobladillo por la cadera y tiró de la tela hacia arriba en un solo movimiento fluido, pasándosela por la cabeza.

Mi respiración se detuvo en seco.

Sabía que estaba en buena forma. Lo había notado bajo la camisa de lino en el hotel. Pero verlo así, al natural... verlo fue una historia muy distinta.

Su torso desnudo emergió bajo el sol abrasador como una revelación. Estaba curtido por el sol, definido y duro, con esa musculatura compacta y real de quien no se mata frente al espejo del gimnasio, sino que carga peso y trabaja con las manos en la vida real.

Pero no fueron sus abdominales lo que hizo que se me secara la boca. Fue la tinta.

Su espalda era un lienzo sin espacios en blanco. Un enorme tigre de estilo japonés, trazado con sombras oscuras, trepaba por su omóplato derecho. Las garras estaban marcadas en la piel y la mirada feroz del animal cubría casi toda la zona dorsal. Era arte puro, salvaje y de una potencia hipnótica.

En su costado derecho, justo sobre las costillas, había otro tatuaje más pequeño. Unas coordenadas geográficas escritas con una tipografía de máquina de escribir antigua.

Y cruzando en diagonal esas coordenadas, rompiendo la armonía de la tinta negra, había una cicatriz. Una línea blanquecina, irregular y fea, de unos diez centímetros de largo. Parecía la marca de un corte profundo, curado a las malas; quizás de un accidente grave en una obra, quizás de una caída aparatosa.

¿Cuándo se hizo eso? ¿Cómo se lo hizo? ¿Había alguien cogiéndole la mano cuando le dolió? Las preguntas me golpearon el

pecho con fuerza. Me di cuenta, con una punzada de dolor agudo e inesperado, de que ya no conocía su cuerpo. Ese mapa que yo creía haber memorizado con mis propios dedos hace cuatro años tenía ahora carreteras nuevas y zonas que yo desconocía por entero.

Nicolás me pilló mirando. Por supuesto que el muy cabrón lo hizo.

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos a través de la pequeña cubierta del barco. No sonrió con arrogancia. No hizo ningún gesto de burla ni levantó una ceja. Solo se quedó de pie en silencio, dejando que el sol se reflejara en su pecho sudoroso y en la cicatriz blanca de su costado, permitiéndome ver de primera mano todo lo que me había perdido durante mi ausencia.

Bajé la mirada de golpe, con las mejillas ardiendo, avergonzada por mi propia hambre visual, y salté al agua antes de que él pudiera abrir la boca para decir nada.

El choque térmico fue un alivio bendito. El agua estaba fresca, salada y limpia. Me sumergí hasta tocar el fondo de arena fina, dejando que el silencio azul y pesado me envolviera, deseando con todas mis fuerzas poder quedarme allí abajo, donde nadie podía verme temblar como una idiota.

Cuando por fin me faltó el aire y salí a la superficie, el grupo ya estaba nadando hacia la orilla. Nicolás estaba ayudando a Sofía a cargar la pesada nevera portátil por encima de las olas.

Me quedé atrás a propósito, flotando boca arriba. Necesitaba espacio. Necesitaba aire sin su perfume.

Nadé hacia el extremo derecho de la cala, alejándome de la playa, hacia donde un grupo de rocas oscuras formaba una especie de barrera natural contra mar abierto. Quería estar sola. Quería que el

mar se llevara esa presión asfixiante que se me instalaba en el pecho cada vez que él respiraba cerca de mí.

Me agarré a la piedra rugosa de una de las rocas para descansar, dejando que las piernas flotaran a la deriva. El oleaje me mecía con suavidad. Cerré los ojos e incliné la cara hacia los rayos del sol.

—Valeria.

Abrí los ojos de golpe, asustada.

La voz de Nicolás resonó a escasos tres metros. Pisaba el fondo de arena, con el agua turquesa llegándole justo por debajo de la cintura. Las gotas resbalaban por sus pectorales tensos y se perdían en la cinturilla de su bañador negro.

—¿Qué quieres? —escupí. Mi voz sonó rasposa por la sal.

—Te has alejado mucho del barco. Hay corrientes submarinas fuertes cerca de estas rocas.

—Sé nadar muy bien, Nicolás. No necesito un socorrista. Y mucho menos uno que se ahoga en un vaso de agua cuando las cosas se ponen difíciles.

Vi cómo apretaba la mandíbula y entrecerraba los ojos ante el insulto directo, pero no retrocedió ni un milímetro.

—No seas inmadura. Vuelve a la orilla con el grupo. Lucas va a abrir la primera botella de champán.

—No quiero champán. Quiero que me dejes en paz. ¿Es eso tan difícil de procesar para tu cerebro?

Me solté de la roca con brusquedad, impulsándome con fuerza para alejarme de él, dispuesta a nadar hacia la zona más profunda del laberinto de piedras.

Fue un movimiento estúpido. Una imprudencia absoluta. La corriente era muchísimo más fuerte y traicionera de lo que parecía

desde la superficie. Una ola repentina me golpeó de frente, empujándome hacia atrás con violencia justo cuando yo intentaba avanzar.

Perdí el control y el equilibrio.

Mi pierna izquierda chocó de lleno contra una roca sumergida y afilada que no había visto bajo la espuma. Sentí el rasguño abrasador antes de procesar el dolor. Fue un ardor agudo y eléctrico, como si me hubieran pasado un hierro al rojo vivo, que recorrió la parte externa de mi muslo desde la cadera hasta la rodilla.

Solté un grito ahogado de sorpresa y tragué una bocanada de agua salada. El dolor punzante me paralizó los músculos por un segundo. Intenté patalear para salir a flote, pero el escozor al mover la pierna en el agua marina era insoportable.

—¡Valeria!

Oí el chapoteo furioso de alguien rompiendo el agua a toda velocidad. Antes de que pudiera hundirme bajo la siguiente ola o intentar recuperar el aliento, unos brazos fuertes y sólidos me rodearon la cintura por la espalda.

El contacto de su piel caliente contra la mía, a pesar de estar bajo el agua, fue un *shock* térmico mil veces mayor que el del océano. Nicolás me pegó contra su pecho desnudo, su brazo izquierdo rodeándome como un torno de hierro, manteniéndome a flote con una facilidad pasmosa.

—¿Estás bien? ¿Qué coño ha pasado? —Su voz sonaba ronca y cargada de un terror genuino contra mi oreja mojada.

—Me he... me he dado un golpe con algo —balbuceé, tosiendo agua y agarrándome a su antebrazo por puro instinto de

supervivencia. El dolor en la pierna palpitaba al mismo ritmo acelerado que mi corazón—. Suéltame, joder, puedo nadar sola.

—Ni se te ocurra decir tonterías ahora.

No me soltó. Me arrastró hacia la orilla de arena blanca con una fuerza insultante, nadando sin descanso con un solo brazo mientras me mantenía pegada contra él para protegerme del oleaje. Sentía los latidos desbocados de su corazón golpeando contra mi espalda desnuda. Sentía la dureza de su pecho en mis omóplatos, el roce constante de sus piernas musculosas contra las mías bajo el agua.

Cuando llegamos a la zona donde hacíamos pie, no se detuvo. Me cogió en brazos. En volandas. Como si fuera una novia frágil cruzando el umbral de su casa, o la víctima indefensa de un naufragio.

—¡Nicolás, bájame ahora mismo! —protesté, golpeándole el hombro mojado con el puño—. ¡Todos nos están mirando desde la arena! ¡Puedo andar!

—Cállate y estate quieta, Valeria. Estás sangrando.

Paré de forcejear y miré hacia abajo. Un hilo de sangre roja, brillante y que encendía todas las alarmas, bajaba por mi muslo izquierdo, tiñendo de rosa el agua que goteaba de mi piel. Me quedé muda de golpe.

Salió a la arena seca, ignorando las miradas, y me depositó con un cuidado infinito sobre su enorme toalla oscura, lejos de la arena ardiente. Sofía y Lucas corrieron hacia nosotros con caras de pánico, pero Nicolás los frenó en seco levantando una mano.

—Traed agua y el botiquín de primeros auxilios del barco. Rápido —ordenó, sin apartar la vista de mi pierna.

Su tono de voz no admitía réplicas ni debates. Era la autoridad incuestionable de alguien acostumbrado a mandar en una obra cuando hay un accidente laboral.

Se arrodilló en la arena, encajándose entre mis piernas abiertas. El mundo entero se redujo por arte de magia a ese metro cuadrado de toalla de algodón.

—Déjame ver —pidió. Su voz había bajado varias octavas, convirtiéndose en un susurro ronco y concentrado.

—Es solo un rasguño —dije, encogiéndome e intentando cubrirme con las manos.

Me sentía muy expuesta. Vulnerable hasta el extremo bajo su escrutinio. Mi minúsculo bikini terracota parecía inexistente ante sus ojos.

Nicolás apartó mis manos con suavidad, pero con una firmeza inquebrantable.

Sus dedos, fríos por el agua del mar, tocaron mi piel, que ardía por la mezcla del sol y la herida. El corte era feo. Una línea irregular y dentada en la parte externa del muslo, bastante alta, rozando la cadera. El coral de la roca me había rasgado la piel como papel. Sangraba a borbotones, pero no parecía lo bastante profundo como para necesitar puntos.

Nicolás frunció el ceño. Esa pequeña arruga de concentración y preocupación apareció justo en el puente de su nariz, entre sus cejas.

Esa expresión... Dios santo, esa expresión iba a matarme.

La había visto mil veces cuando yo tenía cuarenta de fiebre en la universidad, o cuando estaba a punto de llorar por el estrés de las

entregas de proyectos. Era la cara exacta del hombre que me cuidaba y me protegía del mundo.

Lucas llegó corriendo, sin aliento, y le tendió una botella grande de agua mineral. Nicolás la cogió al vuelo.

—Va a escocer bastante, Val. Aguanta —advirtió, levantando la cabeza para mirarme directo a los ojos. Sus iris negros estaban llenos de una intensidad protectora que me hizo temblar mucho más que el frío del agua.

Vertió el chorro de agua dulce sobre la herida abierta.

Siseé de dolor, cogiendo aire por los dientes, arqueando la espalda y clavando los dedos en la toalla hasta que me dolieron las uñas. Como un resorte, la mano libre de Nicolás se posó sobre mi otro muslo sano. Apretó la carne con firmeza, frotando con el pulgar, anclándome a la tierra para que no me moviera. Un gesto de consuelo tan instintivo y natural que me rompió por dentro.

—Ya está, ya está... respira —murmuró, como si le hablara a un animal asustado o a una niña pequeña.

Sacó una gasa cuadrada del botiquín y empezó a limpiar los restos de sangre y arena con una delicadeza que contradecía el tamaño de sus manos grandes y callosas. Sus dedos rozaban casi al límite mi piel cerca del lazo de la braguita del bikini. Era un contacto en teoría médico y aséptico... y a la vez, era lo más íntimo que habíamos compartido en los últimos cuatro años.

Sentí un nudo del tamaño de un puño cerrándome la garganta.

No era por el dolor físico. Era algo mucho peor. Era la forma en la que me trataba. Me tocaba como si yo estuviera hecha de cristal soplado. Como si fuera la cosa más valiosa y frágil que había sostenido en su vida.

Si me hubiera echado la bronca a gritos por ser una cabezota imprudente en el agua, habría podido soportarlo y devolverle los gritos. Si se hubiera burlado de mi torpeza con una sonrisa chula, habría podido odiarlo un poco más.

Pero esta gentileza... esta preocupación muda y palpable... esto derrumbaba todo mi autocontrol. Esto me recordaba a la fuerza por qué me había enamorado hasta la médula de él a los veinte años. Y me recordaba por qué dolió tanto, tantísimo, cuando desapareció de mi vida.

Nicolás terminó de limpiar y secar la herida a golpecitos y levantó la vista.

Nuestros rostros estaban a escasos centímetros. Podía ver las gotas de agua salada atrapadas en sus pestañas oscuras. Podía ver la extraña cicatriz blanca en sus costillas, subiendo y bajando a trompicones con su respiración agitada.

—Val... —empezó a decir. Su voz estaba cargada de peso, llena de todas esas cosas acumuladas que no debíamos ni podíamos decirnos.

El pánico me invadió de golpe. Pánico puro, blanco y cegador.

Si seguía mirándome de esa manera, con esa devoción rota, iba a echarme a llorar como una magdalena. Iba a romperme en mil pedazos delante de él, de Sofía, de Lucas y de toda la puta playa. Iba a abrir la boca y confesarle en voz alta que todavía lo necesitaba para respirar.

—No —susurré, con la voz ahogada por el miedo.

Lo empujé.

Puse ambas manos planas contra su pecho mojado y desnudo, justo sobre la tinta de ese tatuaje nuevo y desconocido, y lo empujé

hacia atrás con todas las fuerzas que me quedaban.

—¡Suéltame! —grité. El sonido salió mucho más fuerte, agresivo y desesperado de lo que pretendía.

Nicolás perdió el equilibrio y se fue hacia atrás, sorprendido por el empujón brusco, cayendo sentado sobre la arena blanca. Me miró desde el suelo con una mezcla de confusión, sorpresa y un dolor profundo y callado en los ojos.

Me levanté sin pensar, ignorando el pinchazo agudo en el muslo al apoyar el peso. Agarré mi vestido playero de la bolsa y me lo puse por la cabeza con un temblor incontrolable en las manos. Quería cubrir mi cuerpo, cubrir la herida sangrante, cubrir todo lo que me hacía sentir débil frente a él.

—Estoy bien —anuncié, dirigiéndome a Sofía y Lucas, que nos miraban con la boca abierta a un par de metros—. Es solo un corte de nada con una roca. Puedo curarme yo sola en el hotel. Dejadme en paz.

Me di la vuelta y eché a andar hacia las rocas más lejanas de la orilla, arrastrando un poco el pie, dándole la espalda a Nicolás.

No quería ver su cara de confusión. No quería ver la cicatriz de su costado. Y, sobre todo, no quería bajo ningún concepto que viera que sus manos, esas manos grandes y fuertes que me acababan de curar con tanta ternura, seguían siendo las únicas en el mundo capaces de romperme en mil pedazos.

Capítulo 6

Valeria

El silencio en la suite nupcial era denso y pesado, solo roto por el zumbido constante del aire acondicionado y el sonido lejano de las olas rompiendo contra la costa.

Me encontraba de pie sobre una pequeña tarima circular, rodeada por un batallón de espejos de cuerpo entero, conteniendo la respiración mientras la modista del hotel —una mujer dominicana encantadora llamada Rosa— ajustaba el dobladillo de mi vestido de dama de honor con una atención impecable.

—Quieta, mi niña —murmuró Rosa, con la boca llena de alfileres —. Si te mueves un milímetro, te pincho.

Hice un esfuerzo consciente por ralentizar mi pulso y convertirme en una estatua de mármol.

El vestido era... bueno, por mucho que me costara, tenía que admitir que Sofía tenía un gusto exquisito. Para una boda formal en la playa, había elegido un diseño en seda satinada color verde salvia que era pura arquitectura textil. No era el típico vestido vaporoso y bohemio. Era una pieza estructurada con un cuerpo tipo corsé sin tirantes que se ceñía a mi cintura y a mis costillas como una segunda piel, esculpiendo la figura al milímetro. La falda caía recta y pesada hasta el suelo, con un drapeado asimétrico y elegante en la cadera. El toque final era un fular de la misma seda fría que rodeaba

mi cuello con suavidad, sin ataduras, y caía libre por mi espalda desnuda como una cascada de agua hasta rozar la alfombra.

Me giré con una lentitud calculada para verme el perfil en el espejo principal.

El verde salvia hacía que mi pelo cobrizo, recogido en un moño bajo y con un desorden estudiado a propósito, pareciera fuego líquido. El corsé realzaba mis formas de una manera que me hacía sentir poderosa, inalcanzable, y la capa trasera añadía un movimiento dramático con cada respiración. Quería creer que esa tela iba a ser suficiente para darme seguridad.

Casi no me reconocía.

—Listo el bajo —anunció Rosa, poniéndose de pie con un sonoro crujido de rodillas—. Solo me falta subir la cremallera de la espalda del todo. Se resiste en los últimos centímetros porque el corsé va muy justo para hacer la forma bonita. Voy a buscar el costurero grande a la otra habitación; necesito un poco de cera para que el metal deslice bien. No te muevas.

—Aquí te espero —dije, exhalando por fin un poco de aire.

Rosa desapareció por la doble puerta que conectaba con la inmensa sala de estar de la suite, dejándome a solas frente a mi propio reflejo.

Me miré a los ojos. Había sombras oscuras y delatoras bajo ellos que ni el corrector de maquillaje más caro había podido tapar del todo. Las noches en vela, escuchando el agua de la ducha de Nicolás y oliendo el humo de su tabaco al otro lado de la pared, me estaban pasando una factura carísima.

Me llevé las manos a la espalda, arqueando los brazos en una postura incómoda, intentando alcanzar el pequeño tirador de la

cremallera invisible que se había quedado atascada a mitad de mi columna vertebral.

—Maldita sea —susurré, tirando hacia arriba en vano. Mis dedos resbalaban una y otra vez sobre el metal minúsculo.

Y en ese preciso instante, la puerta principal de la suite se abrió de golpe.

—Lucas, tío, te dejaste el móvil en la barra del bar y está sonando como si...

La voz grave se cortó en seco. El sonido de la puerta de madera cerrándose fue suave, casi un roce, pero en el silencio absoluto de la habitación, sonó a un portazo ensordecedor.

Me quedé petrificada, con los brazos aún torcidos tras mi espalda en una postura ridícula. A través del espejo central, vi la figura de Nicolás.

Estaba parado en el umbral de la habitación, con una mano aún apoyada en el pomo dorado de la puerta y la otra sosteniendo un iPhone ajeno que vibraba en silencio. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta gris de manga corta que se ajustaba a sus bíceps tatuados como un guante a medida. Tenía el pelo revuelto por el viento y esa expresión de despiste encantador que solía poner en Madrid cuando entraba en el aula equivocada en la universidad.

Pero la expresión de despiste se evaporó en la misma fracción de segundo en que sus ojos encontraron mi reflejo en el cristal.

Se quedó clavado en el sitio. Inmóvil. Dejó de respirar.

Vi a través del espejo cómo su mirada viajaba por mi cuerpo. Recorrió la seda verde del corsé que me estrangulaba la cintura, bajó por la caída del drapeado de la cadera, y luego subió despacio.

Con una lentitud agónica. Su mirada se detuvo de golpe en mi espalda desnuda, enmarcada por la caída simétrica del fular, justo donde la cremallera medio abierta dejaba ver un triángulo pálido de piel que él no debería estar viendo.

Su nuez subió y bajó. Un trago seco, áspero, visible incluso a tres metros de distancia.

—Joder —susurró.

La palabra flotó en el aire frío de la habitación, cargada de una reverencia casi profana. No era una exclamación casual. Era una puta oración.

La lógica me gritaba que debía haberme tapado en el acto. Debería haber cogido la bata de toalla que estaba tirada en el sofá blanco y haberme cubierto los hombros. Debería haberme dado la vuelta y haberle gritado indignada que saliera de allí.

Pero no me moví. No pude hacerlo. Mis pies descalzos parecían soldados al suelo de la tarima. Bajé los brazos despacio, rindiéndome con la cremallera, dejándolos caer a los lados de la falda.

Mantuve su mirada a través del espejo.

Esta vez no lo hice con desafío. No usé el orgullo, el sarcasmo ni la frialdad en los que me había refugiado durante estos días. Lo miré con una vulnerabilidad cruda, silenciosa y aterradora que me asustó a mí misma.

Por primera vez en cuatro años, dejé de esconderme. Dejé que me viera de verdad.

—Buscas a Lucas —dije, aunque mi voz salió apenas como un hilo roto y ronco.

Nicolás parpadeó despacio, como si estuviera saliendo a la fuerza de un trance profundo, pero no apartó la vista de mi reflejo ni un milímetro. Dio un paso lento hacia el interior de la habitación, soltando por fin el pomo de la puerta.

—Me dio la tarjeta magnética de su suite en el bar... pensé que estaba aquí vistiéndose —murmuró, avanzando hacia mí con la cautela de quien se acerca a un animal asustado.

—Está en la terraza grande con Sofía y el fotógrafo —informé.

Mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que sentí cómo las ballenas rígidas del corsé se clavaban en mis costillas.

—Ya veo.

Se detuvo justo detrás de mí, a los pies de la pequeña tarima. No me tocó. No hizo el amago de levantar las manos, pero sentí el calor abrasador de su cuerpo irradiando contra mi espalda desnuda, colándose justo por el hueco abierto entre las dos caídas de tela de la capa.

Estaba tan cerca que podía respirarlo: sándalo, un ligero rastro de tabaco negro y esa electricidad estática y asfixiante que siempre nos rodeaba cuando estábamos a solas.

En el espejo de cuerpo entero, éramos un cuadro de contrastes absolutos. Él, oscuro, tatuado, vestido con ropa de calle desgastada. Yo, envuelta en seda verde pálida, escultural, pulida y brillante. El caos y el orden a punto de colisionar.

Nicolás clavó sus ojos, oscuros como pozos, en los míos a través del cristal.

—Estás... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza con un gesto seco como si las palabras se le atascaran en la garganta—. Estás increíble, Valeria. El vestido... es una puta obra de arte.

El elogio, dicho con esa voz grave y sin un gramo de cinismo, me golpeó mil veces más fuerte que cualquier insulto que pudiera haberme lanzado. Me mordí el labio inferior con fuerza, traicionada por mis propios nervios.

—La cremallera se ha atascado —confesé, en un susurro a duras penas audible.

Era una excusa barata, patética, para justificar por qué seguía allí parada, dándole la espalda sin echarle a patadas de la habitación.

Nicolás bajó la vista desde mis ojos hacia mi columna vertebral, fijando la mirada exacto en el punto donde el pequeño metal brillaba atascado contra mi piel pálida.

—Déjame ver.

Levantó las manos despacio. Vi sus dedos en el espejo. Dedos grandes, nudillos fuertes, palmas callosas, con las líneas de tinta negra asomando por debajo de las mangas cortas de la camiseta. Se acercaron a mi espalda con una lentitud tortuosa, agónica.

Cuando el roce de sus nudillos barrió por accidente la piel hipersensible de mi espalda baja, contuve el aliento con un jadeo sordo. Su tacto no era piel; era fuego puro.

—Ha pillado un poco de la tela del forro interior —murmuró él, concentrando toda su atención en la minúscula cremallera. Su voz vibró muy cerca de mi oído, grave y profunda, erizándome el vello de la nuca—. Quieta. Voy a intentar soltarlo sin romper la seda.

No habría podido moverme aunque de ello dependiera mi vida.

Estaba paralizada por completo, dominada por la sensación abrumadora de sus dedos largos rozando mi piel, manipulando el pequeño tirador metálico con una destreza que me mareaba. Sentí

el golpe de su respiración exhalando contra mi hombro desnudo. Era un aliento cálido. Lleno de irregularidades.

Nicolás tiró con suavidad de la tela interior para liberarla. Al hacerlo, el dorso de sus dedos acarició el surco de mi columna vertebral, subiendo vértebra a vértebra, provocando una cascada de escalofríos eléctricos que me sacudió entera.

Con un movimiento preciso y un tirón limpio, liberó el atasco. Despacio, milímetro a milímetro, empezó a subir la cremallera.

El sonido metálico del cierre deslizándose hacia arriba sonó como un estruendo en el silencio sepulcral de la habitación. A medida que subía, la seda del corsé se ceñía aún más a mi cuerpo, apretándome los pulmones, y sus dedos subían con él, trazando una línea de fuego abrasador por mi espalda hasta llegar al tope, justo debajo del fular.

Había terminado. Pero no se apartó.

Sus manos bajaron unos centímetros y se posaron con una firmeza devastadora en la curva de mi cintura, directas sobre la seda verde y tensa. Su pulgar derecho se movió, acariciando mi costado en un movimiento lento, cargado de un dolor inconsciente y de un deje posesivo que me cortó la respiración.

Se quedó allí, de pie detrás de mí, anclándome al sitio, mirándonos a los ojos en el espejo.

Yo no aparté la mirada. Mis ojos verdes estaban clavados en los suyos, negros y con las pupilas tan dilatadas que casi habían devorado el iris. El aire era tan espeso que costaba respirarlo. Había una pregunta flotando entre nosotros. Una pregunta muda y llena de peligro.

¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de cuando te vestía antes de las fiestas de la facultad? ¿Te acuerdas de cuando te arrancaba la ropa al volver a casa?

—Val —susurró, con la voz rota por completo.

Sin pensar, sin racionalizar, me incliné hacia atrás. Apenas un milímetro. Hacia él. Hacia el imán de su calor corporal. Mi cuerpo recordaba su forma, su olor y su tacto mil veces mejor que mi estúpido cerebro. Encajábamos. Seguíamos encajando a la puta perfección, maldita sea mi suerte.

—No deberías estar aquí, Nicolás —dije. Mi voz no tenía autoridad. No era una orden. Era una súplica débil y temblorosa de alguien a punto de rendirse.

—Lo sé —respondió él, acercándose otro milímetro más.

—Debería irme —añadió, en un susurro grave, mientras la tela áspera de su camiseta rozaba mi espalda desnuda y se convertía en una pared sólida y caliente a mis espaldas—. Debería dar la media vuelta en este mismo instante y salir corriendo por esa puerta.

—¿Entonces por qué no te vas?

—Porque no puedo dejar de mirarte —confesó. Las palabras salieron con una honestidad brutal, desprovistas de cualquier excusa —. Porque llevo cuatro putos años viendo tu cara cada vez que cierro los ojos para intentar dormir, Valeria. Y ahora que por fin te tengo delante... es como si pudiera volver a respirar.

El mundo entero se inclinó sobre su eje, mareándome. Sentí una punzada de dolor y de esperanza tan aguda en el centro del pecho que casi me dobla por la mitad.

Dímelo, quise gritarle al espejo. *Dime por qué te fuiste aquella noche. Dame una sola razón válida para que pueda perdonarte y*

dejar que me toques.

Nicolás bajó la cabeza milímetro a milímetro. Su nariz rozó mi pelo recogido, aspirando mi aroma con avidez. Sentí el calor húmedo de sus labios a un roce escaso de la piel desnuda de mi hombro. Si yo me movía un solo centímetro hacia atrás, me besaría la nuca. Si él se inclinaba un solo centímetro hacia adelante, me marcaría la piel para siempre.

Estábamos parados al borde mismo del precipicio. Un paso más, un solo aliento más, y caeríamos al vacío sin paracaídas.

—¡Listo! ¡Encontré la cera en el fondo del cajón!

La voz de Rosa, alegre, sonora y ajena a todo, rompió la burbuja de tensión con la violencia de un martillazo reventando un cristal.

Nicolás se separó de mí de un salto, soltándome la cintura como si la seda verde se hubiera convertido en ácido hirviendo. Yo di un traspié hacia adelante en la tarima, casi tropezando con el pesado bajo del vestido, y me llevé una mano plana al pecho en un intento a la desesperada por contener el corazón, que amenazaba con reventarme las costillas.

Rosa entró en la habitación con su enorme costurero de madera, tarareando una bachata. Se detuvo en seco, parpadeando al ver a Nicolás de pie junto a los espejos.

—¡Ay, Dios santísimo! —exclamó la modista, llevándose una mano a la boca, escandalizada—. Señor, usted no puede estar aquí bajo ningún concepto. ¡Da muchísima mala suerte ver los vestidos antes de la boda! ¡Fuera de aquí, rápido, fuera!

Nicolás ya estaba retrocediendo a zancadas hacia la puerta de salida. Su rostro era una mezcla caótica de pánico, deseo contenido

y compostura recuperada a la fuerza. Se pasó la mano por el pelo con dedos temblorosos, desordenándolo aún más.

—Lo... lo siento muchísimo —dijo, aclarándose la garganta ronca —. Buscaba a Lucas. Me he equivocado de puerta. Ya me iba.

Se detuvo con la mano en el picaporte y me miró una última vez antes de salir al pasillo. Fue una mirada rápida, casi furtiva, pero cargada de una intensidad tan animal que me dejó temblando sobre la tarima.

Sus ojos negros me prometieron algo muy claro: *Esto no ha terminado, Valeria*.

La puerta se cerró tras él con un clic sordo, llevándose todo el oxígeno de la habitación.

—Ay, de verdad, estos hombres —dijo Rosa entre risas, acercándose a mí e ignorando por completo la tormenta silenciosa que acababa de ocurrir en su probador improvisado—. Siempre andan perdidos por el hotel. Bueno, mi niña hermosa, vamos a ver esa cremallera rebelde... ¡Ah, caramba! ¡Pero si ya está subida del todo!

—Sí —murmuré, levantando la vista para mirar mi propio reflejo en el espejo.

Estaba irreconocible. Mis mejillas estaban teñidas de un rojo vivo. Mis pupilas seguían oscuras y dilatadas. Mi pecho subía y bajaba sin control. Parecía, sin lugar a dudas, una mujer que acababa de ser tocada por el fuego.

—Conseguí... conseguí subirla yo sola al final.

Pero era mentira.

Todavía sentía el fantasma ardiente de sus manos grandes agarradas a mi cintura. Todavía sentía su aliento en mi nuca. Y por

primera vez en cuatro larguísimos años de soledad, supe con una certeza que me aterrorizaba que el muro de control que había intentado levantar tenía una grieta profunda e irreparable.

Y Nicolás Rivas acababa de colarse por ella.

Capítulo 7

Valeria

El insomnio en el Caribe tiene una textura muy distinta al de la ciudad. Es pegajoso. Es denso y húmedo. Se te adhiere a la piel como una segunda capa de sudor que no puedes lavarte, por muchas vueltas que des en el colchón.

Eran las dos de la madrugada y las sábanas de hilo egipcio de mi cama se sentían como papel de lija contra mi piel desnuda. Llevaba dos horas mirando al techo en la penumbra, contando las aspas del ventilador de madera mientras giraban en un bucle hipnótico, intentando no pensar en el sonido de una cremallera. Intentando no pensar en el calor abrasador de los dedos de Nicolás subiendo por mi espalda.

—Imposible —bufé en voz alta, lanzando la almohada al suelo de madera con frustración.

Mi cerebro se negaba a apagarse. Sabía con total certeza que al otro lado de la fina pared, en la habitación 105, Nicolás estaba durmiendo. La simple idea de su respiración tranquila y acompasada mientras yo me consumía viva en ansiedad me resultaba de lo más irritante.

Necesitaba aire. Necesitaba moverme. Necesitaba salir a toda prisa de esa habitación.

Me levanté de la cama de un salto. No me molesté en buscar ropa «decente» en la maleta. Me puse unos *shorts* vaqueros viejos y deshilachados que usaba para limpiar mi piso en Madrid y una camiseta de tirantes blanca básica, sin sujetador debajo. Me solté el pelo, que se me pegaba a la nuca por el calor, y cogí las chanclas de goma con la mano.

Salí de la habitación descalza, cerrando la puerta con el mayor sigilo posible.

El complejo hotelero estaba sumido en un silencio sepulcral, solo roto por el canto rítmico y constante de los grillos y el susurro lejano de las olas rompiendo en la playa privada. Caminé sin rumbo por los senderos de piedra, iluminados a medias por balizas bajas, sintiendo el frescor de la humedad nocturna bajo las plantas de mis pies. Era una sensación agradable, casi primitiva, que me ayudó a anclar mi mente hiperactiva a la realidad.

Mis pasos me llevaron, por inercia, hacia la zona de la piscina principal. Era una inmensa lámina de agua negra y quieta que reflejaba la luz blanca de la luna llena como un espejo perfecto.

El *pool bar*, una estructura circular con techo de hoja de palma trenzada situada en el centro de una pequeña isla artificial, estaba cerrado a cal y canto. Las luces principales estaban apagadas, las persianas de bambú bajadas...

O eso creía.

Al acercarme al borde de la piscina, vi un resplandor tenue. Una luz cálida, pequeña e intermitente, parpadeando en el interior de la barra. Y oí un ruido. El tintineo agudo e inconfundible de cubitos de hielo golpeando contra el cristal.

Me detuve en seco, escondiéndome por instinto tras el grueso tronco de una palmera. ¿Un ladrón? ¿Un guardia de seguridad del turno de noche?

Entorné los ojos, afinando la vista en la penumbra hasta distinguir una figura alta trasteando con los hielos como si fuera el dueño del local.

Nicolás, por supuesto. ¿Quién si no iba a estar invadiendo propiedad privada y saltándose las normas del *resort* a las dos de la mañana?

Llevaba los mismos pantalones de lino oscuro de la cena, pero iba descalzo, al igual que yo, y con la camisa blanca desabrochada casi hasta el ombligo, las mangas remangadas hasta los codos. Estaba inclinado sobre la nevera industrial de las bebidas, sacando hielos con unas pinzas metálicas.

La indignación, mezclada con un alivio absurdo, superó mi prudencia. Salí de mi escondite detrás de la palmera y caminé en línea recta hacia la barra, con pasos silenciosos sobre la madera del *deck*.

—Sabes que eso es un delito tipificado, ¿verdad? —dije en voz alta, apoyando los codos en la barra desde el lado de los clientes.

Nicolás no se sobresaltó en absoluto. Ni siquiera se giró de inmediato para mirarme. Terminó de dejar caer dos cubitos de hielo en un vaso bajo de cristal ancho con un *clinc-clinc* de lo más satisfactorio.

Luego, levantó la vista despacio.

La luz de la pequeña vela aromática que había encendido sobre la barra (sí, había encendido una vela para robar alcohol, el muy

dramático) iluminaba su rostro desde abajo, marcando las sombras duras de sus pómulos y la línea oscura de su barba de varios días.

—Jefa —saludó él, esbozando una sonrisa perezosa de medio lado —. Me estaba preguntando cuánto tardarías en aparecer por aquí. Tu radar interno para detectar infracciones de las normas es una puta leyenda.

—No es un radar, Rivas. Es que haces ruido hasta cuando intentas ser sigiloso en mitad de la noche. —Señalé el vaso con la barbilla—. ¿Estás robando al hotel que pagan los novios?

—Digamos mejor que estoy tomando un préstamo a largo plazo por necesidad médica —corrigió él sin inmutarse, sirviendo un líquido ámbar y espeso en el vaso—. Además, he dejado un billete de cincuenta euros bajo la caja registradora. Creo que cubre de sobra un par de copas del mejor ron añejo dominicano.

—Sigues siendo imposible —resoplé, rodando los ojos hacia el techo de paja.

—Y tú sigues despierta —replicó él, suavizando el tono de voz de golpe.

Me miró de arriba abajo con lentitud. Se detuvo en mi camiseta de tirantes arrugada y en mis pies descalzos. No hubo lascivia ni provocación en su mirada esta vez, solo una curiosidad profunda y tranquila—. ¿Insomnio?

—El calor asfixiante de este sitio —mentí con descaro.

—Ya. El calor. Claro.

Nicolás cogió la botella de ron Brugal y sacó otro vaso limpio de debajo de la barra. Sin preguntarme si quería, echó dos hielos gruesos y sirvió una medida generosa. Deslizó el vaso por la madera pulida hasta que se detuvo justo frente a mis manos cruzadas.

—Tómatelo. Ayuda a apagar el cerebro. Y por la cara de agotamiento que traes, apostaría a que tu cabeza lleva trabajando horas extra desde la cena.

Dudé un segundo. La lógica me gritaba que debía dar media vuelta. Debería decirle que se metiera su ron robado por donde le cupiera y volver a la soledad de mi cama.

Pero la noche era suave. La lámina de la piscina brillaba invitándome a quedarme. Y la asfixiante soledad de mi habitación me pareció de repente mucho más insoportable que la compañía de este delincuente encantador y ruinoso.

Rodeé la barra con pasos lentos y me senté en uno de los taburetes altos de bambú, al lado de donde él estaba de pie. Cogí el vaso frío. El hielo tintineó entre mis dedos.

—Solo uno —advertí en tono severo.

—Solo uno —prometió él, alzando su propio vaso en el aire.

Brindamos en silencio, con un choque suave de cristales, y bebí un trago largo. El ron añejo quemó al bajar por mi garganta, un fuego agradable y dulce que se asentó de golpe en mi estómago vacío y relajó mis músculos en tensión.

Durante unos largos minutos, no nos dijimos nada. Solo existía el sonido rítmico del agua de la piscina lamiendo los bordes de piedra y una melodía muy, muy suave que venía de algún lado cercano.

Miré alrededor buscando la fuente. El móvil de Nicolás estaba apoyado sobre la barra, con la pantalla hacia abajo para que la luz no molestara, reproduciendo música a un volumen mínimo, casi imperceptible.

Reconocí la melodía y la voz al instante. *Cornerstone* de los Arctic Monkeys.

Una sonrisa involuntaria, nostálgica y amarga, tiró de las comisuras de mis labios antes de que pudiera frenarla.

—¿En serio? —pregunté, señalando el teléfono móvil—. ¿Sigues escuchando la misma lista de reproducción que tenías en 2013?

Nicolás se encogió de hombros, apoyando la cadera contra el interior de la barra y girándose hacia mí.

—Hay cosas que no pasan de moda, Val. Los clásicos son clásicos por una razón de peso. Son estructuras sólidas que aguantan el paso del tiempo. Pensé que a ti te gustaban las cosas que perduran.

El doble sentido flotó en el aire salado entre los dos, pero esta vez no tenía veneno oculto. Era suave. Era casi una confesión.

—Me gustan —admití en voz baja, trazando el borde húmedo de mi vaso con la yema del dedo—. Es solo que... sorprende bastante. Pensé que a estas alturas te habrías pasado al *techno* experimental berlinés o algo así de esnob. Ya sabes, para ir a juego con tu nueva y flamante vida de arquitecto vanguardista internacional.

Nicolás soltó una risa baja, gutural, mirando de hito en hito el líquido ámbar que quedaba en su vaso.

—Mi «nueva vida»... —repitió la frase arrastrando las palabras con una ironía amarga—. Suena muchísimo más glamuroso y épico cuando lo dices tú, con ese tono, que cuando lo vivo yo día a día.

—¿No es glamuroso? —Lo miré, con curiosidad real.

Por primera vez en cuatro años, el odio había desaparecido. No quería atacarle. Quería saber de él. Quería entender.

—He visto tus proyectos publicados en *Architectural Digest*, Nicolás. El hotel *boutique* integrado en la selva de Bali. El museo contemporáneo en Ciudad de México. Pareces el rey del mundo en esas entrevistas.

Nicolás suspiró. Un sonido pesado, cargado de un cansancio antiguo. Dejó el vaso en la barra de madera y se pasó ambas manos por la cara, frotándose los ojos con fuerza.

De repente, a la luz parpadeante de la vela, pareció diez años mayor. La máscara de arrogancia invencible se deslizó por completo, cayendo al suelo y dejando ver al hombre agotado hasta la médula que había debajo de la fama.

—Son solo fotos, Valeria. Las fotos siempre quedan bien con la luz adecuada. No se ve el polvo real, ni las discusiones a gritos con los contratistas locales, ni las malditas noches enteras durmiendo tirado en sillas de aeropuertos de conexión. —Se giró hacia mí, apoyando los dos codos en la barra para quedar exacto a la altura de mis ojos —. Llevo cuatro años viviendo dentro de una maleta. No tengo casa. Tengo un puto trastero alquilado a las afueras de Madrid lleno de cajas sin abrir y una colección triste de llaves magnéticas de hoteles.

Me quedé callada, sorprendida y desarmada por la honestidad brutal y descarnada de su confesión.

—Pero... eso es lo que querías, ¿no? —pregunté en un susurro, casi con miedo a romper la burbuja—. Libertad absoluta. Sin ataduras. Sin cimientos que te atraparan y te cortaran las alas.

Él levantó la cabeza y me miró a los ojos. La intensidad dolorosa de su mirada me dejó clavada en el asiento del taburete.

—Eso es lo que yo creía que quería con veinticuatro años. Pero te juro que la libertad, cuando no tienes a nadie a quien llamar para compartirla... se parece demasiado a la pura soledad.

Mi corazón dio un vuelco doloroso, apretándose contra mis costillas. Conocía esa sensación. Dios mío, claro que la conocía. La saboreaba cada noche.

—Yo sí tengo casa —dije, casi en un hilo de voz, bajando la vista hacia mis manos entrelazadas sobre la barra—. Un piso precioso y reformado en el centro. Techos altos, molduras originales restauradas, suelo radiante. Todo perfecto. Todo en su sitio.

—Suena a ti —dijo él, con una sonrisa suave que le llegó a los ojos.

—Sí. Es muy yo. —Levanté la vista despacio y le sostuve la mirada en la penumbra—. Y está tan vacío que, a veces, cuando llego a casa cansada y dejo caer las llaves en la bandeja de la entrada, el eco me hace daño físico en los oídos.

Nicolás se quedó inmóvil.

Habíamos cruzado una línea invisible y sin retorno. Ya no estábamos hablando de arquitectura, ni de bodas, ni lanzándonos indirectas afiladas llenas de rencor. Estábamos enseñándonos las heridas abiertas. Estábamos admitiendo en voz alta que, a pesar de haber tomado caminos opuestos aquella noche hace cuatro años, los dos habíamos acabado naufragando en el mismo lugar: solos en la oscuridad.

El aire entre nosotros cambió de presión. Se volvió tan denso que costaba respirar, cargado de una gravedad nueva que nos atraía como imanes.

Nicolás extendió la mano derecha, cruzando el espacio de la barra milímetro a milímetro, hacia mi cara.

Me quedé quieta como una estatua. Sus dedos ásperos rozaron mi mejilla, apartando un mechón de pelo rebelde que se me había pegado a la piel por la humedad del Caribe. Su tacto fue tan suave, tan reverente, que me quemó. Su pulgar trazó la línea recta de mi

pómulo con una delicadeza que me dio unas ganas horribles de llorar allí mismo.

—Val... —susurró.

Su mirada bajó sin prisa desde mis ojos hasta mis labios entreabiertos, y luego volvió a subir, llena de un anhelo tan profundo y desesperado que me partió el alma en dos—. ¿Qué estamos haciendo? ¿Por qué seguimos peleando como enemigos si los dos sabemos que estamos igual de jodidos?

Su mano grande y pesada se demoró en mi piel. Era caliente. Era la textura exacta de lo que yo llamaba hogar.

Sería tan condenadamente fácil. Tan absurdamente fácil inclinarme un centímetro hacia su mano, cerrar los ojos para no pensar en el mañana y dejar que me besara. Dejar que borrara cuatro años de un invierno perpetuo con el fuego de ese calor caribeño.

Pero entonces, como un latigazo en mi cerebro, recordé la huida.

Recordé la sensación de despertar sola en nuestra cama de Madrid, rodeada de sus armarios vacíos. Recordé que Nicolás Rivas era un experto mundial en construir momentos mágicos para luego desaparecer en el aire cuando llegaba la cruda realidad.

Y su amabilidad... su amabilidad esta noche era muchísimo más peligrosa que su desprecio en la cena. Porque su amabilidad me obligaba a tener esperanza de nuevo. Y la esperanza era la única bala que podía matarme de verdad.

Me aparté de un tirón, girando la cara para romper el contacto físico. La mano de Nicolás se quedó suspendida en el aire, vacía y con un ligero temblor.

—No hagas eso —dije. Mi voz temblaba de rabia y de miedo a partes iguales.

Él frunció el ceño, confundido de verdad y dolido por mi rechazo repentino.

—¿El qué?

—No seas amable conmigo, Nicolás.

Me bajé del taburete de bambú de un salto, poniendo una distancia física de seguridad entre nosotros. Necesitaba salir de su campo de gravedad antes de estrellarme.

—No me mires de esa manera. No me toques con esa puñetera ternura.

—¿Por qué? —preguntó él, bajando también su vaso de golpe, dando un paso rápido hacia el borde de la barra, hacia mí.

—¡Porque es mentira! —estallé, retrocediendo hacia la oscuridad del jardín—. Porque eres un experto manipulador en hacerme sentir que soy especial justo antes de destrozarme la vida. Es mucho más fácil cuando te comportas como un capullo arrogante, Rivas. Es mil veces más fácil si puedo odiarte. Si eres amable... si me hablas así, me confundes el cerebro. Y no puedo permitirme el lujo de volver a estar confundida por ti. Nunca más.

—Valeria, por favor, escúchame. No voy a hacerte daño...

—Ya lo hiciste.

Me agaché y cogí mis chanclas del suelo, apretándolas contra mi pecho por puro instinto de protección.

—Estoy cansada de luchar para que luego me rompan el corazón, ya no más.

Me di la vuelta sobre mis talones y eché a andar casi a la carrera hacia la oscuridad de los jardines del hotel, mis pies desnudos

golpeando la madera del *deck* con fuerza.

Esperé que me siguiera. Una parte estúpida, masoquista y enamorada hasta los huesos de mí deseaba con todas sus fuerzas escuchar sus pasos detrás, que me agarrara del brazo en mitad de la noche, me girara hacia él y me gritara que no me iba a dejar ir jamás.

Pero no lo hizo.

Nicolás se quedó apoyado en la barra del bar, bajo la luz parpadeante de la vela, viéndome huir una vez más.

Y mientras me alejaba en la oscuridad, la canción de los Arctic Monkeys seguía sonando con suavidad a mis espaldas, llenando el silencio de la noche caribeña, burlándose con crueldad de los dos.

Tell me, where's your hiding place? I'm worried I'll forget your face...

Capítulo 8

Nicolás

Despertarse en el jodido paraíso debería sentirse mil veces mejor que esto.

Abrí los ojos con la sensación opresiva de que alguien me había rellenado el cráneo de cemento de secado rápido durante la noche. La luz del sol caribeño se colaba por las rendijas de las cortinas con una alegría que me pareció una ofensa personal, taladrándome las retinas sin piedad. Me pasé una mano áspera por la cara, notando la barba de varios días raspar contra mi propia palma.

Giré la cabeza hacia la mesilla de noche y miré la hora en el móvil. Las nueve y media de la mañana. Luego, muy despacio, desvié la mirada hacia la pared de mi derecha. La que daba directo a la cama de la habitación 104.

Silencio absoluto.

Me quedé ahí tumbado un minuto largo, mirando el pladur pintado de blanco como si de pronto hubiera desarrollado visión de rayos X, intentando detectar algún movimiento o algún sonido al otro lado. ¿Seguiría durmiendo? ¿O estaría ya despierta, mirando al techo igual que yo, dándole vueltas a la conversación que tuvimos anoche en la piscina?

«Es más fácil si eres un capullo, Rivas».

Su voz rota retumbaba en mi cabeza una y otra vez, mezclada con la resaca sorda del ron que había robado del bar. Valeria tenía razón, por supuesto. Ella siempre la tenía.

Ser un capullo era mi mecanismo de defensa predeterminado desde hacía cuatro años. Era el camino fácil. Era el puto camino seguro. Si eres un imbécil arrogante y egoísta, nadie espera nada bueno en absoluto de ti y, por lo tanto, no tienes el poder de decepcionar a nadie. En especial a ella.

Pero anoche... anoche estuve a un solo aliento de romper el guión que yo mismo había escrito. Cuando extendí la mano, cuando le aparté el mechón de pelo de la cara y vi esa soledad infinita reflejada en sus ojos verdes... una soledad que era el reflejo exacto de la mía... joder. Estuve a un maldito milímetro de pedirle perdón. De suplicarle. De tirarme de rodillas sobre la madera húmeda de la piscina si hacía falta, con tal de que me dejara tocarla.

Pero ella había huido. Otra vez. Y no podía culparla. Yo le había enseñado a hacerlo.

Me levanté de la cama de un salto con un gruñido sordo, sacudiéndome la vulnerabilidad de encima como un perro mojado. Necesitaba café. Mucho café negro. Y, sobre todo, necesitaba verla. Aunque fuera solo para que me mirara con ese odio frío y calculador en el que se refugiaba. Al menos, cuando me odiaba y me lanzaba veneno, me estaba mirando a mí.

Me metí bajo la ducha, abrí el agua fría al máximo durante dos minutos para espabilarme, y me puse lo primero que encontré: unos vaqueros limpios y una camiseta negra básica. No me molesté en peinarme ni en afeitarme. Me daba igual.

Bajé al restaurante buffet del hotel, La Palapa. Era un espacio abierto enorme, escandaloso, lleno de turistas quemados por el sol haciendo cola para las tortitas y familias con niños gritando. El olor mezclado a bacon frito, fruta tropical dulce y crema solar me revolvió el estómago en el acto.

Recorrí el salón con la vista por pura inercia. Mi instinto para localizar la presencia de Valeria Torres seguía calibrado a la puta perfección, intacto después de cuatro años de inactividad.

No tuve que buscarla. Mis ojos se fueron directos a su mesa como si ella fuera el único punto de luz en una habitación a oscuras.

Estaba sentada en una mesa pequeña cerca de la barandilla de madera, justo donde daba el sol de la mañana.

Pero no estaba sola.

Sentí un golpe físico, seco y brutal, en el centro del pecho. Celos. Celos puros, duros y corrosivos como el ácido de una batería.

Había un tío desayunando con ella.

Me detuve en seco junto a la estación de zumos naturales, agarrando un vaso de cristal vacío con tanta fuerza que temí hacerlo estallar en mi propia mano. Lo reconocí al instante. Alex. Lucas me lo había presentado de pasada ayer por la tarde en la playa. Ingeniero agrónomo. Amigo de Lucas del club de pádel de Madrid o alguna mierda sana y elitista por el estilo.

Era... perfecto. Esa fue la palabra exacta que me cruzó la mente, y me supo a bilis pura en la garganta.

Alex era el tipo de hombre que protagoniza los anuncios de seguros de vida felices. Rubio ceniza, peinado sin un solo pelo fuera de sitio incluso a las putas nueve de la mañana en el Caribe, con una camisa de lino azul cielo planchada al milímetro y sin una

arruga. Estaba inclinado hacia Valeria, sonriéndole con una dentadura de blancura artificial, ofreciéndole... ¿qué era eso? ¿Un cuenco con fruta cortada en forma de estrellitas?

Y lo peor de todo: Valeria se estaba riendo.

No era la risa tensa, irónica y cargada de reproches que tenía reservada para mí. No era la risa sarcástica que usaba como arma arrojadiza. Era una risa ligera. Fácil. Sin el peso del pasado. Llevaba el pelo cobrizo recogido en una coleta alta, unas gafas de sol apartadas sobre la cabeza y la cara limpia de maquillaje. Parecía relajada. Parecía... normal y feliz.

—Joder —murmuré entre dientes, dándoles la espalda de golpe para que no me vieran observarlos.

Me serví un café solo, hirviendo, y me quedé allí de pie, apoyado en la columna, torturándome en silencio mientras los observaba por el reflejo distorsionado de una cristalera.

Lucas me había contado la historia la noche que llegué. Salieron unos meses hace un par de años. «Es un buen tipo», me dijo Lucas, encogiéndose de hombros. «Valeria necesitaba a alguien estable después de... bueno, tú ya sabes. Después de todo».

Alguien estable. Alguien que no huye en mitad de la noche. Alguien que no tiene ataques de pánico tirado en el suelo del baño, ni desaparece del mapa dejándote sola con el alquiler y los sueños rotos.

Verlos juntos, desayunando al sol, era como mirar por el agujero de una cerradura a una realidad alternativa. La vida tranquila, ordenada y perfecta que Valeria debería haber tenido, y que habría tenido, si yo no hubiera aparecido en su camino para joderla por completo.

Alex era el orden y las hojas de cálculo. Yo era el caos y los folios arrugados. Alex era la estructura segura y cimentada. Yo era el puto terremoto de magnitud ocho.

En el reflejo del cristal, vi cómo Valeria le decía algo divertido y Alex, riendo, le tocó la mano por encima del mantel. Un roce suave, íntimo y cariñoso.

Y Valeria no se apartó. No retrocedió como se había apartado de mí anoche en la piscina, como si yo estuviera ardiendo. Solo le sonrió de vuelta.

Esa sonrisa dirigida a otro hombre me rompió algo por dentro que yo, como un idiota, creía que seguía entero.

La voz de mi conciencia, esa que rara vez escucho, me susurró que debería irme. Debería coger mi maldito café negro, subir por las escaleras a mi habitación vacía y dejarla en paz de una vez por todas. Si de verdad la quisiera, si tuviera un mínimo de decencia, la dejaría ser feliz con el Ingeniero Perfecto y sus camisas planchadas.

Pero el gran problema es que soy un egoísta de mierda.

Y el problema aún mayor es que, mientras miraba a Alex acariciarle el dorso de la mano, una voz oscura, cargada de un instinto salvaje y posesivo, rugió en mi cabeza tapando a mi conciencia: *Quita tus putas manos de ella. Ella no es tuya. Ella es historia mía.*

Tiré el vaso de café vacío a la papelera con rabia. A la mierda ser noble. A la mierda el guión.

Caminé en línea recta hacia su mesa. No fui de frente; tracé una curva depredadora, acercándome desde atrás, desde su ángulo muerto, para que no me vieran venir hasta que fuera demasiado tarde para huir.

—Buenos días por la mañana —dije al llegar a su altura, plantándome justo detrás de la silla de Alex, pero clavando mis ojos a fuego solo en Valeria.

Los dos se sobresaltaron. Valeria levantó la vista de su plato, y vi en tiempo real cómo su expresión relajada se tensaba como la cuerda de un arco a punto de disparar. La risa ligera desapareció por el sumidero. Sus ojos verdes se oscurecieron de golpe, pasando de «chica de vacaciones despreocupada» a «furia contenida y distante» en apenas medio segundo.

Eso me dolió en el ego, sí, pero también me dio una satisfacción oscura y retorcida que me alimentó el alma. Con él, ella estaba tranquila y apacible. Pero conmigo... conmigo estaba viva y en llamas.

—¡Hombre, Nico! —dijo Alex, dándose la vuelta con esa amabilidad de *Golden Retriever* bien adiestrado. Se levantó a medias de la silla para darme la mano—. Qué madrugador. No te había visto entrar. Siéntate, hombre, hay sitio de sobra en la mesa.

Bajé la vista hacia su mano extendida. Luego levanté los ojos hacia Valeria.

Ella me estaba mirando con una clara advertencia brillando en las pupilas. *No te atrevas, Nicolás*, decían sus ojos verdes. *Ni se te ocurra montar una puta escena aquí.*

Esbocé una sonrisa falsa y estreché la mano de Alex. Tenía un apretón firme y seguro. Por supuesto que sí.

—Gracias por la invitación, pero tengo prisa —mentí sin pestañear, soltándole la mano a toda prisa y rodeando la mesa hasta llegar al lado de Valeria—. Solo venía a inyectarme un poco de cafeína en vena.

Me detuve justo a su lado. Invadí su espacio personal a propósito, calculando cada milímetro, apoyando una mano con fuerza en el respaldo de madera de su silla, inclinándome un poco hacia ella desde arriba. Lo suficiente para que Alex notara la cercanía a simple vista. Lo suficiente para que Valeria pudiera oler la frescura de mi gel de ducha mezclada con mi piel.

—¿Qué tal has dormido, Val? —pregunté, bajando la voz un tono completo, arrastrando las sílabas, haciéndolo sonar sucio e íntimo frente a su ex.

Valeria se tensó de pies a cabeza. Apretó la taza de té de porcelana que tenía entre las manos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Muy bien —dijo a secas, sin mirarme—. Gracias por preocuparte.

—Me alegro infinito. —Sonreí de oreja a oreja, con un gesto depredador que no me llegaba a los ojos—. Porque anoche, cuando nos despedimos a solas en la piscina... parecías un poco alterada. Me preocupaba de verdad que el insomnio volviera a atacarte.

Vi por el rabillo del ojo cómo Alex fruncía el ceño, mirando su tostada y luego de uno a otro, intentando encajar las piezas del rompecabezas.

—¿Estuvisteis anoche juntos en la piscina? —preguntó el ingeniero, con un tono de inocencia que me dio ganas de reír.

—Coincidimos de casualidad yendo a por agua —se apresuró a decir Valeria, lanzándome una mirada asesina que prometía dolor físico—. Fue solo un momento.

—Un momento bastante largo —la corregí, bajando el tono y saboreando cada palabra.

Me incliné un poco más sobre ella, rozando casi su hombro desnudo con el algodón de mi pecho. Quería que Alex viera esto. Quería que el Ingeniero Perfecto viera que, aunque él la llevara a desayunar a la luz del día y fuera un buen chico estable, yo compartía la oscuridad de sus madrugadas y sus secretos—. El ron caribeño ayuda bastante a dormir, ¿verdad que sí?

Valeria levantó la barbilla, desafiante. No se amedrentó ni un milímetro ante mi juego sucio.

—El silencio ayuda muchísimo más que el alcohol, Nicolás. Deberías probarlo alguna vez. Cierra la boca y relaja.

Sonreí de verdad esta vez. Una sonrisa amplia y sincera. Ahí estaba mi chica. Fiera. Orgullosa. Afilada como un bisturí.

—Touché —concedí, aceptando la derrota temporal. Me enderecé despacio, retirando la mano del respaldo de su silla muy despacio, dejando que la repentina ausencia de mi calor pesara sobre sus hombros—. Bueno, os dejo en paz. No quiero interrumpir vuestro... desayuno equilibrado y saludable.

Me giré hacia Alex una última vez antes de irme.

—Oye, cuidado con la mermelada que le ofreces, Alex. A Valeria no le gusta nada la de fresa, le parece demasiado dulce. Ella prefiere siempre la de naranja amarga. —Hice una pausa dramática—. Aunque supongo que, habiendo salido juntos, eso es un detalle básico que ya sabes de sobra, ¿no?

La cara de póker de Alex cayó un poco al mirar la tostada rebosante de mermelada de fresa que tenía preparada en su propio plato, en un intento de ofrecérsela a ella como un gesto romántico.

Valeria cerró los ojos un segundo, exhalando por la nariz, llena de una exasperación pura ante mi comportamiento infantil y tóxico.

—Vete de una vez, Nicolás.

—Ya me voy, ya me voy. —Le guiñé un ojo con todo el descaro del mundo, aunque por dentro me estaba desangrando por la culpa—. Nos vemos luego en la playa. Tenemos una crisis floral que resolver, jefa.

Me di la vuelta sobre los talones y me alejé caminando con seguridad hacia la salida del restaurante, sintiendo el peso ardiente de sus miradas clavado en mi espalda.

No miré atrás. Pero mientras cruzaba las puertas de cristal y salía de nuevo al sol abrasador de la mañana caribeña, mi mente iba a mil por hora y solo podía pensar en una maldita cosa:

Sí, era cierto. Alex podía hacerla reír con facilidad. Alex podía ofrecerle esa paz y esa estabilidad aburrida que ella tanto ansiaba.

Pero yo sabía qué mermelada le gustaba en las tostadas. Yo sabía qué canción *indie* tarareaba en la ducha cuando creía que nadie la escuchaba. Y yo sabía, mejor que nadie en este puto mundo, cómo temblaba cada milímetro de su cuerpo cuando la tocaba en la oscuridad.

Puede que él fuera el hombre perfecto sobre el papel para ella. Pero yo iba a luchar sucio. Muy sucio.

Capítulo 9

Valeria

Llevábamos apenas cuarenta y ocho horas en el Resort Costa Zafiro. Dos putos días.

Dos días de tensión constante, de pullas envenenadas en el desayuno, de miradas robadas a través de muros compartidos y de un silencio cortante que amenazaba con congelar el Caribe entero. Dos días fingiendo que éramos extraños con rencor, cuando en realidad nuestros cuerpos se reconocían a diez metros de distancia.

Y justo cuando pensaba que la atmósfera entre Nicolás y yo no podía estar más cargada de electricidad estática, la naturaleza decidió unirse a la fiesta.

El cielo se rompió por la mitad a las ocho de la tarde del miércoles.

No fue una lluvia progresiva de esas que te avisan. Fue como si alguien hubiera rajado la panza de una nube negra y gigante justo encima del hotel. En cuestión de segundos, la brisa agradable del atardecer se convirtió en ráfagas de viento huracanado, y el sonido de la lluvia tropical golpeando los techos de paja del complejo sonó como un aluvión de piedras.

Estábamos en el bar cerrado del *lobby*, tomando un aperitivo con el resto del grupo nupcial antes de pasar a la cena. Yo llevaba un mono de seda color crema, de pierna muy ancha y espalda

descubierta, combinado con unas sandalias de tacón de aguja que no estaban diseñadas para correr por la selva.

—¡La Palapa! —gritó Sofía de pronto, y soltó su copa de vino blanco, que se hizo añicos contra el suelo de piedra—. ¡Oh, Dios mío, Lucas! ¡La decoración de las mesas del banquete ya está puesta! ¡El organizador me dijo que el techo de esa sala tiene goteras desde el huracán del año pasado!

El pánico agudo en la voz de mi mejor amiga hizo saltar mi instinto profesional. El miedo y la incomodidad desaparecieron para dejar paso a la arquitecta.

—Lucas, quédate aquí con ella. —Me quité los tacones de una patada, dejándolos abandonados bajo una silla del bar—. Yo voy a mirar si hay daños estructurales.

Eché a correr descalza hacia los jardines, saliendo de la protección del *lobby* y metiéndome de lleno bajo el diluvio. La seda fina del mono se me pegó al cuerpo en menos de tres segundos, volviéndose pesada e inútil.

Al llegar al salón La Palapa —una estructura inmensa de madera, abierta por los lados y techada a gran altura con hojas de palma seca—, el panorama era desolador. El viento empujaba la cortina de lluvia casi en horizontal hacia el interior del recinto. Y lo que era peor: el techo tenía una filtración masiva justo encima de la pista de baile de madera de teca, que acababan de pulir y barnizar para la boda.

El agua caía a chorros, como si hubieran abierto un grifo gigante. El personal del hotel corría de un lado a otro como pollos sin cabeza, poniendo cubos de fregar y toallas inútiles que se llenaban y empapaban a una velocidad pasmosa.

—¡Necesitamos lonas impermeables! —grité por encima del estruendo ensordecedor de la tormenta—. ¡Traed plásticos de obra de gran formato, ahora mismo!

—¡No tenemos aquí! —me respondió un camarero, desesperado, cubriéndose la cabeza con una bandeja—. ¡Están en el almacén de mantenimiento, al otro lado del complejo!

Mierda. Si esperábamos a que el equipo de mantenimiento cruzara el hotel con este clima, el suelo de madera se hincharía sin remedio y las mesas del banquete de Sofía se arruinarían por completo.

—¡Valeria!

Me giré con brusquedad, apartándome el pelo mojado de la cara con ambas manos. Nicolás apareció corriendo desde la oscuridad de los jardines. Estaba empapado de arriba a abajo. Llevaba una camisa negra que se le había vuelto transparente por el agua y se le pegaba a los músculos del pecho y los tatuajes como una segunda piel.

Entró derrapando en el suelo de madera mojada de la sala, evaluó el desastre de un solo vistazo y clavó la vista en mí.

Sus ojos negros brillaban bajo las luces de emergencia. No había miedo. No había cinismo. Solo había acción pura y dura.

—El agua se está acumulando en la viga central por la forma de la cubierta —gritó él, señalando hacia arriba—. Si no la desviamos ya, el peso muerto colapsará esa sección del techo sobre la pista.

—¡No tenemos lonas para cubrirlo! —le grité de vuelta.

Nicolás escaneó el espacio a su alrededor a toda prisa. Sus ojos se posaron en las enormes cortinas decorativas de tela gruesa, mezcla de lino y material sintético impermeable, que colgaban de las

columnas laterales del salón, recogidas con lazos para dejar pasar la brisa.

—¡Las putas cortinas! —bramó, corriendo hacia una de las columnas—. Si las descolgamos de arriba y creamos una tensión inversa uniéndolas, podemos hacer un canalón gigante improvisado que expulse el agua hacia el jardín.

Era brillante. Era una chapuza monumental a nivel de ingeniería, sí, pero era una chapuza brillante dadas las circunstancias.

—¡Necesitamos escaleras altas! —ordené al personal de sala, que miraba atónito—. ¡Y bridas! ¡Cuerdas fuertes! ¡Lo que tengáis a mano, rápido!

En ese preciso milisegundo, Nicolás y yo dejamos de ser los exnovios resentidos que no se soportaban. Dejamos de ser el problema del otro. Nos convertimos, sin pensarlo, en un equipo.

—Tú sube a la columna norte y suelta los enganches —me indicó él, arrastrando una escalera de mano pesada de aluminio hacia el centro—. Yo cojo la viga central para hacer el nudo de caída. Necesito que tenses la tela a cuarenta y cinco grados exactos cuando yo te diga para darle pendiente.

—Entendido.

Me subí a la escalera descalza, saltándome los peldaños de dos en dos, con el mono de seda empapado pesándome toneladas. La tela de las piernas anchas se me enredaba y era un peligro. Sin dudarlo un segundo, agarré el exceso de tela de entre mis piernas y le hice un nudo fuerte a la altura de los muslos, convirtiendo mi elegante traje de diseño en unos pantalones cortos improvisados, arrugados y ridículos.

Nicolás, subido en otra escalera igual de precaria en el centro del salón, me vio hacerlo. Hubo un destello fugaz de aprobación profesional en su mirada antes de volver a centrarse en la viga de madera.

—¡Soltad las cortinas! —gritó a los camareros.

Durante la siguiente hora, el caos y el pánico desaparecieron del salón para dar paso a una coreografía frenética y medida al milímetro. Gritábamos instrucciones por encima de la tormenta en nuestro propio idioma, usando una mezcla indescifrable de jerga técnica arquitectónica que nadie más en esa sala podía entender.

—¡Dame más tensión en el eje Y! —bramó Nicolás, colgado de una viga con un solo brazo, empapado de lluvia y sudor, intentando atar dos trozos de tela.

—¡No puedo, el anclaje lateral cede! —repliqué, tirando de la tela mojada y pesada con todas mis fuerzas, sintiendo cómo los músculos de mis brazos y mis hombros ardían por el esfuerzo—. ¡Necesito contrapeso en la base!

—¡Lucas! —gritó Nicolás al ver al novio, que acababa de llegar corriendo desde el *lobby*—. ¡Agárrate a esa puta cuerda azul y tira hacia atrás como si te fuera la vida en ello!

—¡Valeria, el ángulo de caída! —me corrigió Nico sin necesidad de mirarme, sabiendo en qué punto exacto estaba yo—. ¡Si no bajas la tela cinco grados más, el agua se estancará en el centro y romperá la costura!

—¡Ya lo sé, joder, no me presiones! ¡Estoy en ello!

Trabajamos con una sincronía que daba vértigo.

Yo sabía lo que él iba a pedir antes de que abriera la boca para gritarlo. Él sabía, por la forma en la que yo tensaba los brazos,

cuándo necesitaba ayuda con un nudo sin que yo tuviera que pedirla. Nos movíamos alrededor del otro, pasándonos herramientas, sujetándonos las escaleras para no resbalar, nuestros cuerpos chocando y separándose en la urgencia y la adrenalina del momento.

Estábamos sucios de polvo y grasa de las vigas. Estábamos calados hasta los huesos. Estábamos agotados. Y éramos imparables.

Al fin, con un último tirón conjunto y un grito ronco de esfuerzo por parte de los dos, fijamos el sistema de cuerdas.

La inmensa tela de las cortinas, tensada en el aire como la vela invertida de un barco, recogió el torrente de agua que caía de la gotera del techo y lo canalizó con suavidad en diagonal, expulsándolo como una cascada hacia el jardín exterior, lejos de la pista de baile y de las mesas de cristal.

El terrible sonido del agua golpeando y arruinando el suelo de madera cesó de golpe. Solo se oía el fluir constante y controlado del agua resbalando por la tela hacia fuera.

—¡Funciona! ¡Sois unos putos genios! —gritó Lucas, soltando la cuerda y levantando los brazos.

Nicolás bajó de su escalera de un salto, aterrizando en el suelo de madera con un golpe sordo. Se pasó el antebrazo desnudo por la frente, apartando el pelo negro empapado que le caía sobre los ojos. Respiraba con dificultad, con el pecho subiendo y bajando a un ritmo salvaje bajo la camisa transparente.

Yo bajé más despacio, aferrándome al aluminio, notando cómo me temblaban las piernas sin control por el bajón de adrenalina.

Cuando mis pies descalzos tocaron el suelo, me encontré de frente con Nicolás.

Me tendió una mano grande para ayudarme a estabilizarme al bajar el último peldaño. Su agarre fue firme. Caliente, a pesar de la lluvia fría.

—Buen trabajo de cálculo, Torres —dijo, con la voz ronca por los gritos.

—Buena improvisación de materiales, Rivas —respondí, sin soltarle la mano de inmediato.

Sofía, que acababa de llegar corriendo cubierta con un chubasquero, se abalanzó sobre nosotros. Lloraba de alivio y nos abrazaba a los dos a la vez, mojándose con nuestra ropa empapada. El personal del hotel que había ayudado empezó a aplaudir.

—Id a secaros a las habitaciones, por favor —nos pidió Lucas, empujándonos con cariño hacia la salida del salón—. Nosotros vigilamos que este invento aguante. De verdad... gracias. Sois increíbles.

Nos alejamos de La Palapa caminando despacio, el uno al lado del otro, bajo la lluvia, que ahora se había convertido en una llovizna suave y cálida.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros en el camino de vuelta, pero ya no era un silencio hostil, denso y cargado de reproches. Era el silencio cómodo, respetuoso y exhausto de dos personas que acaban de sobrevivir a un desastre trabajando codo con codo.

Llegamos al porche cubierto de madera que daba a las puertas de nuestras habitaciones contiguas.

Estábamos chorreando. Mi mono de seda de trescientos euros estaba arruinado, manchado de grasa negra de las escaleras y de barro en los bajos. Nicolás tenía el antebrazo con una gran desolladura y la camisa se le pegaba al cuerpo de una forma casi obscena.

Nos paramos frente a nuestras puertas. Nos miramos.

Yo debía tener el rímel corrido por toda la cara como un mapache. Tenía un nudo absurdo y gigante hecho entre las piernas de mi traje de diseño. Estaba descalza, despeinada y cubierta de suciedad. Él parecía un náufrago que acababa de salir arrastrándose del mar.

De repente, una burbuja de aire y alivio me subió por la garganta. Intenté reprimirla mordiéndome el labio, pero fue imposible.

Solté una carcajada limpia y sonora.

Nicolás me miró sorprendido durante un segundo, como si hubiera escuchado un sonido alienígena. Y luego, poco a poco, una sonrisa enorme se abrió paso en su cara. Una sonrisa real, sin cinismo. Dientes blancos, hoyuelos marcados, los ojos arrugándose en las esquinas.

Empezó a reírse también. Una risa grave que le vibraba en el pecho.

—Dios mío. —Apoyó la espalda en la pared de madera, sacudiendo la cabeza—. Mírate. Pareces una náufraga de alta costura.

—¿Yo? —Me eché a reír con más fuerza, llevándome una mano al estómago que me dolía del esfuerzo—. Tú tienes una hoja de palma gigante pegada en la oreja izquierda, Rivas. Pareces Tarzán después de un día muy malo en la selva.

—¡Oye! —Se llevó la mano a la oreja, se quitó la hoja mojada y la tiró al suelo, riendo a carcajadas—. Tarzán acaba de salvar la boda del año. Un poco de respeto a mis habilidades de supervivencia.

Nos reímos hasta que nos dolió la tripa. Nos reímos de la tensión acumulada, del susto, de la cara de Lucas tirando de la cuerda, de lo absurdo de la situación y de nuestras pintas miserables. Fue una liberación absoluta. Una válvula de escape a presión que llevaba cuatro años cerrada a cal y canto y que acababa de reventar.

Poco a poco, por pura falta de aire, la risa se fue apagando. Pero la sonrisa de complicidad se quedó flotando entre los dos.

Nos quedamos allí, parados frente a la puerta de mi habitación, empapados y respirando con agitación.

Y entonces, el aire volvió a cambiar de densidad.

La camaradería luminosa de la tormenta se transformó, sin que pudiéramos evitarlo, en algo mucho más denso y peligroso.

Nicolás me miró. Ya no se reía.

Sus ojos negros recorrieron mi cara sucia de rímel, mi pelo mojado pegado a las mejillas, mi ropa arruinada. Y la forma en que me miró... No había ese deseo crudo y sucio que había usado para provocar a Alex en el desayuno. No había rabia antigua. Había una admiración tan pura, tan brillante y tan desnuda que tuve que tragar saliva porque me quemaba la piel.

—Sigues siendo la mejor, Valeria —murmuró él. Su voz era tan suave e íntima en la penumbra del porche que me erizó el vello de la nuca—. Nadie más en ese hotel habría pensado en calcular los nudos de tensión así de rápido. Nadie más en el mundo me habría seguido el ritmo ahí arriba como lo has hecho tú.

Levanté la vista, sintiendo cómo el corazón volvía a golpearme contra las costillas con una fuerza nueva.

—Somos un muy buen equipo —admití en un susurro.

Las palabras salieron solas de mi boca. Era una verdad universal y peligrosa que mi cerebro agotado no pudo filtrar a tiempo.

Nicolás dio un paso lento hacia mí.

Estaba tan cerca que podía sentir el calor húmedo que irradiaba su cuerpo a través de la ropa empapada de ambos. Levantó la mano derecha, dudando una fracción de segundo en el aire, y por un instante que pareció durar una vida entera, pensé que iba a tocarme la cara. Pensé que iba a acariciarme para limpiar esa mancha de barro oscuro que sentía en mi mejilla.

Mi cuerpo se inclinó hacia él por puro instinto, traicionando a mi cerebro de la forma más vil posible. *Tócame. Por favor, solo tócame.*

Pero Nicolás detuvo su mano a escasos centímetros de mi piel. Cerró los dedos despacio, formando un puño apretado, y dejó caer el brazo a un lado de su cuerpo.

Vi la lucha feroz en sus ojos oscuros. Vi cómo apretaba la mandíbula hasta marcar el músculo, recordándose a sí mismo a la fuerza todas las líneas rojas que no podíamos cruzar bajo ningún concepto.

—Ve a ducharte, Val —dijo, con la voz tan ronca que casi dolía escucharla—. Antes de que cojas frío con la ropa mojada.

Fue un rechazo. Claro y directo.

Pero fue el rechazo más tierno, protector y devastador que había recibido en toda mi vida.

Asentí con la cabeza, incapaz de articular palabra, sintiendo un nudo de hormigón armado cerrándome la garganta.

—Buenas noches, Nico —susurré.

Él se tensó al oír su nombre, como si le hubiera dado una descarga eléctrica. Me sostuvo la mirada un segundo más, con una intensidad indescifrable y dolorosa, y luego se dio la media vuelta hacia la puerta de la 105.

Entré en mi habitación, cerré a toda prisa y me apoyé de espaldas contra la madera de la puerta, cerrando los ojos con fuerza.

Estaba temblando de arriba a abajo. Y esta vez, sabía de sobra que no era por culpa de la lluvia fría. Era de puro terror.

Porque acababa de recordar, con una claridad cegadora, lo jodidamente bien que se sentía al reír con él a carcajadas. Lo increíble que era trabajar codo con codo con él. Lo que se sentía al volver a ser nosotros.

Y saber eso... recordar eso... era mil veces más peligroso para mi corazón que cualquier huracán tropical.

Capítulo 10

Valeria

El silencio que sigue a una tormenta es siempre el más ruidoso de todos.

Salí de la ducha envuelta en una nube espesa de vapor, con el pelo goteando sobre mis hombros desnudos y el cuerpo entero gritándome de dolor en cinco idiomas diferentes. Me dolían músculos que ni siquiera sabía que tenía en la espalda. Los brazos me pesaban como vigas de plomo por haber estado tirando de aquellas malditas cuerdas, y sentía un pinchazo agudo y eléctrico en el trapecio derecho cada vez que intentaba girar el cuello.

Me vestí con el piloto automático puesto. Nada de sedas de diseño, ni fulares, ni encajes incómodos esta noche. Me puse unos pantalones cortos de algodón gris muy desgastados y una camiseta de tirantes blanca, lo bastante holgada como para no rozarme la piel, que estaba hipersensible por el esfuerzo físico y la lluvia.

Me dejé caer sentada en el borde de la inmensa cama, demasiado agotada incluso para coger el secador de pelo.

Miré el reloj digital de la mesilla. Las once y media de la noche.

Mi estómago rugió con violencia, recordándome que no habíamos cenado nada en absoluto. El caos de la inundación en La Palapa se había tragado nuestra reserva, y a estas horas, las cocinas del restaurante principal y el bufet ya estaban cerrados a cal y canto.

—Genial —murmuré, frotándome la cara con ambas manos—. Hambre y dolor muscular. La combinación perfecta para acabar un día de mierda en el paraíso.

Estaba a punto de rendirme, apagar la luz y resignarme a dormir con el estómago vacío, cuando sonó.

Tres golpes suaves, rítmicos y muy familiares en la puerta de mi habitación.

Mi corazón dio un vuelco estúpido y delator contra mis costillas. Sabía de sobra quién era. No había nadie más en este inmenso hotel, ni en esta isla, ni casi seguro en este planeta, que llamara a mi puerta a estas horas de la noche con ese ritmo exacto.

Me levanté despacio, ignorando el pinchazo caliente en la espalda, y caminé descalza hacia la entrada. Dudé un segundo infinito con la mano flotando sobre el pomo metálico. ¿Debería abrir? ¿Debería apagar la luz del pasillo y fingir que ya me había dormido? Mi estómago volvió a rugir con fuerza, tomando la decisión cobarde por mí.

Abrí la puerta.

Nicolás estaba apoyado con el hombro en el marco de madera. Tenía el pelo oscuro aún húmedo y revuelto por su propia ducha, y se había puesto unos pantalones de chándal negros y una camiseta de manga corta gris, limpia pero arrugada.

En la mano izquierda sostenía una botella de vino tinto ya descorchada. En la derecha, sostenía en equilibrio una bandeja de plata de servicio de habitaciones, cubierta con una campana metálica.

—Servicio de emergencias del *resort* —dijo él. Esbozó una media sonrisa de disculpa, cansada pero real—. Supuse que la heroína

arquitectónica de la noche tendría algo de hambre.

Le miré a la cara un segundo, evaluando sus intenciones, y luego bajé la vista hacia la bandeja. Olía a mantequilla tostada, a queso fundido y a patatas fritas calientes. Salivé en el acto, casi como el perro de Pavlov.

—¿De dónde demonios has sacado eso a las doce menos cuarto? —pregunté, haciéndome a un lado para dejarle pasar al interior de mi habitación.

Mi cuerpo reaccionó a su cercanía incluso antes de que mi cerebro procesara que lo acababa de dejar entrar. Mis músculos se tensaron y se relajaron al mismo tiempo al sentir su olor a limpio.

—Digamos que tengo un nuevo mejor amigo en las cocinas del turno de noche que me debe un favor enorme por no haber dejado que se le inundara el chiringuito —explicó él con la mayor naturalidad, dejando la pesada bandeja sobre la mesa baja del salón de la suite y la botella de vino al lado—. Son sándwiches club y patatas fritas. No es el banquete de langosta que íbamos a cenar, pero es lo que había disponible.

Levantó la campana metálica. El vapor de los sándwiches recién hechos subió en el aire acondicionado de la habitación. Dios mío, a simple vista parecía la mejor comida que había visto en mis veintiocho años de vida.

—Gracias —dije en voz baja. Y lo decía de verdad, sin una sola pizca de ironía.

Me senté directo en el suelo, sobre la alfombra mullida frente a la mesa, cruzando las piernas. Estaba exhausta para usar las sillas de diseño—. Muero de hambre.

Nicolás se sentó en el suelo justo frente a mí, al otro lado de la mesa, con la bandeja en el medio como si fuera una frontera. Sirvió el vino tinto en dos copas de cristal grueso que había cogido, casi seguro, de la barra del bar.

—Salud —brindó, alzando su copa para chocarla contra la mía—. Por los nudos marineros bien hechos y las cortinas tensadas a tiempo.

—Por no haber matado a ningún invitado hoy por aplastamiento —respondí, dando un trago largo y necesario.

Comimos durante los primeros diez minutos en un silencio absoluto y cómodo, devorando los sándwiches con la urgencia primitiva del hambre física. No había esa tensión sexual agresiva y cortante como en la cena con los novios. No había esa angustia silenciosa y pesada como en la madrugada de la terraza.

El ambiente era... muy doméstico. Era la calma peculiar de dos personas que se conocen tan condenadamente bien que no necesitan llenar el silencio con palabras vacías sobre el clima.

Me recordó, como un latigazo en la memoria, a las noches de entrega de proyectos en la carrera. A las pizzas frías a las tres de la mañana, sentados en el suelo de madera de nuestro viejo piso de alquiler, rodeados de maquetas de cartón pluma rotas, con ojeras hasta el suelo, cansados hasta la médula pero felices y satisfechos por estar juntos.

—¿Te acuerdas del proyecto final de Urbanismo de tercero? —preguntó Nicolás de pronto, rompiendo el silencio, como si me hubiera estado leyendo los putos pensamientos—. ¿El dichoso centro cívico?

Sonreí, limpiándome una pequeña miga de pan de la comisura de los labios.

—¿Te refieres al centro cívico cuya maqueta casi se nos cae por las escaleras de la facultad exacto cinco minutos antes de la presentación oficial del tribunal?

—Ese mismo. —Se rio, echando la cabeza hacia atrás, apoyándose en las manos.

Verle reír así, de forma abierta, sin esa capa de cinismo oscuro que llevaba ahora, me calentó el centro del pecho muchísimo más rápido que el vino tinto.

—Tuvimos que pegar la mitad del techo en voladizo con un chicle de fresa en el pasillo y rezar a todos los dioses para que el tribunal no lo tocara con el bolígrafo —añadí.

—Y aun así, sacamos matrícula de honor los dos —terminó él.

Sentí esa punzada de nostalgia traicionera, dulce y dolorosa a partes iguales.

—Éramos un puto desastre andante, Nico. Pero funcionábamos muy bien.

Nicolás dejó de reír poco a poco. La sonrisa se le fue borrando. Me miró de hito en hito por encima del borde de cristal de su copa. Sus ojos negros eran oscuros, pero llenos de suavidad a la luz cálida de la lámpara de pie del salón.

—Sí. Funcionábamos.

La palabra se quedó flotando en el aire entre nosotros, pesada, cargada de mil significados y reproches que ninguno de los dos quería explorar esta noche.

Me removí incómoda sobre la alfombra, intentando escapar del peso de su mirada, y al hacerlo sentí un calambre agudo y punzante

en el hombro derecho. Hice una mueca de dolor bastante fea, cerrando un ojo y llevándome la mano izquierda al cuello por puro instinto.

—¿Estás bien? —preguntó él al instante. Dejó su copa en el suelo con un golpe seco.

—Sí, estoy bien, es solo... creo que me he hecho un poco de daño al tirar de la lona mojada desde la escalera. Tengo todo el trapecio cargado. Una piedra.

—No me extraña en absoluto. Tiraste de esa tela como una auténtica bestia parda. —Se puso de rodillas sobre la alfombra y gateó despacio hacia mí, rodeando la mesa baja hasta quedar arrodillado a mi lado—. Gírate.

—¿Qué?

—Que te gires dándome la espalda, Valeria. Déjame ver eso.

Dudé. Se me paró el pulso. Permitirle tocarme de forma física, sin la excusa de un accidente en el mar o una cremallera atascada, era cruzar la línea roja de no retorno. Era rendirme.

Pero el dolor muscular era real y punzante, y la oferta de sus manos era demasiado tentadora para mi cuerpo agotado. Además, acabábamos de sobrevivir a un huracán, ¿no?

Me giré muy despacio, dándole la espalda. Me recogí el pelo húmedo con ambas manos, manteniéndolo en lo alto de la cabeza para despejarle por completo el cuello y la nuca.

Sentí el peso de sus manos posarse sobre la piel descubierta de mis hombros. Estaban ardiendo. Grandes y firmes. Sus pulgares buscaron y encontraron los nudos de tensión endurecida de mis trapecios con una precisión quirúrgica asombrosa.

Gemí en voz baja, sin poder evitarlo, cuando apretó con fuerza en el punto de máximo dolor.

—Joder, Valeria —murmuró él, empezando a masajear el músculo con movimientos circulares lentos y muy profundos—. Tienes esto duro como una puta piedra de granito. Relaja los hombros. Déjate caer hacia atrás, yo te sujeto.

Cerré los ojos con fuerza y, vencida por el cansancio, dejé caer el peso de mi cabeza hacia delante. Sus dedos eran pura magia. Siempre lo habían sido. Sabía cuánta presión tenía que aplicar, cómo seguir la línea del músculo inflamado hasta la base del cuello sin hacerme daño. Poco a poco, bajo sus manos, el dolor agudo se fue transformando en un calor sordo, pesado y de lo más agradable.

—Eso es... —suspiré, incapaz de retener el sonido—. Dios santo, eso es gloria bendita.

—Siempre se te cargaba este mismo lado —dijo él. Su voz vibró muy cerca de mi oído izquierdo, grave, arrastrando las palabras—. Cuando te pasabas las madrugadas dibujando planos a mano alzada en la mesa de luz. Siempre el lado derecho.

Me quedé quieta. Dejé de respirar.

—Te acuerdas.

—Me acuerdo de todo, Val. —Sus manos bajaron un par de centímetros, acariciando con los pulgares la parte alta de mi espalda desnuda por encima de la camiseta blanca—. Me acuerdo de cómo te mordías el labio inferior hasta hacerte sangre cuando te concentrabas en AutoCAD. Me acuerdo de que odias con toda tu alma el café si se queda frío. Me acuerdo a la perfección de cómo cambia tu respiración cuando te quedas dormida.

El masaje se detuvo en seco.

Sus manos se quedaron quietas, apoyadas sobre mis hombros, pesadas y ardientes. La atmósfera de la habitación cambió de presión en un milisegundo. Se volvió densa, casi irrespirable. El aire se cargó de esa electricidad estática y asfixiante que siempre nos precedía antes de colisionar.

—Nico... —empecé a decir, pero no sabía cómo demonios terminar la frase sin ponerme a llorar.

Me levanté del suelo casi de un salto, rompiendo el contacto, sintiéndome abrumada y aterrada de pronto por la intensidad del momento y por la cercanía de su cuerpo. Fui al baño de la suite con la patética excusa de beber un vaso de agua del grifo, solo para tener diez segundos de respiro a solas y mirarme al espejo.

Mis mejillas estaban encendidas. Mis ojos verdes brillaban de una forma casi febril. Parecía... viva. Llena de vida y de dolor.

Cuando salí del baño, con el vaso de agua en la mano, Nicolás ya no estaba sentado en el suelo.

Se había sentado en el borde de mi enorme cama deshecha. Tenía los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha, mirando de hito en hito sus propias manos entrelazadas. Parecía perdido en sus pensamientos. Visto así, en la penumbra, parecía el chico de veinticuatro años asustado que huyó hace cuatro años, no el hombre arrogante, exitoso y tatuado que había vuelto a la isla.

Dejé el vaso en la cómoda y me acerqué a la cama sin prisa. El colchón era inmenso.

Sin pensarlo mucho —porque si lo pensaba de forma racional, saldría corriendo por el pasillo del hotel—, me senté en el centro de la cama, apoyando la espalda en el alto cabecero acolchado,

estirando las piernas sobre la colcha blanca. Di un par de palmaditas con la mano en el espacio vacío a mi lado.

—Sube aquí —dije con suavidad—. Estás muy incómodo en el borde. Terminemos el vino.

Nicolás levantó la cabeza y me miró, sorprendido de verdad por la invitación silenciosa. Dudó un segundo largo, evaluando el peligro evidente de acercarse, y luego se descalzó y se subió a la cama. Se sentó a mi lado, recostándose contra el mismo cabecero, estirando sus piernas largas en paralelo a las mías.

Nuestros hombros se rozaban apenas un milímetro. Nuestros muslos se tocaban con levedad a través de la tela del pantalón.

Estábamos en la misma cama. Juntos y a oscuras. Era el lugar más peligroso del mundo para mi salud mental, y a la vez, el único lugar en la tierra donde quería estar.

Bebimos en silencio un buen rato, pasándonos la única copa llena de mano en mano, rozándonos los dedos en cada intercambio.

—Echo de menos esa época —dije de pronto.

La verdad salió disparada de mi boca antes de que mis filtros mentales pudieran frenarla. Mantenía la vista clavada en el estuco del techo, incapaz de girar el cuello para mirarle a la cara—. La época de las maquetas de cartón y las pizzas de madrugada. Cuando sentía que todo era... posible. Antes de que todo se volviera tan jodidamente complicado y pesado.

Sentí el roce de la tela cuando Nicolás giró la cabeza en la almohada para mirarme de perfil.

—Yo también la echo de menos —admitió él. Su voz sonó ronca y áspera—. A veces... a veces pienso que mi vida actual es una estafa, Val. Portadas de revistas, hoteles de lujo, vuelos intercontinentales,

premios... y al final del puto día, estoy cenando solo un triste sándwich de máquina, viendo la televisión de la habitación en un idioma que ni siquiera entiendo.

Me giré en el cabecero para mirarle de frente. Sus ojos negros estaban inyectados en una tristeza infinita y abismal.

—¿Eres infeliz? —pregunté. La pregunta me pesó toneladas en la lengua.

—No soy infeliz —corrigió él, buscando las palabras exactas, frunciendo el ceño—. Estoy... incompleto. Es como... tengo los cimientos perfectos, tengo la estructura principal diseñada, pero me faltan las paredes de carga. Me falta el hogar.

Mi corazón se encogió hasta doler.

—Yo tengo el hogar construido —susurré, sintiendo cómo los ojos se me llenaban de lágrimas calientes que me negaba a derramar—. Tengo el piso perfecto que siempre dibujamos. Pero no tengo a nadie en absoluto con quien compartirlo.

Nos miramos en la penumbra de la habitación.

Dos arquitectos brillantes, jóvenes y exitosos, sentados en una cama de lujo de cinco estrellas en el Caribe, confesándose a las doce de la noche que, por dentro, éramos dos completas ruinas emocionales.

La vulnerabilidad que compartíamos era magnética. Era una fuerza de la gravedad oscura que tiraba de nosotros hacia el centro de la cama.

Nicolás levantó la mano derecha muy despacio, como si temiera asustarme, y me acarició la mejilla húmeda con el dorso de los dedos. Su tacto era fuego ardiente.

—Val... —dijo mi nombre, y su voz no era un saludo, ni un reproche. Era una súplica desesperada.

Me incliné hacia él. Fue puro instinto, algo primitivo. Necesitaba su calor para dejar de temblar. Necesitaba borrar el eco de la soledad de mi piso de Madrid.

Él se inclinó hacia mí al mismo tiempo. Nuestras frentes chocaron con suavidad. Cerré los ojos, respirando su mismo aliento, embriagándome con el olor a vino y a su piel, sintiendo cómo su mano grande bajaba desde mi mejilla hasta mi nuca, enredando sus dedos largos en mi pelo aún húmedo.

Estábamos a un solo milímetro de distancia. Podía sentir el calor irónico de sus labios contra los míos. Podía sentir cómo su pecho temblaba bajo la camiseta gris.

Iba a besarme. Iba a besarme por fin.

Y yo iba a dejarle. Iba a abrir la boca y a dejarle entrar, porque, por primera vez en cuatro largos años, a través de ese roce, sentía que él tenía tanto miedo de romperse como lo tenía yo.

—Nico... —susurré contra la comisura de su boca, rozando su labio inferior.

Y en ese preciso, exacto y maldito instante, su teléfono móvil vibró con violencia sobre el cristal de mi mesilla de noche.

El zumbido largo, agresivo y ruidoso rompió el silencio de la habitación como una alarma de incendios.

Nos separamos de golpe, echando los cuerpos hacia atrás como si nos hubiera dado una descarga de alta tensión, como dos adolescentes asustados que acaban de ser pillados por sus padres. El corazón me latía tan fuerte y tan rápido que me dolió el esternón.

Nicolás miró el teléfono. La pantalla se iluminó en la oscuridad de la habitación, proyectando una luz blanca sobre nuestras caras.

Vi el nombre en la pantalla de reojo. Lucía.

Nicolás se quedó helado, petrificado, mirando la luz parpadeante. Su expresión cambió de forma drástica, aterradora. La suavidad, la vulnerabilidad y el deseo desaparecieron de sus facciones en una fracción de segundo, siendo reemplazados por una tensión rígida, fría y cadavérica.

Palideció a simple vista bajo el bronceado del Caribe. Parecía que acababa de ver a un fantasma.

—Tengo... tengo que cogerlo —dijo con voz robótica, poniéndose de pie de un salto, saliendo de mi cama como si el colchón hubiera empezado a arder—. Es tarde en España. Debe haber pasado algo malo.

—Claro —dije yo. Me abracé a mí misma, sintiéndome congelada de pronto, vulnerable y estúpida por haberme dejado llevar—. Cógelo.

Él agarró el teléfono con la mano temblando a medias y caminó a zancadas rápidas hacia la terraza, abriendo y cerrando la pesada puerta de cristal tras de sí, dejándome a solas en la cama.

Le vi a través del cristal insonorizado. Vi cómo contestaba la llamada llevándose el móvil a la oreja. Vi cómo se pasaba la mano libre por el pelo negro con pura desesperación, tirando de las raíces. Vi cómo empezaba a dar vueltas de un lado a otro de la terraza, como un animal salvaje y herido atrapado en un espacio diminuto.

Me quedé allí, inmóvil, sentada sola en el centro del gigantesco colchón *king size*, con los labios todavía hormigueando, despiertos por el dolor del beso fantasma que no había llegado a ocurrir.

La burbuja mágica de la habitación se había reventado. La realidad había vuelto a entrar por la puerta.

Y la realidad innegable era que Nicolás Rivas seguía teniendo secretos oscuros, llamadas urgentes de madrugada y una vida complicada en la que yo, a la vista estaba, ya no pintaba nada en absoluto.

Me tumbé de lado, en posición fetal, y me cubrí entera con la sábana de hilo hasta la cabeza, deseando con todas mis fuerzas que la tormenta tropical de fuera no hubiera amainado nunca.

Capítulo 11

Valeria

La luz del día tiene la cruel costumbre de exponer todas las grietas que la oscuridad de la noche consigue disimular.

Me desperté con el eco del teléfono de Nicolás vibrando en mi memoria y el sabor amargo y metálico del rechazo en la boca. No el rechazo explícito de un «no», sino ese tipo de rechazo silencioso y cobarde que consiste en levantar un muro de hormigón justo cuando estabas a punto de cruzar la puerta.

Se había ido a la terraza a coger esa llamada de Lucía. Me había dejado a solas en la cama, con los labios hormigueando por culpa de un beso que nunca llegó a ocurrir, recordándome de la forma más brutal posible que yo ya no formaba parte de su vida real. Que yo era solo un triste paréntesis en el paraíso. Una distracción nostálgica para sus noches de insomnio.

Así que, cuando amaneció, hice lo único que sé hacer bien cuando me siento vulnerable y estúpida: aislarme.

Para la excursión en catamarán que habían organizado los novios aquel jueves, elegí mi conjunto más sofisticado. Nada de bikinis deportivos para hacer esnórquel ni camisetas viejas. Me puse un bikini *bandeau* blanco inmaculado y, por encima, un pareo largo de gasa a juego que arrastraba por el suelo de madera con un dramatismo estudiado al milímetro. Me calcé unas gafas de sol

oversize oscuras y un sombrero de ala ancha que gritaba a los cuatro vientos: «No te me acerques».

Parecía una viuda millonaria y vengativa de vacaciones en la Costa Azul. Intocable. Gélida. Perfecta.

Cuando llegué al puerto deportivo del hotel, el grupo ya estaba allí. La música reguetonera sonaba a todo volumen desde los altavoces del impresionante catamarán Blue Marlin, y los camareros uniformados ya servían mimosas en copas de plástico duro como si el agua potable fuera a acabarse mañana.

Localicé a Nicolás al instante. Estaba en la zona de popa, hablando entre risas con dos de las damas de honor de Sofía —unas chicas majísimas y, para mi desgracia, solteras—. Llevaba un bañador estampado, el torso desnudo y gafas de sol, y se reía de algo que decía una de ellas, inclinándose hacia delante con ese encanto fácil y arrollador que me daba unas ganas incontrolables de vomitar.

¿Así que a eso íbamos a jugar hoy? Bien. Yo sabía jugar mucho mejor.

—¡Valeria!

Alex me saludó desde la pasarela de embarque agitando una mano. Llevaba un polo azul marino ajustado y unas bermudas impecables, y parecía recién salido de un catálogo de ropa náutica de lujo. Sonreía con esa sinceridad abierta, luminosa y sin complicaciones que era justo lo opuesto a Nicolás.

—Hola, Alex —ronroneé, regalándole mi mejor sonrisa de «estoy encantada de verte».

—Déjame ayudarte —se ofreció, tendiéndome la mano para saltar el hueco entre el muelle y la cubierta.

Acepté su mano sin dudarlo. Su agarre era firme, seco y seguro. No hubo chispazos eléctricos subiéndome por el brazo. No hubo temblores de tierra ni descargas de adrenalina. Solo había seguridad. Y en ese preciso momento, la seguridad me pareció el bien más preciado del mundo.

—Gracias —agradecí, subiendo a bordo sin mirar atrás, aunque sentía el peso físico de la mirada oscura de Nicolás clavándose en mi nuca como la punta de un arpón.

El catamarán zarpó hacia alta mar, cortando las olas turquesas con suavidad. Me instalé en la red de proa, esa malla suspendida sobre el mar que es el mejor sitio del barco. Me tumbé boca arriba, estirando las piernas, dejando que el sol caribeño me calentara la piel, y Alex se sentó de prisa a mi lado, solícito y atento como un buen perro guardián.

—¿Quieres que te ponga crema? —preguntó él, sacando de su bolsa un bote de protección cincuenta.

—Me harías un favor enorme —respondí. Me desanudé el nudo del pareo al cuello para dejar mi espalda al descubierto.

Alex echó crema en sus manos y empezó a extenderla por mi espalda con movimientos suaves y circulares. Era agradable. Era correcto y educado. Cerré los ojos bajo las gafas de sol, intentando disfrutar del masaje, intentando autoconvencerme a la fuerza de que esto era justo lo que yo quería en la vida: un hombre estable que me cuidara, que me pusiera crema sin complicaciones, que no tuviera secretos oscuros ni recibiera llamadas de pánico a las tres de la madrugada.

Pero mi maldito radar interno estaba sintonizado en una frecuencia de radio distinta. Podía oír la risa grave de Nicolás

resonando al otro lado del barco. Podía oír el tintineo de los hielos chocando en su vaso. Sabía, con solo escucharle, que estaba bebiendo más de la cuenta para ser por la mañana. Sabía que estaba montando un espectáculo socializando a gritos única y en exclusiva para que yo lo oyera.

—¿Te apetece una copa? —me ofreció Alex cuando terminó con la crema, limpiándose las manos con una toalla.

—Solo agua con gas y mucho hielo, por favor.

Alex se levantó, ágil, para ir hacia la barra libre. Yo me incorporé sobre los codos, ajustándome la pamela, y cometí el error de mirar hacia atrás. Mala idea. Pésima idea.

Nicolás estaba apoyado con pesadez contra el mástil principal, con una cerveza medio vacía en la mano y una expresión de tormenta eléctrica oculta detrás de las gafas de sol de aviador. Ya no estaba hablando con las damas de honor. Me estaba mirando de hito en hito a mí. Y si las miradas cargadas de odio y celos pudieran incendiar barcos, estaríamos todos nadando a la desesperada hacia la costa en este momento.

Alex volvió a los pocos minutos con las bebidas y se sentó de nuevo a mi lado en la red, pasándome el vaso frío.

—Te veo muy tensa, Val —comentó él, usando su tono amable y pausado de terapeuta aficionado—. ¿Todo bien con la organización de la boda? Ayer fue un día duro.

—Sí, todo perfecto. Es solo... el agobio del calor.

—Bueno, relájate. Estás en buenas manos —dijo él. Pasó un brazo por encima de mis hombros desnudos y me atrajo hacia él de forma protectora—. Yo te cuido. Conmigo no tienes que preocuparte de nada.

Fue un comentario lleno de inocencia. Dulce, incluso. Pero la sombra alargada de Nicolás cayó sobre nosotros antes de que yo pudiera responder con un simple «gracias».

—Cuidado con las promesas que no puedes cumplir, Alex.

La voz grave de Nicolás sonó justo por encima de nuestras cabezas, cargada de una ironía afilada y peligrosa.

Alex levantó la vista, sorprendido e incómodo a partes iguales por la intrusión. Nicolás estaba de pie frente a nosotros, tambaleándose un poco al ritmo del movimiento del barco (o quizás por culpa de la cerveza), con una sonrisa torcida que era puro filo de navaja.

—A Valeria no le gusta nada que la cuiden —continuó Nicolás, mirándome desde las alturas—. Le gusta que la reten.

—Creo que a todo el mundo le gusta que le cuiden y le mimen de vez en cuando, Nico —respondió Alex con diplomacia, pero tensando la mandíbula en un claro desafío territorial.

—Tú crees demasiadas cosas equivocadas, amigo —replicó Nicolás. Dio un trago largo a su botella sin dejar de mirarme a mí ni un solo segundo—. Ella no es un puto jarrón de porcelana fina que tengas que proteger del viento. Es de hormigón armado. Si intentas envolverla en algodón y mimos, se asfixiará y te morderá. Ella necesita fuego para respirar, no mantitas térmicas.

El aire a nuestro alrededor se volvió asfixiante. Me quité las gafas de sol de un tirón y fulminé a Nicolás con la mirada. Estaba provocándome. Estaba devorado por los celos, herido en el orgullo y borracho de rabia contenida. Y estaba siendo un auténtico capullo integral.

—Lo que yo necesite o deje de necesitar no es asunto tuyo desde hace mucho tiempo, Rivas —disparé con pura frialdad siberiana,

separándome un poco de Alex para no usarlo de escudo invisible—. Y para tu valiosa información, a veces el hormigón armado también se cansa de aguantar todo el peso de la estructura a solas. A veces está muy bien que alguien, por una vez en la puta vida, sostenga el edificio por ti y no huya cuando hay grietas.

Nicolás apretó los dientes con tanta fuerza que el músculo saltó en su cara. El golpe verbal le había dado de lleno en el esternón. Sabía de sobra que me refería a su huida cobarde; a todas las veces que yo tuve que ser la fuerte por los dos.

—Como quieras —escupió él, con la voz cargada de veneno—. Disfruta de tu aburrida seguridad, Valeria. A ver cuánto tardas en morirte de asco.

Se giró con brusquedad militar y caminó a zancadas pesadas hacia la borda lateral. El capitán acababa de detener los motores del catamarán en una zona de arrecifes coralinos para que el grupo hiciera esnórquel.

—¡Al agua, patos! —gritó Lucas desde popa.

Nicolás ni siquiera esperó a que la tripulación bajara la escalera de aluminio. Se subió de un salto al techo rígido de la cabina del capitán, a más de tres metros de altura sobre el nivel del mar. Fue un movimiento suicida, una exhibición de testosterona estúpida e innecesaria provocada por la rabia. Se quitó las gafas de sol, las tiró de cualquier manera sobre una toalla y saltó al vacío.

Fue un salto agresivo, casi violento, sin técnica. Rompió la superficie del océano con un estruendo sordo, salpicando agua a todos los que estaban cerca, liberando toda su frustración en la fuerza del impacto contra el mar.

—Joder. Ese chico siempre tiene la necesidad de dar la nota —murmuró Alex, negando con la cabeza con desaprobación.

Yo no le contesté. Me quedé congelada mirando el círculo de espuma blanca y burbujas donde había desaparecido, con el corazón en un puño, sin poder respirar hasta que vi su cabeza morena salir a la superficie a bastantes metros del barco.

—Venga, vamos al agua —dijo Alex, ajeno a la taquicardia y la angustia que me estaban devorando por dentro—. El sol aprieta demasiado.

Me quité el sombrero de paja y me desanudé el pareo, quedándome en el minúsculo bikini blanco. Me sentía dolorosa y absurdamente expuesta bajo la mirada de todos los invitados, pero el calor me estaba mareando. Bajamos por la escalera de forma civilizada, paso a paso.

El agua caribeña estaba deliciosa. Fresca, cristalina, llena de bancos de peces de colores brillantes. Alex se puso las gafas de bucear al instante y se alejó pataleando para investigar el fondo del arrecife. Yo me quedé muy cerca de los cascos del catamarán, flotando boca arriba en la superficie, cerrando los ojos e intentando que el mar se llevara de una vez mi mal humor y la imagen del salto de Nicolás.

Cerré los ojos, dejándome mecer por las olas suaves. El sonido bullicioso del mundo de arriba se amortiguó, convirtiéndose en un murmullo lejano de risas, música y chapoteos.

Y de pronto, sentí un cambio en la corriente de agua justo debajo de mí.

Algo grande y rápido se movía en las profundidades. Antes de que pudiera reaccionar o abrir los ojos, sentí un roce físico.

Una mano grande, callosa y peligrosa y ardiente a pesar del agua fría, rozó mi cintura desnuda por debajo de la superficie del mar. No fue un agarre rudo para asustarme. Fue una caricia. Un toque fantasma, suave y eléctrico, que recorrió la piel mojada de mi abdomen, bajó por la curva de mi cadera y rozó sin pudor mi muslo interior, a milímetros de la braguita del bikini, antes de desaparecer hacia el fondo.

Abrí los ojos de golpe, tragando agua por la sorpresa, y me giré con brusquedad, pataleando con fuerza para mantenerme a flote en vertical.

Nicolás emergió a un escaso metro de mí. Sacudió la cabeza para apartar el pelo oscuro de la cara como un perro mojado, escupiendo un chorro de agua salada, y me clavó la mirada. Tenía las pestañas espesas pegadas y los ojos un poco enrojecidos por la sal, pero su expresión era puro fuego.

Miré a mi alrededor presa del pánico. Nadie nos estaba mirando. Alex estaba a diez metros, con la cabeza metida bajo el agua, persiguiendo a un pez loro azul. Estábamos rodeados de gente, pero estábamos en nuestra propia burbuja.

—¿Qué cojones haces? —susurré, jadeando, intentando recuperar el aliento. Mi piel todavía ardía a lo largo del recorrido donde él me había acariciado.

—Nadar —respondió él. Usó un tono de inocencia fingida que no engañaría ni a un niño de cinco años.

Se acercó un poco más a mí, moviendo los brazos bajo el agua, flotando sin esfuerzo. Bajo el líquido transparente, vi sus piernas musculosas moviéndose a un roce de las mías. Vi las formas negras

de sus tatuajes distorsionadas por el efecto del agua—. ¿Te pone nerviosa que nade cerca de tu espacio aéreo, Val?

—Me pone muy nerviosa que me toques sin mi permiso, Rivas.

—Fue la corriente, lo juro —mintió con todo el descaro del mundo. Pero sus ojos oscuros bajaron hacia el escote de mi bikini, hacia las gotas de agua que resbalaban por mi pecho, y se quedaron clavados allí—. Aunque tengo que admitir que este bikini blanco mojado... es un método de tortura visual muy efectivo. Casi hace que eche de menos el vestido verde esmeralda de ayer. Casi.

—Eres un ser insufrible —le ataqué, salpicándole un manotazo de agua directo a la cara para alejarle—. Vete a coquetear con tus nuevas amigas, las damas de honor.

Nicolás se rio, limpiándose el agua de la cara con el dorso de la mano, pero no retrocedió.

Se sumergió de nuevo con un movimiento ágil de cadera, pasando por debajo de mí otra vez. Sentí cómo su cuerpo entero rozaba el mío bajo el agua; su pecho duro contra mis piernas, sus muslos contra mis caderas, en una fricción líquida, sostenida y cargada de erotismo que me dejó sin aliento y con el pulso a mil.

Salió a la superficie por el otro lado de mi cuerpo y se alejó nadando hacia la red del barco con brazadas largas y potentes, dejándome allí, temblando de rabia y de deseo en medio del mar Caribe.

Cuando todos volvimos a subir al barco una hora después, el mar había empezado a picarse bastante. El capitán encendió los motores y levantó el ancla para volver al puerto del hotel, pero el viento había rolado. El inmenso catamarán empezó a balancearse de forma

brusca, cortando las olas de través y golpeando contra el mar con sacudidas duras.

Yo nunca había tenido buen estómago para la navegación de través. Nunca.

Me senté en el banco de cuero blanco de popa, intentando fijar la vista en la línea del horizonte, pero el maldito horizonte no paraba de subir y bajar a una velocidad de vértigo. El champán que había bebido antes de nadar y el calor asfixiante empezaron a bailar una danza macabra y destructiva en el fondo de mi estómago.

—¿Estás bien, preciosa? —preguntó Alex, sentándose a mi lado y pasándome el brazo por los hombros. Estaba radiante, lleno de energía y sin un solo mareo—. ¡El arrecife ha sido una pasada! ¿Has llegado a ver la barracuda gigante cerca de las rocas?

—Sí... ha sido genial —murmuré, tragando saliva espesa. Sentía cómo me brotaban gotas de sudor frío y perlado en la frente y en el labio superior.

—Oye, voy a pedir otra ronda de cervezas frías en la barra. ¿Quieres algo? ¿Te traigo unas patatas fritas de bolsa o unos cacahuetes?

La simple mención mental del olor a patatas fritas con aceite hizo que mi estómago diera un vuelco suicida hacia mi garganta.

—No. No, gracias. Estoy bien. Ve tú a por tu cerveza.

Alex, bendito sea su inagotable entusiasmo de monitor de campamento y su ceguera selectiva masculina, me dio un beso rápido y ruidoso en la mejilla salada y se fue hacia la barra libre, dejándome sola lidiando con mis incipientes náuseas.

Me levanté del banco tambaleándome en cuanto se fue. Necesitaba aire puro en la cara. Necesitaba alejarme a la

desesperada del fuerte olor a gasoil quemado que escupía el motor de popa.

Me fui a trompicones hacia el pasillo de sotavento, agarrándome a la barandilla metálica de seguridad con los nudillos blancos por la fuerza, respirando hondo por la nariz y exhalando por la boca, rezando a todos los santos para no vomitar la dignidad delante de todos los invitados de la boda.

Cerré los ojos con fuerza, apoyando la frente sudorosa en el metal frío de la estructura del barco. *Respira, Valeria. Solo respira. No vas a vomitar. Eres una mujer fuerte y elegante. No vas a hacerlo.*

—Toma. Póntelo en el cuello.

Una voz grave sonó justo a mi espalda. No me giré. Si movía el cuello me arriesgaba a devolver allí mismo.

Sentí algo frío como el hielo presionando con firmeza contra mi nuca ardiendo. Un vaso de cristal lleno de hielo, envuelto con cuidado en una servilleta de papel húmeda.

El alivio físico fue casi instantáneo. El frío caló en mi sistema nervioso y calmó un poco el mareo opresivo. Nicolás se colocó a mi lado, apoyando los codos en la barandilla y mirando al mar infinito, fingiendo ante los demás que no estaba haciendo nada especial. En su mano libre tenía una pequeña botella de vidrio de agua con gas abierta y una rodaja de limón recién cortada.

—Bebe esto —ordenó en voz baja y autoritaria, pasándome la botella sin mirarme a la cara—. Sorbos muy pequeños. El gas te ayudará a asentar los ácidos del estómago. Y si notas que te vienen las arcadas, muerde el limón.

Cogí la botella helada con una mano temblorosa, presionando el vaso de hielo contra mi nuca con la otra.

—Gracias —susurré, sintiéndome llena de vergüenza.

Odiaba con todas mis fuerzas ser débil delante de él. Odiaba que él me viera así, pálida y patética, mientras Alex ni siquiera se había dado cuenta de que me estaba muriendo en vida.

—Siempre te mareas muchísimo cuando el mar pega de través —dijo él, comentándolo al aire como si fuera un dato técnico irrelevante sobre estructuras—. En el *ferry* que cogimos a Formentera en segundo de carrera, casi te mueres en cubierta.

—Lo recuerdo a la perfección —contesté. Bebí un sorbo milimétrico de agua. El frío y las burbujas fueron gloria bendita bajando por mi garganta—. Tú te pasaste todo el viaje de ida riéndote de mi cara verde.

—Me pasé todo el jodido viaje sujetándote el pelo en el baño y abanicándote con una revista de *Vogue*, Valeria. No reescribas la historia a tu antojo para hacerme parecer el malo.

Me giré muy despacio para mirarle.

Nicolás seguía con la mirada fija en las olas cortadas por el casco. Tenía el perfil serio, la mandíbula tensa bajo la sombra de la barba. No había ni rastro de burla, chulería o celos en su cara. Había preocupación real. Esa maldita y profunda preocupación silente que me desarmaba las barreras de una en una.

—Alex quería traerme patatas fritas con aceite —dije en un susurro, mirando mi botella, sin saber muy bien por qué le estaba confesando eso.

Nicolás soltó un resoplido corto, puramente irónico.

—Alex es un tipo estupendo. Un diez sobre diez. Pero no tiene ni idea de quién eres.

Se giró hacia mí. Estábamos muy cerca el uno del otro, medio escondidos de la vista del grupo tras la inmensa cabina del capitán. El barco dio un bandazo violento al chocar contra una ola grande y mis rodillas, débiles por el mareo, cedieron, haciéndome perder el equilibrio hacia atrás.

Nicolás reaccionó en una fracción de segundo. Tiró la botella al suelo y me agarró con ambas manos de la cintura y el brazo para estabilizarme antes de que cayera al suelo metálico. Su agarre era fuerte como el acero. Seguro. Un ancla pesada e inamovible en medio de la tormenta.

—Respira, Val —susurró.

Dio un paso hacia adelante, acorralándome contra la barandilla, acercándose tanto que invadió todo mi espacio aéreo, bloqueando el viento racheado con la anchura de sus hombros y ocultándome de las miradas curiosas del resto de la cubierta—. Mírame a mí. No mires al horizonte ni al mar. Mírame a los ojos. Eso fija el equilibrio del cerebro.

Le obedecí a ciegas.

Levanté la cabeza y clavé mis ojos verdes en los suyos, negros, profundos y llenos de intensidad. El barco dejó de dar vueltas. Mi estómago se calmó de golpe. El ruido del motor desapareció. Solo existía él.

—Estoy aquí —murmuró. Su pulgar grande y áspero acarició la cara interna de mi brazo, justo donde me sujetaba. Un roce suave, rítmico, hipnótico, que me hizo olvidar el mareo de un plumazo para sustituirlo por otro tipo de vértigo muchísimo más peligroso—. No voy a dejar que te caigas. Nunca.

Nos quedamos exactamente así, suspendidos en el tiempo y en el espacio, mirándonos de hito en hito mientras el enorme catamarán saltaba con violencia sobre las olas del Caribe hacia el puerto.

Y mientras me perdía en sus pupilas, lo entendí. Entendí por qué era tan difícil sacarle de mi vida.

Él tenía toda la razón. Alex podía ser el hombre perfecto y seguro sobre el puto papel. Podía ponerme crema con educación, sonreír siempre y ser la imagen de la estabilidad.

Pero Nicolás... Nicolás sabía en qué punto exacto poner el hielo cuando yo me rompía. Nicolás sabía sujetarme con firmeza cuando mi mundo entero perdía el equilibrio y se movía bajo mis pies.

Y eso, maldita sea mi suerte, era lo que hacía que fuera física y emocionalmente imposible olvidarle.

Capítulo 12

Nicolás

Dicen por ahí que los celos son un monstruo de ojos verdes. Eso es una puta mentira poética inventada por alguien que nunca los ha sentido de verdad.

Los celos no son verdes. Son rojos. Son negros como el alquitrán. Saben a óxido, a sangre y a bilis en el fondo de la garganta, y te nublan la vista periférica hasta que lo único que eres capaz de ver es al imbécil que tiene la mano puesta justo donde tú deberías tener la tuya.

Llegamos al inmenso *lobby* del hotel envueltos en un silencio incómodo y denso. El grupo de la excursión se dispersó rápido hacia los ascensores, cansados por el exceso de sol, el alcohol y el vaivén del mar. Yo me quedé un poco atrás a propósito, fingiendo que buscaba algo importante en el fondo de mi bolsa de deporte, pero en realidad estaba vigilando cada movimiento.

Valeria caminaba diez metros por delante de mí. El pareo blanco ondeaba alrededor de sus piernas largas con cada paso, y llevaba el pelo cobrizo hecho un desastre precioso por culpa del viento y la sal. Parecía una diosa enfadada y cansada. Y pegado a ella, gravitando a su alrededor como un maldito parásito sonriente, iba Alex.

—Gracias por cuidarme en el barco —le oí decir a ella por encima del murmullo del *lobby*. Su voz era suave. Demasiado suave.

Condenadamente dulce.

—No tienes que darlas, Val. Me gusta cuidarte.

Alex se detuvo frente a las puertas de los ascensores principales. Se giró hacia ella bloqueándole el paso con sutileza, invadiendo su espacio vital con una familiaridad que me hizo apretar los puños dentro de los bolsillos hasta que me dolieron los nudillos.

—Oye —dijo el ingeniero, pasándole el dedo índice por el brazo desnudo, acariciando con total libertad la misma piel que yo había memorizado en la oscuridad—. ¿Qué te parece si cenamos juntos hoy? Solos tú y yo. Lejos del grupo, para que te olvides del mareo del barco. Conozco un sitio italiano aquí cerca muy tranquilo...

Valeria dudó. La vi dudar desde mi posición. Y esa milésima de segundo de duda fue como una puñalada directa al hígado. Debería haber dicho que no al instante. Debería haberle puesto una de sus excusas de hielo, haberle dicho que estaba cansada, que tenía trabajo de la boda, que sin más no le interesaba.

Pero no lo hizo.

—Puede... puede ser una buena idea —murmuró ella, asintiendo a medias.

Alex sonrió de oreja a oreja, victorioso y estúpido. Se inclinó hacia ella para despedirse. Fue solo un beso en la mejilla, pero fue jodidamente lento. Húmedo. Sus labios rozaron adrede la comisura de la boca de Valeria. Su mano grande se posó en la curva de su cintura, apretando la fina tela del pareo y tirando de ella.

Algo se rompió dentro de mi cabeza con un crujido sordo. Un cable de alta tensión se soltó, soltando chispas contra mi cerebro racional, quemándolo todo hasta los cimientos.

Valeria se apartó del abrazo, murmuró algo inaudible y se metió a toda prisa en el ascensor que acababa de abrirse. Alex se quedó allí de pie en el pasillo, mirándola marchar, sonriendo como un idiota enamorado de una comedia romántica barata.

Pasé por su lado sin mirarle a la cara. Si le miraba a los ojos un solo segundo, le rompía la nariz de un puñetazo. Y no quería manchar de sangre el suelo de mármol de Lucas y Sofía.

Cacé las puertas del ascensor de Valeria justo un milisegundo antes de que se cerraran, metiendo la mano a lo bruto para bloquear el sensor de movimiento. Las puertas rebotaron y se abrieron de par en par.

Valeria dio un salto hacia atrás, asustada, y se pegó al espejo del fondo al verme entrar con cara de asesino en serie. Las puertas metálicas se cerraron con un golpe sordo, encerrándonos a los dos a solas en la caja de acero.

—Nicolás —dijo ella, alzando la barbilla, adoptando esa frialdad defensiva en la que se refugiaba siempre—. ¿Qué coño haces?

No contesté. No podía articular palabra. Estaba demasiado ocupado intentando no explotar en mil pedazos allí mismo. Clavé la vista en la pantalla digital, mirando los números subir. Planta 1. Planta 2.

Ella notó la tensión asesina que irradiaba mi cuerpo. Se cruzó de brazos sobre el pecho, frotándose los codos, protegiéndose de mí por puro instinto.

El ascensor se detuvo en nuestra planta con un *ding* alegre que contrastaba con mis ganas de matar. Valeria salió disparada hacia el pasillo exterior como si el aire acondicionado de la cabina fuera gas tóxico. La seguí de cerca, pisándole los talones.

—¿Vas a seguirme hasta la habitación como un puto acosador? —preguntó sin dignarse a girar la cabeza, acelerando el paso por la madera, buscando la tarjeta electrónica en el fondo de su bolso de paja con manos nerviosas.

—¿Vas a cenar con él? —La pregunta salió de mi garganta rota, sonando más como el gruñido de un animal territorial que como una frase humana.

Valeria se detuvo en seco frente a la puerta 104. Se giró sobre sus talones, enfrentándome de lleno. Sus ojos verdes echaban chispas de furia.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Ah, no? —Avancé un paso hacia ella, amenazante.

—No. —Pasó la tarjeta por el lector con un golpe brusco. La luz verde parpadeó. Empujó la puerta para entrar deprisa, haciendo el amago de cerrármela en las narices.

No se lo permití. Puse la mano plana sobre la madera de caoba y empujé con fuerza bruta. Entré detrás de ella antes de que pudiera emitir un solo sonido de protesta y cerré la puerta a mi espalda con un golpe seco que hizo temblar el marco. Eché el pestillo manual. Clic.

Estábamos solos. En su territorio. La habitación estaba en penumbra y olía a ella por todos lados; a su perfume floral, a salitre y a crema solar cara.

—¡Sal de aquí ahora mismo! —gritó Valeria. Tiró su bolso sobre la cama deshecha con furia ciega—. ¡Estás loco de remate! ¿Te crees que puedes entrar a la fuerza en mi habitación y...?

—¿Vas a cenar con él, sí o no? —repetí a gritos, cortando su frase.

—¡Sí! ¡Quizás sí! —Valeria caminó hacia el centro de la habitación, gesticulando con los brazos en alto—. ¿Y qué? ¿Por qué cojones no iba a hacerlo? Es amable. Es educado. ¡Y sobre todo, no me monta escenas de celos de psicópata en los pasillos de los hoteles!

—¡Es un aburrido de mierda, Valeria! —Pateé con violencia una de sus sandalias que estaba tirada en el suelo, mandándola a volar contra la pared del armario. Necesitaba romper algo físico para no romperme yo—. ¡Ese imbécil no tiene ni puta idea de quién eres por dentro! ¡Te trata como si fueras una muñeca de cristal porque le da pánico romperte!

—¡Al menos él no me ha roto ya en mil pedazos! —Me gritó ella con la voz desgarrada, señalándome directo al pecho con el dedo acusador. El pecho le subía y bajaba con agitación por la falta de oxígeno—. ¡Al menos con él estoy tranquila! ¡Con él tengo paz!

—¡Tú no quieres estar tranquila! —Me pasé ambas manos por el pelo, tirando de las raíces, desesperado, sintiendo que me faltaba el aire en los pulmones—. Te vi en el puto barco, Val. Te vi cuando te mareaste y creíste que te morías. ¡No le buscaste a él! ¡Me buscaste a mí! Buscaste mis ojos. Buscaste mi mano.

—¡Porque tú estabas allí, invadiéndolo todo con tu presencia, como haces siempre!

—¡Porque soy el único en este puto mundo que sabe cómo sujetarte cuando te caes!

Avancé hacia ella como un depredador. Valeria retrocedió asustada, tropezando con la alfombra, hasta que su espalda chocó con dureza contra la pared fría que separaba el dormitorio del baño.

Ya no tenía escapatoria.

Llegué hasta ella en dos zancadas y golpeé la pared de pladur con las palmas abiertas de mis manos, una a cada lado de su cabeza, atrapándola en una jaula de carne y hueso. El estruendo del golpe resonó por toda la habitación vacía.

No la toqué. Me obligué con cada átomo de mi ser a no tocar ni un milímetro de su cuerpo, porque sabía con certeza casi matemática que si ponía una sola mano sobre su piel desnuda, perdería el poco control racional que me quedaba y la devoraría viva.

Pero estaba tan cerca que podía ver las pequeñas motas doradas brillando en sus iris verdes asustados. Podía oler la sal seca en su clavícula. Podía sentir el calor salvaje que irradiaba su cuerpo, llamando al mío a gritos.

Valeria jadeó, con los labios entreabiertos, sorprendida por la violencia contenida del gesto. Se quedó paralizada por completo contra la pared, mirándome con los ojos muy abiertos y el pulso desbocado latiendo en la base de su cuello.

Bajé la cabeza despacio, hasta que nuestras narices casi se rozaron. Respirábamos justo el mismo aire viciado.

—Dímelo a la cara —susurré, con la voz rota y ronca por la mezcla tóxica de rabia y deseo puro—. Mírame a los putos ojos y dime que prefieres irte a cenar con ese tipo y hablar de la temperatura del agua antes que estar aquí conmigo peleando a gritos. Dímelo, Valeria, y te juro por Dios que me doy la vuelta y me voy.

Valeria temblaba como una hoja. Lo notaba en la vibración del aire escaso que nos separaba.

—Nicolás...

—Ese beso de mierda en el *lobby*... —seguí atacando, incapaz de parar, torturándome a mí mismo con la imagen visual—. Vi cómo te

tocó la cintura. Vi cómo se atrevió a mirarte la boca. Me dieron ganas de arrancarle la mano de cuajo.

—No tienes derecho —susurré ella. Su voz ya no era un grito enfurecido. Era un hilo de voz frágil, cargado de dolor antiguo—. No tienes ningún derecho a estar celoso, Nicolás. Ninguno.

—Lo sé. Joder, ya lo sé. —Cerré los ojos con fuerza un segundo, apoyando mi frente pesada contra la suya, derrotado hasta la médula por mi propia intensidad emocional—. Pero me quema vivo, Valeria. Me quema por dentro verle tocarte y pensar que él puede tenerte todas las noches... y yo no.

Valeria soltó un sollozo ahogado contra mi boca. Abrió los ojos. Estaban anegados en lágrimas. Lágrimas de verdad, gordas, calientes y brillantes, que se desbordaron y empezaron a rodar en silencio por sus mejillas enrojecidas.

Verla llorar así fue como si me echaran un cubo de agua con hielo directo en la columna vertebral. Mi rabia ciega se evaporó en el acto, dejando a su paso una angustia terrible, oscura y aplastante en la boca del estómago.

—Tú... —Empezó a hablar, pero su voz se rompió en un gemido sordo. Levantó las manos temblorosas y me empujó el pecho desnudo, con mucha debilidad—. Tú perdiste tu turno, Nicolás.

El golpe verbal fue certero. Letal. Entró directo al centro de mi corazón y me lo partió por la mitad.

—Tú te fuiste —siguió hablando a trompicones, y ahora las lágrimas caían libres sin control, manchando su cara perfecta—. Renunciaste por tu propio pie a todos tus derechos sobre mí hace cuatro años. Me dejaste a solas recogiendo los pedazos de la mierda de vida que me dejaste. No puedes volver ahora, presentarte aquí

porque me ves guapa en un vestido verde o porque estás aburrido de tu vida perfecta, y fingir que sigo siendo tuya. ¡No soy tuya! Dejé de serlo la noche que no volviste a dormir a casa.

—Val, por favor...

—¡Él se queda! —gritó ella, llorando a lágrima viva, golpeándome el pecho otra vez con los puños cerrados, esta vez con mucha más fuerza, descargando su dolor contra mí—. ¡Alex está aquí! ¡Alex me llama por teléfono! ¡Alex no huye al otro lado del mundo cuando las cosas se ponen difíciles o cuando tiene miedo de sentir algo! Alex es real. Tú... tú solo eres un fantasma cobarde que aparece para desordenarme la vida y luego se va. ¿Por qué cojones no iba a darle una oportunidad a alguien que sí quiere quedarse conmigo?

Me quedé helado de pies a cabeza. Sus palabras eran cuchillas de afeitar bañadas en ácido. Y lo peor, lo que más dolía de todo, es que eran verdad. Cada puta sílaba que salía de su boca llorosa era una condena de muerte que yo mismo había firmado y sellado hace años.

La miré en silencio. Estaba deshecha contra la pared. El rímel corrido por las mejillas, el pecho agitado por los sollozos, la cara roja de llorar por mi culpa. Y aun así, juro por mi vida que nunca en estos cuatro años me había parecido tan hermosa.

Y tan inalcanzable.

Quise besarla. Dios mío, quise besarla con tanta fuerza y desesperación que se le olvidara el nombre de Alex, mi propio nombre y hasta dónde estábamos. Quise borrarle el dolor con placer físico, usar el sexo salvaje y primitivo para cerrar la herida abierta, exacto igual que habíamos hecho tantas veces en el pasado cuando discutíamos.

Bajé la mirada por instinto hacia sus labios. Estaban entreabiertos, húmedos de lágrimas y temblorosos.

Si la besaba ahora mismo, ella me dejaría hacerlo. Lo vi brillar en el fondo de sus ojos verdes. Había tanta tensión eléctrica, tanta necesidad física acumulada entre los dos en estos días, que si cruzaba la línea de sus labios, arderíamos hasta convertir la habitación en cenizas.

Pero también vi el dolor desnudo.

Si la besaba ahora, solo le daría la razón a su argumento. Si la tocaba, sería el monstruo egoísta que ella creía que era; el hombre que toma lo que quiere para calmar su propio dolor y luego la deja tirada en medio del desastre emocional. Sería el caos personificado destrozando sus cimientos una vez más.

Y ella ya había tenido suficiente caos por mi culpa. Ella necesitaba paz.

Me separé de la pared con una lentitud agónica, retirando las palmas del pladur como si me costara la vida misma despegarlas de su entorno. Valeria se quedó allí, pegada al muro, abrazándose a sí misma por los codos, cerrando los ojos a la espera de un ataque o un beso que nunca llegó.

—Tienes toda la razón —dije por fin. Mi voz sonó muerta. Hueca y derrotada—. Perdí mi turno hace mucho tiempo.

Me pasé la mano por la cara, secándome el sudor frío y borrando cualquier rastro de frustración o de celos.

—No voy a tocarte, Valeria. No voy a tocarte cuando estás llorando por mi maldita culpa. Otra vez.

Caminé hacia la salida dando la espalda a la única mujer que había amado. Sentía que cada paso que daba era descalzo sobre

cristales rotos.

—Cena con él —dije en un susurro grave, sin atreverme a girar la cabeza, con la mano temblorosa apoyada en el frío pomo metálico de la puerta—. Ojalá te haga feliz de verdad. Ojalá ese imbécil te dé todo lo que yo fui demasiado cobarde para darte.

Abrí la puerta y salí al pasillo vacío, dejándola a solas con su seguridad, su ingeniero perfecto y sus putas lágrimas.

Cuando la puerta de la 104 se cerró a mi espalda con un clic definitivo, las piernas me fallaron. Me apoyé de espaldas contra la pared del pasillo y me deslicé hasta caer sentado en la alfombra, escondiendo la cabeza entre las rodillas, agarrándome el pelo con las manos.

Había ganado la discusión moral. Había hecho lo correcto por ella. Me había marchado para no hacerle más daño.

Pero, joder. Cómo dolía hacer lo correcto.

Capítulo 13

Valeria

Me quedé allí, sentada en el suelo del pasillo del hotel, con la espalda apoyada contra la pared fría y las rodillas pegadas al pecho, mucho tiempo después de que los pasos de Nicolás se hubieran desvanecido.

La rabia ardiente que me había dominado durante la discusión se había evaporado por entero, dejándome a cambio una sensación de vacío frío, pesado y húmedo en el centro del estómago. Había ganado la discusión moral. Le había dicho todas las verdades a la cara. Le había echado de mi habitación y de mi vida.

Entonces, ¿por qué demonios sentía que acababa de perderlo todo otra vez?

Me levanté del suelo con movimientos mecánicos, torpes, como una muñeca vieja con las articulaciones oxidadas, y entré en mi habitación. Cerré la pesada puerta de madera, eché el pestillo de seguridad y me apoyé en ella, deslizándome hasta sentarme en la alfombra y cerrando los ojos con fuerza.

El silencio de la suite de lujo era ensordecedor. Y en medio de ese silencio absoluto, mi mente, traicionera y cruel como ella sola, decidió que era el momento perfecto para saltarse todas mis barreras y viajar en el tiempo. Para obligarme a volver a esa noche.

La noche exacta que dividió mi vida entera con un tajo limpio en un «antes» y un «después».

Hace cuatro años. Madrid.

El pequeño apartamento de estudiantes del barrio de Malasaña olía a pizza barata de *pepperoni*, a barniz tóxico de maquetas y a puro triunfo.

Acabábamos de volver caminando de la universidad bajo el sol de junio. El Proyecto Final de Carrera estaba entregado y sellado. Los meses interminables de insomnio, de café de máquina asqueroso, de dedos cortados con el cúter afilado y de ataques de pánico compartidos en el suelo del baño habían terminado por fin. Lo habíamos conseguido. Y los profesores del tribunal nos habían dicho, en el pasillo, que sin duda era el mejor y más brillante trabajo de toda la promoción.

—¡Somos libres, joder! —gritó Nicolás, entrando en tromba en el salón y tirando su pesada mochila de cuero en una esquina con un gesto de pura exageración teatral.

Me agarró por la cintura antes de que pudiera quitarme la chaqueta, levantándome en el aire y dándome vueltas por el salón hasta que me mareé de felicidad. Yo me reía a carcajadas, agarrada con fuerza a su cuello, sintiendo que flotaba sobre el suelo de parqué gastado.

—¡Bájame al suelo, bruto! —reí a pleno pulmón, besándole la mejilla sudada, la punta de la nariz, la boca.

Me dejó caer de espaldas sobre el sofá desvencijado que habíamos rescatado de la basura la primera semana de mudanza y que habíamos tapizado con telas indias baratas. Se dejó caer encima de mí, aplastándome con todo su peso, enterrando la cara en el

hueco de mi cuello. Olía a tabaco de liar, a adrenalina y a su perfume de sándalo de siempre. Olía a mi casa.

—Lo hemos hecho, Val —murmuró contra mi piel, enviándome una oleada de escalofríos por la columna vertebral—. Lo hemos conseguido, joder.

—Somos arquitectos —susurré, probando la textura de la palabra en mi boca por primera vez. Sonaba inmensa. Sonaba a vida adulta.

Nicolás se incorporó a medias, apoyándose en los codos a los lados de mi cabeza para poder mirarme a la cara. Sus ojos negros brillaban con una intensidad casi febril, una mezcla letal de adrenalina pura y una adoración tan absoluta que me hizo sentir la mujer más poderosa y afortunada del mundo entero.

—No —corrigió él. Me apartó un mechón de pelo de la cara con esos dedos largos y manchados de tinta que yo tanto amaba—. Tú eres arquitecta. Yo solo soy el tipo con más suerte del planeta por haber conseguido convencerte para que trabajes conmigo.

—No digas tonterías, Rivas —le regañé con suavidad, acariciándole la barba de tres días—. Sin tus ideas locas, mi estructura sería aburrida y predecible. Somos un equipo indivisible. El *Dream Team*, ¿lo recuerdas?

Nicolás se puso serio de repente. La sonrisa se le borró, dando paso a una profundidad en la mirada que me asustó un poco por su intensidad.

—El *Dream Team* —repitió, saboreando las palabras—. Val, escúchame bien: esto es solo el puto principio. Tú y yo... vamos a comernos el mundo a bocados. Vamos a construir cosas increíbles juntos. Rascacielos, puentes, ciudades enteras si hace falta. No hay nada que pueda pararnos ahora.

—Nada —prometí en un susurro, creyéndomelo con cada célula y cada átomo de mi cuerpo.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —dijo él, y su voz grave se rompió un poco por la emoción—. No sé qué demonios haría en este mundo sin ti. Creo que... creo que ni siquiera sabría cómo respirar si no estuvieras.

Mi corazón se expandió en el pecho con tanta fuerza que casi dolió.

—Nunca tendrás que averiguarlo —le aseguré. Tiré de las solapas de su camisa para acercarlo a mí y besarle.

Hicimos el amor en ese sofá viejo y ridículo, rodeados por todas partes de planos enrollados, reglas y cajas de pizza vacías, impulsados por la urgencia de la celebración y la ternura infinita de la promesa que acabábamos de hacernos. Fue lento. Fue perfecto. Sentí que nos fundíamos el uno en el otro, que los límites entre su piel y la mía habían desaparecido por completo. Sentí que, con cada roce, estábamos sellando un pacto eterno e irrompible.

Horas más tarde, Nicolás me llevó en brazos a la cama de nuestra habitación, y el sueño nos atrapó en la oscuridad, enredados y sudorosos bajo una manta fina. La luz anaranjada de las farolas de la calle de Madrid entraba por la ventana sin cortinas, iluminando su perfil.

Recuerdo con una claridad dolorosa que lo último que pensé antes de cerrar los ojos pesados, escuchando el latido acompasado de su corazón justo bajo mi oreja, fue: *Soy feliz. Por primera vez en mi vida, soy feliz a más no poder y estoy a salvo.*

Me desperté horas después con el sol brillante de la mañana dándome directo en la cara. Estiré el brazo con pereza sobre las

sábanas, buscando su calor habitual.

Mis dedos solo tocaron la tela fría y vacía del colchón.

Abrí los ojos despacio, parpadeando contra la luz fuerte. La mitad de la cama estaba vacía. La habitación estaba en silencio.

—¿Nico? —llamé, con la voz ronca de sueño, desperezándome.

Silencio.

Me incorporé sobre los codos, frotándome los ojos. Era probable que hubiera bajado a la cafetería de la esquina a por dos cafés dobles y cruasanes de chocolate para celebrar a lo grande el primer día del resto de nuestras vidas. Sonreí como una tonta, imaginándomelo en la cola de la panadería de abajo, con el pelo revuelto, intentando decidir qué napolitana tenía más chocolate para traérmela.

Me levanté de la cama, envolviéndome el cuerpo desnudo en la manta fina, y fui hacia la pequeña cocina. Vacía. Fui al baño de baldosas azules. Vacío.

Una pequeña y afilada punzada de inquietud irracional se instaló en la boca de mi estómago. Volví a entrar en nuestro dormitorio. La cama estaba deshecha en mi lado, pero intacta en el suyo, porque ni siquiera habíamos llegado a taparnos bien.

Pero algo en la habitación estaba mal. El ambiente se sentía... diferente. Alterado. Menos denso.

Miré hacia el armario empotrado, cuyas puertas correderas blancas siempre se atascaban en el carril. Una de ellas estaba abierta de par en par. Me acerqué muy despacio, con el corazón empezando a latir un poco más rápido de lo normal contra mis costillas. Miré dentro.

La mitad derecha del armario, su mitad, estaba vacía. Sus perchas de madera colgaban inútiles. Sus camisetas negras, sus camisas de cuadros gastadas, su chaqueta de cuero vieja... no estaban. Bajé la mirada hacia el suelo del armario, donde siempre dejaba las zapatillas. Su inmensa bolsa de deporte negra de lona tampoco estaba.

—No —susurré. La palabra salió de mis labios como una burbuja de jabón minúscula y frágil.

Corrí hacia el baño otra vez, resbalando en el parqué. Abrí el armario del espejo de un tirón. Su cepillo de dientes eléctrico no estaba en el vaso. Su maquinilla de afeitar había desaparecido. Su bote de colonia de sándalo ya no ocupaba su sitio junto a mi crema. Todo rastro de su existencia diaria se había evaporado.

El pánico estalló en el centro de mi pecho. Fue un pánico físico, frío, brutal y paralizante.

Corrí de vuelta al salón tropezando con la manta, buscando a la desesperada una nota. Un maldito *post-it* amarillo en la pared. Un trozo de papel arrancado de un cuaderno. Algo. Lo que fuera. Busqué entre los planos de la mesa de centro. Busqué en la encimera de la cocina. En la puerta de la nevera.

Nada. No había papel. No había letras apresuradas. No había explicaciones de ningún tipo.

Solo había un único objeto sobre la mesa del comedor, brillando de forma obscena bajo el sol radiante de la mañana madrileña.

Su juego de llaves del piso.

Me quedé mirándolas de hito en hito, paralizada de pies a cabeza. El llavero de metal brillante con forma de casita que yo misma le había regalado con toda la ilusión del mundo el día que nos

mudamos juntos. Estaban ahí, tiradas de cualquier manera sobre la madera, frías y abandonadas. Era un mensaje mil veces más claro, rotundo y destructivo que cualquier carta de despedida de diez folios.

No voy a volver.

Marqué su número de móvil con las manos temblando con tanta violencia que casi se me cae el teléfono al suelo.

«El número que usted ha marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura en este momento...»

Volví a marcar. Lo llamé otra vez. Y otra. Y otra. Y otra más. Lo llamé sesenta veces hasta que la voz monótona de la operadora de telefonía se convirtió en la banda sonora oficial de la destrucción total de mi vida.

Me dejé caer de rodillas al suelo, justo allí, al lado de las patas de la mesa, a centímetros de sus llaves abandonadas. No entendía nada. Mi cerebro de arquitecta, entrenado para buscar la lógica y la estructura en todo, no podía procesarlo.

Hacía escasas ocho horas, en ese mismo salón, me había mirado a los ojos y me había jurado que no sabía cómo respirar sin mí. Hacía ocho horas íbamos a comernos el mundo entero los dos juntos. ¿Cómo se puede mentir tan bien? ¿Cómo se le puede hacer el amor a alguien con esa devoción, con esa ternura que te rompe, y estar planeando con frialdad tu huida y haciendo la puta maleta al mismo tiempo en tu cabeza?

El dolor no me golpeó de golpe. No fue un accidente de coche. Vino por oleadas oscuras.

Primero fue la negación absoluta. Luego llegó el miedo irracional *¿Le ha pasado algo malo? ¿Le han secuestrado? ¿Ha tenido un*

accidente?. Y al final, cuando pasaron las horas, el reloj avanzó implacable y la noche oscura cayó otra vez sobre el apartamento vacío y en silencio, llegó la certeza aplastante, fría y devastadora.

Se había ido. Me había dejado atrás como si yo fuera basura. Y al marcharse por esa puerta, se había llevado con él mi capacidad de volver a confiar en cualquier ser humano para el resto de mi vida.

—Valeria.

La voz sonó amortiguada. Muy lejana. Como si viniera del fondo del mar.

Abrí los ojos de golpe, parpadeando contra la luz, volviendo al presente, a la habitación de hotel de cinco estrellas en el Caribe. Estaba a oscuras. Me había ovillado en el suelo de la alfombra, abrazando mis propias rodillas, llorando en silencio sin darme ni cuenta. Tenía la cara empapada, roja y salada por las lágrimas.

El teléfono móvil estaba vibrando sin parar en mi mano apretada. Miré la pantalla borrosa a través de las lágrimas.

Sofía.

Respiré hondo, pasándome el dorso de la mano por los ojos con fuerza, intentando estabilizar mi respiración errática. No podía dejar que Sofía lo supiera. No podía permitirme arruinar los días previos a su boda perfecta resucitando mis propios fantasmas del pasado. Descolgué y me llevé el aparato a la oreja.

—¿Sofi? —Mi voz salió rota, un graznido patético y nasal.

—¡Val! —La voz de mi amiga era pura energía caribeña, feliz y ajena por completo a mi derrumbe emocional—. Te estaba buscando por todas partes. Estamos todos en el bar de la playa tomando margaritas. Alex no para de preguntar por ti. Dice que habíais

quedado para cenar solos pero que no le contestas a los mensajes de WhatsApp. ¿Estás bien?

Cerré los ojos, apoyando la frente sudorosa en mis rodillas encogidas.

Alex. El ingeniero perfecto. El chico bueno que pone crema. El chico que, por encima de todas las cosas, se queda. Debería ir. Debería levantarme del suelo, darme una ducha fría, ponerme el vestido más bonito que tuviera en la maleta, bajar al restaurante, cenar con él, sonreír y dejar que me hiciera reír con anécdotas aburridas. Debería, por mi propia salud mental, elegir la seguridad.

Pero el enorme agujero negro en mi pecho, ese agujero con la silueta exacta de Nicolás Rivas que se había abierto a la fuerza hace cuatro años y que yo creía haber tapado con hormigón armado, dolía demasiado esta noche como para fingir que no existía.

—No... no me encuentro muy bien, Sofi —mentí. Intenté sonar casual, pero un sollozo ahogado se me escapó de la garganta, traicionero—. Creo que el mareo del barco de esta mañana... me ha sentado muy mal al estómago.

Hubo un silencio tenso al otro lado de la línea. El ruido de fondo de la fiesta desapareció.

Sofía, que me conocía desde que teníamos cinco años y jugábamos en el patio del colegio, detectó la mentira en el aire al instante. Su tono cambió de golpe, pasando de «novia de fiesta» a «preocupación maternal modo emergencia» en un segundo.

—Valeria Torres. ¿Estás llorando?

—No —dije, y al intentar negarlo, me eché a llorar con más fuerza, la voz temblándome sin control—. Es solo que... estoy muy cansada.

—Voy para allá —dictaminó ella, con una firmeza que no admitía discusión—. Ahora mismo. Y llevo chocolate de la nevera. Y una botella de tequila entera. No te muevas de esa habitación.

Colgó el teléfono sin esperar respuesta.

Me quedé allí, tirada en el suelo del hotel, mirando la oscuridad del techo.

Nicolás estaba a escasos palmos de mí, justo al otro lado de la pared de mi cabecero. Podía sentir su presencia casi física. Pero la distancia real entre nosotros ya no se podía medir en metros cuadrados ni en simples tabiques de pladur. Se medía en promesas rotas susurradas en un sofá barato y en un juego de llaves abandonadas sobre una mesa en Madrid.

Y esa distancia emocional, por mucho que nuestros cuerpos se buscaran a la desesperada y ardieran cuando se rozaban, era infinita e insalvable.

Capítulo 14

Valeria

Tres golpes secos y urgentes en la puerta me obligaron a despegar la cara de mis rodillas.

Me levanté del suelo del pasillo con pesadez, sintiendo los músculos entumecidos y los ojos hinchados como si me hubieran dado una paliza. Me acerqué a la puerta, arrastrando los pies descalzos por la moqueta, y abrí justo antes de que el cuarto golpe hiciera temblar la madera.

Sofía irrumpió en la habitación como un vendaval caribeño.

Llevaba un vestido de lino blanco precioso, el pelo peinado con ondas surferas y un maquillaje impecable para su noche de cócteles. Pero en sus manos sostenía un *kit* de supervivencia que contradecía por completo su imagen de novia de revista: una botella de tequila Don Julio llena hasta la mitad, dos vasos de cristal robados del bar de la playa, un limón cortado de cualquier manera y tres tabletas familiares de chocolate negro.

Cerró la puerta de una patada hacia atrás, echó el pestillo y se giró para mirarme. Su expresión pasó de la preocupación a la pura alarma en un milisegundo al ver mi cara.

—Madre mía, Val —susurró, dejando caer toda su carga sobre la cama deshecha—. Mírate.

No necesité mirarme en el espejo para saber qué estaba viendo. El rímel negro me manchaba las mejillas, tenía los ojos inyectados en sangre, la respiración entrecortada y llevaba puesta una camiseta vieja y arrugada. Era la viva imagen de la derrota.

Intenté forzar una sonrisa tranquilizadora, de esas que usaba en Madrid cuando un proyecto se caía a pedazos, pero mis labios temblaron y el gesto se transformó en una mueca patética.

—Creo que el barco... el movimiento del catamarán... —balbuceé, intentando mantener la estúpida mentira del mareo.

—Cállate la boca, Valeria Torres —me cortó Sofía con una suavidad rotunda.

Se acercó a mí, acortando la distancia, y me rodeó con los brazos, apretándome contra su pecho. Olía a coco, a brisa marina y a perfume caro. Olía a mi mejor amiga.

Al sentir su calor, el último dique de contención que me quedaba en pie se vino abajo con un estruendo ensordecedor. Me agarré a la tela de su vestido blanco, enterré la cara en su hombro y volví a llorar. Lloré con una fuerza fea, ruidosa y visceral, soltando toda la presión acumulada de las últimas horas.

Sofía no dijo nada. No me hizo preguntas, no me pidió que me calmara ni me soltó. Solo me abrazó con más fuerza, acariciándome el pelo enredado, meciéndome en medio de la habitación del hotel como si volviéramos a tener diez años y me hubiera raspado las rodillas en el patio del colegio.

—Ya está. Sácalo todo, cariño. Llora todo lo que necesites —murmuraba contra mi pelo.

Tardé unos diez minutos en recuperar el control de mis pulmones. Cuando por fin me separé de ella, con hipo y frotándome los ojos

con el dorso de la mano, Sofía me guio hacia el centro de la enorme cama *king size*.

Nos sentamos al estilo indio, la una frente a la otra. Sofía abrió la botella con un giro de muñeca experto. Sirvió dos dedos generosos del líquido transparente en cada vaso de cristal y me tendió uno.

—Para desinfectar las heridas —sentenció, levantando su vaso.

Chocamos el cristal con un tintineo sordo y me lo bebí de un solo trago, sin limón, sin sal y sin respirar. El tequila me bajó por la garganta como un rastro de lava ardiente, quemándome el esófago, pero asentando de golpe el nudo helado que tenía en el estómago.

Sofía hizo lo mismo. Dejó el vaso vacío sobre el colchón, rompió dos onzas grandes de chocolate y me dio una.

—Y ahora —dijo, cruzándose de brazos y mirándome de hito en hito con sus ojos castaños—, me vas a contar qué cojones ha pasado punto por punto. Y no me hables de barcos, de mareos ni de insolaciones, porque tú y yo sabemos que tienes el estómago de acero inoxidable.

Masticaba el chocolate oscuro, sintiendo cómo el azúcar se mezclaba con el regusto del alcohol. La miré, indecisa. Llevaba cuatro años recubriendo mi corazón con cemento para que nadie viera lo rota que me había dejado. Pero ya no podía más. Estaba exhausta de fingir.

—Es Nicolás —susurré. Su nombre salió de mi boca rodeado de un aliento a tequila y a derrota.

Sofía no pareció sorprenderse en lo más mínimo. De hecho, soltó un largo suspiro, descruzó los brazos y se apoyó contra el cabecero de la cama.

—Lo sabía —murmuró ella—. Os vi en la plataforma del acantilado calculando los grados del sol. Os vi en el barco hoy. La tensión entre vosotros dos se puede cortar con una motosierra, Val. ¿Qué ha pasado hoy para que no bajes a cenar con Alex?

Tragué saliva, recordando la escena en el pasillo.

—Tuvimos... una discusión —empecé a relatar, jugando con nerviosismo con el borde del edredón—. En el barco me tocó bajo el agua. A propósito. Luego, cuando volvimos al hotel, Alex me propuso cenar a solas. Nicolás nos escuchó, se metió en mi ascensor y luego entró a la fuerza en mi habitación. Me acorraló contra la pared. Estaba... estaba borracho de celos, Sofi. Me gritó que Alex era un aburrido que no me conocía de verdad. Me echó en cara que en el barco, cuando me mareé, le busqué a él y no a Alex.

—Y tenía razón —apuntó Sofía con tacto.

—¡Claro que la tenía! —estallé, tirando la onza de chocolate sobre la sábana—. ¡Ese es el puto problema, Sofía! Que me conoce mejor que nadie. Que sabe exacto cómo sujetarme. Que estábamos a un puto milímetro de besarnos y casi le dejo hacerlo.

Sofía volvió a coger la botella de Don Julio y rellenó nuestros vasos en silencio. Era evidente que esta conversación requería más alcohol de lo previsto.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó ella, pasándome el vaso—. Estás soltera. Él también. Si la atracción sigue ahí, ¿por qué no te dejas llevar y te quitas la espina de una vez? Un revolcón de despedida y vuelta a Madrid.

Cogí el vaso, sintiendo el cristal frío contra mis dedos sudorosos.

—Porque no fue solo sexo, Sofi —mi voz tembló, cruda y vulnerable—. Vivíamos juntos. Teníamos los planos de nuestro

estudio diseñados. Me había jurado que no sabía cómo respirar sin mí. Y a la mañana siguiente, desapareció sin una puta nota. Me tiró a la basura como si nuestros tres años juntos no hubieran significado nada en absoluto. Si me dejo llevar ahora... si dejo que me toque y me vuelva a hacer sentir que soy su hogar... no lo sobreviviré, Sofía. Cuando termine la boda y él se vuelva a subir a un avión para desaparecer, a mí no me quedarán fuerzas para volver a recoger mis propios pedazos. Me destrozará sin remedio.

Sofía me miró en silencio durante un largo minuto. Sus ojos castaños estaban llenos de una empatía profunda y dolorosa. Entendía mi miedo. Dejó su vaso de tequila, gateó por la cama y volvió a abrazarme.

—Te debe la explicación más grande, larga y detallada del universo —sentenció mi amiga con dureza—. Tiene que arrastrarse por esta arena blanca si quiere tu perdón. Lo que te digo es que, a lo mejor, huir y esconderte detrás del «Ingeniero Perfecto» no es la solución.

Fruncí el ceño. —¿Qué tiene de malo Alex? Es estable. Es seguro.

—Alex es monísimo. Un *Golden Retriever* de catálogo. Y si estuvieras lista para una relación normal, sería el candidato ideal —admitió Sofía, cogiéndose otro trozo de chocolate negro—. Pero tú no le miras a él como le miras al otro. A Alex le miras con agradecimiento. A Nicolás le miras como si quisieras incendiar el hotel con él dentro y luego quedarte a vivir en las cenizas.

Me reí en voz alta, llevándome las manos a la cara. —Dios mío, qué descriptiva.

—Es la pura verdad. —Sofía se encogió de hombros, dándole el último trago a su vaso—. Tienes dos opciones, amiga mía. O sigues

huyendo de él y usando a un pobre chico inocente como escudo... o le plantas cara y le exiges que te cuente qué cojones pasó la noche que desapareció.

Sofía dio una palmada en el colchón y se levantó.

—Y ahora, vístete. Te espero abajo en la fiesta. Tómate tu tiempo, pero no te quedes aquí encerrada.

La puerta se cerró a sus espaldas, dejándome sola de nuevo.

Me quedé mirando la botella de tequila medio vacía. Sofía tenía razón. Pero el tequila tiene fama de ser el combustible de las fiestas, y la gente se equivoca. El tequila es, ante todo, un anestésico. Quema la garganta lo suficiente como para que te olvides de que te duele el corazón.

Me sequé los restos de lágrimas con el dorso de la mano, me miré al espejo del baño y decidí que Valeria la Llorona se quedaba encerrada en la habitación 104. La que iba a bajar al bar esta noche era Valeria la Dama de Honor. La mujer que no se rompía. La mujer que bebía tequila sin pestañear.

Me retoqué el maquillaje, cubriendo los ojos rojos con una capa generosa de sombra ahumada, y salí.

El bar de la playa, El Chiringuito, era un estallido de luces de neón y música latina a todo volumen. Había gente bailando en la arena, camareros con bandejas llenas de chupitos y una energía vibrante que chocaba de lleno con el vacío helado que yo sentía en el pecho.

Localicé a mi grupo en una mesa baja rodeada de sofás blancos. Sofía estaba bailando con Lucas. Y Alex... Alex estaba sentado solo, mirando el móvil, con una margarita intacta frente a él.

Respiré hondo y caminé hacia allí.

—¡Val! —Alex se levantó de un salto en cuanto me vio. Su cara se iluminó con esa esperanza sencilla y transparente que me hacía sentir una culpa espantosa—. Pensé que no vendrías. ¿Estás mejor?

—Sí —mentí, sentándome en el sofá—. Solo necesitaba... arreglarme un poco.

—Estás preciosa —dijo él, sentándose a mi lado. Demasiado cerca. Su muslo pegado al mío—. ¿Seguro que estás bien? Tienes los ojos un poco brillantes.

—Es el viento —dije, cogiendo su margarita y bebiéndomela casi de un trago. El borde de sal me escoció en los labios agrietados.

—¡*Wow*! —se rio él, sorprendido pero encantado—. Veo que vienes con sed. ¡Camarero! ¡Otra ronda por aquí!

La noche se convirtió en un borrón de luces y ruido. Me senté allí, quieta como una estatua de hielo en medio del incendio, dejando que Alex hablara. Me contó anécdotas de su trabajo en la constructora, me habló de su perro, de sus planes de comprarse un barco... Yo asentía. Sonreía en los momentos adecuados. Pero mi mente estaba apagada. Era como ver una película en el cine sin sonido.

Alex era encantador. Era respetuoso. Era todo lo que mi madre querría para mí. Y me estaba asfixiando viva.

—¿Tienes frío? —preguntó de pronto, pasándome el brazo por los hombros y frotándome la piel desnuda—. Te noto helada.

—Estoy bien, Alex. De verdad.

—¿Quieres que pida algo de comer? No has cenado nada. Tienes que comer, Val. Si no, el alcohol te va a sentar fatal.

—No tengo hambre.

—Venga, aunque sean unos nachos. Te van a gustar. Voy a pedirlos. Y agua. Necesitas hidratarte de urgencia.

Su atención era una red de seguridad que se cerraba sobre mí, atrapándome. Cada pregunta, cada caricia en el hombro, cada mirada de perrito preocupado, me hacía sentir más pequeña. Más agobiada. Era como intentar beber agua de una manguera de bomberos. Demasiado caudal. Demasiada presión de perfección.

Bebí otro chupito de tequila que alguien había dejado olvidado en la mesa. El mundo se inclinó un poco hacia la izquierda.

—Val... —Alex me giró la cara con suavidad hacia él, obligándome a mirarle a los ojos—. ¿Qué te pasa? Estás aquí sentada, pero no estás. ¿Es por lo de esta mañana en el barco con Nico?

—No es nada. —Intenté apartarme sin ser brusca, pero él me sujetó la barbilla.

—Oye, me gustas —soltó. Sus ojos claros brillaban con sinceridad pura—. Me gustas mucho, Valeria. Sé que las cosas con tu ex son complicadas, pero quiero intentarlo. Déjame cuidarte.

Se inclinó hacia mí. Iba a besarme.

Vi sus labios acercarse a cámara lenta. Vi sus intenciones nobles, buenas y en extremo aburridas. El pánico me subió por la garganta a la velocidad de la luz, mezclado con el sabor del tequila. No podía hacerlo. No podía besarle a él sintiendo lo que sentía por otro. Me faltaba el aire en los pulmones.

Me eché hacia atrás con un movimiento brusco, chocando contra el respaldo del sofá, mareada.

—Alex, no...

—*Shhh*, déjate llevar —susurró él, insistiendo un poco más, confundiendo mi pánico absoluto con timidez—. Relájate.

Su mano bajó a mi cintura, apretando la tela. Me sentí acorralada.

—Ha dicho que no.

La voz sonó justo detrás de nosotros. Grave. Cortante como una cuchilla de hielo. Cargada de una amenaza tan latente que hizo que la música del chiringuito pareciera detenerse.

Alex se detuvo en seco y levantó la vista, molesto y sin disimularlo.

Nicolás estaba de pie tras nuestro sofá. Estaba en la sombra, justo fuera del círculo de luz que proyectaban las velas de la mesa, pero podía sentir la tensión salvaje que irradiaba su cuerpo en la oscuridad. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la mandíbula tan apretada que parecía que iba a romperse los dientes allí mismo.

—¿Algún problema, Nico? —preguntó Alex a la defensiva, sin soltarme la cintura.

—Sí —dijo Nicolás. Dio un paso adelante, entrando de lleno en la luz. Sus ojos negros no miraban a Alex. Me miraban a mí. Me miraban con una intensidad protectora que me quemó la piel—. El problema es que ella te ha dicho de forma explícita que pares y tú sigues avanzando. Y el otro problema es que ella está a punto de vomitarte encima los tres tequilas que se ha bebido en ayunas.

Alex me miró, dándose cuenta por primera vez de mi palidez mortal.

—¿Val? ¿Estás mareada?

—Déjala respirar, amigo —ordenó Nicolás. No fue una sugerencia diplomática. Fue una orden sin derecho a réplica.

Se inclinó sobre el sofá, me agarró del brazo —no con suavidad, sino con una firmeza de hierro— y tiró de mí hacia arriba.

—Vámonos.

—¡Oye! —protestó Alex, levantándose de un salto, indignado—. No puedes llevártela así. Estábamos hablando.

Nicolás se giró hacia él. Se interpuso de forma física entre Alex y yo, usando su espalda ancha como un muro infranqueable para taparme.

—Estaba intentando ser educada contigo porque es una dama —dijo Nicolás con una frialdad que asustaba—. Pero se acabó la educación por hoy. Buenas noches, Alex.

Y sin esperar respuesta ni dejar margen de maniobra, me sacó de allí. Me arrastró fuera de la arena, lejos del ruido y la música atronadora, hacia el camino de piedra vacío que llevaba a las habitaciones.

Caminamos en silencio bajo las palmeras. Nicolás iba muy rápido, con paso cabreado, y yo tenía que tropezar para seguirle el ritmo con mis sandalias de tacón. El mundo me daba vueltas. El tequila me había traicionado por completo.

—Ve más despacio —murmuró, arrastrando las palabras, sintiendo que iba a caerme de boca contra las piedras.

Nicolás se detuvo en seco. Se giró. Me vio tambalearme como un pato mareado. Soltó un suspiro exasperado, una mezcla a partes iguales de rabia y resignación, y en un movimiento fluido, se agachó y me pasó un brazo por detrás de las rodillas y el otro por la espalda.

Me levantó en brazos en peso.

—¡Nico! —protesté con un hilo de voz, agarrándome a su cuello por puro instinto de supervivencia.

—Cállate —dijo él, empezando a andar de nuevo, cargando conmigo por el sendero como si no pesara nada en absoluto—.

Cállate antes de que me arrepienta de no haber dejado que ese idiota te aburriera hasta la muerte en el sofá.

Apoyé la cabeza pesada en su hombro. Olía a él. Olía a seguridad pura y dura. Dejé de luchar contra mí misma. Cerré los ojos mareados y dejé que me llevara a casa.

Llegamos a mi habitación. Nicolás soltó mis piernas para que yo pudiera buscar la tarjeta en el bolso, pero me mantuvo sujeta por la cintura con un brazo de hierro para que no me cayera redonda. Abrí la puerta a trompicones. Entramos.

La habitación 104 estaba fresca, a oscuras y en silencio. Nicolás me llevó directo hasta la cama y me sentó con cuidado en el borde del colchón. Se arrodilló en el suelo frente a mí.

—Dame los pies —dijo.

Obedecí por inercia. Él me quitó las sandalias de tacón, una a una, con movimientos eficientes y cuidadosos. Luego se levantó y desapareció en el baño de la suite. Volvió a los pocos segundos con un vaso de agua fría y una pequeña toalla blanca de tocador húmeda.

—Bebe —ordenó, poniéndome el vaso en las manos.

Bebí a sorbos cortos. El agua helada me aclaró un poco la mente nublada, pero la tristeza profunda seguía ahí, flotando a sus anchas en la piscina de alcohol de mi cerebro.

Nicolás se sentó a mi lado en la cama. Cogió la toalla húmeda y me limpió la cara con un cuidado exquisito, borrando el maquillaje corrido, el sudor y los restos de lágrimas que yo creía haber escondido tan bien antes de bajar al bar.

Sus movimientos eran muy suaves. Terriblemente suaves. Contrastaban tanto con su furia en el pasillo hace unas horas, con

sus gritos llenos de celos...

—Siento lo de antes —murmuró él, concentrado en limpiarme una mancha oscura de rímel de la mejilla, sin mirarme a los ojos—. No debí gritarte así. Y no debí acorralarte contra la pared. Me comporté como un puto animal.

Cerré los ojos, rindiéndome ante su tacto frío en mi piel ardiente.

—Estabas celoso —susurré, con la lengua pastosa por el licor.

—Sí. Estaba celoso. —Admitió sin tapujos, dejando la toalla manchada sobre la mesilla de noche—. Estoy muerto de celos, Valeria. ¿Contenta?

Abrí los ojos. Me miraba con esa derrota inmensa y cansada que me partía el alma por la mitad. La bajada de defensas provocada por el alcohol y la vulnerabilidad aplastante del momento rompieron el último dique de mi contención. Las palabras de Sofía resonaron en mi cabeza. *Exígele que te cuente qué pasó.*

—¿Por qué te fuiste, Nico?

La pregunta salió de mis labios sin permiso, colándose en el silencio de la habitación. La maldita pregunta que llevaba cuatro años pudriéndose en mi garganta, envenenándome la sangre.

Nicolás se tensó como si le hubieran disparado por la espalda. Su mano, que estaba a punto de apartarse de mi cara, se congeló en el aire.

—Val, estás borracha...

—¿Por qué no me llevaste contigo? —insistí, y mi voz se rompió en un sollozo ahogado, desesperado—. Me dijiste que éramos un equipo. Dijiste que nos comeríamos el mundo los dos. ¿Por qué me dejaste atrás como si no valiera nada? ¿Tan pesada era mi carga? ¿Tan difícil era quererme y quedarse?

Nicolás me miró. Y vi, bajo la luz tenue de la luna que entraba por el ventanal, cómo se le rompía el corazón en riguroso directo.

Sus ojos negros se llenaron de un dolor tan agudo, tan físico y tan antiguo, que tuve que apartar la mirada por un segundo porque quemaba. Abrió la boca para contestar, cogiendo aire, pero la cerró de nuevo de golpe. Apretó la mandíbula hasta que la piel blanqueó.

No contestó. No me dio la explicación que yo necesitaba para respirar. No me dijo nada. Ni una excusa barata, ni una mentira piadosa, ni la puta verdad.

Solo me miró con una impotencia tan grande y devastadora, como si la respuesta real fuera tan monstruosa, tan pesada y tan horrible que de manera física no cabía en palabras.

—Duérmete, Valeria —susurró al final, con la voz rota por completo por el dolor contenido.

Me empujó muy despacio por los hombros hacia atrás hasta que me tumbé en las almohadas. Me levantó las piernas con cuidado para ponerlas sobre el colchón y me cubrió con la sábana blanca hasta la barbilla, arropándome como si fuera una niña pequeña que se acaba de despertar de una pesadilla.

—Nico... —intenté agarrarle la mano en la oscuridad para que no se fuera.

—*Shhh*. Duerme.

Se inclinó sobre mí. Por un segundo eterno, pensé que iba a besarme en la frente para despedirse. Pero se detuvo a medio camino. Se quedó allí inclinado, mirándome desde arriba, velando mi sueño inducido por el alcohol con esa expresión torturada y trágica de quien ama con locura algo que sabe a ciencia cierta que ha destruido con sus propias manos.

—Lo siento —dijo a la nada. A la habitación vacía. A mí.

Se dio la vuelta despacio y salió de la habitación, cerrando la puerta sin hacer nada de ruido, dejándome sola en la cama con mis preguntas sin respuesta rebotando en el techo y el fantasma de su tacto ardiendo en mi piel.

Me giré hacia la pared de pladur que compartíamos y cerré los ojos pesados, dejando que las lágrimas mojaran la funda de la almohada, sabiendo con una certeza absoluta que, justo al otro lado, a escasos centímetros de mi cabeza, él casi seguro que estaba haciendo exacto lo mismo.

Capítulo 15

Valeria

La resaca de tequila es mala, pero la resaca de vulnerabilidad es mortal.

Abrí los ojos con la sensación opresiva de que alguien había estado usando mi cráneo como un bongó durante toda la noche. La luz del sol matutino se filtraba por las rendijas de las cortinas con una intensidad que ofendía a la vista, y mi boca sabía a desierto de Atacama y a puro arrepentimiento.

Me quedé quieta en la inmensidad de la cama durante un largo minuto, haciendo un inventario rápido de daños. Cabeza: Palpitante. Estómago: Revuelto. Dignidad: Inexistente.

Los recuerdos de la noche anterior me golpearon el cerebro en ráfagas intermitentes de vergüenza ajena. La escena tensa con Alex en el sofá. Nicolás apareciendo de la nada y cargándome en brazos por el jardín como si yo fuera un saco de patatas. Yo llorando en esta misma cama después de que él me limpiara la cara.

Y, sobre todo, esa maldita y patética pregunta que le lancé a la cara como si fuera una granada de mano sin anilla: *«¿Por qué no me llevaste contigo?»*.

Gemí en voz alta, cubriéndome la cara por entero con la almohada de plumas.

—Mátame —murmuré contra el algodón egipcio—. Mátame ahora mismo y ahórrame el ridículo de tener que bajar a desayunar y mirarle a la cara.

Giré la cabeza con pesadez y miré el reloj digital de la mesilla. Las diez y media de la mañana.

¡Mierda!

Tenía una reunión cerrada con los floristas del hotel a las nueve en punto para revisar la resistencia de los centros de mesa de la recepción tras la tormenta. Me había quedado dormida como un tronco. Sofía me iba a matar, me iba a descuartizar y me iba a esconder en las jardineras del *resort*.

Salté de la cama de golpe, ignorando la punzada de mareo que me atravesó la frente, y corrí hacia el baño para lavarme la cara con agua helada. Me puse unos pantalones cortos vaqueros y una blusa de lino blanco a toda velocidad, recogí mi pelo cobrizo en un moño alto y desordenado sin pararme a peinarlo, y corrí hacia la salida de la suite.

Pero al abrir la puerta de un tirón, casi tropiezo de bruces con algo.

En el suelo de madera, justo en el centro del umbral de mi habitación, había una bolsa de papel marrón con el logo del *coffee shop* del hotel. Me detuve en seco, confundida. Miré a ambos lados del pasillo exterior. Estaba vacío. Solo se oía el sonido de los aspersores regando el césped.

Me agaché y cogí la bolsa por las asas. Aún irradiaba calor. Dentro había un vaso grande de café para llevar, una botella de cristal de agua mineral muy fría y un pequeño blíster cerrado con dos pastillas para el dolor de cabeza.

Saqué el vaso de cartón. En la tapa blanca de plástico, escrito con rotulador negro y una caligrafía de arquitecto angulosa e inconfundible que yo reconocería en cualquier parte del mundo, ponía:

«Latte doble, leche de avena, templado. Bébete el agua primero».

Mi corazón dio un vuelco extraño y doloroso contra mis costillas, una mezcla a partes iguales de gratitud inmensa y pánico ciego.

Era mi pedido exacto. No era el café genérico y aguado que servían en las jarras del desayuno bufet. Era el café específico, raro y medido al milímetro que yo pedía en Madrid cuando tenía un día de mierda en la universidad o un ataque de estrés. Leche de avena porque los lácteos me sentaban fatal al estómago cuando tenía ansiedad. Templado porque odio con toda mi alma quemarme la punta de la lengua con prisas.

Metí la mano libre en el bolsillo del pantalón y saqué mi móvil. Tenía un mensaje de WhatsApp no leído de un número que no tenía guardado en la agenda, pero cuya foto de perfil (un plano estructural en blanco y negro muy minimalista) conocía de sobra.

Nicolás (09:15): *«Sigue durmiendo. He tenido yo la reunión de logística con los floristas. He cambiado las peonías por ranúnculos blancos, porque sé que las peonías se abrirían demasiado rápido con esta humedad y te pondrías nerviosa al verlas mustias en las fotos. Todo solucionado. Descansa, jefa.»*

Me quedé congelada en la puerta, mirando la pantalla iluminada, con la bolsa de papel caliente en una mano y el móvil en la otra, sintiendo cómo se me formaba un nudo en la base de la garganta.

No solo me había traído el desayuno antiresaca perfecto. Me había cubierto las espaldas en el trabajo. Había hecho mis tareas de

dama de honor para que yo pudiera dormir la mona tranquila y recuperarme de la humillación. Y, lo que era peor, se había acordado de mi antigua obsesión neurótica por la durabilidad de los pétalos de las flores en climas cálidos.

—Maldito seas, Rivas —susurré en el pasillo vacío, sintiendo cómo mis ojos se llenaban de lágrimas estúpidas y traicioneras.

Era muchísimo más fácil odiarle cuando se comportaba como un capullo arrogante en el barco. Era fácil odiarle cuando competíamos. Pero cuando era... esto... cuando era el Nico del pasado que me cuidaba en la sombra, mis altas defensas se desmoronaban como un castillo de naipes bajo un ventilador.

Entré de nuevo, me bebí el café templado de un trago y me tomé las aspirinas con el agua. A los veinte minutos, me sentí un poco más humana, o al menos, lo bastante estable como para enfrentarme al mundo exterior. O al micromundo del Resort Costa Zafiro.

Bajé a la inmensa zona de la piscina infinita, donde el grupo de la boda había establecido su campamento base para el día. Los vi enseguida. Habían juntado varias tumbonas acolchadas bajo una pérgola grande de madera para tener sombra.

Sofía me saludó con la mano desde su toalla, radiante. Lucas estaba en el agua haciendo largos. Y Nicolás... Nicolás estaba sentado en el borde de una de las tumbonas más alejadas, concentrado en la lectura de un libro grueso, con unas gafas de sol oscuras puestas y el torso desnudo brillando por el protector solar.

Caminé hacia ellos por la madera del *deck* con el corazón latiéndome en la boca, esperando la incomodidad palpable.

Esperando la mirada condescendiente de «te vi llorar borracha anoche».

Pero cuando llegué a la zona de sombra, Nicolás levantó la vista del libro con naturalidad. Se bajó las gafas de sol hasta la punta de la nariz con un dedo y me miró directo a la cara.

Sus ojos oscuros no tenían ni rastro de burla, ni de superioridad, ni mucho menos de lástima. Estaban muy tranquilos. Suaves.

—Buenos días, Bella Durmiente —gritó Lucas desde el agua, salpicando hacia mi dirección.

—Cállate, Lucas —respondí, tirando mi bolso de playa de rafia en una tumbona vacía con más fuerza de la necesaria—. Mi cabeza hoy no está para bromas acuáticas ni ruidos fuertes.

Me senté con pesadez. El reflejo del sol en el agua me molestaba un poco en los ojos.

Sin decir una sola palabra, sin apartar la vista de su libro, Nicolás se levantó de su sitio. Pensé que se iba a ir para evitarme, pero no. Caminó por detrás de mí y movió el pesado mástil de la sombrilla grande que había a mis espaldas, ajustando el ángulo de la lona al milímetro hasta que mi cara y mis hombros quedaron a cubierto por la sombra refrescante.

—Gracias —murmuré, sorprendida de verdad por la fluidez del gesto.

—De nada —dijo él con voz neutra, volviendo a sentarse en su sitio y pasando una página.

Alex apareció caminando desde la barra un minuto después, trayendo una bandeja con varios cócteles de colores brillantes. Me vio y su cara se iluminó de oreja a oreja, aunque noté una pequeña

sombra de duda e inseguridad en sus ojos tras mi espantada de anoche.

—¡Val! ¿Estás mejor? Anoche te fuiste muy rápido a la cama... Nico me dijo luego que te había sentado fatal la cena y el mareo del barco.

Miré a Nicolás de reojo. Él no me miraba a mí, seguía leyendo su libro de arquitectura con una concentración digna de un monje, pero vi cómo se tensaba el músculo de su mandíbula.

Me había encubierto también con Alex. No le había dicho que yo estaba borracha perdida. No le había dicho que me había arrancado del sofá porque casi le vomito encima. Había salvado mi orgullo y mi dignidad frente al chico nuevo.

—Sí —dijo, aclarándome la garganta y forzando una sonrisa amable para Alex—. Algo me sentó muy mal al estómago. Pero ya estoy bien. Nueva.

—Genial. Me alegro mucho. Oye, estaba pensando que, como hace tan buen día, podríamos alquilar unas motos de agua esta tarde tú y yo...

Antes de que mi cerebro resacoso pudiera inventarse una excusa un mínimo de creíble (porque la simple idea de rebotar sobre las olas del mar con este dolor de cabeza me parecía un método de tortura de la Inquisición), Nicolás pasó una página de su libro con un ruido seco y cortante.

—Valeria odia las motos de agua —dijo en voz alta, sin levantar la vista del papel impreso—. Los botes contra el agua le hacen daño en las lumbares si no lleva faja. Y con la posición y el sol que hace a plomo en alta mar, se quemaría los hombros en diez minutos exactos.

Alex se quedó cortado a mitad de frase, parpadeando, con el cóctel a medio camino de sus labios.

—Ah. Vaya. No lo sabía.

—Yo sí —dijo Nicolás, cerrando el libro de golpe y mirándonos por fin a través de los cristales oscuros de sus gafas—. ¿Por qué no pedimos comida sólida de una vez? Son las dos y media pasadas.

Fue una intervención magistral. Había cortado el plan de Alex de raíz sin ser agresivo, sin levantar la voz, solo... estando muy bien informado. Había marcado su territorio usando bases de datos sobre mí, no con gruñidos ni amenazas.

Pedimos comida en el bar de la piscina para todos. Hamburguesas con patatas, ensaladas César, nachos con queso derretido. Comida grasienta de resaca. Cuando llegaron los enormes platos de loza blanca, nos sentamos alrededor de una mesa baja de teca. Yo me senté encajada entre Sofía y Alex. Nicolás se sentó exacto enfrente de mí.

El ambiente general del grupo era festivo y relajado, pero yo sentía cada mínimo movimiento de Nicolás en la mesa como si me estuviera tocando la piel. Me rellenaba el vaso de agua helada de la jarra justo antes de que yo me diera cuenta de que estaba casi vacío. Me deslizaba el servilletero por la mesa cuando veía que me manchaba.

Todo en riguroso silencio. Todo sin buscar contacto visual ni reconocimiento por mi parte.

Llegaron las hamburguesas. Yo había pedido, por pura gula de resaca, la *cheeseburger* completa. Tenía una pinta increíble, rebosante de queso derretido, pero al levantar el pan superior

tostado, vi al enemigo asomando entre la carne y el tomate: cebolla morada cruda. Cortada en aros gruesos.

Odio la cebolla cruda. No la soporto. El olor fuerte, el crujido bajo los dientes... me da unas náuseas espantosas desde que soy pequeña.

Suspiré con pesadez, cogiendo mi cuchillo y mi tenedor para empezar la tediosa, minuciosa y quirúrgica tarea de quitar cada maldito aro de cebolla, uno a uno, manchándome los dedos de salsa barbacoa en el proceso.

Pero no me dio tiempo.

Nicolás, que estaba enfrascado en una conversación con Lucas sobre los fichajes de fútbol de la temporada, estiró su brazo largo a través del centro de la mesa.

Sin dejar de hablar con el novio, sin interrumpir su frase y sin ni siquiera mirarme a la cara, clavó su tenedor directo en mi hamburguesa abierta. Con tres movimientos de muñeca rápidos y precisos, enganchó todos y cada uno de los aros de cebolla morada que había sobre mi carne. Uno, dos, tres tirones. Limpió mi hamburguesa de arriba a abajo en menos de cuatro segundos.

Luego, con la misma naturalidad, depositó la torre de cebolla en un rincón de su propio plato (a él le encantaba comerla cruda) y siguió hablando con Lucas de la alineación del Madrid como si no acabara de hacer nada fuera de lo común.

Me quedé congelada en mi asiento. Mi cuchillo se quedó suspendido en el aire, a medio camino del plato.

Miré mi hamburguesa. Estaba perfecta. Limpia de todo rastro de cebolla. Lista para comer.

Levanté la vista muy despacio hacia él. Nicolás estaba dándole un mordisco enorme a su propia hamburguesa, masticando tranquilo, mirando hacia la piscina, ajeno por entero al terremoto de magnitud nueve que acababa de provocar en mi placa tectónica interior.

Miré a mi alrededor. Nadie más en la mesa se había dado cuenta del intercambio. Para Sofía y Lucas, que nos conocían desde la universidad, ese nivel de compenetración era normal. Para Alex fue un movimiento tan rápido e integrado en la conversación que ni lo procesó.

Pero para mí... para mí, ese puto gesto fue devastador.

No fue un gesto romántico de película de Hollywood. No me había comprado un ramo de cien rosas rojas ni me había regalado un diamante. Fue pura memoria muscular.

Fue la evidencia física de que, después de cuatro malditos años de separación absoluta, de miles de kilómetros de distancia, de vivir en continentes distintos, de otras mujeres, de otros hombres y de acumular tanto odio... su cuerpo y sus manos todavía recordaban por puro instinto que yo odiaba la puta cebolla.

Su cerebro ni siquiera tuvo que procesar la información. Vio la cebolla en mi plato y su reflejo animal fue: «A Val no le gusta esto, lo quito yo para que coma bien».

Sentí un pinchazo agudo y caliente en el fondo de los ojos y tuve que parpadear muy rápido, mirando hacia el cielo, para no echarme a llorar a mares en mitad de una comida delante de una hamburguesa con queso.

Era ridículo. Era patético. Estaba a punto de llorar por un puto trozo de cebolla morada.

Pero no era la cebolla.

Era la evidencia aplastante e irrefutable de que, por mucho que yo llevara días intentando convencerme a mí misma de que éramos extraños, de que él era el enemigo a batir, de que yo había pasado página de forma madura... todo era una gigantesca mentira.

Nadie en el universo me conocía así. Alex podía invitarme a cenar a restaurantes caros de estrella Michelin, podía ponerme protección solar con educación y podía intentar besarme bajo las luces del bar. Pero Alex no sabía, ni sabría nunca, quitarme la cebolla del plato sin preguntar. Alex no sabía traerme café con leche de avena a la temperatura correcta cuando tenía resaca y el corazón roto.

Nicolás levantó la vista de su plato en ese preciso momento, todavía con la boca llena, y me pilló mirándole de hito en hito con los ojos cristalizados y cara de absoluta idiota.

Se tragó el bocado despacio y me sostuvo la mirada.

Hubo un momento de entendimiento profundo, silencioso y abrumador entre nosotros. El bullicio de la mesa desapareció. Sus ojos oscuros bajaron a toda prisa hacia mi plato limpio de cebolla y luego volvieron a subir a los míos.

Me guiñó un ojo. Un guiño mínimo, casi imperceptible para el resto del mundo, pero que a mí me gritó: *«Come, jefa»*.

Agarré mi hamburguesa con ambas manos, que me temblaban un poco, y le di un mordisco grande. La mezcla de la carne, el queso y la salsa me supo a gloria bendita.

Pero también me supo a peligro inminente.

Porque en ese exacto momento, bajo el sol del Caribe, masticando beicon y queso sin cebolla, me di cuenta con un terror paralizante de que estaba perdida. Total y absolutamente perdida.

Los muros de protección que había construido durante cuatro años no tenían una grieta. Se habían desintegrado por completo sobre la mesa de madera. Y lo único que quedaba debajo de los escombros era la mujer desnuda, asustada y con el miedo aterrador de saber, sin lugar a dudas, que seguía perdida y enamorada hasta la médula del único hombre en el mundo que era capaz de destruirme con un solo movimiento de tenedor.

Capítulo 16

Valeria

Faltaban justo cuatro días.

Cuatro días para la boda. Cuatro días para que esta asfixiante burbuja de irrealidad estallara por fin y yo pudiera coger un vuelo de vuelta a mi vida segura, fría y ordenada en Madrid. Pero el tiempo, en el Caribe, parecía regirse por su propia física cuántica: los días se estiraban de forma agónica y las noches encogían, obligándonos a convivir en una cuenta atrás que me estaba destrozando el sistema nervioso.

El salón de baile principal del Costa Zafiro olía a cera de parqué recién pulido y a flores frescas. Era un espacio inmenso, diáfano, con paredes enteras de cristal que daban directo a la oscuridad del mar y lámparas de araña que colgaban del techo altísimo como lágrimas de cristal gigantes.

Estábamos todos allí reunidos para el ensayo general de la entrada al banquete y el primer baile. Y según Raoul, el coreógrafo de drama fácil que el hotel nos había asignado en el paquete de bodas, lo que estábamos a punto de hacer era «arte puro en movimiento», no un simple baile de borrachos.

—¡Necesito pasión en esas caras! —gritaba Raoul, dando palmadas fuertes para marcar el ritmo—. ¡Necesito elegancia

europea! ¡Son el cortejo nupcial, por el amor de Dios, no una fila de pingüinos mareados!

Estábamos alineados por parejas en el centro de la pista. Sofía y Lucas, obvio, iban los primeros. Detrás de ellos, como testigo de honor y dama de honor principal, íbamos Nicolás y yo. Y detrás de nosotros formaban las otras cuatro parejas de damas y caballeros, que se reían por los nervios y se pisaban los pies sin parar.

Miré a Nicolás de reojo.

Llevaba los mismos pantalones cortos oscuros de la comida, pero se había puesto una camisa de lino blanca de manga larga, con los primeros botones desabrochados y las mangas remangadas hasta los codos. Estaba apoyado de espaldas contra una de las columnas, con los brazos cruzados sobre el pecho, observando el caos de la sala con una ceja levantada. Parecía aburrido. Parecía un peligro letal.

—Muy bien, silencio —ordenó Raoul, situándose en el centro—. Pareja principal de honor. Nicolás, Valeria. Al centro de la pista, por favor. Quiero que marquen el paso exacto para que los demás os copien. El ritmo es un vals moderno. Uno, dos, tres. Uno, dos, tres. Elegancia. Postura recta. ¡Música, maestro!

Una melodía instrumental, suave, lenta y muy envolvente, empezó a sonar por los altavoces de alta fidelidad del salón. Era una versión orquestal preciosa de una canción de amor clásica. El tipo de música diseñada en un laboratorio para obligarte a sentir cosas aunque te empeñes en negarlo.

Nicolás se despegó de la columna con una elegancia perezosa y caminó hacia mí. No dijo ni una sola palabra. Solo se plantó delante,

invadiendo todo mi espacio aéreo, y me ofreció su mano derecha abierta, con la palma hacia arriba.

Miré su mano. Grande. Caliente. Tatuada. Tragué saliva con dificultad.

—No me pises los dedos —le advertí en un susurro cortante, intentando sonar dura y profesional.

—No te prometo nada, jefa —respondió él, esbozando esa media sonrisa canalla que en el pasado solía ser mi perdición absoluta.

Levanté mi mano temblorosa y la posé sobre la suya. Entrelazó nuestros dedos en el aire con una firmeza que me dio un vuelco al estómago.

Luego, dio un paso más, acortando la distancia a cero. Su mano izquierda buscó mi cintura. Pero no se posó en el costado con timidez y educación, como harían otros hombres de la sala. No. Su mano grande y pesada fue directa a la curva exacta de mi espalda baja, asentándose allí con una propiedad, un calor y una firmeza que me cortaron la respiración de golpe.

Me atrajo hacia él con un tirón suave. Nuestros cuerpos chocaron. Pecho contra pecho. Muslo contra muslo. El calor que irradiaba su piel atravesó la fina tela de mi blusa como si estuviera hecha de papel de fumar.

—Uno, dos, tres —contó Raoul en voz alta—. ¡Y... giren!

Nos movimos.

Al principio, yo estaba rígida como una tabla de planchar. Mi cerebro analítico de arquitecta intentaba calcular los pasos, medir la distancia de seguridad, procesar el ángulo de giro. Pie derecho atrás, pie izquierdo al lado, junta. Estaba tan concentrada en no

equivocarme y en no acercarme más a él que parecía un puto robot defectuoso.

Pero entonces, Nicolás hizo algo.

Apretó a un nivel casi imperceptible nuestros dedos entrelazados. Apretó la mano que tenía anclada en mi cintura. Y empezó a guiarme de verdad.

No fue un movimiento brusco de dominación. Fue sutil. Fue una transferencia de peso milimétrica, una ligera inclinación de sus hombros. Su cuerpo le habló al mío en un idioma silencioso que llevábamos cuatro años sin practicar, pero que a la vista estaba que no habíamos olvidado.

Y mi cuerpo, traidor y hambriento, le respondió en el acto. Dejé de contar los pasos. Dejé de pensar en los malditos grados. Mis pies empezaron a seguir a los suyos por puro instinto de supervivencia.

Memoria muscular.

De pronto, ya no estábamos en un salón de baile de un hotel de lujo en el Caribe. Estábamos en la cocina minúscula de nuestro viejo piso de alquiler en Madrid, bailando descalzos sobre las baldosas frías mientras esperábamos a que subiera el café de la cafetera italiana. Estábamos en aquella boda de su prima en Valencia, girando muertos de risa hasta marearnos. Estábamos encerrados en nuestro propio mundo.

Empezamos a deslizarnos por el parqué pulido de la pista. Era un movimiento fluido. Era hipnótico y perfecto. Nuestras piernas se entrelazaban con peligro sin llegar a chocarse, nuestros giros al unísono eran precisos. Yo me inclinaba hacia atrás a ciegas, y él me sostenía en el aire con una seguridad absoluta. Él avanzaba con

decisión y yo retrocedía cediéndole el espacio, como si fuéramos una sola entidad biológica con cuatro piernas.

El resto de la sala inmensa desapareció. La voz aguda de Raoul se convirtió en un zumbido sordo y lejano. Solo existía el agarre ardiente de su mano en mi espalda baja y la profundidad abismal de sus ojos negros, clavados en los míos sin pestañear.

—Vaya —susurró Nicolás a un palmo, acercándose tanto que su aliento cálido rozó mi frente húmeda—. Parece que montar en bicicleta no se olvida nunca, Torres.

Le miré de cerca. Estaba sonriendo, pero sus pupilas brillaban dilatadas con una intensidad feroz, casi depredadora.

—Cállate y gira, Rivas —murmuré, sin una gota de aliento en los pulmones.

Giramos. El movimiento rápido hizo que mi pelo volara libre y que la tela de mi falda se enredara entre sus piernas por una fracción de segundo. La fricción fue pura electricidad estática.

Oí exclamaciones ahogadas de fondo. Risas de sorpresa genuina. Aplausos tímidos. Parpadeé, saliendo del trance, y me di cuenta de que las otras cuatro parejas habían dejado de bailar. Nos estaban mirando de hito en hito. Sofía nos miraba con las dos manos en la boca y una sonrisa de triunfo de oreja a oreja. Alex, desde un banco lateral junto a la pared, nos miraba con una expresión indescifrable; una mezcla dolorosa de admiración estética y pura derrota personal.

La cruda realidad me golpeó en la cara de imprevisto. Todos los malditos invitados nos estaban mirando. Todos estaban viendo la innegable conexión. Todos veían con claridad que esto no era solo el ensayo de un baile nupcial. Era una declaración pública, descarada y obscena de nuestra intimidad.

El pánico más absoluto me invadió el pecho.

Me puse rígida al instante. Intenté recuperar el control de mi cuerpo, intenté liderar yo el paso para poner distancia física entre los dos, para demostrarle a todo el maldito salón que yo no era suya y que podía alejarme cuando quisiera.

Fue un error de cálculo garrafal.

Pisé mal. Me tropecé con torpeza con mi propio zapato al intentar forzar un giro brusco hacia fuera que no tocaba en la coreografía. Perdí el centro de gravedad por completo. Iba a caer hacia atrás de espaldas contra el parqué.

Pero no llegué a caer.

La mano de Nicolás en mi espalda se convirtió en una banda de hierro forjado. Me sujetó en el aire con una fuerza bruta, casi animal, impidiendo que tocara el suelo, y me trajo de vuelta hacia él con un tirón violento y seco. El movimiento rápido hizo que chocáramos de frente con muchísima más fuerza que antes. Mi pelvis chocó contra la suya. Mis pechos quedaron aplastados contra la tela blanca de su camisa.

Me quedé jadeando, con las manos aferradas a la desesperada a la tela de sus hombros, con el corazón desbocado a punto de romperme el esternón.

Él no me soltó. Al contrario. Me pegó aún más a su cuerpo, eliminando cualquier mísero milímetro de aire que quedara entre nosotros.

Bajó la cabeza muy despacio, hasta que sus labios húmedos rozaron la piel sensible del lóbulo de mi oreja. Todo el vello de mi nuca se erizó en una ola de calor.

—Estás temblando, jefa —susurró. Su voz era grave, vibrante, cargada de una provocación tan sensual y directa que me hizo flaquear las rodillas allí mismo—. ¿Te pongo nerviosa?

—Me has pisado tú —mentí como una bellaca, con la voz ahogada.

—No. Tú has intentado huir de mí —corrigió él con una certeza aplastante, y sentí cómo sus labios se curvaban en una sonrisa contra la piel de mi cuello—. Relájate de una puta vez, Valeria. Deja de intentar controlarlo todo por un maldito minuto en tu vida. Déjate llevar. ¿O es que ya has olvidado cómo se sigue el ritmo de un hombre?

La frase era machista, de una arrogancia inmensa y del todo inapropiada para el siglo veintiuno. Y, que Dios me perdone, fue la cosa más jodidamente sexy que me habían dicho en los últimos cuatro años de mi vida.

Levanté la cabeza y le miré a los ojos, furiosa por su atrevimiento y excitada hasta la médula a partes iguales.

—No he olvidado nada de nada, Rivas. Nada.

—Demuéstramelo.

Volvió a iniciar el movimiento en la pista. Y esta vez, no me dio opción a réplica ni a huida. Él llevaba el mando absoluto de nuestros cuerpos. Él marcaba el ritmo de la música. Y yo, traicionada por mi propio y miserable deseo acumulado, bajé la guardia y le seguí a ciegas.

Bailamos el resto de la canción sumidos en un estado de trance febril. Cada roce de rodillas era una quemadura de tercer grado. Cada cruce de miradas era una promesa indecente.

La música instrumental terminó con una nota larga, dramática y sostenida.

Nicolás me inclinó hacia atrás en un *dip* final impecable, digno de una película antigua de Hollywood. Mi espalda se arqueó de lleno hacia el suelo, mi cuello quedó muy expuesto. Él se inclinó sobre mí, con su cara a escasos centímetros de la mía, su cuerpo grande cubriéndome casi por entero, protegiéndome de la vista de los demás, poseyéndome en el centro de la sala.

Se hizo un silencio sepulcral en el salón de cristal. Nadie aplaudió al principio. Estaban todos demasiado ocupados procesando la bomba atómica de tensión sexual que acababa de explotar y arrasar el centro de la pista de baile.

Nos quedamos exacto así, congelados en la pose final, respirando el mismo aire caliente. Yo miraba sus labios entreabiertos. Él miraba los míos. Su respiración agitada se mezclaba con la mía en una sola exhalación.

Sabía con certeza que si me levantaba un poco, solo un par de centímetros, él acortaría la distancia y me besaría. Me devoraría la boca aquí mismo. Delante de todos los invitados de la boda. Delante de Alex. Delante de Dios, de mi mejor amiga y de Raoul el coreógrafo.

Y lo peor de todo, es que yo quería a la desesperada que lo hiciera.

—¡Bravo, bravo, bravísimo! —gritó Raoul de pronto, rompiendo el hechizo mágico con un aplauso estruendoso que resonó en las paredes—. ¡Eso es pasión verdadera! ¡Eso es química en estado puro! ¡Aprended todos de ellos, por favor!

Nicolás me impulsó hacia arriba de inmediato, poniéndome de pie sobre mis propios pies con suavidad. Pero al separarnos de forma física y soltarnos las manos, sentí un frío repentino y cortante. La ausencia repentina de su cuerpo dolió como un latigazo.

Miré a mi alrededor, desorientada. Sofía me guiñó un ojo con todo el descaro del mundo. Lucas nos daba el pulgar hacia arriba, orgulloso de su amigo.

Pero yo me sentía muy expuesta bajo los focos. Me sentía desnuda de cintura para arriba. Había bajado la guardia ante decenas de personas y todo el mundo lo había visto en primera fila. Había dejado que Nicolás viera, sintiera y comprobara en carne propia que todavía tenía un poder absoluto y destructor sobre mí.

El pánico animal volvió a mi sistema, esta vez muchísimo más fuerte y rápido que en el ensayo.

—Necesito... necesito ir al baño un momento —balbuceé, dando un paso atrás, soltándome de la mano de Nicolás como si su piel fuera una plancha ardiendo.

No esperé respuesta ni permiso. Me di la media vuelta sobre los talones y salí casi corriendo del inmenso salón de baile, escuchando el eco sordo de los aplausos a mis espaldas y con la sensación abrasadora de los dedos de Nicolás todavía grabada a fuego en mi cintura.

Tenía que salir de allí. Tenía que alejarme de su campo de gravedad cuanto antes.

Porque si volvía a tocarme de esa manera, con esa mezcla de autoridad y adoración, no iba a responder de mis propios actos. Y no podía permitirme el lujo de volver a caer por el precipicio otra vez. No podía sobrevivir a otra caída.

Capítulo 17

Valeria

Huimos del inmenso salón de baile como dos delincuentes novatos que acaban de activar una alarma silenciosa y saben que no tienen escapatoria.

No nos dijimos ni una sola palabra en el pasillo exterior. No cruzamos las miradas mientras esperábamos el ascensor. La tensión eléctrica que habíamos generado en el centro de la pista de baile era tan densa, tan palpable que asfixiaba, que cualquier sílaba pronunciada en voz alta la habría hecho estallar en mil pedazos.

Cuando llegué por fin a mi habitación, cerré la puerta de caoba, eché el pestillo de seguridad con manos torpes y me apoyé de espaldas contra la madera, respirando por la boca como si acabara de correr una media maratón en pleno agosto. Mi cuerpo entero seguía vibrando a una frecuencia peligrosa. Sentía la huella ardiente de su mano grande anclada en mi cintura, el calor opresivo de su pecho pegado contra el mío, el roce fantasma de su aliento rozándome el cuello.

Me quité el elegante vestido del ensayo con manos temblorosas, bajando la cremallera a trompicones y dejándolo caer al suelo de la entrada sin ningún tipo de cuidado.

Necesitaba arrancarme de encima esa piel falsa de dama de honor perfecta. Necesitaba dejar de fingir. Necesitaba ser solo

Valeria por un rato. O, mejor dicho, necesitaba permiso para ser la Valeria rota y asustada que se escondía a duras penas debajo de la seda y el maquillaje.

Me puse una camiseta de algodón blanca, enorme y gastada por los lavados, de esas que usas en exclusiva para pintar las paredes de casa o para llorar a solas en el sofá, y nada más debajo. Me solté el pelo del recogido formal, dejando que cayera sobre mis hombros, y me lavé la cara con agua fría en el lavabo para borrar cualquier rastro de máscara.

Me sentía muy expuesta. Desollada viva.

Miré hacia la puerta corredera de la terraza. Sabía con certeza absoluta que él ya estaba allí fuera. Lo sentía vibrar en los huesos.

Abrí la cristalera con un siseo suave y salí descalza a la noche caribeña. El aire era pesado, pegajoso, húmedo y estaba cargado con el sonido de miles de grillos y la luz blanca de las estrellas.

Y allí estaba él.

Nicolás estaba tumbado boca arriba en su tumbona de teca, justo al otro lado de la jardinera baja que separaba nuestros balcones. Llevaba puestos unos pantalones de pijama de algodón gris jaspeado y tenía el torso desnudo. Tenía un brazo doblado bajo la nuca a modo de almohada y el otro descansando sin tensión sobre su estómago. Miraba de hito en hito hacia el cielo estrellado, inmóvil.

Al oírme salir a la terraza, no se giró asustado. No hizo ningún movimiento brusco para cubrirse, ni hizo el amago de sentarse para parecer más presentable. Se quedó exacto allí, tumbado en la penumbra, ofreciéndome su vulnerabilidad física en bandeja de plata a cambio de la mía.

Caminé muy despacio hasta mi propia tumbona y me dejé caer en ella con un suspiro pesado, mirando también hacia arriba, hacia el mismo trozo de cielo. Estábamos en paralelo. Separados solo por un metro escaso de hojas de monstera y un abismo negro de cuatro años de dolor.

—No puedo dormir —dijo él a la nada. Su voz sonaba ronca, rasposa y muy cansada en medio del silencio.

—Yo tampoco puedo —admití en un susurro, cruzando las manos sobre el algodón de mi estómago.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros como una manta pesada. Pero no era el silencio hostil y afilado de los primeros días de la semana. Era un silencio denso, triste hasta la médula y honesto. Era la calma peculiar de dos personas exhaustas que se sientan juntas a curarse las heridas después de un día demoledor.

—Bailas jodidamente bien, Torres —murmuró él al cabo de un rato, sin apartar la vista de las estrellas.

Solté una risa breve, nasal y carente de humor.

—Tú llevabas el paso todo el tiempo. Yo solo intentaba no caerme de espaldas y hacer el ridículo delante de Sofía.

—No te ibas a caer, Val. Nunca te dejaría caer al suelo.

La frase quedó flotando en el aire húmedo del Caribe, pesada como el plomo. *Nunca te dejaría caer.* Era una gran y monumental mentira. Me había dejado caer al vacío desde un décimo piso, sin paracaídas y sin avisar, hacía exacto cuatro años en Madrid.

Pero esta noche, en esta terraza de madera, bajo este cielo, no tenía fuerzas ni ganas para echárselo en cara y empezar otra guerra de reproches. Estaba demasiado cansada de pelear.

Nicolás giró la cabeza despacio sobre el cojín de la tumbona para poder mirarme a través de los huecos de las hojas verdes. Yo giré la mía al mismo tiempo. Nuestros ojos oscuros se encontraron y chocaron en la penumbra.

—Mi vida en Madrid es genial, ¿sabes? —dijo él de pronto, rompiendo el contacto visual para mirar al techo del porche. No sonaba arrogante al decirlo. No sonaba al arquitecto estrella de las revistas. Sonaba como un hombre desesperado que estuviera intentando convencerse a sí mismo en voz alta—. Tengo el estudio principal en pleno centro. Tengo proyectos abiertos en tres continentes distintos. Me invitan a fiestas de inauguración donde una puta botella de champán cuesta más dinero del que costaba mi primer coche de segunda mano. Sobre el papel de mi currículum... lo tengo todo para ser feliz.

Tragué saliva con mucha dificultad, notando el nudo afilado en la base de la garganta.

—Lo sé. He visto las fotos publicadas.

—Pero es una puta mentira, Val —susurró él. Cerró los ojos un momento largo, apretando los párpados, como si le doliera de verdad confesarlo en voz alta—. Llego a casa de madrugada, a ese piso de diseño diáfano y asquerosamente vacío, o a una habitación idéntica de un hotel de lujo en Tokio... y solo hay un puto y ensordecedor silencio.

Abrió los ojos de golpe y me clavó la mirada a través de las plantas.

—Me falta el sonido constante de tu risa en el pasillo, Valeria. Me falta el ruido de tus llaves abriendo la puerta cuando llegas del

estudio. Me falta escuchar cómo te enfadas y me insultas cuando pierdo el mando de la tele en el sofá.

—Nico... —Mi voz se rompió en la primera sílaba, frágil como el cristal.

—Te he echado de menos cada maldito día de estos cuatro años —confesó. Había una derrota absoluta y aplastante en su voz grave —. He intentado llenar el puto agujero con toneladas de trabajo, con viajes absurdos a la otra punta del mundo, con ruido de obras, con gente... pero nada funciona. Eres una grieta enorme en mi estructura principal, Val. Y no importa con cuánto maldito hormigón intente repararla o taparla... siempre vuelves a salir a la luz.

Las lágrimas, silenciosas y calientes, empezaron a resbalar por mis sienes hacia la almohada, mojándome el pelo y las orejas. Lloraba en silencio, sin sollozos histéricos, desbordada por la magnitud y la verdad cruda de sus palabras.

—Yo también te he echado de menos —susurré a las estrellas, rindiéndome de una vez por todas—. Odio admitirlo en voz alta. Odio con toda mi alma que sigas teniendo ese poder destructivo sobre mí. Pero mi vida... mi vida de *project manager*, tan ordenada, calculada y perfecta... es gris si no estás tú en ella. Es una vida muy segura, sí, pero es asquerosamente gris.

Nicolás soltó el aire por la boca de golpe, como si le hubieran dado un puñetazo directo en el estómago.

Estiró el brazo derecho hacia la jardinera que nos separaba, como si el instinto de alcanzarme fuera más fuerte que la razón, pero la distancia física era demasiada para poder tocarnos la piel sin tener que levantarnos de las tumbonas. Dejó caer la mano pesada sobre

las hojas de monstera, apretando los dedos, con una frustración muy profunda.

—¿Qué cojones estamos haciendo, Val? —preguntó al aire.

—No lo sé. Intentar sobrevivir a la boda de nuestros mejores amigos sin matarnos.

—No me refiero a la boda de Sofía. Me refiero a nosotros dos. Estamos aquí tumbados, a un puto metro de distancia el uno del otro, diciéndonos a la cara que nos morimos el uno por el otro en silencio... ¿y qué vamos a hacer mañana por la mañana? ¿Volver a fingir delante de todos que somos extraños que se odian? ¿Tengo que quedarme sentado viendo cómo Alex te invita a un café y te toca el brazo?

—Alex es un buen chico —dije en un murmullo automático, más para autoconvencerme a mí misma que para rebatirle a él.

—Alex no te conoce de nada, Valeria. Alex no sabe que lloras de rabia cuando estás frustrada con un plano. Alex no sabe que esa camiseta blanca y enorme que llevas puesta ahora mismo... —Se detuvo de golpe, tragando saliva con ruido—. Que esa camiseta es mía.

Me crucé de brazos, cubriéndome el pecho por instinto, atrapada *in fraganti*.

—Es solo una camiseta vieja de algodón.

—Es mi camiseta vieja de algodón. Y el simple hecho de que todavía la tengas guardada en tu maleta, Val... eso me da unas esperanzas que me están matando. Y la esperanza es una verdadera mierda, porque me hace querer saltar esta puta jardinera ahora mismo, meterme en tu cama y no salir de tu lado en lo que me quede de vida.

El corazón me latía tan fuerte contra las costillas que me dolía el pecho. *Hazlo*, pensó una parte primaria y traicionera de mi cerebro. *Salta la jardinera. Ven aquí. Rompe el espacio. Abrázame fuerte y no me sueltes nunca.*

Pero el miedo visceral seguía ahí, enraizado en mis cimientos. El terror a que, si le dejaba entrar de nuevo, volviera a asustarse y a irse por la mañana. Y si se iba esta vez... yo no sobreviviría a la caída.

—No saltes, Nico —susurré, cerrando los ojos con fuerza, apretando los párpados para contener más lágrimas—. Por favor. Te lo ruego, no saltes la jardinera. No estoy lista.

Hubo un silencio larguísimo. Agónico. Tenso como la cuerda de un violín a punto de romperse. Oí el sonido de las hojas de las plantas moviéndose bajo su mano. Abrí los ojos de golpe, asustada, con el pulso a mil, pensando que no me había hecho caso y que venía hacia mí.

Pero Nicolás no había saltado.

Se había recostado de nuevo con pesadez en su tumbona de madera, mirando al techo del porche, con las manos entrelazadas con fuerza sobre su pecho desnudo. Había tensado cada músculo de su cuerpo para no moverse.

Estaba respetando mi límite. Estaba respetando mi miedo.

—Vale —dijo él, con una voz muy suave y rota—. No salto. Me quedo aquí en mi lado.

—Gracias.

—Pero no me pidas que me vaya a dormir adentro de la habitación. No puedo estar encerrado entre cuatro paredes de

pladur esta noche, Val. Necesito... necesito saber que estás ahí al otro lado. Necesito oírte respirar.

Me giré de lado en la colchoneta de la tumbona, dándole la cara a la jardinera que nos dividía, acurrucándome en posición fetal y abrazando mis propias rodillas. Podía ver su perfil oscuro y marcado a través de los huecos de las plantas tropicales.

—Quédate ahí, Nico. No te vayas a ninguna parte.

—No me voy a ir —prometió él, y esta vez, sonó a un juramento firme—. No me voy a mover de esta tumbona hasta que tú me lo digas.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Val.

Y exacto así nos quedamos.

Dos exnovios heridos, dos arquitectos brillantes, dos desastres emocionales, durmiendo a la intemperie en dos tumbonas de hotel separadas por un ridículo metro de vegetación, bajo el cielo estrellado del Caribe.

No nos tocamos un solo pelo. No nos besamos. Pero mientras me iba quedando dormida muy despacio, arrullada por el sonido rítmico y constante de su respiración al otro lado de las hojas, sentí en lo más profundo de mi pecho que estábamos mucho más cerca de lo que habíamos estado en cuatro largos años.

El muro que había construido a mi alrededor seguía en pie, sí. Pero la grieta era profunda, y por primera vez en mucho tiempo, una luz cálida empezaba a colarse por ella.

Capítulo 18

Valeria

El amanecer en el mar Caribe no te avisa con antelación. No hay una transición suave y educada de grises a azules pastel. El sol solo explota sobre la línea del horizonte, convirtiendo el cielo de golpe en un incendio de rosas y naranjas violentos.

Abrí los ojos, deslumbrada por esa luz intensa que se colaba por las hojas. Tardé un segundo largo en procesar dónde estaba en realidad. El sonido rítmico de las olas a lo lejos. La humedad pegajosa instalada en mi piel. La dureza implacable de la madera de la tumbona clavándose bajo mi espalda entumecida.

La terraza de la habitación.

Me incorporé de golpe, apoyándome en los codos, con el corazón acelerándose de forma traicionera. Miré de prisa a mi derecha, hacia la jardinera baja de hojas verdes que me separaba de la habitación 105.

Nicolás seguía allí.

Dormía sumido en un sueño profundo, con un brazo largo colgando fuera de la colchoneta de la tumbona y la boca un poco entreabierta. La luz dorada del primer amanecer bañaba su torso desnudo, delineando cada músculo tenso, cada trazo de tinta negra de sus tatuajes y, sobre todo, esa cicatriz blanca y fea en las costillas que me obsesionaba desde que se la vi el día del barco.

Visto así, relajado y con los ojos cerrados, parecía joven otra vez. Parecía estar en paz consigo mismo.

El pánico me golpeó de pronto, como un puñetazo invisible en la boca del estómago. ¿Qué demonios habíamos hecho anoche? Dormir juntos, a la intemperie, separados solo por un muro vegetal ridículo. Confesar en voz alta que nos echábamos de menos hasta volvernos locos. Bajar la guardia por completo.

Era demasiado. Era demasiado intenso, demasiado real y, sobre todo, estaba yendo demasiado rápido. La noche anterior, envuelta en la oscuridad protectora y con el corazón en la mano, una tregua parecía posible. Pero ahora, a la luz implacable del día, la cruda realidad de los cuatro años de silencio se interponía entre nosotros como un abismo insalvable.

Me levanté de la tumbona con muchísimo cuidado de no hacer crujir la madera. Cogí mis sandalias con la mano y entré en mi habitación caminando de puntillas como una ladrona, cerrando la puerta corredera de cristal con un cuidado obsesivo para que no chirriara en el riel. Eché las cortinas opacas de golpe, dejando fuera el sol y a Nicolás, y me metí directa en la ducha, dejando que el agua casi hirviendo intentara borrar por fricción la sensación de vulnerabilidad que se me había metido hasta los huesos.

Me pasé toda la mañana del jueves escondida como una cobarde.

Trabajé desde la cama con el iPad, respondí correos de Madrid que en realidad no importaban lo más mínimo y evité salir al pasillo a toda costa. Sabía de sobra que estaba huyendo. Pero necesitaba reconstruir mis muros de contención con urgencia antes de volver a verle la cara.

A la una del mediodía, mi móvil vibró sobre la colcha blanca. Un mensaje de WhatsApp.

Nicolás: *«Sé que has huido de la terraza al amanecer. Lo entiendo. Pero no voy a dejar que te escondas en esa cueva todo el día.»*

El teléfono vibró de nuevo en mi mano un segundo después.

Nicolás: *«Cena conmigo esta noche. Lejos del hotel. Lejos de la maldita boda, de las miradas, de Alex y de los fantasmas del pasado. Solo tú y yo. Paso a recogerte a las 20:00 al lobby. Ponte guapa (aunque sabemos que eso no te cuesta nada).»*

Me quedé mirando la pantalla retroiluminada, sin pestañear. No era una pregunta educada. No había signos de interrogación para darme opción a negarme. Era una declaración de intenciones en toda regla. Directa. Adulta. *Solo tú y yo.*

Mis dedos volaron sobre el teclado táctil para escribir una excusa rápida. *Me duele la cabeza por el sol de ayer. Tengo trabajo atrasado de la boda.* Borré el mensaje. Escribí otro. *No creo que sea una buena idea, Nico.* Lo borré también.

Suspiré, rindiéndome, y tiré el móvil sobre la cama. ¿A quién pretendía engañar a estas alturas de la película? Llevaba cuatro malditos años esperando en secreto esa invitación.

A las ocho en punto de la tarde, las puertas del ascensor se abrieron en el *lobby* principal.

Me había puesto un vestido largo de gasa en un color verde salvia muy suave, casi translúcido. La tela fluía con cada paso que daba, cubriéndome hasta los pies, con un corte imperio que marcaba mi figura y un escote en V adornado con pequeños bordados florales

muy sutiles. Las mangas eran largas, vaporosas y transparentes, lo que me hacía sentir de una delicadeza romántica extraña.

Me había recogido el pelo en una trenza lateral deshecha a propósito, dejando que algunos mechones cobrizos enmarcaran mi cara maquillada al mínimo. Me miré al espejo del ascensor antes de salir y, por primera vez en años, no vi el reflejo de una *project manager* construyendo defensas; vi a una mujer que se atrevía a soñar un poco.

Nicolás me esperaba de pie, cerca de la entrada principal del *resort*.

Había alquilado un coche. Un Jeep Wrangler descapotable, viejo, abollado y de color negro mate, pero con muchísimo carácter. Él llevaba una camisa de lino azul marino de manga larga, remangada con cuidado hasta los codos, y unos pantalones chinos de color arena que le sentaban como un guante hecho a medida. Iba arreglado, con elegancia informal y ese aire de sofisticación canalla y desenfadada que solía tener antes de que nuestro mundo se rompiera. Se había afeitado la barba y peinado el pelo hacia atrás. Se notaba a leguas que se había esforzado.

Estaba guapo. Guapo hasta doler a la vista.

Al verme acercarme, se separó del capó del coche y me abrió la puerta del copiloto con caballerosidad.

—Has venido —dijo en voz baja. Y vi el alivio real, inmenso y genuino brillando en sus ojos oscuros.

—Tenía hambre —mentí sin pudor, subiéndome al asiento de cuero para no tener que sostenerle la mirada demasiado tiempo.

El trayecto fue silencioso, pero, por sorpresa, no fue incómodo. El viento cálido del atardecer nos golpeaba la cara al ir descapotados,

llevándose las palabras innecesarias.

Nicolás conducía con una sola mano en el volante y la otra apoyada en la palanca de cambios con pereza, relajado, tarareando por lo bajo la canción de bachata que sonaba en la radio local. Le miré de reojo por debajo de mis pestañas. Parecía feliz. Parecía... libre de cargas.

Salimos de la burbuja artificial y turística de Punta Cana y nos adentramos en el pueblo real. Dejamos atrás los *resorts* de lujo de cinco estrellas, los campos de golf inmaculados y las altas vallas de seguridad. Las calles de pronto se volvieron estrechas, bacheadas, ruidosas y vibrantes de vida. Había gente sentada en sillas de plástico en las aceras charlando, música estridente saliendo de las ventanas abiertas, olor fuerte a fritanga, a especias y a gasolina de las motos.

Nicolás aparcó el Jeep frente a un local que, desde fuera, no parecía gran cosa. El Rancho de Doña Inés. Era un patio interior amplio con el suelo de tierra prensada, mesas de madera desnuda y largas tiras de bombillas de colores colgadas de las ramas de los árboles. No había ni un solo turista a la vista. Solo locales cenando en familia.

—¿Te fías de mí? —preguntó él, apagando el motor y sacando las llaves.

—Depende —respondí, arqueando una ceja—. ¿Tienen cebolla cruda en el menú?

Él soltó una carcajada limpia y sonora que me calentó el pecho.

—Me he asegurado en persona de que no. Vamos.

La cena fue... fácil. Esa fue la sorpresa más desestabilizadora de todas. Yo esperaba tensión masticable, esperaba silencios incómodos

y miradas cargadas de reproches, pero todo fluyó con una facilidad pasmosa. Comimos pescado frito con tostones con las manos, bebimos cerveza Presidente helada directo del cuello de la botella y hablamos.

Hablamos muchísimo. Hablamos de todo menos de «nosotros». Hablamos de arquitectura sostenible, de lo asquerosamente mal que conducen en el centro de Madrid, de la música que ponían en el bar.

Y nos reímos. Dios mío, cómo echaba de menos reírme con él hasta que me doliera la tripa. Nicolás conservaba intacta esa capacidad brillante de ver el mundo con un filtro de ironía inteligente que siempre me pillaba desprevenida y me sacaba una sonrisa.

Cuando terminamos de cenar, ya no quedaba nadie más en el restaurante en absoluto. La dueña, una señora mayor dominicana encantadora y con una sonrisa inmensa, nos trajo dos chupitos de mamajuana a la mesa y le guiñó un ojo a Nicolás con descaro antes de retirarse a fregar a la cocina.

El ambiente cambió poco a poco. La risa compartida se fue apagando, dejando paso, sin remedio, a esa intimidad densa y pesada que siempre nos acechaba en las esquinas.

Nicolás jugó en silencio con su vaso de chupito, girándolo despacio sobre los surcos de la mesa de madera. La luz tenue de las bombillas de colores se reflejaba en su rostro, suavizando los ángulos duros de su mandíbula.

Me fijé en su brazo derecho, apoyado sin tensión en la mesa. La manga remangada de su camisa de lino se había subido un poco más al moverse. Y entonces me acordé.

—Nico —dijo con suavidad, rompiendo el silencio nocturno.

Él levantó la vista de su vaso. —¿Dime?

Dudé un segundo entero. No quería estropear la magia de la noche. No quería volver al dolor. Pero necesitaba saberlo. Necesitaba rellenar los huecos vacíos de los últimos cuatro años para poder entender al hombre que tenía delante. Señalé su costado derecho con un leve movimiento de cabeza.

—La cicatriz —dije en voz muy baja—. La que tienes cruzando las costillas. Te la vi en el barco.

Nicolás se tensó en el acto, como si le hubiera pinchado con una aguja. Su mano se detuvo en seco sobre el vaso de cristal. Vi cómo el músculo de su mandíbula se apretaba con fuerza. Bajó la mirada hacia las vetas de la mesa, rehuyendo mis ojos, como si buscara una ruta de escape de emergencia.

Pensé que se iba a negar a contestar. Pensé que iba a cambiar de tema con brusquedad. Pensé que iba a soltar una broma sarcástica, pedir la cuenta y llevarme al hotel.

Pero no lo hizo. Suspiró. Un sonido largo, trágico y muy cansado.

—Fue hace dos años —dijo, todavía sin mirarme—. En Ciudad de Panamá.

—¿Fue un accidente de obra? —preguntó mi yo arquitecta, con la voz teñida de una preocupación profesional y personal.

—No exacto. —Levantó la vista por fin y me miró a los ojos. Había una oscuridad en sus pupilas tan densa y abismal que me heló la sangre en las venas—. Estaba supervisando la estructura de un hotel brutalista. Era un proyecto enorme. Demasiado grande para un solo hombre. Llevaba meses sin poder dormir más de tres horas seguidas. Meses viajando de un país a otro como un pollo sin cabeza, trabajando veinte horas al día, intentando... intentando a toda costa no pensar en nada.

Hizo una pausa, tomando un trago rápido del fuerte licor dominicano, como si necesitara valor líquido para seguir escupiendo la verdad.

—Subí a revisar el andamio del tercer piso exterior. No me puse el arnés de seguridad. Fue una estupidez tremenda. Un puto descuido de peón novato. —Sonrió con una amargura que me partió el alma —. O... quizás no fue un descuido en absoluto. Quizás solo... me daba igual resbalar.

Mi corazón se detuvo un latido completo. Dejé de respirar.

—¿Te daba igual caerte?

—Me daba igual todo, Val. —Su voz bajó a un susurro ronco, casi inaudible—. Estaba tan jodidamente cansado de correr por el mundo, tan cansado de fingir delante de todos que estaba viviendo la vida de mis sueños... que dejé sin más de prestar atención a donde pisaba. Pisé mal en la chapa húmeda. Y resbalé.

Me llevé la mano a la boca por instinto, horrorizada por completo ante la imagen mental.

—Dios mío, ¿te caíste de un tercer piso?

—Me enganché de milagro con un hierro saliente de la armadura del hormigón justo antes de caer al vacío. El hierro me rajó el costado entero al frenar la caída. Me dieron diez puntos internos y externos.

Se encogió de hombros, intentando restarle importancia al suceso, pero yo veía con una claridad perfecta el leve temblor en sus manos grandes.

—Podría haberme matado allí mismo, aplastado contra el cemento. Y lo peor de todo, Val... lo que más me jodió, es que mientras me cosían de urgencia en el hospital panameño, lo único

que podía pensar en bucle era: «Mierda, si me muero aquí hoy, Valeria nunca sabrá cuánto siento haberla dejado».

Las lágrimas me picaron en los ojos con fiereza. Sin pensarlo dos veces, alargué mi mano a través de la mesa y cubrí la suya con fuerza. Estaba helada a pesar del calor caribeño.

—Nico...

—Esa cicatriz asquerosa es mi recordatorio diario, Val —dijo él. Giró su mano bajo la mía para entrelazar sus dedos con los míos en un agarre desesperado, aferrándose a mí como a un salvavidas—. Es el recordatorio permanente de que no puedo seguir huyendo de mí mismo. De que construir edificios preciosos por fuera no sirve de una mierda si por dentro estás en completas ruinas.

Nos quedamos en un silencio sepulcral, agarrados de la mano con fuerza sobre la mesa de madera pegajosa, solos bajo las luces parpadeantes de colores de un restaurante vacío en medio de la nada.

Sentí su dolor calándome los huesos como si fuera mío. Sentí la inmensa soledad de esos años en Panamá, la depresión camuflada de éxito, el vacío oscuro y atrayente de esa caída en el andamio.

Él no era el villano imbatible de mi historia. Era una víctima rota de sus propios demonios, del pánico y de las malas decisiones, igual que yo.

—Vámonos al hotel —susurró él al cabo de un rato, poniéndose de pie de golpe sin soltarme la mano en ningún momento. Dejó un billete grande sobre la mesa para pagar la cuenta.

El viaje de vuelta en el descapotable fue muy distinto al de ida.

Ya no había música alegre en la radio. Solo se escuchaba el sonido ensordecedor del viento caliente y la electricidad estática

pura y dura de nuestros cuerpos, que parecían atraerse como dos imanes de polaridad opuesta en el espacio tan reducido del coche.

Nicolás conducía mucho más rápido ahora. Con una urgencia silenciosa. Yo miraba de hito en hito su perfil en la oscuridad, la línea tensa de su cuello al tragar, sus manos fuertes apretando el volante de cuero, y sentía un vértigo en el estómago que no tenía nada en absoluto que ver con la velocidad del Jeep.

Llegamos al Costa Zafiro. Aparcó el coche de cualquier manera y caminamos a paso rápido hacia nuestras habitaciones en un silencio sepulcral. El pasillo exterior de las Ocean Suites estaba vacío por completo. Solo se oían los grillos nocturnos y nuestras propias respiraciones aceleradas.

Llegamos a mi puerta. La 104.

Me detuve en seco y me giré hacia él para despedirme. Nicolás estaba muy cerca. Demasiado cerca para mi cordura. Podía ver el reflejo blanco de la luna brillando en sus ojos negros. Podía oler el rastro del licor dulce de la mamajuana en su aliento.

No dijo nada. Levantó una mano muy despacio y me acarició la mejilla con los nudillos. Su pulgar rozó la comisura de mi labio inferior, enviando una descarga eléctrica de alto voltaje directa a mi centro.

Me incliné hacia su tacto por puro instinto, cerrando los ojos con fuerza. Mi cuerpo gritaba de necesidad. Mi piel ardía donde me tocaba. Todo en mí, cada maldita célula de mi ser, quería que me besara. Quería que me empujara con fuerza contra la madera de esa puerta y terminara de una puta vez lo que habíamos dejado a medias hacía cuatro años en Madrid.

Nicolás se inclinó sobre mí. Sentí su calor corporal envolviéndome por entero. Sentí la punta de su nariz rozando la mía. Sus labios estaban a un microscópico milímetro de los míos. Podía sentir su respiración errática entremezclándose con la mía en el aire.

—Valeria... —susurró mi nombre contra mi boca, como una plegaria desesperada.

Iba a pasar. Iba a besarme por fin. Y sabía con certeza que, si me besaba ahora, yo estaba acabada y perdida. Si me besaba, le perdonaría todas las lágrimas y la huida. Si me besaba y me abría los labios, volvería a ser suya sin condiciones.

Y entonces, el miedo.

Ese miedo antiguo, frío, afilado y de una lucidez terrible, me atravesó el pecho de lado a lado como una lanza.

¿Y luego qué? ¿Qué demonios pasaría cuando se acabara la fiesta de la boda el domingo? ¿Qué pasaría el lunes por la mañana, cuando él volviera a coger sus aviones a Japón o a Panamá y yo volviera a abrir la puerta de mi piso vacío en Madrid?

No podía permitirme el lujo de ser solo su fiebre tropical. No podía ser una tirita temporal ni un consuelo cálido para curar su soledad de arquitecto torturado en Panamá. Si me entregaba ahora en cuerpo y alma, y él volvía a asustarse y a irse, esta vez yo no me levantaría del suelo. Esta vez me rompería en pedazos tan pequeños que serían irrecuperables para siempre.

Abrí los ojos de golpe, saliendo del trance.

Puse las dos manos planas en su pecho, justo sobre el corazón que le latía desbocado bajo la camisa, y empujé. Con suavidad. Sin violencia. Pero con una firmeza innegable.

Nicolás se detuvo en seco. Me miró, confundido y desorientado, con los labios todavía entreabiertos y los ojos oscuros y ciegos de puro deseo acumulado.

—No puedo —susurré. Mi voz temblaba con una fragilidad patética.

—Val... por favor...

—No puedo hacerlo, Nico. —Di un paso atrás a la defensiva, chocando de espaldas contra la puerta de mi habitación, poniendo una distancia física de seguridad entre los dos—. No puedo hacerlo si no sé... si no sé qué va a pasar mañana.

—No va a pasar nada malo. —Intentó acortar la distancia, acercándose de nuevo un paso, extendiendo las manos.

—¡No lo sabes! —Negué con la cabeza con energía, retrocediendo contra la madera, sintiendo las lágrimas calientes asomar otra vez a mis ojos—. Tú vives metido en aviones de larga distancia. Yo tengo una vida construida en Madrid. No puedo... no puedo permitirme ser un puto paréntesis en tu vida, Nicolás. No puedo ser tu historia romántica de una semana en el Caribe para que te sientas un poco mejor con tu accidente en la obra y tu soledad.

—No eres un puto paréntesis en mi vida —escupió él, con una vehemencia que me asustó—. Joder, Valeria, eres el maldito libro entero.

—Entonces demuéstramelo con hechos, no con palabras en un pasillo —le desafié, con el corazón rompiéndoseme en tiempo real mientras lo decía—. No me beses hoy solo porque tengas ganas de mí, o porque te sientas solo y triste por la noche. No me beses si no tienes un plan real y estructurado para el puto lunes por la mañana, el día después de que nos vayamos de aquí. Porque yo no soy un

proyecto temporal, Nicolás. Yo necesito estabilidad. Y tú... tú todavía no sabes siquiera si quieres quedarte a vivir en un solo sitio.

Nicolás se quedó helado en el pasillo. La verdad aplastante y lógica de mis palabras le golpeó de lleno en la cara.

Bajó la mirada hacia sus propios zapatos. Apretó los puños a los costados de su cuerpo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Sabía que yo tenía toda la razón del mundo. Sabía de sobra que, por mucho que me deseara esta noche, no tenía un plan de vida. No sabía qué hacer con su carrera, con su trauma ni con su futuro. Y, a pesar de quererme, no podía prometerme una estabilidad que él mismo no tenía.

—Lo siento —murmuró al suelo. Y te juro que esa simple palabra de disculpa dolió cien veces más que cualquier grito de celos.

Se apartó de forma física. Retrocedió un paso largo, dejándome el espacio vital que le exigía, dejándome respirar aire, dejándome fría y vacía por completo.

—Buenas noches, Valeria.

—Buenas noches —susurré al vacío.

Pasé la tarjeta, entré en mi habitación y cerré la puerta.

Me apoyé de espaldas en ella y me deslicé poco a poco hasta sentarme en el suelo de la entrada, llevándome las manos temblorosas a los labios, justo ahí donde casi me había besado. Me dolía cada músculo del cuerpo. Me dolía el alma entera.

Había hecho exacto lo correcto. Mi cerebro lo sabía. Había protegido mi corazón de un segundo e inevitable abandono.

Pero, Dios mío, qué frío polar hacía cuando tenías la razón.

Capítulo 19

Valeria

El rechazo tiene un sonido muy particular. Es el sonido de una puerta cerrándose con un clic suave, dejando a una persona a salvo dentro y a otra a la intemperie fuera. Y el eco de ese sonido metálico me persiguió, torturándome, durante todo el día siguiente.

Me había protegido a mí misma. Había sido sensata, lógica y adulta hasta la médula. Le había dicho a la cara que no podía besarle sin garantías de futuro, que no iba a ser solo su fiebre tropical para curar sus heridas de Panamá. Tenía razón. Mi cerebro sabía de sobra que tenía razón. Entonces, ¿por qué demonios me sentía como si acabara de cometer el mayor error de toda mi vida?

El viernes amaneció gris, con esa luz lechosa, blanca y pesada que precede a las tormentas tropicales de verdad, no a los simples chaparrones de verano.

Bajé a desayunar tarde a propósito, esperando evitar a todo el grupo de la boda, pero el destino tenía otros planes y me encontré de bruces con Nicolás en el pasillo principal del hotel.

Iba vestido de negro de arriba a abajo. Camiseta negra básica, vaqueros oscuros, zapatillas. Parecía que iba a asistir a un funeral de Estado, no a la piscina de un *resort* en el Caribe. Cuando me vio acercarme, no hubo rastro de su sarcasmo habitual. No hubo ningún

«jefa». No hubo esa chispa arrogante y desafiante en sus ojos oscuros que solía encenderme la sangre al instante.

Solo me miró. Y en sus ojos vi un cansancio tan profundo, una tristeza tan pesada y resignada, que tuve que clavarme las uñas en las palmas de las manos para reprimir el impulso salvaje de correr a abrazarle y pedirle perdón.

—Buenos días —dijo. Su voz era plana. Profesional y estricta.

—Hola —murmuré, abrazando mi carpeta de organizadora de la boda contra el pecho como si me fuera la vida en ello.

—Sofía me ha escrito. Dice que tenemos que reunirnos a solas para revisar los discursos del banquete de mañana. Quiere que coordinemos las anécdotas para no repetirnos y aburrir a los invitados.

—Sí. Claro. ¿Dónde quieres que lo hagamos?

—En la biblioteca del hotel. Está vacía.

Caminamos hacia la biblioteca en un silencio denso. Él no intentó caminar a mi lado en ningún momento. Mantuvo una distancia de seguridad de dos metros exactos, respetando al milímetro el espacio vital que yo le había exigido anoche en mi puerta. Y esa fría distancia física me dolió muchísimo más que si me hubiera gritado a la cara.

La biblioteca era un salón pequeño, revestido de madera oscura, con el aire acondicionado a nivel gélido y estanterías llenas de libros en varios idiomas que los turistas bronceados nunca leían. Nos sentamos en dos sillones de cuero gastado, uno exacto frente al otro, con una mesa baja de cristal de por medio.

Nicolás sacó una pequeña libreta Moleskine negra de su bolsillo trasero y un bolígrafo. Ni siquiera me miraba a la cara. Estaba

apagado. Como si alguien le hubiera bajado de golpe el interruptor general de su energía vital.

—Vale —dijo él, abriendo la libreta por una página en blanco—. Yo voy a hablar de cómo conocí a Lucas el primer día en primero de carrera. De la vez surrealista que nos perdimos en la sierra de Guadarrama. Y cerraré con un brindis clásico sobre la inmensa suerte que es encontrar a tu compañero de vida y que no se vaya.

Hice una mueca interna de dolor. Escucharle hablar de «compañeros de vida» que no se van, justo ahora mismo, era una tortura psicológica diseñada a medida.

—Bien. Me parece bien —accedí, aclarando mi garganta—. Yo hablaré de Sofía y de cómo siempre me dijo desde el minuto uno que Lucas era el indicado para ella. Así no nos pisamos las historias.

—Perfecto. —Anotó algo rápido en su cuaderno con letra puntiaguda.

El silencio volvió a caer sobre nosotros, pesado y asfixiante como una losa de hormigón armado. No podía soportarlo. No podía soportar verle así, tan derrotado, tan... vacío de emociones. Prefería mil veces que fuera el imbécil arrogante que me retaba. Al imbécil sabía cómo manejarlo. A este hombre roto frente a mí, no.

—Nico... —empecé a decir.

Él levantó la vista del papel, pero sus ojos negros seguían siendo un muro de piedra impenetrable.

—¿Sí?

—¿Vas a estar así hasta que acabe la boda mañana? ¿Vas a castigarme con el silencio?

Él soltó una risa seca, áspera y desprovista de humor en su totalidad. Cerró la Moleskine de golpe y la tiró sobre la mesa de

cristal.

—No te estoy castigando en absoluto, Valeria. Te estoy dando exacto lo que me pediste anoche con tanta vehemencia. Distancia física. Seguridad emocional. Cimientos aburridos. Estoy siendo el puto testigo de honor perfecto y el exnovio invisible. ¿No era eso lo que querías para poder respirar?

—No quería esto —admití, con la voz temblando sin remedio—. Solo quería... quería ser realista por una vez en mi vida. Tú te vas a ir, Nico. El lunes por la mañana cogerás un avión internacional y desaparecerás otra vez. Y yo no puedo volver a pasar por el infierno de tu ausencia. No puedo quererte locamente hoy para perderte el puto lunes.

Nicolás se pasó ambas manos por la cara, frotándose los ojos con una frustración salvaje. Cuando volvió a mirarme, la máscara de frialdad profesional se había roto en mil pedazos, dejando ver una desesperación cruda y sangrante.

—¿Te crees que yo no pienso en el futuro, Valeria? ¿Te crees de verdad que soy un puto niño inmaduro que solo vive el momento y huye cuando se aburre?

—Nunca has sido de los que hacen planes a largo plazo que me incluyan.

—Las personas cambian, Val. A base de hostias, pero cambian. —Se inclinó hacia delante de golpe, apoyando los codos en las rodillas, invadiendo mi espacio—. ¿Recuerdas la maldita llamada de la otra noche en tu habitación? ¿La que interrumpió los sándwiches y el beso?

Sentí un pinchazo agudo de celos y dolor antiguo al recordar el nombre en la pantalla.

—Sí, la recuerdo a la perfección. Tu novia, Lucía. O quien cojones fuera.

—No era mi novia, Valeria. Lucía es la asistente personal de mi socio en el estudio.

Me quedé helada en el sillón de cuero.

—¿Entonces por qué te pusiste tan blanco? ¿Qué quería a esas horas?

—Estaban intentando comunicarse conmigo de urgencia desde Dubái. Tenía una oferta en firme sobre la mesa para dirigir como arquitecto jefe el diseño de un *resort* de siete estrellas en la costa. Tres putos años de contrato blindado. Un sueldo obsceno que me solucionaría la vida entera y pagaría todas las deudas que tengo acumuladas. Tenía que dar la respuesta definitiva esa misma noche. Era el límite de plazo.

Tragué saliva con mucha dificultad. Dubái. Tres años a miles de kilómetros. Un contrato blindado. Eso era... definitivo. El fin de cualquier posibilidad.

—Felicidades —susurré. Sentí que el corazón se me encogía hasta desaparecer en mi pecho—. Es una gran oportunidad profesional.

—La rechacé —dijo él, cortando mis felicitaciones como si fueran basura.

Levanté la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos. —¿Qué acabas de decir?

—Salí corriendo a la terraza para decirles que no. Para decirles que se metieran su dinero, su contrato y su puto desierto de Dubái por donde les cupiera. —Me miró de hito en hito, clavándome cada palabra en el centro del pecho como un estilete—. Rechacé de forma irrevocable el proyecto más grande y lucrativo de mi carrera porque

estaba pensando en volver a instalarme en España. Porque estaba pensando que estaba muy harto de huir de mí mismo. Porque, joder, Valeria... estaba pensando solo en ti.

Me quedé sin aire en los pulmones.

La llamada. La maldita llamada de madrugada que yo había interpretado como una señal innegable de que él tenía secretos oscuros, de que tenía otra vida de la que me excluía... en realidad era él eligiéndome a mí por encima de su ambición. O al menos, eligiendo la remota posibilidad de construir un «nosotros» en Madrid.

—No me lo dijiste —balbuceé, en *shock*.

—No me diste la más mínima oportunidad de hacerlo. Me cerraste la puerta del balcón y de tu vida en las narices antes de que pudiera explicarte nada de Dubái. Asumiste sin preguntar que me iría con otra, o a otra obra. Siempre asumes que voy a fallarte y a abandonarte.

—¡Porque lo hiciste! —grité. Me puse de pie de un salto, incapaz de quedarme sentada con tanta emoción y tanta información desbordándose por mis venas—. ¡Te fuiste, Nicolás! ¡Me dejaste sola en Madrid con un alquiler que no podía pagar, con los sueños rotos y el corazón destrozado! ¡No puedes culparme ahora por tener un puto terror a que lo repitas!

Nicolás se levantó también con la misma violencia. Rodeó la mesa de cristal y se plantó a un palmo frente a mí.

—¡Tengo miedo, joder! —gritó él también, perdiendo los papeles por completo en medio de la silenciosa biblioteca—. ¿Te crees que yo no tengo miedo? ¡Estoy aterrorizado de cagarla otra vez!

—¿Tú? —Solté una risa aguda, rayando la histeria, y le señalé el pecho—. Tú no le tienes miedo a nada. Tú eres el valiente aventurero que se fue a comerse el mundo entero mientras yo me quedaba aquí, en casa, haciéndome pequeñita y llorando por los rincones.

—¡Me fui justo porque a tu lado me sentía pequeño! —La confesión salió de su garganta como el rugido de un animal herido, desgarrando el aire frío de la habitación.

Se hizo el silencio más absoluto.

Nicolás respiraba con agitación, con el pecho subiendo y bajando a un ritmo antinatural. Parecía sorprendido de verdad y aterrorizado de haber dicho su mayor inseguridad en voz alta. Yo me quedé paralizada, con la boca entreabierta.

—¿Qué has dicho?

Él bajó la cabeza, incapaz de sostenerme la mirada un segundo más. Su voz bajó a un susurro ronco, roto y lleno de una profunda vergüenza.

—Me fui porque, a tu lado... siempre me sentí como un puto fraude. Tú eras brillante, Valeria. Eras metódica, perfecta. Todo lo que tocabas en la carrera funcionaba. Yo... yo solo era ruido. Caos desordenado. Sentía que te arrastraba al barro conmigo, que frenaba tu potencial.

—Eso no es verdad en absoluto —negué con la cabeza sin parar, acortando la distancia entre los dos, necesitando tocarle—. Éramos un equipo, Nico. Nos complementábamos.

—Tú tirabas del carro pesado de nuestras vidas. Yo solo iba detrás, intentando seguirte el ritmo sin tropezar. —Levantó la vista muy despacio, y vi que sus ojos negros estaban llenos de lágrimas a

punto de caer—. Esa noche... la noche que entregamos el TFG y celebramos... me entró el pánico. Un pánico real, asfixiante y físico. Pensé que si me quedaba a vivir contigo, acabarías dándote cuenta de que yo era un fracaso y acabarías odiándome por ser un lastre en tu brillante carrera. Pensé, de verdad, que te merecías a alguien mucho mejor. Alguien sólido. Alguien estructurado como... como el puto Alex.

Las lágrimas, traicioneras e imparables, empezaron a caer a plomo por mis mejillas.

El mundo se me dio la vuelta de campana. No se había ido aquella noche porque no me quisiera lo suficiente. No se había ido por ambición desmedida. Se había ido porque creía a ciegas que su caos no era suficiente para mi orden. Porque se odiaba a sí mismo.

—Eres un idiota —sollocé, levantando los puños y dándole un golpe débil y sin fuerza en el centro del pecho—. Eres el mayor idiota del universo, Nicolás Rivas. Yo nunca quise a alguien sólido y aburrido. Te quería a ti. Te amaba a ti, joder. Con tu caos, con tu ruido y con tus defectos.

—Lo sé. Juro que ahora lo sé. —Me agarró ambas manos de golpe, atrapando mis puños contra su pecho, apretándolos con fuerza contra los latidos de su corazón—. He tardado cuatro largos y miserables años en construirme a mí mismo como hombre y como arquitecto para poder volver, ponerme frente a ti y mirarte a los ojos sin sentirme inferior a tu luz. Y ahora que estoy aquí... ahora que estoy dispuesto a saltar al vacío sin red, a quedarme a tu lado, a intentarlo todo contigo en Madrid... resulta que tú necesitas un contrato firmado ante notario con garantías para darme un triste beso.

—Necesito saber, con una certeza absoluta, que no vas a volver a tener miedo y a salir corriendo por la puerta —susurré. Mis manos temblaban con violencia mientras agarraba la tela negra de su camiseta entre mis dedos, como si me fuera la vida en no soltarle.

—No puedo prometerte que no volveré a tener miedo nunca más, Val. Mentiría si lo hiciera. El miedo al fracaso es una parte de mí, aunque la odie. Pero te juro por mi puta vida que esta vez, si el edificio tiembla, me quedaré dentro de la estructura contigo. Aunque se nos caiga el puto techo de hormigón encima y nos aplaste. Me quedaré.

Era la promesa más bonita, más cruda y más aterradora que me habían hecho nunca en la vida. Quería creerle. Dios mío, quería creerle con cada célula de mi ser y besarle hasta quedarnos sin aire.

Pero mi cerebro, mi maldito y torturado cerebro lógico, seguía viendo las grietas en las paredes. Seguía calculando el altísimo riesgo de derrumbe emocional si él volvía a encontrar una excusa (como las de Panamá) para sentirse insuficiente.

—No sé si puedo hacerlo, Nico —admití en un hilo de voz, y la verdad dolió en mi pecho un millón de veces más que cualquier mentira—. No sé si puedo volver a confiar en ti a ciegas. La herida... la herida de la huida todavía está demasiado abierta para saltar sin red.

Nicolás me miró en silencio durante un segundo que se me hizo eterno. Vi, a simple vista, cómo la última chispa de esperanza moría apagada en sus ojos oscuros una vez más.

Soltó mis manos muy despacio, dedo por dedo.

—Vale —dijo. Su voz sonaba hueca, vacía de cualquier emoción—. Lo entiendo a la perfección. No puedo obligarte a saltar al vacío si

tienes vértigo. Es mi culpa por haberte empujado la primera vez.

Se giró, recogió su libreta negra de la mesa de cristal y se la guardó en el bolsillo trasero.

—Voy a buscar a Lucas para decirle que los discursos del banquete ya están listos y coordinados. No te preocupes en absoluto por la fiesta y el ensayo de mañana. Me mantendré lo más alejado posible de tu radar.

Caminó hacia la pesada puerta de madera de la biblioteca. Se detuvo en el umbral, con la mano en el pomo, pero sin llegar a girarse para mirarme.

—Ah, y una cosa más. He hablado esta mañana con la recepción del hotel. Dicen que tienen una habitación estándar libre en el ala este del complejo. Me mudo allí esta misma tarde con mis maletas. Así no tendrás que soportar escucharme respirar al otro lado de la pared por las noches. Estarás a salvo.

—Nico, no hace falta que hagas eso... —di un paso hacia él, sintiendo el pánico real de la separación.

—Sí hace falta —me cortó él, tajante y frío—. Porque yo sí estoy dispuesto a saltar por ti, Valeria. Pero no puedo quedarme de pie en el borde del precipicio viéndote dudar de forma eterna si me quieres o no. Duele demasiado.

Salió al pasillo y cerró la puerta de la biblioteca, dejándome sola con el frío del aire acondicionado.

Esa misma noche del viernes, salí a la terraza de mi habitación. La jardinera de plantas tropicales seguía allí. Las estrellas brillantes seguían allí. Pero al otro lado, en la habitación 105, las pesadas cortinas opacas estaban echadas a cal y canto. No había luces

encendidas. No había sonido de ducha. No había rastro de olor a tabaco en el aire húmedo.

La persiana bajada era un muro mil veces más alto, grueso e inexpugnable que cualquier valla de seguridad.

Me senté en mi tumbona, sola en medio de la oscuridad del Caribe, mirando de hito en hito la fachada ciega de su habitación vacía.

Había conseguido exacto lo que le había pedido. Seguridad. Silencio absoluto. Distancia de miles de kilómetros emocionales. Entonces, ¿por qué sentía que me estaba asfixiando sin él?

Capítulo 20

Valeria

Quedaban exacto cuarenta y ocho horas para la boda. Dos putos días.

El tiempo en el Resort Costa Zafiro había dejado de ser una medida abstracta de vacaciones para convertirse en una cuenta atrás física, letal; un reloj de arena gigante que se vaciaba grano a grano sobre mi pecho, dificultándome la respiración a cada segundo que pasaba.

Nicolás había cumplido su amenaza a rajatabla. Se había mudado.

Esa misma tarde del viernes, al volver a mi *suite* tras unas horas de trabajo absurdo y salir a la terraza buscando aire, me había encontrado de bruces con las gruesas cortinas de la habitación 105 abiertas de par en par y las tumbonas de madera ordenadas y vacías. No había maleta en el suelo. No había ropa colgada secándose. No había ni rastro de él.

El silencio que llegaba ahora desde el otro lado de la jardinera ya no era un silencio de compañía expectante. Era un silencio de ausencia total. Un vacío hueco, frío y definitivo que resonaba en mis oídos muchísimo más fuerte que cualquier grito.

Me pasé el resto de la jornada en estado de sonambulismo crónico, cumpliendo mis obligaciones de dama de honor principal con una eficiencia robótica que daba miedo. Revisé los menús del

banquete con el *chef*, coordiné la llegada al aeropuerto de los últimos invitados desde Madrid y sonreí por educación hasta que me dolieron los músculos de las mejillas.

Pero por dentro, detrás de la fachada, mi mente era un disco rayado repitiendo en bucle, una y otra vez, la cruda confesión de Nicolás en la biblioteca esa misma mañana.

«Me fui porque me sentía pequeño a tu lado. Me entró el pánico».

Necesitaba saber con urgencia si era verdad. Necesitaba saber si aquello era solo una excusa inteligente para suavizar su cobardía, o si era algo real, algo físico y tangible. Necesitaba entender la magnitud exacta de la grieta en sus cimientos para saber si yo era capaz de saltarla.

Al atardecer, cuando el cielo empezaba a teñirse de naranja, encontré por fin a Lucas y a Sofía en el bar de la piscina infinita. Estaban sentados juntos en un rincón apartado de los sofás *chill out*, muy lejos del bullicio de los invitados.

Desde la distancia, no parecían los novios radiantes y pletóricos de los días anteriores. Parecían muy cansados. Lucas tenía la cabeza apoyada con pesadez en la mano y Sofía le acariciaba la espalda con un gesto maternal y distraído.

Me acerqué a ellos arrastrando los pies. El sol se estaba poniendo sobre el mar, tiñendo el agua de la piscina de sangre y oro líquido.

—Hola —dijo en voz baja.

Los dos levantaron la vista al unísono. Al ver mi cara pálida y mis inmensas ojeras, la preocupación cruzó sus rostros de inmediato.

—Val —dijo Sofía, incorporándose y haciéndome sitio a su lado en el sofá blanco—. Siéntate, por favor. Tienes muy mala cara. ¿Has comido algo hoy?

—No tengo hambre —respondí. Me senté justo al borde del asiento, con la espalda rígida, incapaz de relajarme—. Necesito hablar con vosotros. O, mejor dicho, necesito hablar contigo a solas, Lucas.

Lucas se enderezó de golpe en su asiento, dejando su botella de cerveza en la mesa de cristal con un golpe sordo. Me miró de hito en hito con esa seriedad tranquila y protectora que siempre le había caracterizado. Sabía de sobra por qué estaba yo allí. Lo vi en sus ojos.

—Es sobre Nico, ¿verdad?

—Se ha cambiado de habitación esta tarde —dije, y mi voz tembló un poco, traicionándome—. Esta mañana en la biblioteca... me dijo por qué huyó de Madrid hace cuatro años.

Sofía soltó un suspiro larguísimo, cerró los ojos y se llevó ambas manos a la cara.

—Por fin, joder —murmuró ella—. Ya era hora de que ese cabezota abriera la boca.

Miré a Lucas a los ojos. Él no desvió la mirada.

—Me dijo que tuvo miedo —continué, clavando mis ojos verdes en los suyos—. Me dijo que sintió un pánico asfixiante. Que se sentía inferior a mí, que sentía que iba a arrastrarme y que sería un lastre para mi carrera si se quedaba a vivir conmigo.

Lucas asintió muy despacio, tragando saliva. —Eso te dijo.

—Necesito saber si es toda la verdad, Lucas. —Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, suplicando con la mirada —. Necesito que seas mi amigo y me digas si es solo una excusa romántica para quedar bien, o si... si en realidad pasó algo más que

yo no vi. Tú vivías con nosotros en ese piso. Tú estabas allí esa misma noche. Fuiste el último en verle.

Lucas intercambió una mirada larguísima y cargada de significado con Sofía. Ella le apretó la mano con fuerza, dándole permiso mudo, o quizás dándole el valor que a él le faltaba para traicionar a su mejor amigo.

Lucas suspiró, frotándose la cara con ambas manos, y se pasó los dedos por el pelo. De pronto, bajo la luz del atardecer, parecía diez años mayor.

—No fue solo miedo escénico al compromiso, Val —dijo por fin, con una voz tan grave que me asustó—. Fue un colapso total. Y fue por culpa de una llamada de urgencia.

El aire se me atascó de golpe en la garganta.

—¿Qué llamada? ¿Qué quieres decir con un colapso?

—Esa noche... la noche que entregasteis el TFG. Vosotros estabais celebrando la matrícula de honor en el salón. Yo llegué de mi cena muy tarde, sobre las tres de la madrugada. Entré en el piso y estaba todo a oscuras. Pensé que ya estabais durmiendo. —Lucas hizo una pausa agónica, mirando la etiqueta de su cerveza—. Fui hacia mi cuarto, pero al pasar por el pasillo oí un ruido muy raro en el baño. La puerta estaba cerrada, pero sonaba como... como si alguien se estuviera ahogando.

Sentí un escalofrío polar recorrerme la columna vertebral de arriba a abajo.

—Forcé la cerradura de la puerta —siguió relatando Lucas, con los ojos perdidos en el recuerdo—. Y encontré a Nico tirado en el suelo. Estaba hecho un ovillo sobre las baldosas frías, agarrándose el pecho con las dos manos, empapado en sudor frío y temblando sin

control. No podía respirar, Val. Estaba hiperventilando tan fuerte que se le habían puesto los labios azules. Pensé que le estaba dando un infarto.

Me llevé las dos manos a la boca, ahogando un gemido de puro terror.

La sola imagen mental de Nicolás, mi Nicolás, el chico invencible y fuerte que resolvía todos mis problemas... tirado en el suelo de nuestro baño, incapaz de respirar, roto en mil pedazos... me partió el alma en dos mitades sangrantes.

—Me tiré al suelo con él y saqué el móvil para llamar a una ambulancia —dijo Lucas, con la voz rota—. Quise ir corriendo a la habitación para despertarte. Pero él... él me agarró del brazo con una fuerza sobrehumana y me tiró el teléfono al suelo. No sé de dónde sacó la fuerza en ese estado, pero me miró a los ojos y me suplicó llorando que no lo hiciera. Me dijo: «No la despiertes. Por favor, Lucas, te lo ruego, que no me vea así. Que no vea la ruina que soy».

Las lágrimas empezaron a caer a plomo por mis mejillas, calientes y rápidas.

—¿Por qué? —sollocé, incapaz de contener el dolor—. ¿Por qué no me dejó salir a ayudarle?

—Porque en ese momento, su mundo entero acababa de saltar por los aires —confesó Lucas. Me miró a los ojos, pidiéndome perdón de antemano por lo que iba a decir—. Esa noche, mientras tú dormías ajena a todo, Nico recibió una llamada del hospital. Su hermana pequeña, Helena.

Dejé de respirar. —¿Del hospital? ¿Qué le pasó a Helena?

—Helena llevaba tiempo muy enferma, pero nosotros no lo sabíamos porque Nico es un puto muro hermético para sus problemas familiares. Esa noche, la niña entró en fallo multiorgánico. Necesitaba un trasplante de riñón de extrema urgencia.

El mundo entero dejó de girar sobre su eje. La sangre se me congeló en las venas.

—El problema, Valeria —continuó Lucas, apretando los puños—, es que la operación fue en un hospital privado para no perder tiempo, y los tratamientos experimentales contra el rechazo del órgano y los cuidados posoperatorios costaban una puta fortuna. Su familia no tenía un duro. Estaban en la ruina más absoluta.

—Dios mío... —susurré, cubriéndome la cara con las manos, sintiendo cómo se me desgarraba el corazón.

—Nico se dio cuenta esa misma noche de que su vida se iba a convertir a partir de ese segundo en un infierno de deudas astronómicas y miseria. —Lucas tragó saliva, pasándose la mano por los ojos—. Me dijo que tú acababas de entregar el proyecto perfecto. Que te iban a llover las ofertas de los mejores estudios de Madrid para empezar a brillar. Y me juró, llorando de desesperación, que no iba a permitir bajo ningún concepto que su desgracia familiar te hundiera a ti también en la quiebra justo cuando estabas a punto de despegar.

—Pero éramos un equipo... yo le habría ayudado, habría buscado la manera...

—Y él lo sabía —interrumpió Sofía, con voz suave—. Nico sabía de sobra que tú dejarías tus sueños de lado, que venderías hasta tu alma para ayudarle a pagar ese trasplante. Y por eso se fue. Te

quería tanto que prefirió destruirse a sí mismo antes que ser el ancla que te hundiera.

—El puto estudio internacional de arquitectura no le contactó por su cara bonita, Val —reveló Lucas, soltando por fin la última bomba de la tarde—. Él los llamó a ellos esa misma madrugada suplicando trabajo. Vendió su alma al diablo. Aceptó un contrato leonino en Asia y luego en Panamá, trabajando como un animal veinte horas al día en la otra punta del mundo, en exclusiva porque el anticipo millonario que le daban por irse de inmediato era la única puta forma de pagar el trasplante y mantener a su hermana con vida.

Lucas me miró, y vi el arrepentimiento más puro brillando en sus ojos castaños.

—Hizo la maleta en diez minutos, dejó tus llaves en la mesa para que le odiaras por capullo, y se fue directo al hospital antes del amanecer. Me hizo jurar por la vida de mi madre que no te contaría jamás lo del ataque de pánico, ni la enfermedad de Helena, ni las deudas. Para él, tú debías pensar que era un cobarde ambicioso. Era la única forma de que le olvidaras y fueras feliz.

—Debería habértelo dicho yo, Val —intervino Sofía, llorando a lágrima viva, cogiéndome de la mano—. Cuando te vi destrozada en aquel piso buscando sus llaves... debí romper mi promesa y contártelo. Pero los dos pensamos que si él volvía a España cuando lo de Helena se estabilizara, te lo explicaría. Y luego pasó el tiempo, él no volvió porque tenía que seguir pagando facturas, tú te cerraste en banda... y el silencio se hizo demasiado grande.

—Somos todos unos completos idiotas —dijo Lucas, negando con la cabeza—. Hemos dejado que las dos personas que más se adoran

en este planeta se pasen cuatro malditos años sufriendo como perros por un malentendido y por un puto exceso de sacrificio.

Me quedé sentada allí, clavada en el sofá blanco, procesando la avalancha de información.

El aire volvió de golpe a mis pulmones, quemándome.

No me había dejado por falta de amor. No me había abandonado por ambición profesional. Me había dejado por un exceso de amor. Por un amor tan inmenso, tan puro y tan condenadamente pesado que le había aplastado el pecho hasta dejarle sin aire en aquel baño.

Se había ido a la otra punta del mundo a trabajar hasta casi matarse en un andamio para pagar el trasplante de su hermana pequeña. Me había abandonado mintiéndome para protegerme de la ruina, asumiendo el papel de villano para que yo pudiera ser libre.

Había pasado cuatro años pensando que él era un cobarde egoísta. Pero yo también había sido una egoísta. Me había escondido con comodidad detrás de mi rencor afilado para no ver más allá de mi propio dolor. Le había pedido «garantías de estabilidad» anoche en la puerta a un hombre que se había roto el alma trabajando, solo y deprimido en el extranjero, para salvar a su familia.

Fui yo la que no estuvo a su altura.

—¿Dónde coño está ahora? —preguntó mi boca, poniéndome de pie de un salto.

Mis piernas temblaban sin control bajo la falda, pero esta vez me sostenían con una firmeza absoluta.

—No lo sé con seguridad —dijo Lucas, levantándose también—. Supongo que estará en su nueva habitación del ala este. Estaba bastante jodido esta mañana cuando se fue.

—Valeria —me llamó Sofía, agarrándome la mano con fuerza antes de que pudiera salir corriendo del bar—. Escúchame muy bien. Quedan dos días para la boda. No dejéis que el miedo vuelva a ganar la partida esta noche. Ve a buscarle.

Apreté su mano, mirándola a los ojos con determinación pura, secándome las lágrimas con el dorso del brazo.

—Voy a hacerlo.

—Y dile de mi parte que si no hacéis las paces, os rompo las piernas a los dos —añadió ella, con una sonrisa acuosa y feroz.

Me solté de su agarre, me di la vuelta y eché a correr.

No caminé deprisa. Corrí. Corrí con todas mis fuerzas por los senderos de piedra volcánica, ignorando por entero las miradas de sorpresa de los turistas, ignorando que me resbalaba con las sandalias, ignorando el calor asfixiante de la tarde.

Corrí hacia el inmenso *hall* de recepción para preguntar a gritos cuál era su nuevo número de habitación.

Corrí sin mirar atrás, porque llevaba cuatro años enteros caminando despacio, mirando al suelo para no tropezar, y de pronto me acababa de dar cuenta de que la única forma de llegar exacto al sitio donde yo quería ir, era cogiendo impulso y saltando al puto vacío sin red.

Nicolás Rivas tenía un miedo atroz a las alturas. Y yo también lo tenía. Pero si íbamos a caer y a estrellarnos contra el suelo... esta vez, íbamos a caer los dos juntos.

Capítulo 21

Valeria

Correr con sandalias romanas por un camino de piedra irregular no es la idea más inteligente del mundo, pero en ese preciso momento, la inteligencia racional no estaba al mando de mi cuerpo. Al mando estaba el instinto más puro. Un instinto animal, primario y desesperado que había tomado el control absoluto de mis piernas y me obligaba a avanzar a toda velocidad a pesar del ardor insoportable en mis pulmones.

El Resort Costa Zafiro se había transformado de arriba a abajo de noche. Ya no era el paraíso vacacional perfecto de las fotos de Instagram; ahora era un laberinto amenazante de sombras y luces de balizamiento que parpadeaban en el suelo como advertencias rojas. El aire húmedo del Caribe se me pegaba a la piel como una segunda capa de sudor, densa y asfixiante, y el sonido rítmico de mi propia respiración agitada llenaba mis oídos, ahogando por entero el zumbido de los grillos y el rugido lejano del mar contra los acantilados.

Ala Este. Habitación 302.

El número brillaba en mi mente como un neón de emergencia sanitaria. Me lo había dicho la recepcionista del turno de noche, una chica joven con cara de susto real, después de que yo amenazara —con una educación gélida y terrorífica que no sabía que poseía— con

montar un escándalo de proporciones bíblicas en medio del *lobby* si no me daba su ubicación exacta en el acto. Me dio igual la política de privacidad del hotel. Me dio igual todo.

Mis pies golpeaban la madera de las pasarelas que conectaban los edificios de *suites*. Crucé jardines tropicales que olían con fuerza a dama de noche, pasé por delante de piscinas infinitas vacías que parecían espejos negros, ignoré a una pareja que se besaba ajena a todo en un banco. Solo existía una dirección posible en el universo. Solo existía él.

Llegué al pasillo exterior del bloque 3. Estaba desierto y en penumbra, iluminado solo por apliques de luz ámbar tenue que creaban sombras alargadas y fantasmales en el suelo. El silencio aquí era diferente al resto del complejo; no era el silencio de la paz vacacional, sino el silencio pesado de la soledad. Era el ala más alejada del complejo principal, donde el ruido de la fiesta preboda no llegaba. Donde uno se esconde cuando no quiere ser encontrado por nadie.

Localicé la puerta. La 302.

Me detuve un segundo eterno frente a ella, apoyando una mano en la pared rugosa para no caerme redonda. Intenté recuperar el aliento a bocanadas, intentando a la desesperada que mi corazón dejara de golpear mis costillas con esa violencia animal, como si quisiera romper la jaula torácica, atravesar mi piel y salir disparado hacia la puerta. Pero no podía esperar más. Cada segundo de silencio era un segundo perdido. Cada segundo que él pasaba ahí dentro solo, bebiendo y pensando que yo le odiaba con toda mi alma, era una herida más que tendríamos que coser y cicatrizar después.

Levanté el puño tembloroso y golpeé la madera maciza. Una, dos, tres veces. Con fuerza. Con desesperación. El sonido retumbó en el pasillo vacío y silencioso como disparos.

—¡Nicolás! —grité su nombre, sin importarme un bledo si despertaba a los vecinos de habitación, a los huéspedes o a los muertos.

Silencio absoluto. Ni un solo ruido al otro lado de la puerta. Ni el crujir de una tabla del suelo, ni una voz ronca contestando. Nada. El pánico primario me subió por la garganta, ácido y frío. ¿Y si no estaba allí? ¿Y si se había ido solo a beber a la playa? ¿Y si había hecho las maletas de verdad y se había marchado al aeropuerto en un taxi, cumpliendo su amenaza de desaparecer de mi vida para siempre?

Volví a golpear la puerta, esta vez con la palma abierta, con ambas manos a la vez, con toda mi rabia.

—¡Abre la maldita puerta ahora mismo, Rivas! ¡Sé de sobra que estás ahí dentro!

Oí pasos pesados al otro lado. Pasos lentos, arrastrados, como si le costara un mundo levantar los pies del suelo. El pestillo de seguridad giró con un clic metálico que me sonó a gloria bendita. La puerta se abrió muy despacio, con reticencia, revelando su interior.

Nicolás estaba allí de pie. Y verle me rompió el corazón un poco más, en mil pedazos nuevos que ni siquiera sabía que existían dentro de mí.

Llevaba los mismos vaqueros negros de la mañana en la biblioteca, pero estaba descalzo y sin camiseta. El botón superior del pantalón estaba desabrochado, como si la ropa le molestara en la piel. Tenía el pelo hecho un auténtico desastre, una maraña oscura y

revuelta, señal clara de que se había pasado las manos por él mil veces fruto de la ansiedad asfixiante.

Pero fue su cara lo que me detuvo el pulso en seco. Sus ojos negros, de normal tan intensos, tan llenos de vida desafiante o de arrogancia, estaban apagados, vacíos por completo. Estaban rojos e hinchados por el alcohol o las lágrimas, rodeados de sombras oscuras y violáceas que hablaban de noches y noches sin dormir. No había máscara profesional. No había escudo de cinismo. Solo había un hombre roto que parecía haber estado mirando de hito en hito al abismo durante horas, y el abismo le había devuelto la mirada con crudeza.

Al verme allí de pie en su puerta, se quedó paralizado, como una estatua de sal. Su mano grande se aferró al marco de madera con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos al instante, como si necesitara soporte físico real para no derrumbarse contra el suelo.

—Valeria —dijo mi nombre, y su voz era un graznido ronco, roto, como si no la hubiera usado en días enteros—. ¿Qué cojones haces aquí a estas horas?

La pregunta flotó entre nosotros en el pasillo frío, cargada de un dolor antiguo y compartido. Di un paso adelante para entrar, pero él retrocedió por instinto en la oscuridad.

—Vete de aquí —suplicó, bajando la mirada al suelo, incapaz de sostenerme los ojos un segundo más—. Por favor, vete. No puedo... no puedo hacer esto ahora. No quiero que me veas así.

Empezó a negar con la cabeza preso del pánico, retrocediendo hacia la oscuridad total de la habitación desordenada, intentando cerrar la puerta con un movimiento lento. Intentando protegerme de

su propio desastre una vez más, igual que hizo hace cuatro años en Madrid. Intentando esconderse.

—No debí haber venido a esta boda. No debí haber vuelto a verte nunca. Soy un puto desastre...

—Joder, mira que eres idiota.

La furia me invadió el cuerpo. No furia contra él, sino contra el miedo paralizante que nos había robado cuatro malditos años de vida. Me lancé contra la puerta antes de que pudiera cerrarla del todo, empujándola con todo mi peso corporal, con el hombro, con el alma entera. Nicolás, sorprendido por mi fuerza repentina o quizás debilitado por su propia miseria y el alcohol, tropezó hacia atrás varios pasos, perdiendo el equilibrio.

Entré en la habitación 302 como un huracán tropical descontrolado. La *suite* estaba a oscuras, iluminada tan solo por la luz ámbar que entraba del pasillo y el resplandor blanco de la luna a través de la terraza abierta. Olía con fuerza a encierro, a aire viciado, a alcohol fuerte y a una tristeza densa. Había una botella de *whisky* Macallan medio vacía en la mesilla de noche y ropa tirada por el suelo de madera. Era el escenario perfecto de una autodestrucción en curso.

—¡Cállate la boca, Nicolás Rivas! —Le empujé el pecho desnudo y firme con ambas manos con violencia. Su piel estaba ardiendo bajo mis palmas. Le hice retroceder paso a paso hacia el interior, golpeando su torso con mis palmas abiertas, descargando toda mi frustración acumulada—. ¡Deja de decidir por mí de una puta vez! ¡Deja de pensar que sabes lo que me conviene o lo que no! ¡Deja de huir como un cobarde cada vez que las cosas se ponen difíciles!

—Val, escúchame un momento... —intentó decir, levantando las manos con pesadez para sujetarme los brazos y frenar mi ataque. Sus dedos me rozaron la piel, pero no me agarraron con fuerza, como si tuviera un miedo atroz de romperme si aplicaba demasiada presión—. Sé muy bien lo que te ha dicho Lucas en la piscina. Lo sé. No quería que lo supieras nunca. No quería que me vieras así. No soy... no soy el hombre que tú crees que soy. Soy un fraude.

—Por favor, Nicolás… Sabes de sobra que ahora no te escapas — Le empujé una vez más, con todas mis fuerzas, hasta que su espalda ancha chocó contra la pared del pasillo de entrada con un golpe seco que resonó en la habitación.

Me puse de puntillas sobre mis sandalias romanas, le agarré la cara con ambas manos con desesperación, clavando mis dedos en su mandíbula marcada sin ninguna delicadeza, sintiendo la barba rasposa de varios días bajo mis palmas, y estrellé mi boca contra la suya con una violencia salvaje.

No fue un beso romántico de película de Hollywood. No hubo música de violines de fondo ni suavidad educada. Fue un choque de trenes. Una colisión frontal. Fue dientes contra dientes, labios partidos contra labios, aliento caliente contra aliento. Fue un beso violento, desesperado, salado por las lágrimas, cargado de cuatro años de rabia contenida, de silencios dolorosos, de reproches y de un hambre atroz que me estaba devorando viva desde que aterricé en esta isla.

Nicolás se quedó rígido como una tabla un instante, paralizado por el puro *shock* de mi ataque, con los brazos colgando inertes a los costados de su cuerpo. Pero entonces, mi lengua buscó la suya con urgencia, un gemido de frustración vibró en el fondo de mi

garganta, y algo vital se rompió por fin dentro de él. Un dique de contención de cuatro años cedió de golpe.

Soltó un sonido gutural, profundo, animal, desde el fondo de su pecho, y sus brazos me rodearon la cintura como cepos de acero forjado. Me levantó en vilo del suelo, apretándome contra su torso desnudo con una fuerza que me sacó todo el aire de los pulmones, y me devolvió el beso con la misma ferocidad y desesperación destructiva.

Ya no era yo quien besaba. Éramos los dos. Una lucha de bocas hambrientas. Nos movimos a ciegas por la habitación a oscuras, tropezando con torpeza con sus zapatillas tiradas en el suelo de madera, girando en el pasillo estrecho de la entrada hasta que mi espalda chocó con fuerza contra la pared contraria. El impacto me sacudió la columna, pero ni siquiera lo sentí.

Nicolás aprisionó mi cuerpo con el suyo, inmovilizándome contra la pared. Su pierna fuerte se metió entre las mías, presionando con firmeza justo donde más lo necesitaba, y yo arqueé la espalda por inercia hacia él. Su lengua invadió mi boca, reclamando su territorio, saboreando, devorando cada rincón como si quisiera beberse mi aliento entero. Sus manos grandes estaban en todas partes a la vez: en mi pelo, tirando de él hacia atrás para exponerme el cuello a sus besos; en mi espalda, trazando mi columna vertebral; en mi cintura, apretando la carne con posesividad hasta dejar marca.

Me tocaba con desesperación, como si quisiera comprobar a través del tacto que yo era real, de que no era una alucinación cruel inducida por la culpa, la soledad y el *whisky*.

—Te odio —murmuré contra su boca, mordiéndole el labio inferior con fuerza hasta hacerle daño de verdad, saboreando el sabor

metálico y caliente de la sangre—. Joder, te odio tanto, Rivas.

—Lo sé —jadeó él contra mis labios, besándome la mandíbula con violencia, bajando hacia mi cuello con besos húmedos, desesperados y mordiscos que prometían dejar huella profunda—. Lo sé de sobra. Ódiame. Ódiame todo lo que quieras, Val. Te prometo que no me iré de nuevo. Por favor, quédate conmigo.

—No me voy a ir —dije, enredando mis dedos en su pelo negro y revuelto, tirando de él hacia atrás con fuerza para obligarle a mirarme a la cara a la luz de la luna—. No me voy a ir a ninguna parte, idiota. Ya lo sé todo. Lucas me lo ha contado todo en la piscina. Sé lo del ataque de pánico en el baño de Madrid. Sé que tuviste un miedo atroz. Sé que te estabas muriendo de asfixia en ese suelo porque creías que no eras suficiente para mí.

Nicolás se detuvo en seco, como si le hubieran echado un cubo de agua helada. Levantó la cabeza despacio. Su pecho subía y bajaba a buen ritmo contra el mío, sus latidos desbocados retumbando a través de mi propia piel. Sus ojos negros, dilatados por el deseo y brillantes por las lágrimas contenidas, se clavaron en los míos en la penumbra. La vergüenza antigua, esa vergüenza corrosiva que le había hecho huir hace cuatro años, cruzó su rostro de golpe.

—Me viste —susurró con la voz rota, casi inaudible, rehuyendo mi mirada—. En tu cabeza... me imaginaste roto. Patético. Tirado en el suelo de un baño suplicando a Lucas.

—Te imaginé humano, Nico —corregí con firmeza absoluta, y sentí cómo mis propias lágrimas empezaban a brotar de nuevo, calientes y rápidas, desbordándose por mis mejillas sin control—. Imaginé al hombre que amo asfixiándose en un baño porque me quería demasiado para su propia cordura. Porque el idiota creía que yo era

demasiado para él y que me merecía algo mejor. Y eso no es patético, Nicolás. Eso es... eso es lo más triste, lo más doloroso y lo más bonito que ha hecho nadie nunca por mí. Se llama sacrificio.

La cara de Nicolás se descompuso del todo bajo la luz de la luna. La tensión férrea de su mandíbula se deshizo, sus hombros cayeron derrotados y sus ojos oscuros se llenaron de agua en el acto. La última muralla de orgullo y reserva se derrumbó con un estruendo silencioso.

—Tenía tanto miedo, Val —confesó, y su voz sonaba como la de un niño pequeño perdido en la oscuridad absoluta—. Sentía de verdad que no era suficiente para ti. Que mi caos constante te iba a apagar la luz. Que te iba a arrastrar al fondo del pozo conmigo si me quedaba a vivir contigo.

—Tú eres lo único que me da luz, Nico—sollocé sin esconderme, acunando su cara barbuda entre mis manos temblorosas, limpiando con mis pulgares una lágrima solitaria que se le había escapado por la mejilla—. Eres mi caos. Y yo quiero tu maldito caos. Te quiero a ti, Nicolás Rivas. Con tus ataques de pánico, con tus huidas a la otra punta del mundo, con tus tatuajes y con tus cicatrices. Te quiero entero, sin filtros.

Nicolás cerró los ojos con fuerza y apoyó la frente contra la mía con pesadez. Soltó un suspiro tembloroso, largo, profundo, como si llevara cuatro largos años aguantando la respiración bajo el agua. Respiramos el mismo aire caliente en la habitación a oscuras, mezclando nuestras lágrimas saladas, compartiendo el oxígeno. La violencia desesperada del principio se disolvió por completo, dejando paso a una emoción cruda, líquida, dolorosa y abrumadora.

Me besó de nuevo. Pero esta vez fue muy distinto. Fue lento. Fue profundo. Fue salado por las lágrimas de los dos. Fue un beso de rendición absoluta y total. Sus labios se movían sobre los míos con una ternura devastadora, pidiendo perdón en silencio, pidiendo permiso, pidiendo una segunda oportunidad que en el fondo de su alma rota no creía merecer.

Me rodeó la cintura con ambos brazos y me abrazó tan fuerte contra su pecho desnudo que sentí en carne propia que mis huesos se fusionaban con los suyos en uno solo. Enterró la cara en el hueco de mi cuello, aspirando mi aroma a coco y playa como si fuera su única fuente de vida en el desierto.

—Perdóname —susurró contra mi piel húmeda, su voz vibrando directo en mi clavícula—. Perdóname por ser un puto cobarde asustado. Perdóname por haberte hecho tanto daño. Perdóname por haberte dejado sola cuando más me necesitabas.

—Cállate de una vez —le pedí en un susurro, acariciándole la nuca con suavidad, sintiendo la textura de su pelo corto bajo mis dedos—. Cállate la boca y hazme el amor ahora mismo.

Necesitaba sentirle. No solo de forma emocional a través de las palabras. Necesitaba sentir su cuerpo sobre el mío, dentro de mí, para borrar con mi piel los cuatro años de frío glacial de su ausencia en Madrid. Necesitaba la confirmación carnal de que esto estaba pasando de verdad, de que no era un sueño cruel inducido por la culpa y el *whisky*.

Nicolás se separó un poco para mirarme a los ojos en la penumbra. Hubo un destello repentino de ese fuego posesivo e inconfundible en sus ojos negros, esa oscuridad que yo conocía tan

bien y que anhelaba con cada fibra de mi ser, mezclada ahora con una devoción absoluta y total.

—¿Estás del todo segura de lo que pides, Valeria? —preguntó con voz ronca por el deseo y la emoción—. Si cruzamos esta línea roja esta noche... no te voy a dejar volver atrás nunca más. Si te toco ahora, no voy a soltarte mañana por la mañana. Ni pasado. Ni nunca en la vida. Voy a ser el tío más egoísta del mundo y te voy a reclamar para siempre.

—Sé egoísta —le desafié en un susurro cargado de reto, rozando mis labios mojados con los suyos—. Márcame la piel. Haz que no pueda olvidarte nunca más. Haz que sea imposible que me vuelva a ir de tu lado.

No necesitó oír ni una sola palabra más de mi boca. Me cogió en brazos de golpe, levantándome del suelo sin el más mínimo esfuerzo, y yo rodeé su cintura con las piernas por puro instinto, aferrándome a él como una náufraga a su tabla de salvación. Me llevó hacia la cama *king size* caminando a ciegas en la oscuridad de la *suite*, besándome con una desesperación febril, chocando contra una silla de madera que cayó al suelo con estrépito, pero a ninguno de los dos nos importó lo más mínimo el ruido.

Caímos juntos sobre el colchón revuelto. No hubo paciencia educada. No hubo juegos previos lentos ni seducción delicada. Había una urgencia histórica en nuestros cuerpos. Había una necesidad vital de piel contra piel para cicatrizar las heridas. Nicolás me buscó la cremallera trasera del vestido de gasa con manos temblorosas pero ágiles, destrozando la tela con prisa. Yo le busqué la hebilla del cinturón de los vaqueros con la misma desesperación. La ropa

sobraba por completo. La ropa era un obstáculo insoportable entre nosotros.

Me arrancó el vestido por la cabeza y lo tiró a algún lugar oscuro de la habitación. Yo empujé sus vaqueros negros hacia abajo con los pies descalzos. Nuestros cuerpos desnudos se encontraron por fin con un choque de calor abrasador que me hizo arquear la espalda con violencia y gritar su nombre contra la almohada con pura agonía de placer.

Sus manos grandes estaban en todas partes a la vez. En mis pechos, en mis caderas, en mi pelo cobrizo. Sus dedos se clavaban en mi carne con posesividad desesperada. Trazaba mis curvas con las palmas como si fuera un ciego recuperando la vista por milagro, memorizándome de nuevo centímetro a centímetro. Besaba cada rincón de mi piel húmeda, bajando por mi pecho, mi vientre, mis muslos largos, como si quisiera dejar su huella grabada a fuego para siempre en mi ADN, reclamando con su cuerpo lo que en el fondo del universo siempre había sido suyo por derecho.

—Mía —gruñó contra mi cuello, mordiendo con suavidad la piel sensible justo donde se unen el hombro y el cuello, enviando descargas eléctricas de alto voltaje directo a mi centro—. Siempre has sido jodidamente mía, Valeria Torres. Incluso cuando estaba a diez mil kilómetros de distancia intentando olvidarte. Incluso cuando intentaba odiarte para sobrevivir. Siempre has sido tú. Solo tú.

—Tuya —gemí sin aliento, clavándole las uñas en la espalda ancha, sobre ese tatuaje abstracto que ahora por fin podía tocar de verdad, sobre la cicatriz fea de sus costillas que besé con reverencia absoluta y lágrimas en los ojos—. Siempre. Solo tú, Nico. Desde el primer día.

Cuando entró en mí con una estocada profunda y segura, el mundo entero desapareció de golpe. Dejó de existir el hotel, la boda, Madrid y el pasado. No fue solo placer físico intenso. Fue un alivio espiritual e histórico tan profundo que me hizo romper a llorar de nuevo sobre su hombro sudado. Era la sensación reconfortante de una pieza de puzzle perdida que encaja en su lugar exacto después de años vagando en la oscuridad absoluta. Era volver a casa. Era respirar oxígeno por primera vez en cuatro largos y fríos años de apnea emocional.

Nos movimos juntos con un ritmo desesperado, violento y salvaje, buscando borrar de nuestra piel el tiempo perdido, buscando fusionarnos hasta que no se supiera dónde empezaba su cuerpo y dónde terminaba el mío. El sudor se mezclaba en nuestra piel ardiente. Sus jadeos profundos se mezclaban con los míos agudos en el aire viciado de la habitación. Hubo lágrimas calientes que mojaron las sábanas revueltas. Hubo palabras sucias y posesivas susurradas al oído con urgencia, confesiones de deseo acumulado durante años de abstinencia forzosa. Hubo «te quieros» ahogados, desgarrados y sinceros, y promesas susurradas de no volver a soltarnos jamás, pasara lo que pasara en el mundo exterior.

Y cuando llegamos al final juntos, temblando sin control y aferrándonos el uno al otro como náufragos exhaustos en medio de una tormenta perfecta, sentí que algo fundamental dentro de mi estructura arquitectónica se curaba por fin. Las grietas se habían cerrado con cemento armado de verdad. Los cimientos volvían a estar firmes, asentados sobre la verdad cruda y el amor incondicional.

Nicolás se derrumbó sobre mí con todo su peso, enterrando la cara en el hueco de mi cuello húmedo, respirando fuerte y a trompicones, con el cuerpo pesado, sudado y relajado del todo por primera vez en días eternos. Me quedé allí tumbada bajo él, acariciándole el pelo corto y sudado con ternura infinita, sintiendo el peso reconfortante de su cuerpo sobre el mío, escuchando cómo su corazón desaceleraba poco a poco hasta acompasarse al mismo ritmo con el mío en un solo latido compartido.

Miré al techo oscuro de la habitación de hotel en el Ala Este, con una sonrisa cansada, sudada y asquerosamente feliz cruzándome los labios por primera vez en cuatro años. Estábamos rotos, sí. Estábamos llenos de grietas profundas y cicatrices feas del pasado. Pero esa noche de viernes, en esa cama desordenada del Costa Zafiro, decidimos con firmeza que íbamos a reconstruirnos juntos desde cero. Y esta vez, usaríamos materiales de construcción a prueba de cualquier terremoto emocional que el destino quisiera lanzarnos.

Capítulo 22

Nicolás

Tenía el brazo izquierdo dormido por completo.

Sentía un hormigueo punzante que iba desde el hombro hasta la punta de los dedos, como si mil agujas invisibles me estuvieran pinchando la piel por debajo. Sabía que si intentaba moverlo, iba a doler. Sabía que la circulación estaba cortada y que casi seguro me arrepentiría al cabo de un rato.

Pero no me moví. Ni un solo milímetro. Habría aguantado como una roca que se me gangrenara el brazo entero antes de perturbar el peso cálido y perfecto que descansaba sobre mi pecho desnudo.

Valeria estaba dormida. Sumida en un sueño muy profundo. Su respiración era un ritmo lento y constante que me hacía cosquillas en la piel, justo encima de mi corazón. Tenía el pelo cobrizo desparramado por mi cuello y la almohada, una maraña de fuego que olía a su champú de coco y al sudor compartido de la noche anterior. Tenía una pierna enredada con las mías y una mano agarrando mi costado, con los dedos curvados exacto sobre la cicatriz de mis costillas, como si incluso en sueños quisiera proteger esa vieja herida.

Abrí los ojos con cuidado, parpadeando contra la luz de la mañana que entraba a raudales por el ventanal de la terraza que habíamos dejado abierto. El sol del Caribe inundaba la habitación del

Ala Este, iluminando sin piedad nuestro desastre: su vestido verde de gasa destrozado en el suelo, mis vaqueros hechos una bola cerca de la puerta, la silla volcada.

Era el escenario de un crimen pasional. O de un milagro.

Giré la cabeza despacio para mirarla de perfil. Dios. Era... irreal.

Llevaba cuatro años enteros soñando con obsesión con este puto momento. Cuatro años despertándome en habitaciones de hotel asépticas y vacías, en camas demasiado grandes de Asia o América, buscando por instinto su calor en la madrugada y encontrando solo sábanas frías.

No había habido nadie más. Ni una sola mujer desde la noche en que me fui de aquel piso en Madrid. No por falta de oportunidades, ni por una virtud monacal que no poseo, sino por pura y dura incapacidad. La simple idea de que otra piel tocara la mía me parecía una traición; no a ella, sino a mí mismo. Mi cuerpo había entrado en una especie de hibernación forzosa de la que solo Valeria tenía la llave. Había vivido como un fantasma en mi propia piel, esperando este amanecer exacto.

Y aquello... aquello jugaba en otra liga.

Ver a Valeria dormir era contemplar la única obra de arte que me importaba de verdad en el mundo. Sin el maquillaje de «jefa», sin la fachada de dama de honor impenetrable, sin esa mirada de hielo afilado que usaba para mantener a la gente a raya. Allí, en ese instante de la mañana, era suave. Era joven. Tenía las pestañas largas y oscuras descansando sobre sus mejillas y los labios un poco hinchados por la fuerza de mis besos.

Me invadió una oleada de amor tan fuerte, tan densa y física, que me dolió el esternón. Fue un dolor agudo, casi insoportable, que me

recordó de golpe por qué huí despavorido hacía cuatro años. Porque querer a alguien así te dejaba sin piel. Te dejaba expuesto a cualquier brisa.

Y entonces, el miedo se filtró en mi felicidad perfecta como una gota de tinta negra en un vaso de agua limpia.

¿Y ahora qué?

La euforia abrumadora de la noche anterior, la adrenalina de la reconciliación tras las confesiones, el sexo desesperado contra la pared y en la cama... todo eso había sido real. Pero fue de noche. De noche todo es mil veces más fácil. De noche las promesas se dicen con el corazón en la boca y la oscuridad tapa las grietas.

Pero ahora era de día. Era la mañana siguiente. La temida y aséptica mañana siguiente.

¿Se arrepentiraría cuando abriera los ojos y la luz le diera en la cara? ¿Me miraría con esa frialdad calculadora de arquitecta y me diría que fue un error? ¿Que nos dejamos llevar por la emoción del momento, por la pena de mi historia y por el estrés acumulado de la boda? ¿Volvería a levantar su pesado muro de hormigón y me echaría de su vida otra vez?

Mi corazón empezó a latir más rápido bajo su oreja. El pánico, mi viejo y destructivo amigo, asomó la cabeza entre las sábanas. *«No eres suficiente. La vas a cagar. Ella necesita orden, contratos y estabilidad, y tú eres un puto desastre que duerme con los pantalones desabrochados»*.

Cállate. Me obligué a respirar hondo, tragando aire. Anoche me dijo que me quería. Me dijo que quería mi caos. Me perdonó la huida. Tenía que aferrarme a eso con uñas y dientes. Tenía que creer en sus palabras o me volvería loco de atar.

Valeria se removió sobre mi pecho. Murmuró algo ininteligible contra mi clavícula y frunció la nariz. Me tensé como una cuerda de violín. Ahí venía. El momento de la verdad.

Abrió los ojos muy despacio. Sus pestañas aletearon. Vi el momento exacto en que la consciencia volvió a su cerebro. Vi la confusión inicial (*¿dónde estoy?*), seguida casi al instante por el reconocimiento físico (*ah, estoy encima de Nico*) y al final...

Se quedó del todo quieta. Sus ojos verdes, todavía nublados por el sueño, se clavaron en los míos. Aguanté la respiración. Esperé el rechazo. Esperé que se apartara de golpe, que se cubriera el pecho con la sábana llena de pudor, que pidiera perdón por la debilidad y saliera corriendo por la puerta.

Pero no lo hizo. En lugar de eso, una sonrisa lenta, cálida y perezosa se dibujó en sus labios hinchados.

—Hola —susurró. Su voz era ronca, rasposa por los gritos de anoche, llena de sueño y de lo más *sexy*.

Solté el aire de golpe por la boca. El alivio me mareó.

—Hola —respondió mi boca, y mi voz sonó igual de rota.

—Tu brazo —dijo ella, notando mi rigidez bajo su cuerpo—. Se te ha dormido, ¿verdad?

—Hace casi una hora.

Valeria se rio. Fue un sonido suave, cristalino, vibrando directo contra mis costillas.

—Idiota. ¿Por qué no me has movido?

—Porque estaba muy cómodo. Y porque tenía terror de que, si te movías, desaparecieras y esto fuera un sueño.

Su sonrisa vaciló un poco. Se incorporó a medias, apoyándose en los codos sobre el colchón, y me miró con una seriedad absoluta. La

sábana blanca se deslizó hacia abajo, dejando al descubierto su espalda desnuda y la curva lateral de su pecho. Era tan hermosa que me costó concentrarme en la conversación.

—No voy a desaparecer, Nico —dijo, con una firmeza que me ancló al suelo—. Estoy aquí. Soy sólida.

—Lo sé. —Levanté mi mano buena (la derecha) y le acaricié la mejilla con los nudillos, trazando la línea suave de su mandíbula—. Es solo que... parece un sueño. Uno de los buenos. De los que te jode la vida despertarte.

Valeria inclinó la cabeza hacia mi mano, besando el centro de mi palma.

—No es un sueño. Y tengo pruebas físicas. —Me señaló el hombro desnudo—. Te he dejado marca.

Miré hacia abajo. En mi hombro derecho, muy cerca de la base del cuello, había una marca rojiza, un pequeño hematoma con la forma perfecta de sus dientes. El recuerdo visual de su pasión desatada de la noche anterior me golpeó de lleno en la ingle. Sonreí, lobuno.

—Yo también tengo pruebas de lo de anoche.

Deslicé mi mano derecha por debajo de la sábana revuelta, recorriendo la curva de su cintura estrecha, bajando por su cadera, hasta llegar a la parte interna de su muslo. Sentí su piel estremecerse de inmediato bajo mi tacto. Valeria jadeó con suavidad y se dejó caer de nuevo sobre mí, escondiendo la cara en mi cuello, rindiéndose.

—¿Qué hora es? —preguntó contra mi piel, frotando su nariz en mi pulso.

—No importa.

—Tenemos el ensayo oficial de la ceremonia con el cura. Y la comida familiar en el restaurante. Y...

—*Shhh*. —La callé poniéndole un dedo sobre los labios—. Tenemos tiempo de sobra. Tenemos toda la mañana para nosotros. El mundo puede esperar ahí fuera.

Me giré en un movimiento rápido, invirtiendo las posiciones, atrapándola debajo de mi cuerpo contra el colchón. Valeria me miró desde la almohada, con el pelo revuelto como un halo de fuego alrededor de su cabeza. Sus pupilas se dilataron al segundo al sentir todo mi peso, mi erección presionando sin lugar a dudas contra su vientre desnudo.

La noche anterior fue pura urgencia. Fue desesperación acumulada. Fue un «te necesito dentro de mí para sobrevivir». Pero esta mañana... esta mañana yo quería algo muy diferente. Quería lentitud agónica. Quería posesión consciente. Quería grabarme en su memoria celular de una forma que ni mil putos años de distancia pudieran borrar.

—Estás preciosa —murmuré, bajando la cabeza para besar su cuello, buscando justo ese punto sensible detrás del lóbulo de la oreja que sabía por experiencia que la volvía loca.

—Estoy despeinada, sudo y tengo unas ojeras horribles —protestó ella por inercia, pero arqueó el cuello hacia atrás sobre la almohada para darme más acceso.

—Estás perfecta. —Mordí su piel con suavidad—. Y eres mía.

Sentí cómo se tensaba bajo mi cuerpo, pero no era rechazo. Era un escalofrío de puro placer.

—Tuya —confirmó ella en un susurro ardiente.

Esa simple palabra fue mi deshielo definitivo. Empecé a besarla. No con prisa, sino con una devoción minuciosa, casi religiosa. Besé sus párpados cerrados, el puente de su nariz, sus pómulos. Besé la comisura de sus labios, saboreándola sin prisa antes de profundizar el beso. Sus manos subieron por mi espalda ancha, clavando las uñas con suavidad, recorriendo el tatuaje de tinta de mi columna.

—Nico... —gimió ronca cuando mi mano bajó a su pecho, acariciando, jugando, despertando cada terminación nerviosa de su cuerpo bajo la luz de la mañana.

Hicimos el amor con la luz del sol caribeño bañándonos a través de las cortinas abiertas. Fue lento. Fue deliberado. Me tomé mi tiempo para redescubrir su cuerpo de arriba a abajo, un cuerpo que había cambiado con sutileza en esos cuatro años, volviéndose más mujer, más firme, más segura. Memoricé un nuevo lunar minúsculo en su cadera derecha. Memoricé la forma exacta en que su respiración se cortaba y sus caderas se alzaban cuando la tocaba ahí.

La miré a los ojos todo el tiempo. No dejé que se escondiera en sus propios pensamientos. Quería que me viera de frente. Quería que viera en la oscuridad de mis ojos que no había nadie más en el mundo. Que nunca había habido nadie más.

—Mírame, Val —le ordené en un susurro, entrelazando mis dedos con los suyos contra el colchón cuando el ritmo aumentó, cuando estábamos al borde del precipicio—. No cierres los ojos ahora. Mírame. Estoy aquí. Me quedo aquí.

Ella me clavó sus ojos verdes, cristalinos por las lágrimas y desorbitados por el placer, y asintió con frenesí. Y cuando llegamos al final, juntos, en un silencio tenso roto solo por nuestros nombres

gritados al aire, sentí que algo gigantesco encajaba por fin en mi universo. Los cimientos de mi vida se habían asentado sobre roca firme. El hormigón había fraguado por fin.

Nos quedamos tumbados boca arriba mucho tiempo después, enredados en un nudo caótico de extremidades sudorosas y sábanas blancas. El aire acondicionado zumbaba con suavidad en el techo, secando el rastro de sudor de nuestras pieles. Valeria descansaba la cabeza apoyada en mi hombro derecho, trazando círculos distraídos en mi pecho desnudo con el dedo índice.

—¿En qué piensas, Rivas? —me preguntó al cabo de un rato, con esa voz ronca de post-sexo que debería estar penada por la ley de lo condenado y sexi que sonaba.

Besé su coronilla rojiza.

Pensaba en que tenía guardado un enlace de un apartamento en el centro de Madrid que había visto por internet hacía dos semanas, soñando despierto. Pensaba en que mi contrato actual con el estudio internacional era *freelance* y podía romperlo hoy mismo si me daba la gana sin dar explicaciones. Pensaba en que no me importaba vivir en una pensión de mala muerte mientras buscábamos algo digno juntos, o mientras ella me dejaba meter mi humilde cepillo de dientes en el vaso de su baño. Pensaba en que no iba a volver a subirme solo a un puto avión sin ella de la mano. Nunca más en la vida.

Pero no se lo dije en voz alta. No todavía. No quería asustarla ni agobiarla con planes a largo plazo cuando acabábamos de recuperar el presente por milagro. Se lo demostraría con hechos, como me pidió en el pasillo. Día a día. Ladrillo a ladrillo.

—Pienso en que tengo mucha hambre —dije, sonriendo contra su pelo—. Y en que espero de verdad que el servicio de habitaciones de este hotel tenga tortitas.

Valeria se rio en voz alta, dándome un golpe flojo en el pecho.

—Eres imposible, de verdad. Acabamos de vivir un momento astral y trascendental, y tú solo piensas en tortitas con sirope.

—Las tortitas son trascendentales, Valeria. Son la base sólida de una sociedad moderna y feliz.

Se incorporó en la cama, tapándose el pecho con la sábana blanca, y me miró desde arriba con una ternura tan vasta que me dejó sin aliento en los pulmones.

—Te quiero, Nico —dijo. Simple. Directo. Sin muros ciegos ni adornos arquitectónicos.

Mi corazón dio un vuelco brutal. Me incorporé yo también, le sujeté la cara con ambas manos y la besé con una suavidad que me sorprendió hasta a mí mismo.

—Y yo a ti, Val. Más de lo que he sabido explicar en cuatro malditos años.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó, y vi la sombra fugaz de la duda logística cruzando sus ojos verdes—. Queda un día exacto para la boda. Y luego...

—Luego ya veremos —la corté de raíz, besándole la frente para borrarle la arruga de preocupación—. Un paso a la vez, jefa. Hoy vamos a desayunar. Vamos a ir al ensayo de esa ceremonia sin pisarnos los zapatos. Y vamos a ser, con diferencia, la pareja más empalagosamente insoportable de todo este hotel. ¿Tenemos un trato?

Valeria sonrió de oreja a oreja. Fue una sonrisa valiente y luminosa.

—Trato hecho.

Se levantó de la cama para ir al baño, arrastrando la sábana blanca tras de sí como si fuera una toga romana, dejándome ver el recorrido de su espalda desnuda y sus piernas infinitas. La miré marcharse por el pasillo y supe, con una certeza total que me calentó hasta los huesos, que iba a pasar el resto de mi jodida vida viendo esa espalda cada mañana.

Me levanté del colchón y busqué mis vaqueros en el suelo. Saqué el móvil del bolsillo. Abrí la aplicación de la inmobiliaria que tenía en la pestaña de favoritos. Busqué el piso de Madrid. Le di al botón azul de «Contactar con el agente».

Escribí un mensaje rápido y letal: *«Me lo quedo. Envía el contrato hoy mismo»*.

Bloqueé el teléfono y lo tiré a la cama. Valeria salió del baño, con la cara lavada y mi vieja camiseta gris de algodón puesta (esa maldita camiseta enorme que me volvía loco).

—¿Pedimos esas tortitas de una vez?

Sonreí, sintiéndome por primera vez en mi vida como un hombre con un hogar.

—Pide doble ración, Val. Vamos a necesitar mucha energía.

Sí. Íbamos a necesitar muchísima energía para empezar a construir una vida entera desde los cimientos. Y esta vez, los planos los íbamos a dibujar los dos juntos.

Capítulo 23

Valeria

La boda no era hasta las cinco de la tarde.

Eso significaba que tenía por delante ocho horas interminables de espera, nervios ajenos y estrictos protocolos de belleza. El día había amanecido con ese brillo nítido y saturado que solo existe en el Caribe, como si alguien hubiera subido el contraste del mundo al máximo, prometiendo un atardecer espectacular. Pero hasta que ese momento llegara, el tiempo parecía haberse convertido en una sustancia viscosa y lenta hasta la exasperación.

Me desperté sola en mi *suite*. La noche anterior, la famosa noche de preboda, Nicolás y yo habíamos dormido separados por orden estricta de la novia (y por pura superstición caribeña). Él se había quedado en su nueva habitación del Ala Este y yo en la mía. Había sido una pequeña tortura dormir sin su peso hundiéndose en mi colchón justo después de haberlo recuperado, pero también había una dulzura extraña, vibrante y eléctrica en ello: la anticipación.

El día de ayer había sido una prueba de fuego que aprobamos con nota. Después de nuestra mañana de reconciliación encerrados en su habitación, salimos al mundo real y nos unimos a la comida familiar y al ensayo oficial con el cura. Fue un pacto tácito entre los dos: nada de anuncios dramáticos, nada de robarles el foco de atención a Sofía y Lucas. Nos pasamos el día entero siendo el testigo

de honor y la dama de honor perfectos. Atentos a los padres, organizando a los invitados perdidos, sonriendo en las fotos de grupo.

Nadie notó el terremoto de magnitud nueve que había ocurrido entre nosotros a puerta cerrada, salvo quizás por esa calma nueva y sólida que nos rodeaba como un aura. No necesitamos estar pegados a todas horas. Nos bastaba con cruzar una sola mirada desde el otro lado de la mesa para saber: *«Estoy aquí. Soy tuyo»*. Fue nuestro pequeño gran secreto en medio del bullicio ajeno.

Pero hoy... hoy era el gran día.

Mi habitación se había convertido en un santuario de la belleza desde las nueve en punto de la mañana. Había peluqueras con secadores rugiendo, maquilladoras desplegando estuches enteros de brochas, damas de honor en batas de seda color champán corriendo de un lado a otro con copas de mimosa, y un olor inconfundible, mezcla de laca, flores frescas y perfume caro, que saturaba el aire del trópico.

Sofía estaba sentada en el centro geométrico del caos, frente al espejo de cuerpo entero, con una tranquilidad pasmosa mientras le colocaban el velo de tul. Era el ojo sereno del huracán.

Yo me movía por la *suite* coordinando los últimos detalles con el pinganillo puesto, revisando que el *catering* de la recepción estuviera listo, que los músicos del cuarteto hubieran llegado y que ningún invitado se hubiera desmayado por el calor. Pero mi mente estaba a kilómetros de allí. O, mejor dicho, con otra persona.

—¡Val! ¡Te toca chapa y pintura! —gritó una de las chicas por encima del ruido.

Me senté en la silla alta frente al tocador, cerrando los ojos mientras una brocha suave me recorría la piel.

—Hazme parecer descansada —le pedí a la maquilladora—. Y que aguante el agua. Tengo el presentimiento casi seguro de que hoy voy a llorar bastante.

—A prueba de huracanes y lágrimas, cariño —prometió ella con un guiño.

A las tres de la tarde, el caos empezó a transformarse por arte de magia en elegancia. Me puse el vestido. La seda satinada color verde salvia se deslizó sobre mi cuerpo como una segunda piel, fresca y pesada. El corsé se ajustó a mi cintura a la perfección, dándome esa postura erguida y orgullosa, y la capa... la capa caía por mi espalda desnuda con una caída que me hacía sentir más alta, más etérea, casi irreal. Me habían recogido el pelo en un moño bajo, muy texturizado y deshecho a propósito, dejando mechones cobrizos sueltos y estratégicos para que jugaran con la brisa marina.

Me miré al espejo de cuerpo entero en silencio.

No vi a la *project manager* estresada, estricta y controladora que llevaba cuatro años construyendo muros de contención de hormigón armado. Vi a una mujer suave. Vi a una mujer perdidamente enamorada que ya no tenía miedo de que se le notara en la cara.

—Señorita Torres —dijo una de las asistentes del hotel, asomándose con timidez por la puerta abierta de la *suite*—. Un botones ha traído esto a recepción para usted. Dijo que es muy urgente que se lo entregue antes de salir.

El ruido ensordecedor de la habitación pareció apagarse de golpe. Me acerqué y cogí lo que la chica me tendía: una caja pequeña forrada de terciopelo negro y un sobre de papel grueso, de textura

rugosa, de los caros que usan los arquitectos para presentar proyectos.

Mi corazón dio un vuelco violento contra las ballenas del corsé. Sabía de sobra de quién era antes de abrirlo.

Me aparté a un rincón tranquilo de la *suite*, cerca del ventanal, lejos de las risas estridentes de las damas de honor. Me temblaban un poco las manos. Abrí el sobre primero, rompiendo el sello.

Dentro no había una carta larga y empalagosa de amor. Nicolás no era un hombre de palabras floridas; Nicolás era muy visual. Había un boceto.

Era un dibujo trazado con rapidez pero con una técnica impecable, hecho a pluma con tinta negra. Mostraba dos líneas paralelas que empezaban separadas en la base, rectas, rígidas e independientes, pero que, a medida que subían por el papel, se curvaban buscando su centro, se encontraban y terminaban entrelazándose en una espiral compleja, sólida y única. Una estructura en apariencia imposible que solo se sostenía porque ambas partes ejercían fuerza y se apoyaban la una a la otra.

Debajo del dibujo, con su letra angulosa y rápida de arquitecto, había escrito:

«Las estructuras más fuertes no son las rígidas, Val. Son las que se permiten flexionar con el viento sin llegar a romperse. Gracias por enseñarme a doblarme sin partirme. Te veo en el altar. P.D.: Llevo tus colores.»

Sonreí de oreja a oreja, sintiendo cómo una lágrima traicionera y caliente amenazaba con arruinar el trabajo impecable de la maquilladora. Me abaniqué la cara con la mano libre, respirando hondo hacia el techo para no llorar.

Dejé el dibujo sobre la mesa y abrí la cajita de terciopelo con un clic.

Dentro reposaba una pulsera de plata maciza. Fina, rígida, de pura arquitectura. No tenía ningún cierre visible, ni abalorios, ni adornos superfluos. Era un círculo perfecto y limpio que no tenía principio ni fin.

Me la deslicé por la muñeca derecha. El metal estaba frío contra mi piel cálida, un peso ligero pero constante y real. Un recordatorio físico e irrompible de su promesa en la biblioteca. Un círculo cerrado.

—¡Es la hora, chicas! —gritó la *wedding planner*, entrando como un vendaval con un *walkie-talkie* en la mano—. Los coches de época están abajo esperando. ¡Vamos, vamos, vamos!

El traslado al Mirador de las Rocas fue como vivir dentro de un sueño borroso. El aire acondicionado polar de la furgoneta de lujo contrastaba de golpe con el calor tropical que hacía fuera. El sol empezaba a bajar poco a poco sobre el horizonte, tiñendo el cielo de un dorado espectacular, prometiendo esa luz mágica e irreal que todos los fotógrafos de bodas persiguen a la desesperada.

Cuando llegamos por fin al acantilado, el lugar estaba irreconocible. Las enormes velas de tela tensadas que Nicolás y yo habíamos diseñado bajo la lluvia y a gritos estaban ancladas a la perfección. La lona color arena creaba sombras geométricas preciosas sobre la madera de la plataforma, protegiendo a los invitados del sol inclemente de la tarde sin tapar ni un milímetro de la vista espectacular del mar Caribe rompiendo con fuerza contra las rocas. Había quedado sublime. Nuestro diseño conjunto.

Los invitados ya estaban todos sentados en sus sillas Tiffany, formando un mar elegante de pamelas, sombreros de paja y

abanicos moviéndose al unísono. La música en directo de un cuarteto de cuerda empezó a sonar, mezclándose en perfecta armonía con el silbido del viento.

Caminé despacio hacia mi posición marcada en el altar improvisado, a la izquierda, esperando la gran entrada de la novia. Mis tacones resonaban con un crujido suave sobre la madera. Me coloqué justo en mi sitio, me alisé la caída de la falda de seda verde y levanté la vista al frente.

Y entonces le vi.

Nicolás estaba de pie en el lado derecho del altar, a escasos dos metros de mí, junto a Lucas, esperando estoico. Se me cortó la respiración de raíz. Literal. Tuve que hacer un esfuerzo consciente y físico para obligar a mis pulmones a que volvieran a bombear aire.

Llevaba un traje de lino color *beige* arena, de un corte impecable, moderno y de elegancia relajada. La chaqueta se ajustaba a sus hombros anchos a la perfección, hecha a medida. Llevaba una camisa blanca inmaculada, abierta en el primer botón del cuello, sin rastro de corbata, dejando ver un triángulo de piel bronceada y el inicio de su cuello fuerte. Era la maldita elegancia relajada personificada. El color claro del traje hacía que su pelo negro como el carbón y su barba de tres días —cuidada al milímetro pero muy presente— resaltaran aún más.

Pero fue el detalle de su solapa izquierda lo que hizo que mi corazón se parara en seco y volviera a arrancar a doble velocidad de crucero.

En lugar de la tradicional flor blanca estándar que llevaban Lucas, el padrino y el resto de los testigos de honor, Nicolás llevaba un pequeño prendido, un *boutonnière* único y exclusivo. Estaba hecho a

mano con un par de ranúnculos y hojas finas de eucalipto. Eran del mismo, idéntico y milimétrico tono verde salvia que la seda de mi vestido.

No era una feliz coincidencia. Él mismo se había encargado de buscar en persona esas flores. Se había peleado con la florista del hotel si hacía falta. Se había asegurado de marcar de forma visual su territorio ante las cien personas presentes. Quería gritarle al mundo que nosotros dos íbamos a juego. Que éramos un *pack* indivisible. Que éramos pareja.

Nuestras miradas chocaron a través del pasillo central, volando por encima de las cabezas de los invitados. El mundo a nuestro alrededor desapareció por completo.

Nicolás me recorrió con la mirada de arriba abajo, muy despacio, con una insolencia maravillosa, bebiéndose la imagen de mi vestido escotado, de mi pelo recogido, de mi cara. Vi una admiración tan profunda, tan devota y tan brutal desnuda en sus ojos oscuros que me sentí, de lejos, la mujer más despampanante del planeta Tierra. Luego, levantó la vista y la clavó directo en mis pupilas.

Sonrió de medio lado, esbozando esa maldita sonrisa canalla que guardaba solo para mí, se señaló con disimulo la solapa verde con el dedo índice y me guiñó un ojo.

«Llevo tus colores, jefa.»

Levanté mi muñeca derecha con mucha sutileza hacia él, acariciando el metal de la pulsera de plata con los dedos.

«Y yo llevo tu promesa.»

La melodía del cuarteto cambió. Los primeros acordes del Canon en Re de Pachelbel empezaron a sonar majestuosos. Todos los invitados se pusieron de pie como un resorte. Sofía entró del brazo

de su padre. Estaba radiante, deslumbrante, llorando de pura felicidad bajo el velo. Lucas, al lado de Nico, se secaba las lágrimas sin pudor.

Fue un momento precioso. Emotivo hasta la médula. Pero yo... yo, por puro egoísmo, apenas podía apartar los ojos periféricos del testigo de honor que tenía enfrente.

La ceremonia transcurrió. El sol bajaba implacable sobre el océano, bañándonos a todos en oro líquido. El oficiante habló con elocuencia sobre el amor entendido como un viaje, sobre el difícil arte de construir una vida juntos, sobre la importancia de asentar bien los cimientos para soportar las tormentas.

Cada palabra del discurso parecía estar escrita en exclusiva para nosotros. Cada frase sobre la resistencia resonaba con eco en mi propia historia reciente.

Nicolás no miraba al oficiante. Me miraba a mí.

Tenía las manos cruzadas delante del cuerpo, en una postura relajada en apariencia, pero sus ojos oscuros estaban fijos en los míos con una intensidad magnética que me quemaba la piel. Le importaba un comino que la gente lo viera mirándome así. No le importaba nada más que mantener la conexión.

Llegó el momento cumbre de los votos. Lucas, con la voz quebrada del todo por la emoción y un papel arrugado y tembloroso en la mano, le prometió a Sofía que sería su refugio seguro ante cualquier adversidad. Y luego Sofía, con esa voz clara, firme y dulce que tenía, cogió el micrófono y dijo:

—Prometo quererte cuando la vida sea fácil y, sobre todo, cuando se vuelva imposible de soportar. Prometo quedarme a tu lado cuando haya tormenta y sujetarte fuerte el paraguas. Prometo que

nunca, jamás en tu vida, tendrás que dudar de si volveré a casa por la noche, porque mi hogar no es un sitio físico, Lucas. Mi hogar eres tú.

Sentí una lágrima caliente e indiscreta resbalar por mi mejilla sin previo aviso.

No lloraba solo por la felicidad de mi mejor amiga. Lloraba porque esas eran, palabra por palabra, las garantías exactas que Nicolás y yo necesitábamos oír. Eran las promesas veladas que nos habíamos susurrado hace dos noches con la piel sudada, con los jadeos y los abrazos rotos, pero que todavía nos daba un miedo atroz pronunciar en voz alta a la luz del día y con ropa.

Miré a Nicolás a través de la cortina de mis lágrimas borrosas. Él también lo había sentido como un dardo.

Su expresión arrogante se había esfumado, volviéndose solemne, vulnerable a más no poder. Sus ojos brillaban bajo el sol, húmedos por el peligro. Vi cómo su nuez marcada subía y bajaba con dificultad al tragar saliva. En ese preciso instante, con el mar rugiendo a nuestras espaldas y el viento tropical moviendo la tela de mi capa verde y los bajos de su chaqueta *beige*, supe con certeza absoluta que él estaba pronunciando esos mismos votos en silencio. En su cabeza. Solo para mí.

«Mi hogar eres tú.»

Nicolás levantó su mano derecha muy despacio, con un movimiento solemne que pasó desapercibido para el resto, y se la llevó al lado izquierdo del pecho. Justo sobre el corazón. Justo sobre la flor verde salvia que nos unía a la vista de todos. Apretó la tela de lino de la chaqueta con el puño cerrado.

Fue un gesto minúsculo. Muy privado. Un mensaje codificado y secreto en medio de una multitud de cien personas. *«Estoy aquí. Lo siento aquí dentro. Soy tuyo por entero.»*

Asentí, de forma casi imperceptible, dejándole saber que había recibido el mensaje alto y claro. Que le había leído el alma. Que yo también era suya sin remedio, desde el primer día de universidad hasta el último día de mi vida.

—Por el poder que me ha sido conferido, os declaro marido y mujer —dijo el oficiante con una sonrisa inmensa—. Lucas, puedes besar a la novia.

Lucas besó a Sofía con desesperación romántica. Los invitados estallaron en aplausos ensordecedores, vítores y silbidos. Llovieron pétalos blancos, confeti ecológico y granos de arroz. La música clásica dio paso a una melodía pop alegre, explosiva y festiva.

Era el momento de la salida procesional. Los novios, eufóricos, bajaron los dos escalones del altar de madera y empezaron a caminar por el pasillo central bajo la lluvia de flores.

Según el protocolo estricto que habíamos ensayado a las órdenes de Raoul, Nicolás debía ofrecerle ahora su brazo derecho a la otra dama de honor, y yo debía salir emparejada con el otro testigo de Lucas.

Pero a Nicolás Rivas el protocolo siempre le había parecido una sugerencia aburrida.

Le importó una reverenda mierda el ensayo general, le importó una mierda el coreógrafo indignado y le importaron una mierda las normas sociales. Cruzó el altar de madera en dos zancadas largas, rápidas y decididas, yendo directo hacia mi posición.

La otra dama de honor se apartó a un lado de inmediato con una sonrisa llena de complicidad. Nicolás se plantó delante de mí, luciendo esa sonrisa devastadora que era capaz de derribar imperios enteros, y me tendió su mano grande.

—¿Lista para salir de aquí, jefa? —preguntó, alzando su voz grave por encima del estruendo de los aplausos.

Agarré su mano con todas mis fuerzas, entrelazando nuestros dedos al instante hasta que me dolió la piel. Su tacto era pura electricidad, familiar hasta abrumar, necesario como el aire. Era el ancla pesada que me impedía salir volando por el acantilado.

—Lista del todo —respondió, mirándole a los ojos.

—Estás preciosa a rabiar —me susurró casi al oído, inclinándose hacia mi cuello mientras empezábamos a caminar, aprovechando el ruido general para crear nuestra propia burbuja íntima—. Te juro por mi vida que me ha faltado un segundo para parar la puta boda, cruzar el pasillo y besarte la boca ahí mismo.

—Tú tampoco estás nada mal para ser un completo desastre andante —respondí, riendo sin reservas entre lágrimas de felicidad, apretándole aún más la mano en respuesta.

Caminamos juntos por el pasillo central, a un par de metros de distancia detrás de los novios, cogidos de la mano con fuerza bajo la lluvia incesante de pétalos blancos. La gente nos miraba desde las sillas. Sonreían al vernos pasar. Algunos, los que no nos conocían a fondo, nos hacían fotos con los móviles pensando con ternura que éramos la siguiente pareja feliz en pasar por el altar, sin saber el puto infierno de cuatro años que habíamos tenido que atravesar a rastras para llegar por fin a este momento de paz.

Y por primera vez en muchísimo tiempo, al caminar a su lado con la espalda recta y la cabeza muy alta, no me sentí como un fraude. No me sentí como la exnovia amargada, rota y recelosa que finge estar estupenda en las bodas ajenas.

Me sentí como la compañera vital, fuerte y orgullosa del hombre que caminaba a mi lado. Sentí su mano grande y firme envolviendo la mía, su hombro ancho rozando el mío a cada paso, sólido, seguro y real. Y pensé, mientras el sol se escondía en el mar, que quizás, solo quizás, los nuevos cimientos que habíamos empezado a poner la noche anterior eran lo bastante profundos y fuertes como para sostener cualquier cosa.

Incluso nuestro futuro.

Nicolás me apretó la mano con firmeza justo antes de llegar al final de la alfombra del pasillo, a un segundo de salir de la zona solemne de la ceremonia para entrar de lleno en la locura de la fiesta, como si me leyera el pensamiento de mis inseguridades.

—No te suelto, Valeria —murmuró, mirando al frente hacia los invitados, pero hablándome directo a mi corazón—. No te suelto más.

—No me sueltes, Nico —respondí con una sonrisa inmensa—. Nunca.

Y salimos juntos a la luz dorada y cálida de la tarde caribeña, de la mano, con el paso firme, listos del todo para enfrentarnos a la música de la fiesta, a las copas de champán helado y, sobre todo, a la vida entera que nos esperaba ansiosa al otro lado de ese pasillo.

Capítulo 24

Valeria

La noche había caído por fin sobre el Resort Costa Zafiro, transformando el escenario del acantilado en un sueño caribeño de luces de verbena y velas flotantes. El banquete se celebraba en un jardín abierto al mar, bajo una inmensa carpa de telas blancas cruzadas por hileras de pequeñas luces cálidas que simulaban un cielo estrellado, mucho más bajo y protector que el real.

Estábamos sentados en la mesa presidencial, una larga estructura rectangular vestida de lino inmaculado. Sofía y Lucas presidían el centro, radiantes y eufóricos, flanqueados por sus respectivos padres, que no paraban de secarse las lágrimas de emoción y orgullo con servilletas de tela.

Nicolás y yo estábamos sentados juntos en uno de los extremos, el uno al lado del otro.

Tenerle tan cerca durante la cena era una tortura deliciosa y constante. Nuestra cercanía era física, casi magnética; el calor de su cuerpo irradiaba hacia el mío mezclándose con la brisa del mar, y su rodilla derecha rozaba la mía por debajo del mantel blanco en un gesto claro de posesión. Éramos un frente unido ante la familia y los amigos, una pequeña isla privada de complicidad absoluta en medio del ruidoso banquete.

Llegó el temido momento de los discursos. El DJ bajó el volumen de la música ambiente. El tintineo de los cubiertos y el murmullo de las mesas se apagaron poco a poco.

Sentí que el estómago se me cerraba de golpe. Odiaba hablar en público con toda mi alma. Podía dirigir a pie de obra a cien obreros gritando con un casco puesto, pero ¿hablar de sentimientos profundos delante de cien personas con copas de vino en la mano y el rímel a prueba de agua? Pánico escénico puro.

—Y ahora —anunció Lucas, poniéndose de pie y golpeando su copa de cristal con un cuchillo para llamar la atención—, me gustaría cederle la palabra a la mujer que ha aguantado a mi preciosa esposa muchísimo más tiempo que yo. Mi cuñada postiza favorita, la dama de honor, Valeria.

Aplausos. Silbidos. Risas de la familia de Sofía.

Me levanté despacio, alisándome la seda verde del vestido con manos temblorosas. Cogí mi copa de champán por el tallo y respiré hondo, mirando al frente. Sentí la mano grande de Nicolás apretar mi muslo bajo la mesa durante un segundo exacto antes de apartarse para dejarme espacio.

—Tú puedes con todo, jefa —me susurró, bajando la cabeza para que solo yo pudiera oírle.

Ese pequeño gesto de anclaje fue todo lo que necesité para arrancar.

Mi discurso fue sencillo, directo y honesto. Hablé de cómo Sofía y yo compartíamos los apuntes en el colegio cuando éramos unas crías. De cómo ella siempre fue la romántica empedernida del grupo y yo la cínica incurable, y de cómo Lucas había conseguido lo que a

mí me parecía un imposible científico: hacerla aún más feliz de lo que ya era.

—Así que brindo por ellos —terminé, levantando la copa y mirando directo a mis mejores amigos—. Porque vosotros dos me habéis demostrado que el amor de verdad no es solo mirarse embobados el uno al otro, sino tener el valor de mirar juntos en la misma dirección. Os quiero con locura.

Bebí un sorbo, me senté y solté el aire retenido en los pulmones. Sofía me lanzó un beso sonoro desde el centro de la mesa, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Lo has hecho genial, Val —me susurró Nicolás, rozando mi hombro desnudo con la tela de su chaqueta.

—Gracias —murmuré, sintiendo que me quitaba una tonelada de hormigón de encima.

—Y ahora —dijo Lucas de nuevo, cogiendo el micrófono de pie—, es el turno del hombre que me ha salvado la vida y la carrera más veces de las que puedo contar. Mi hermano de otra madre, mi socio en el crimen y el peor copiloto de la historia de España: Nicolás Rivas.

Nicolás se levantó despacio a mi lado, arrastrando un poco la silla. La chaqueta de lino *beige* le quedaba impecable bajo las luces de la carpa. Se había soltado un botón más de la camisa blanca durante la cena y tenía ese aire relajado, salvaje y peligroso que, lo sabía por experiencia, volvía locas a las mujeres. Cogió su copa con la mano izquierda y el micrófono con la derecha.

El silencio en la sala fue absoluto y expectante. Nicolás tenía esa rara cualidad innata: cuando él hablaba, la gente se callaba y escuchaba.

—Buenas noches a todos —empezó, con esa voz grave y rasposa que vibraba con un tono muy agradable en los altavoces del jardín —. Primero de todo, quiero aclarar ante este tribunal que lo de «peor copiloto» es una calumnia inaceptable. Lucas es el que no sabe leer un mapa de carreteras si no tiene a la voz de Google Maps gritándole que gire a la derecha.

Risas generales en las mesas. Nicolás sonrió, moviéndose cómodo y carismático en su papel.

—Recuerdo a la perfección la primera semana de universidad. Lucas apareció en la clase de Dibujo Técnico a las ocho de la mañana con un escalímetro que parecía una puta espada láser y cara de no saber ni dónde estaba el norte. Yo le miré y pensé: *«Este tío no dura aquí ni dos semanas»*. —Hizo una pausa teatral, mirando a su amigo—. Y mírale. Aquí estamos. Diez años después. Él se ha casado con la mujer más increíble, inteligente y guapa del mundo y yo... bueno, yo sigo intentando averiguar dónde cojones está el norte a veces.

Más risas. La gente estaba encantada con él. Era magnético, divertido, ligero.

Pero entonces, desde mi asiento de privilegio a su lado, vi cómo la atmósfera cambiaba a su alrededor. Vi cómo su postura se enderezaba, volviéndose más rígida. Vi cómo la sonrisa fácil de niño malo desaparecía de sus labios para dejar paso a algo muchísimo más serio, más crudo, más profundo. Dejó de mirar al público en general de la carpa y giró el cuerpo hacia los novios.

—Sabéis... los arquitectos tenemos una deformación profesional incurable —dijo. Su tono bajó un par de octavas, perdiendo la ironía y volviéndose de una intimidad dolorosa—. Nos obsesionamos a

niveles de enfermedad con las estructuras. Con los cimientos. Nos enseñan desde el primer día de carrera que, para que un edificio pueda tocar el cielo sin caerse, primero tiene que tener unas raíces profundas, oscuras e inamovibles clavadas en la tierra. Nos enseñan que si construyes demasiado rápido hacia arriba, empujado por la ambición, sin asentar primero la base... todo se viene abajo y se hace polvo con el primer viento fuerte.

Se hizo un silencio sepulcral en el jardín. Ya nadie se reía.

—Yo siempre he sido de los que querían construir rascacielos —continuó Nicolás, paseando la mirada oscura por la mesa—. Quería llegar muy alto. Quería ir muy rápido. Durante mucho tiempo pensé que la verdadera valentía consistía en hacer la maleta de madrugada, en irse a otro país a miles de kilómetros, en empezar de cero una y otra vez para huir de los problemas. Pensaba que quedarse quieto en un sitio era estancarse. Que echar raíces y comprometerse era una trampa mortal.

Tragué saliva con mucha dificultad. Mi corazón empezó a latir con una fuerza salvaje contra el corsé verde.

Yo sabía de sobra de lo que estaba hablando. Los invitados pensaban que hablaba de filosofía de la arquitectura o de sus viajes de trabajo por el mundo. Lucas, Sofía y yo sabíamos que estaba hablando a corazón abierto de su huida. Del ataque de pánico. De Panamá. De su hermana. De nosotros.

—Pero estaba muy equivocado —dijo. Su voz se rompió un poco, solo una fracción de segundo, antes de recomponerse y aclararse la garganta—. He aprendido, a las malas y a base de cicatrices, que puedes construir el edificio más espectacular e imponente del mundo. Puedes usar los mejores materiales del mercado, el diseño

más vanguardista, puedes ganar premios internacionales en Dubái o en Panamá y llenarte los bolsillos... pero si cuando abres la puerta por la noche no hay nadie en absoluto dentro a quien puedas llamar «hogar», no has construido nada. Solo has construido una jaula muy cara, muy alta y muy jodidamente vacía.

Sentí una primera lágrima caliente y gruesa caer libre por mi mejilla. No me molesté en limpiarla.

Nicolás miró a Lucas directo a los ojos, de hombre a hombre.

—Tú lo entendiste muchísimo antes que yo, amigo. Tú entendiste a la primera que la verdadera valentía no es irse cuando las cosas se ponen feas. La valentía es quedarse. La valentía de verdad es mirar a alguien a los ojos, sabiendo que lo puedes perder todo, y decirle: *«No me voy a mover de aquí, vengan las putas tormentas que vengan»*. Eso es ser un hombre. Lo demás... lo demás es solo hacer turismo.

Lucas, emocionado hasta la médula y con los ojos rojos, se levantó de la silla de un salto, rodeó su lado de la mesa y abrazó a Nicolás con fuerza. Fue un abrazo crudo, fuerte, de una inmensa masculinidad, lleno de golpes secos en la espalda y palabras ininteligibles susurradas al oído.

Cuando se separaron y Lucas volvió a su sitio junto a una Sofía que lloraba a mares, Nicolás volvió a llevarse el micrófono a los labios. Parecía que el discurso había terminado. Pero no.

Levantó su copa de champán en el aire.

—Así que brindo por los novios —dijo al micrófono—. Brindo por la valentía de echar raíces. Brindo por aprender, aunque sea tarde, a diferenciar entre un edificio hueco y un hogar de verdad. Y brindo...

Se giró. Sin ninguna prisa, a propósito, dejó de mirar a los novios y a la multitud. Bajó la vista hacia su izquierda, hacia mí. Y sus ojos se quedaron ahí. Clavados en los míos. Fijos e inamovibles. Ya no había nadie más en la carpa estrellada. Ni cien invitados, ni música, ni ruido, ni Caribe. Solo estábamos él y yo en medio del universo.

—... brindo por el amor que es lo bastante terco, fuerte y cabezota como para esperarte cuando te has perdido en la oscuridad. Por el amor que vuelve.

Me sostuvo la mirada desde arriba. Sus pupilas negras brillaban bajo las luces con una honestidad brutal, desnudas de artificios por completo. Era una declaración pública en toda regla. Era una disculpa a voz en grito. Era una promesa solemne e inquebrantable.

«He vuelto. Estoy aquí. Ya no huyo. Soy el que se queda».

Levanté mi copa de cristal hacia él, con la mano temblando a la vista de todos, aceptando el brindis. Aceptando sus disculpas. Aceptándole a él con todas sus cicatrices.

Bebimos al mismo tiempo, despacio, sin romper el contacto visual ni un milisegundo. El champán frío me supo a pura gloria y a victoria absoluta.

Cuando bajó la copa de sus labios, la sala entera estalló en aplausos ensordecedores. La gente se levantó de sus sillas para chocar sus copas y jalear. Yo me dejé caer de espaldas en mi silla, abrumada por la emoción, sintiendo que me faltaba el aire en los pulmones de la mejor manera posible.

Miré hacia un lado, buscando un punto de apoyo visual en la carpa para no desmayarme allí mismo.

Y vi a Alex.

Estaba sentado en una de las mesas circulares más cercanas, con el resto de amigos ingenieros de Lucas. No aplaudía ni gritaba como los demás. Estaba recostado hacia atrás en su silla, relajado, con una media sonrisa triste pero comprensiva en los labios, mirando a Nicolás de pie y luego mirándome a mí.

Nuestras miradas se cruzaron un segundo en la distancia. Alex alzó su copa un poco en el aire, en mi dirección a modo de saludo silencioso, asintió con la cabeza una sola vez y se bebió su trago de un golpe seco.

No había ira ni rencor en su gesto. Solo había resignación adulta. Era la mirada limpia de alguien que reconoce sin resentimiento que ha perdido la partida de póker porque, en realidad, nunca tuvo buenas cartas para jugar en esa mesa. Él era el chico perfecto, educado y estable, sí. Pero Nicolás... Nicolás era, y siempre sería, el pilar de carga maestro de mi vida. Si él caía, yo me hundía.

Nicolás dejó el micrófono y se sentó de nuevo a mi lado.

Me buscó por debajo del mantel blanco de inmediato, casi con desesperación. Su mano grande y caliente encontró la mía sobre mi regazo. Entrelazó sus dedos largos con los míos y apretó con muchísima fuerza, anclándome a la tierra para que no saliera volando.

—Buen discurso de testigo —le susurré, inclinándome hacia él hasta que mi hombro desnudo chocó de lleno contra la solapa de lino de su chaqueta.

—No era un discurso de boda, Valeria —murmuró él, girando la cabeza para besarme el dorso de la mano sin importarle un carajo quién estuviera mirando en la mesa—. Era la presentación oficial del nuevo proyecto de obra.

Sonreí, apretando su mano bajo la mesa. Los cimientos estaban por fin puestos y asegurados. Ahora, por fin, solo nos quedaba construir el resto de nuestra vida.

Capítulo 25

Valeria

La boda perfecta tiene una fecha de caducidad. Es como una flor tropical que se abre con violencia, inunda todo de color y perfume intenso, y empieza a marchitarse sin remedio en el mismo instante en que alcanza su plenitud.

El banquete estaba en su punto álgido. La orquesta en directo tocaba versiones caribeñas de salsa, el champán francés corría como agua y mi amiga Sofía bailaba descalza sobre la hierba, con el bajo de su vestido de novia de diseñador lleno de manchas verdes de césped, más feliz de lo que la había visto en toda mi vida.

Yo estaba sentada en el murete bajo de piedra que separaba la zona del jardín de la playa de arena oscura, con una copa de cristal en la mano y mis zapatos de tacón tirados sin cuidado a mi lado. Nicolás estaba sentado justo a mi lado. Su chaqueta *beige* de lino había desaparecido hacía horas, su camisa blanca estaba remangada hasta los codos y desabrochada en el cuello, y tenía ese brillo peligroso en los ojos oscuros que solo da la mezcla a partes iguales de alcohol, cansancio acumulado y euforia.

Estábamos encerrados en una burbuja. Una burbuja preciosa, iridiscente y frágil a más no poder.

—¿En qué piensas, jefa? —preguntó él en voz baja, rozando mi brazo desnudo con las yemas de sus dedos. Su tacto seguía

provocándome descargas eléctricas en la piel, incluso después de todo lo que habíamos compartido la noche anterior y esa misma mañana.

Suspiré con pesadez, mirando el reflejo blanco de la luna temblando sobre el mar negro.

—Pienso en que esto se acaba.

Nicolás se tensó un poco. Lo noté al instante en su hombro, que estaba pegado al mío.

—La noche es joven, Val. Quedan horas de barra libre y todavía no hemos bailado.

—No me refiero a la fiesta —dije, girando la cabeza para mirarle a los ojos—. Me refiero a esto. A la boda. Al *resort* de lujo. A nuestra burbuja.

—No es una puta burbuja —corrigió él, poniéndose muy serio de golpe—. Es de verdad, Valeria. Hemos dejado de huir.

—Sí, aquí. Pero la realidad hay que mantenerla fuera de la isla. Y el mundo real empieza a las ocho de la mañana del lunes.

Nicolás dejó su copa casi vacía en el muro de piedra y se giró hacia mí. Me cogió ambas manos. Sus pulgares acariciaron mis nudillos sin pensar, intentando calmarme.

—¿Por qué te da tanto miedo el maldito lunes?

—Porque el lunes yo estaré sentada en mi oficina de Madrid, lidiando con proveedores de mármol que llegan tarde y con goteras en los falsos techos. Y tú... tú estarás metido en un avión de larga distancia hacia Dios sabe qué país.

—No tengo billete de vuelta, Valeria.

—Pero lo tendrás. —Le solté las manos con suavidad, retirándolas sobre mi regazo, sintiendo la necesidad imperiosa de proteger mi

corazón—. Es lo que haces, Nico. Es quien eres en el fondo. Eres un arquitecto internacional cotizado. Tu vida entera, tu talento, cabe en una maleta de cabina. La mía... la mía tiene cimientos de hormigón armado clavados en un código postal muy específico.

—Las estructuras se pueden modificar —dijo él, inclinándose hacia mí con una intensidad que me asustó—. Se pueden añadir alas nuevas. Se pueden cambiar los usos del edificio.

—No si los cimientos originales no aguantan la nueva carga —repliqué, usando nuestro idioma profesional para intentar explicarle lo que me dolía en el alma—. Escucha, Nico, estos días han sido... increíbles. Me has curado cosas por dentro que ni siquiera sabía que seguían rotas. Pero tengo un miedo atroz de que esto sea solo el «efecto isla». El sol, la playa, el alcohol, la nostalgia de la boda... todo aquí es irreal.

—Lo que yo siento por ti no tiene nada de irreal.

—Lo sé. —Levanté una mano y le acaricié la mejilla, sintiendo la barba rasposa bajo la palma—. Sé que me quieres. De verdad que lo sé. Pero también sé que amas tu libertad más que a nada. Y me aterra la idea de que decidas quedarte en Madrid por mí, solo por mí, y dentro de seis meses mires por la ventana de la oficina, veas llover, y te sientas atrapado. No quiero ser tu ancla, Nicolás. No quiero ser la excusa por la que dejaste de volar alto. Te acabaría pesando. Me acabarías odiando.

Nicolás abrió la boca para replicar con fuerza. Iba a decirme algo importante. Vi cómo tomaba aire. Quizás iba a contarme sus verdaderos planes. Quizás iba a prometerme que ya no quería volar y que el cielo estaba sobrevalorado.

Pero en ese exacto y maldito milisegundo, mi móvil vibró con un zumbido seco dentro del bolso de fiesta de pedrería que tenía en el regazo. La pantalla se iluminó en la oscuridad.

Era una notificación automática de la aplicación de la aerolínea.

«Check-in abierto para su vuelo PUJ - MAD. Salida mañana a las 18:00 h. Gestione su tarjeta de embarque».

La realidad, fría, digital y aséptica, brillando con una luz azulada en medio de la oscuridad tropical. Miré la pantalla en silencio. Nicolás también la miró, leyendo las letras. El hechizo mágico de la boda se rompió en mil pedazos con el sonido seco de una simple notificación *push*.

Me levanté del muro de piedra de un salto, sacudiéndome la arena invisible de la falda de seda verde.

—Tengo que irme a la habitación —dijo mi voz, sonando hueca. Sentía que si me quedaba un solo minuto más sentada a su lado, me rompería a llorar y le suplicaría de rodillas que viniera conmigo en ese avión, y eso no sería justo para ninguno de los dos.

—Valeria, por favor, espera un momento...

—No. —Negué con la cabeza con energía, retrocediendo un paso, poniendo el muro de piedra entre los dos—. No digamos nada más esta noche. Dejémoslo aquí, en lo más alto. Con el discurso bonito en el banquete y la boda perfecta. No lo estropeemos todo con promesas de madrugada que no sabemos con seguridad si podremos cumplir el martes por la mañana cuando suene el despertador.

—Estás huyendo de mí —dijo él, poniéndose de pie despacio. Su voz ya no era cálida; tenía un filo cortante de dolor y de enfado contenido.

—Estoy siendo realista, Nico. Alguien de los dos tiene que serlo.

Me agaché para recoger mis zapatos de tacón del suelo, agarrándolos por las tiras con una mano.

—Te quiero, Nico. Eso no cambia, te lo juro. Pero necesito... necesito pensar con la cabeza fría. Necesito volver a mi vida real y ver si de verdad encajas en ella sin terminar rompiéndola otra vez.

Me di la vuelta sobre los talones y eché a andar hacia el sendero que llevaba al hotel, descalza sobre el césped húmedo, alejándome de la carpa iluminada. Dejando atrás la música, las risas de la fiesta y al hombre que me había devuelto la vida para, acto seguido, llenármela de dudas insoportables.

No me siguió.

Mi espalda esperaba escuchar sus pasos apresurados corriendo tras de mí, pero no llegaron. Sabía que no lo haría. Nicolás Rivas por fin había aprendido a respetar mis muros de contención, incluso cuando lo único que quería en el mundo era derribarlos a patadas.

Y mientras me alejaba en la oscuridad, con el sonido de las olas apagándose poco a poco a mi espalda, solo podía pensar en una cosa:

Había sobrevivido a la dichosa boda de mi mejor amiga. Pero no estaba nada segura de si mi corazón sobreviviría a la despedida de mañana en el aeropuerto.

Capítulo 26

Valeria

La fiesta seguía retumbando a lo lejos, un bajo continuo y sordo de graves y risas ajenas que llegaba amortiguado hasta mi habitación, como si el hotel entero estuviera celebrando la vida en otro planeta distinto al mío.

Cerré la puerta de caoba tras de mí, pasé la tarjeta para bloquearla, y el silencio me cayó encima de golpe como una manta de plomo.

La habitación 104 estaba igual que la había dejado por la mañana antes del caos de las maquilladoras: la cama enorme hecha al milímetro, el aire acondicionado zumbando en su letargo constante, el orden aséptico e impersonal de un hotel de lujo. Pero ahora se sentía muy diferente. Se sentía vacía a más no poder. Se sentía como una celda de tránsito en la que solo estaba esperando mi condena.

Me acerqué al espejo de cuerpo entero del pasillo. La mujer que me devolvió la mirada parecía un fantasma cansado envuelto en seda verde. Tenía el maquillaje todavía intacto, el recogido impecable, el vestido de ensueño... y los ojos más tristes y derrotados que había visto en mis veintiocho años de vida.

Empecé a desvestirme frente al cristal. No fue un acto sensual. Fue una demolición controlada.

Me quité las horquillas del pelo una a una con dedos torpes, dejando que los mechones cobrizos cayeran lacios y pesados sobre mis hombros desnudos, perdiendo su forma. Me desabroché la espalda del corsé, soltando por fin el aire que llevaba horas conteniendo en los pulmones. La pesada seda verde salvia resbaló por mi cuerpo y cayó al suelo de madera en un susurro, formando un charco brillante a mis pies.

Me quedé en ropa interior, abrazándome a mí misma, sintiendo el frío del aire acondicionado erizándome la piel.

Levanté despacio la muñeca derecha. La pulsera de plata maciza brillaba bajo la luz artificial del halógeno. Un círculo arquitectónico perfecto. Sin principio ni fin. *«Tu promesa»*.

Llevé la mano izquierda al cierre invisible. Debería quitármela ahora mismo. Debería meterla en su caja de terciopelo negro, guardarla en el fondo de la maleta junto a los neceseres y no volver a mirarla hasta que el dolor en el pecho fuera solo un recuerdo lejano. Dejarla puesta era... patético. Era aferrarse a un clavo ardiendo que solo iba a dejarme cicatrices de quemaduras de tercer grado.

Mis dedos tantearon el metal frío. Encontré el minúsculo mecanismo. Solo tenía que presionar y tirar para abrir el círculo. Presioné con la uña. El cierre cedió un poco con un clic imperceptible.

Pero no tiré.

Me quedé mirando el contraste de la plata brillante contra mi piel bronceada por el sol del Caribe. No podía. No era capaz de hacerlo. Quitármela esta noche significaba aceptar en voz alta que se había acabado todo. Significaba admitir que el lunes volvía a mi vida gris

de siempre y que Nicolás volvía a convertirse en un fantasma. Y aunque mi cerebro de ingeniera me gritaba que era lo correcto, mi corazón maltrecho se rebeló con una fuerza inusitada.

—Solo por esta noche —susurré a la habitación vacía, soltando el cierre. La pulsera volvió a ajustarse a mi muñeca con un clic suave y definitivo—. Prometo que mañana seré fuerte. Pero hoy... hoy no puedo.

Me puse una camiseta de algodón vieja y gris para dormir y caminé hacia la cristalera de la terraza. Sabía que no debía hacerlo. Sabía que era masoquismo en estado puro. Pero mis pies se movieron solos, buscando el aire de fuera.

Abrí la puerta corredera y el calor húmedo y denso de la noche tropical me envolvió de inmediato. Miré hacia la derecha. Hacia la terraza de la 105.

Estaba a oscuras. Vacía. Con la persiana bajada hasta abajo. Nicolás ya no vivía allí. Se había mudado al Ala Este. Ya no había nadie al otro lado de la jardinera esperándome.

Aun así, apoyé las manos en el murete bajo de plantas de separación, tomé impulso y lo salté.

Mis pies descalzos aterrizaron con un golpe sordo en la madera del *deck* de la habitación contigua. Caminé como una sonámbula hacia la tumbona de teca donde él solía tumbarse a leerme. Donde habíamos compartido silencios cargados de tensión, humo de cigarrillos y confesiones desgarradoras a través de las hojas de monstera.

Me senté en el centro de su tumbona. Las colchonetas todavía parecían conservar una sombra hundida de su forma, de su peso. Cerré los ojos con fuerza e imaginé que él seguía allí a mi lado.

Imaginé que podía oler el rastro de su tabaco rubio y su colonia de sándalo. Imaginé que, si estiraba la mano derecha en la oscuridad, tocaría su piel caliente y sus tatuajes.

—Dame una sola señal, Nico —le pedí al cielo negro y estrellado, sintiéndome estúpida, pequeña y desesperada—. Dime que no estoy loca por tener tanto miedo. Dime que vas a luchar por esto mañana aunque yo te haya dicho hoy que no.

El rumor lejano de las olas y el silencio de la noche caribeña fueron mi única respuesta.

Y entonces, en ese preciso instante, mi móvil vibró con un zumbido agudo en el bolsillo de mi pantalón de pijama.

Lo saqué a toda prisa, casi tropezando con mis propios dedos, con el corazón latiéndome en la mismísima garganta. La pantalla se iluminó con una notificación de WhatsApp.

Nicolás: *¿Estás despierta?*

Desbloqueé el teléfono con las manos temblorosas y abrí nuestro chat al instante. Leí su mensaje de texto, pero antes de que mi cerebro procesara la información o mis dedos pudieran pensar siquiera en teclear una respuesta, las letras bajo su nombre en la parte superior de la pantalla cambiaron.

Nicolás está grabando un audio...

Me quedé paralizada en la tumbona, mirando la pantalla iluminada en medio de la oscuridad. El indicador verde del micrófono parpadeaba a buen ritmo. Llevaba un buen rato. Parecía eterno. Luego, de pronto, se detuvo. Enviado.

Un mensaje de voz. Un minuto y doce segundos de duración.

Me temblaban las dos manos al sostener el aparato. Miré de hito en hito el icono azul del archivo de audio. ¿Debía escucharlo? Si lo

escuchaba ahora mismo, mi resolución de hierro se iba a romper en mil pedazos. Si lo escuchaba y él me pedía con esa voz grave que bajara a la playa, bajaría corriendo sin pensar. Y entonces volveríamos a empezar el ciclo destructivo otra vez.

Pero la necesidad visceral de oír su voz por última vez fue muchísimo más fuerte que mi instinto de supervivencia. Me llevé el altavoz del teléfono a la oreja izquierda, cerré los ojos y le di al *play*.

Al principio solo se oía ruido estático de fondo. Viento fuerte golpeando el micrófono. Música de salsa muy lejana. Parecía que estaba caminando solo por la playa, o quizás apoyado en alguna barandilla frente al mar. Se oyó el sonido inconfundible y metálico de un mechero Zippo abriéndose y encendiéndose, seguido de una exhalación profunda de humo.

—Valeria... —Su voz sonó grave, rasposa, muy pastosa. Estaba borracho. O agotado a nivel físico y mental. O las dos cosas a la vez —. Sé que estás durmiendo ya. Ojalá estés durmiendo. Porque si estás despierta en esa habitación pensando en toda esta mierda... me odio a mí mismo.

Hubo una pausa larguísima en el audio. Solo se escuchaba el sonido de su respiración irregular y pesada entrando por el micrófono.

—Tienes razón —siguió hablando, y su voz sonó rota por la derrota—. En todo. Soy un puto riesgo. No tengo un plan estructurado que enseñarte. No tengo ni puta idea de dónde voy a estar el mes que viene. Y pedirte a ti que te fíes a ciegas de mí otra vez, sin garantías... es de ser un egoísta de mierda.

Se le quebró la voz. Oí cómo se aclaraba la garganta para intentar sonar más firme, sin éxito.

—Pero te juro... te juro por lo más sagrado que tenga en esta vida que no me voy a ir. No esta vez, Val. Voy a esperar. Voy a esperar a que se te pase el puto miedo. Voy a esperar a que te fíes de mis cimientos. Me da igual si tardas un puto mes o si tardas diez años. Voy a estar ahí. Quieto. Sólido. Como tú quieres que sea.

Oí el sonido inconfundible de cubitos de hielo chocando contra el cristal de un vaso ancho.

—Solo... no me olvides, ¿vale? No te subas mañana a ese avión, vuelvas a Madrid y te olvides de que, por una semana de mierda, fuimos nosotros otra vez. Porque te juro que yo no voy a poder olvidarlo nunca en la vida.

El audio terminó de golpe con un clic seco. Fin de la nota de voz.

Me quedé allí encogida, hecha un ovillo en su tumbona vacía, con el teléfono apretado con fuerza contra la oreja, llorando en un silencio agónico. Las lágrimas me quemaban las mejillas y el cuello.

«Voy a esperar».

Quise contestar en el acto. Mis pulgares temblorosos se movieron a toda prisa hacia el pequeño icono verde del micrófono. Quise gritarle en un audio de vuelta: *«¡Ven! ¡No me importa nada, ven a mi habitación ahora mismo!»*.

Pero el terror me paralizó los dedos. ¿Y si era solo la efusividad melancólica del alcohol hablando de madrugada? ¿Y si a la mañana siguiente, sobrio bajo la luz del sol, se arrepentía de haber prometido esperarme diez absurdos años? ¿Y si le decía que viniera ahora, le volvía a entregar mi vida en bandeja de plata y, dentro de tres meses, le salía otro proyecto y me dejaba otra vez? El dolor de una tercera caída sería mortal para mí.

No contesté. Dejé pasar los minutos sentada en la oscuridad, mirando la pantalla retroiluminada, incapaz de teclear una sola letra, incapaz de moverme del sitio.

Y de pronto, frente a mis ojos, la pantalla de WhatsApp parpadeó un milisegundo.

El bocadillo verde del mensaje de audio de un minuto y doce segundos desapareció de la conversación. En su lugar, apareció un texto gris, aséptico, en cursiva y de una crueldad indescriptible:

Este mensaje fue eliminado.

Se me heló toda la sangre del cuerpo de golpe. Lo había borrado. Se había arrepentido de sus palabras en tiempo real.

Había pensado que suplicar era demasiado intenso, que prometer diez años de espera era patético, o quizás... quizás se había dado cuenta de que era una mentira insostenible a largo plazo. Había decidido por su cuenta que no merecía la pena enviar esa promesa de futuro al vacío, y la había retirado.

Miré el texto gris parpadeando en la pantalla. *Este mensaje fue eliminado*. Era como si sus confesiones desesperadas nunca hubieran existido. Como si sus palabras más bonitas fueran solo humo en el viento del Caribe. Apagué la pantalla del móvil, sintiendo en mis propias carnes que el último pilar que me mantenía en pie se rompía sin remedio dentro de mí.

Había perdido mi oportunidad de oro por cobarde. Mi silencio prolongado le había confirmado que sus promesas ya no me importaban. Y él había retirado su oferta de paz para siempre.

La mañana del domingo, el día de la vuelta a España, fue una auténtica autopsia en vida.

Me levanté a las ocho con los ojos hinchados como pelotas de golf, un dolor de cabeza palpitante y el alma gris a más no poder. Hice la maleta con movimientos robóticos y mecánicos, doblando vestidos preciosos que todavía olían a salitre, a protección solar y a recuerdos imborrables, metiéndolos en la maleta rígida negra como si estuviera archivando con método las pruebas concluyentes de un crimen pasional.

El vestido verde salvia de dama de honor. El bikini terracota del día de la insolación en el catamarán. El pareo blanco. Todo dentro. Cerré la cremallera de la maleta haciendo fuerza con las dos manos. El sonido metálico fue definitivo en la habitación silenciosa. *Zzzzip*. Fin de las vacaciones. Fin del sueño.

Me vestí rápido. Me puse unos vaqueros cómodos y una camiseta de algodón blanca básica para aguantar las ocho horas del vuelo transoceánico. Me calcé mis zapatillas de deporte. Me puse las gafas de sol negras más grandes que tenía para ocultar el desastre monumental de mi cara. Miré la habitación 104 una última vez desde el umbral. Estaba impoluta y fría. Exacto como si la verdadera Valeria Torres nunca hubiera estado viviendo allí.

Me agaché para mirar por última vez debajo de la cama *king size*, por si acaso me había dejado algún zapato suelto o el cargador. Nada. Revisé todos los cajones de las mesillas. Nada. Fui caminando hacia la pequeña zona de estar junto al ventanal, donde estaba la alfombra mullida y la mesita baja de cristal. El sitio exacto donde habíamos cenado los sándwiches a oscuras aquella noche de tormenta eléctrica brutal.

Me agaché para recoger un papel arrugado del suelo de madera y entonces vi algo brillar al fondo, escondido debajo del sofá. Algo

pequeño y metálico que reflejaba un rayo de sol de la mañana.

Metí la mano bajo la tela del sofá, tanteando, y lo saqué.

Era un mechero. Un Zippo clásico de metal plateado, pesado, viejo y arañado por el uso constante, con un grabado casi borrado en un lateral que representaba un compás de arquitecto.

Se me cortó la respiración de golpe. Era de Nicolás.

Se le debía de haber caído del bolsillo aquí la noche que cruzó la jardinera con la bandeja de comida y la botella de vino. La noche que me masajeó la espalda herida en la alfombra. La noche que casi nos besamos por primera vez. Llevaba ahí tirado, escondido en mi habitación, casi una semana.

Lo sostuve abierto en la palma de mi mano. El metal liso estaba frío. Lo abrí haciendo palanca con el pulgar. Clic. Froté la rueda con fuerza. Lo encendí. La llama surgió de inmediato, azul en la base y naranja viva en la punta, fuerte, vertical y constante a pesar de todo. Olió con intensidad a gasolina quemada y a él.

Cerré la tapa del mechero de golpe con un clac seco, apagando la llama, y apreté el puño derecho alrededor del metal con tanta fuerza que me clavé las aristas frías en la piel de la palma.

No podía devolvérselo. Ya no. No quería verle la cara en la recepción para darle un mechero. Es probable que ya estuviera de camino al aeropuerto en un taxi diferente, o quizás había cambiado su billete para otro vuelo lejano para no tener que coincidir conmigo en el mismo avión durante ocho horas de tensión insoportable.

Y, por puro egoísmo, no quería devolvérselo. Lo quería para mí.

Me lo metí en el fondo del bolsillo delantero de los vaqueros azules, apretándolo para que se quedara pegado a la piel de mi cadera. Un pequeño y triste secreto. Un pequeño fuego robado de

su caos para llevármelo a escondidas y calentarme un poco durante la vuelta al invierno polar y aséptico de Madrid.

Cogí mi maleta por el asa extensible, eché un último y doloroso vistazo a la terraza vacía bañada por el sol dominicano y salí de la habitación 104, cerrando la pesada puerta de madera tras de mí sin atreverme a mirar atrás ni una sola vez.

La misión había terminado. La boda había sido un éxito rotundo. Y yo había sobrevivido a Nicolás Rivas.

Más o menos.

Capítulo 27

Nicolás

Hay una regla no escrita, cruel e inmutable en el universo que dicta que las peores resacas físicas y emocionales siempre, sin excepción, llegan en los días en que más necesitas estar lúcido y operativo.

Abrí los ojos con un martilleo sordo e incesante taladrándome las sienes y el sabor metálico del *whisky* barato del mueble bar pegado al paladar. La luz del sol caribeño entraba sin piedad por los resquicios de las cortinas de la habitación 302, iluminando mi maleta a medio hacer tirada en el suelo y la botella de Macallan casi vacía en la mesilla de noche.

Un sol putamente mentiroso, pensé, cerrando los ojos con fuerza. Un sol brillante que nos había hecho creer durante una semana que la vida era fácil, cálida y manejable, cuando los dos sabíamos de sobra que, a ocho horas de avión en clase turista, nos esperaba el crudo y aséptico diciembre de Madrid.

Me senté en el borde de la cama, frotándome la cara con ambas manos, intentando reconstruir los escombros de la noche anterior. Recuerdo haber vuelto del banquete de la boda con el corazón encogido tras su rechazo en la playa. Recuerdo haber bebido a solas en la habitación para intentar apagar el ruido ensordecedor de sus lógicas dudas. Recuerdo haber salido a la terraza, haber mirado

hacia la oscuridad del edificio donde estaba ella... y recuerdo haber cogido el maldito móvil.

Mierda. El audio.

Busqué el teléfono a tientas entre las sábanas revueltas con una urgencia repentina. Lo desbloqueé con dedos torpes y abrí nuestra conversación de WhatsApp. Ahí estaba. O, mejor dicho, ahí estaba la lápida del fantasma de lo que hice de madrugada.

«Este mensaje fue eliminado.»

Solté un suspiro largo, tembloroso y cargado de autodesprecio. Era un completo imbécil. Le había enviado un audio largo, borracho, suplicante y patético, prometiéndole la luna, las estrellas y diez años de espera a las tres de la mañana. Y luego, apenas unos minutos después, en un ataque de lucidez súbita (o de pánico escénico), lo había borrado antes de que ella contestara.

¿Por qué lo borré? Porque Valeria se merecía muchísimo más que una puta declaración de amor borracha por WhatsApp de un tío desesperado. Se merecía que se lo dijera a la cara. Sobrio. De pie. En las calles de Madrid, bajo la lluvia y con el frío metiéndose en los huesos, demostrándole que era real; no aquí, en el paraíso, donde es demasiado fácil prometer el oro y el moro con un ron en la mano y el sonido de las olas de fondo.

Pero ahora... ahora ella, al despertarse, solo vería ese maldito mensaje eliminado en gris. Y pensaría en el acto que me había arrepentido de mis promesas. Pensaría, con toda la razón del mundo, que seguía siendo el mismo cobarde asustadizo de siempre, tirando la piedra y escondiendo la mano al primer contratiempo.

—Joder, Rivas —murmuré a la habitación vacía, tirando el móvil a la cama con frustración—. Eres un estratega de auténtica mierda.

Me levanté y terminé de hacer la maleta con movimientos bruscos y mecánicos. Ropa sucia, el traje de lino *beige* arrugado de la boda, zapatos de vestir. Todo dentro a presión. Cerré la cremallera de un tirón con violencia. Estaba enfadado. Conmigo mismo por ser un cobarde digital, con la puta situación geográfica, y con el miedo lógico y justificado de Valeria a que nosotros dos fuéramos solo un espejismo tropical a punto de evaporarse.

Pero, sobre todo, por encima del enfado, estaba más decidido que nunca a demostrarle que yo funcionaba igual de bien bajo cero.

Antes de cerrar la maleta de cabina del todo, cogí el móvil de la cama una vez más. Abrí la aplicación del correo electrónico. Refresqué la bandeja de entrada deslizando el dedo por la pantalla.

Ahí estaba. Brillando en negrita.

Inmobiliaria Gilmar: Confirmación de Arrendamiento - Piso C/ Barquillo.

Abrí el archivo adjunto al instante con el corazón acelerado. El contrato oficial escaneado en PDF. Mi nombre completo, mi DNI, mi firma digital y la dirección exacta de un piso de dos habitaciones en pleno centro de Madrid, a veinte minutos en metro del estudio de Valeria. Fecha de inicio de contrato: 1 de diciembre. Es decir, mañana.

Sonreí, esbozando una mueca torcida, cansada pero con un alivio inmenso. Ya era mío.

Tenía un piso físico en España. Tenía una base de operaciones sólida. Tenía calefacción central de gas natural, ventanas de doble acristalamiento y parqué de madera para el invierno que se nos venía encima. Solo necesitaba que Valeria me diera la oportunidad de cruzarnos en Madrid para poder enseñarle las llaves.

Bajé al inmenso *lobby* del hotel para hacer el *check-out* con el estómago cerrado por los nervios. Todo el grupo de la boda estaba ya allí congregado, formando una triste colección de gafas de sol oscuras, caras pálidas de resaca y maletas Samsonite amontonadas. El ambiente general era de agotamiento y de esa melancolía pesada y pegajosa de quien sabe a la perfección que las vacaciones se han acabado y toca volver a la oficina.

Y allí estaba ella.

Valeria estaba de pie, un poco apartada cerca de la puerta giratoria de cristal, hablando en voz baja con Sofía. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca básica, pero en el brazo ya llevaba su abrigo de paño de invierno color camel doblado con cuidado, lista para sobrevivir al aterrizaje en la península. Tenía el pelo cobrizo recogido en una coleta alta y tirante, y llevaba puestas unas gafas de sol negras enormes que le tapaban media cara.

Parecía inexpugnable e inaccesible. Parecía una fortaleza medieval con el puente levadizo subido de golpe.

Caminé hacia ellas a paso firme, arrastrando mi maleta negra. El sonido monótono de las ruedas de plástico sobre el mármol pulido hizo que Sofía levantara la vista de inmediato. Valeria no. Valeria se tensó de forma visible, enderezando la espalda, pero no se giró a mirarme.

—Buenos días —dijo mi voz, intentando que sonara lo más normal y neutral posible.

—Hola, Nico —dijo Sofía con voz cansada, acercándose a darme un abrazo rápido. Me miró a los ojos de cerca y vi una compasión inmensa en su mirada. Ella lo sabía. Ella y Lucas sabían de sobra

todo lo que había pasado la noche del viernes y lo que nos estábamos jugando hoy—. ¿Qué tal la noche?

—Corta —respondí a secas, clavando mis ojos en la nuca de Valeria. Su cuello pálido estaba tan rígido que parecía a punto de partirse. Podía ver la tensión acumulada en la línea de sus hombros.

—Valeria —dijo su nombre en un susurro suave, como una petición de paz.

Ella se giró muy despacio, casi con un movimiento robótico. No se quitó las gafas de sol gigantescas. No esbozó ni la sombra de una sonrisa de cortesía. Su cara era una máscara perfecta de porcelana fría e impenetrable.

—Hola, Nicolás.

Ese «Nicolás» pronunciado completo, aséptico y formal, fue como recibir un portazo de hierro macizo directo en la cara.

Quise acortar la distancia, agarrarla por los hombros de esa chaqueta de punto y sacudirla. Quise gritarle en medio del *lobby*: *«No me mires así, joder. Tengo un contrato de alquiler firmado en el puto móvil. Me quedo. Lo nuestro no se queda enterrado en la arena de esta isla»*.

Pero había demasiada gente alrededor. Estaban los padres de Lucas mirándonos de reojo, los primos cotillas, el personal del hotel pasando con carritos. No podía montar una escena dramática de despedida. No otra vez. No se lo merecía.

—Bueno, a ver, atención todos —dijo Lucas de pronto, apareciendo con cara de sueño profundo y rompiendo la insoportable tensión del grupo con una palmada—. El autobús *shuttle* para el aeropuerto sale en diez minutos exactos. Pero hay un pequeño problema logístico de última hora. Somos dos personas

más de las plazas que quedan libres. Se han liado en recepción con las reservas. Alguien tiene que ir en taxi detrás del bus.

Miré a Lucas. Luego miré a la mujer de pie frente a mí.

—Yo puedo ir en taxi sin problema —me ofrecí rápido, levantando la mano.

—Yo también voy en taxi —dijo Valeria exacto al mismo tiempo, con un tono tajante.

Nos miramos de hito en hito. Por primera vez en toda la mañana, sus ojos (o lo que yo intuía que eran sus ojos tras los cristales opacos) se encontraron de frente con los míos.

Sofía, bendita sea para siempre su alma de celestina encubierta, intervino al instante con rapidez felina.

—Ah, pues perfecto, asunto arreglado. Vosotros dos id juntos en el taxi. Así vais mucho más cómodos con el aire acondicionado y nosotros no vamos como sardinas en lata en el bus de línea. El hotel lo paga todo, no os preocupéis. A los coches, venga.

Vi el pánico absoluto cruzar las facciones de la cara de Valeria. Vi cómo abría la boca de par en par para protestar, para decir que prefería ir atada en la baca del autobús o corriendo detrás por la autopista antes que encerrada en un cubículo de dos metros cuadrados conmigo. Pero cerró la boca y se calló. Suspiró con pesadez, derrotada por la logística, y asintió a secas.

—Está bien. Voy a pedir que nos llamen al taxi.

El trayecto por carretera al aeropuerto internacional de Punta Cana dura unos cuarenta minutos si no hay tráfico. Fueron, sin lugar a dudas, los cuarenta minutos más largos, tensos y agónicos de toda mi vida adulta.

El taxi asignado era un Toyota viejo con la tapicería gastada, el aire acondicionado puesto a nivel de congelación y un ambientador de pino colgando del retrovisor que mareaba con solo respirar. Valeria se sentó con rigidez pegada a la ventanilla derecha, mirando hacia fuera. Yo me senté pegado a la puerta izquierda. Entre nosotros había apenas medio metro de asiento de escay gris, pero parecía una falla tectónica a punto de estallar.

El conductor, un hombre dominicano de mediana edad, alegre en exceso, que tarareaba la bachata de la radio, intentó darnos conversación amable al principio del trayecto.

—¿Listos los novios para volver al frío de Europa? —preguntó animado, mirándonos por el espejo retrovisor con una sonrisa de oreja a oreja—. Dicen en las noticias que en Madrid están a cinco grados esta semana. Hay que abrigarse bien, mi gente.

Valeria se abrazó a sí misma por inercia, frotándose los brazos desnudos como si ya pudiera sentir el cambio drástico de temperatura calándole los huesos.

—Sí —dijo ella, cortante y sin mirar al frente—. Estoy más que lista para el frío, gracias.

—Yo también lo estoy —dije en voz alta, girando la cabeza para mirarla fijo al perfil—. El calor de aquí a veces confunde demasiado la cabeza y hace ver cosas que no son.

Valeria se giró aún más hacia la ventana tintada, evitando mi mirada como si fuera radiactiva. El taxista, notando al fin la tensión que flotaba en los asientos traseros, captó el mensaje, tosió incómodo y subió el volumen de la radio, dejándonos abandonados a nuestro silencio miserable.

Miré a Valeria de reojo y con disimulo. Se había quitado las gafas de sol gigantes para poder mirar mejor el paisaje por la ventanilla. Tenía los ojos verdes hinchados y enrojecidos. Había estado llorando.

Ese pequeño y devastador detalle me atravesó el pecho de lado a lado como una lanza. Había llorado con amargura por mí. Por nosotros. Seguro por el puto audio borrado de madrugada. Por su miedo lógico y visceral a que todo esto que habíamos vivido fuera solo «calor prestado», una fiebre tropical delirante que se curaría de golpe en cuanto las ruedas del avión pisaran la pista de Barajas.

Me moría de ganas de hablar. Me moría de ganas de sacar el móvil del bolsillo del pantalón, abrir el correo y enseñarle el PDF oficial del contrato de la calle Barquillo a la cara. Me moría de ganas de decirle: *«No es el sol, Val. No es la playa, ni los cócteles, ni la boda. Eres tú. Eres mi puto centro de gravedad. Y voy a quererte con la misma intensidad a treinta grados a la sombra que a cinco grados bajo cero en Madrid»*.

Pero no podía hacerlo. No en un puto taxi apestoso a pino, con un conductor desconocido escuchándolo todo por el retrovisor, y con ella encerrada en ese estado de fragilidad y a la defensiva total. Si la presionaba ahora mismo con un piso, se rompería por la presión. O me atacaría diciendo que eran promesas impulsivas de fin de vacaciones para comprar su perdón.

Necesitaba el escenario perfecto. Necesitaba estar en Madrid. En su propio terreno de juego. En la realidad gris, ruidosa y cotidiana del invierno. Necesitaba que viera con sus propios ojos que mi decisión de quedarme con ella se sostenía en pie de forma

autónoma, sin palmeras de fondo ni cócteles de ron de por medio para maquillarla.

Mi mano derecha se movió sin querer sobre el asiento de escay, acortando la distancia y acercándose milímetro a milímetro a su mano izquierda, que descansaba inerte sobre su propio muslo. Valeria notó el leve hundimiento del asiento a su lado. Se tensó de inmediato. Pero, para mi sorpresa, no apartó la mano.

Me quedé quieto como una piedra, paralizado, con los nudillos a un solo centímetro de su piel desnuda. Podía sentir de forma física su calor irradiando hacia mí. Podía sentir la innegable electricidad estática que siempre, en cualquier circunstancia, existía entre nuestros cuerpos, sin importar la latitud del planeta en la que estuviéramos. Quise tocarla. Quise entrelazar mis dedos con los suyos con fuerza y decirle al oído que el invierno europeo no me daba ningún miedo si estaba a su lado.

Pero entonces, el taxi dio un frenazo brusco para esquivar un socavón en la carretera. Valeria se sobresaltó, se agarró por instinto al asidero de plástico de la puerta y, al soltarse, se volvió a poner las enormes gafas de sol negras, recomponiendo su muro de un plumazo.

El momento de debilidad había pasado.

Llegamos a la terminal de salidas del aeropuerto. El calor sofocante del asfalto rebotando nos golpeó la cara sin piedad al bajar del coche con aire acondicionado; una última bofetada física del trópico antes de echarnos de su paraíso. El ruido atronador de las turbinas de los aviones, el traqueteo de las maletas rodando por las aceras, la gente despidiéndose a gritos en todos los idiomas... la

puñetera realidad cotidiana nos cayó encima de repente como una tonelada de ladrillos de obra.

Bajé su pesada maleta negra del maletero del taxi y se la dejé al lado. Ella ya tenía su bolso de mano cruzado en el pecho. Nos quedamos parados frente a frente en la acera de salidas, en medio del caos de pasajeros. El autobús del resto de nuestro grupo de boda acababa de llegar y aparcar justo detrás de nosotros. Teníamos escasos segundos a solas antes de que nos rodearan de nuevo.

—Valeria —dije, buscando su mirada tras los cristales oscuros.

Ella levantó un poco la barbilla hacia mí. Sus labios sin pintar temblaban con levedad, delatando su lucha interna.

—No digas nada ahora, Nico —pidió, con la voz ahogada por completo y áspera—. Por favor te lo pido. No lo hagas más difícil de lo que ya es. No me prometas cosas bonitas aquí, en la acera de un aeropuerto caribeño, que sabes que no podrás cumplir en firme cuando lleguemos allí.

—Tengo que decírtelo. Necesito que lo sepas.

—No. —Negó con la cabeza con vehemencia, agarrando el asa de su maleta como si fuera un salvavidas—. Borraste el audio de anoche. Lo borraste, Nicolás. Eso me lo dice todo. Te despertaste de madrugada, se te pasó la fiebre tropical de la reconciliación y te arrepentiste de lo que me ibas a decir.

—Lo borré porque me di cuenta de que un puto audio no era suficiente garantía para ti —repliqué, dando un paso decidido hacia ella, ignorando a la gente que nos esquivaba para entrar en la terminal—. Lo borré porque entendí de una vez por todas que hay cosas vitales que no se dicen por WhatsApp a las tres de la mañana.

Hay cosas, Val, que se dicen a la cara de frente, sin el filtro de las vacaciones y del alcohol.

—Pues ya se han acabado de manera oficial las vacaciones. —Se ajustó la correa del bolso al hombro, protegiéndose el pecho con su abrigo de invierno doblado en el brazo, como una barrera de paño—. Adiós, Nicolás. Gracias por... gracias por la semana y por la boda. Ha sido un buen paréntesis emocional para los dos. Pero los paréntesis siempre se cierran al final de la frase.

Se dio la vuelta sobre sus zapatillas. Se alejó caminando a buen paso hacia las puertas automáticas de cristal de la terminal internacional, arrastrando su maleta, con la cabeza muy alta y la espalda recta y tensa; esa famosa postura de «jefa» inquebrantable que usaba en las obras para que nadie, nadie en absoluto, viera que se estaba desmoronando por dentro.

Me quedé allí, parado como un idiota en la acera de salidas, con los puños fuertemente apretados a los costados y el móvil ardiendo contra la tela en mi bolsillo. Podría haber tirado mi maleta al suelo, haber corrido tras ella por la terminal y haberle gritado delante de todos los pasajeros que ella no era un puto paréntesis, que era la puta frase principal de mi vida.

Pero Valeria no quería palabras bonitas, gritos o gestos grandilocuentes de despedida de película de sobremesa. Valeria quería, necesitaba y me había exigido hechos reales y tangibles de bienvenida. Y yo se los iba a dar. Con creces.

Solo tenía que tener la paciencia de esperar unas horas a llegar a Madrid. Tenía que dejarla ir ahora, libre, para poder recuperarla de forma definitiva después. En el frío. En la aplastante realidad.

Vi cómo su figura cruzaba las puertas de cristal dobles y desaparecía engullida en la multitud que hacía cola para facturar.

Saqué mi móvil del bolsillo con parsimonia. Abrí de nuevo la pantalla con el PDF del contrato de alquiler. Calle Barquillo, Barrio de Justicia, Madrid Central. Calefacción central incluida en el precio.

—Los paréntesis se cierran al final —repetí sus propias palabras en voz baja, mirando la pantalla, esbozando una sonrisa a partes iguales triste y jodidamente decidida—. Pero las grandes historias siempre continúan en el siguiente párrafo. Ya verás, Torres. Ya verás.

Agarré mi maleta y entré en la ruidosa terminal con paso firme. El huracán del Caribe había terminado por fin con algunas bajas. Ahora empezaba, de manera oficial, la reconquista de Madrid.

Capítulo 28

Valeria

Ocho horas. Ese es el tiempo exacto que tardas en cruzar el océano Atlántico en un tubo de metal presurizado y deshacer del todo una semana de felicidad absoluta.

El vuelo de vuelta fue una tortura psicológica diseñada a mi medida. Por un maldito error de facturación de la aerolínea —o quizás por una sádica intervención divina para ponerme a prueba—, no nos tocaron asientos juntos. Yo estaba encajada en la fila 14, en la ventanilla. Nicolás estaba sentado en la 18, en el pasillo. Cuatro míseras filas de diferencia. Lo bastante cerca para saber que él estaba ahí, respirando el mismo aire reciclado que yo, pero lo bastante lejos para que fuera imposible por pura logística hablar, tocarse o siquiera mirarse sin hacer el ridículo.

Me pasé las ocho horas de vuelo nocturno con el cuello rígido como una tabla, resistiendo con firmeza la tentación de girarme hacia atrás. Sabía que, si me giraba, me encontraría sin remedio con sus ojos oscuros buscándome en la penumbra de la cabina. Y sabía que, si me encontraba con sus ojos a diez mil metros de altura, rodeada de doscientos desconocidos dormidos, me echaría a llorar de pura impotencia.

Así que me puse los auriculares con cancelación de ruido, elegí una lista de reproducción deprimente y me dediqué a mirar por la

ventanilla hacia la oscuridad del océano, sintiendo en mi propio cuerpo cómo cada kilómetro que avanzábamos nos alejaba un poco más de la burbuja del Costa Zafiro y nos acercaba, de forma implacable, a la cruda realidad.

El aterrizaje en Barajas fue brusco y ruidoso. Madrid nos recibió el domingo por la mañana como solo Madrid sabe hacerlo en diciembre: con un cielo plomizo y gris cerrado, una lluvia fina que no empapa pero molesta, y un frío seco que te cala los huesos en cuanto pones un pie fuera de la pasarela de la terminal.

Recogimos las maletas en la cinta transportadora en un silencio denso e incómodo. Toda nuestra ropa ligera de verano, nuestras pieles recién bronceadas, todo parecía absurdo y fuera de lugar bajo los fluorescentes blancos e implacables del aeropuerto. Éramos un grupo de extraños disfrazados de veraneantes en medio de la crudeza del invierno europeo.

Salimos a la acera de la T4 a buscar transporte. El vaho salía de nuestras bocas al respirar.

—Bueno —dije, agarrando el asa de mi maleta rígida con tanta fuerza que me dolieron los nudillos para evitar que me temblaran las manos de frío y de miedo—. Ya estamos aquí.

—Ya estamos aquí —repitió Nicolás a mi lado.

Llevaba su vieja chaqueta de cuero negra sobre la camiseta de manga corta, tiritando un poco por el contraste térmico. Tenía cara de estar agotado, las ojeras marcadas bajo los ojos y esa barba de tres días que ya empezaba a ser de cuatro. Me miró de hito en hito bajo la marquesina de hormigón.

Hubo un momento de duda agónica flotando en el aire húmedo. Un momento suspendido en el que pareció que iba a decir algo

importante, a hacer algún gesto desesperado, a romper el guion establecido de nuestra separación. Pero entonces, el encargado de la parada hizo un gesto y llegó mi taxi amarillo y blanco.

—Cuídate mucho, Valeria —dijo él, con una suavidad tan resignada que me dolió mil veces más que un golpe físico.

—Tú también, Nico.

Me subí al taxi deprisa, dando un portazo para no arrepentirme. Mientras el conductor arrancaba y nos incorporábamos al tráfico, miré por la ventanilla trasera, limpiando el vaho del cristal con la manga. Vi a Nicolás acercarse al siguiente taxi de la fila. Le vi inclinarse hacia la ventanilla del copiloto para hablar con el conductor.

Y leí sus labios. O al menos, mi cerebro creyó leerlos.

No dijo la dirección de su estudio de siempre. No dijo «Malasaña», ni el barrio de las afueras donde se supone que vivía ahora cuando pasaba por Madrid.

Dijo, con claridad: «Calle Barquillo».

Fruncí el ceño, confundida del todo, mientras mi taxi se alejaba a toda velocidad bajo la lluvia por la M-40. ¿La calle Barquillo? Eso estaba en pleno centro, en el exclusivo barrio de Justicia, cerca de Chueca. Una zona cara, señorial y muy asentada. No le pegaba nada en absoluto. No era su estilo habitual de *loft* industrial, caos y maletas a medio hacer.

Quizás me había equivocado al leerle los labios desde lejos. Quizás iba a casa de algún amigo a dormir la mona del viaje. O quizás, sin más, yo ya no tenía ni la más remota idea de quién era el nuevo Nicolás Rivas ni de dónde vivía.

El lunes por la mañana fue un funeral en vida.

Mi oficina de *project manager* estaba igual que la había dejado hacía una semana: ordenada, blanca, simétrica y minimalista. Mis planos técnicos estaban alineados al milímetro en la mesa. Mi agenda estaba llena de reuniones con proveedores. Todo estaba bajo control. Todo estaba perfecto. Y todo me parecía gris y aburrido a más no poder.

Me senté en mi carísima silla ergonómica y encendí el ordenador. Intenté concentrarme en cuadrar los presupuestos desviados del proyecto de reforma del Ritz, pero las cifras bailaban una danza absurda ante mis ojos cansados. Cada vez que parpadeaba frente a la pantalla, veía el azul saturado del Caribe. Veía la profundidad de los ojos negros de Nico. Sentía la presión fantasma de su mano grande en mi cintura.

Metí la mano derecha en el bolsillo de mis vaqueros sin darme cuenta. Mis dedos rozaron el metal frío del mechero Zippo que había robado de debajo del sofá. Lo saqué despacio. Lo puse sobre el escritorio de cristal, justo al lado del ratón del ordenador. Lo abrí y lo cerré con el pulgar. Clic. Clac. Ese sonido metálico rítmico se convirtió en mi metrónomo particular durante toda la mañana.

Clic (te quiero). Clac (te has ido otra vez). Clic (eres un imbécil). Clac (te echo de menos hasta que me duele respirar).

A media mañana, mi asistente, Sandra, entró en el despacho cargando con una caja de cartón cuadrada, bastante voluminosa y envuelta en papel marrón.

—Ha llegado esto para ti por mensajería urgente, Val —anunció, dejándola sobre la mesa.

Mi corazón dio un salto mortal con tirabuzón.

—¿Quién lo manda? ¿Es del estudio de arquitectura estructural?

—No pone ningún remitente oficial, ni logo de empresa —dijo Sandra, encogiéndose de hombros—. Solo pone escrito a rotulador: «Para la jefa».

Sandra me dejó el paquete y salió del despacho, cerrando la puerta de cristal tras de sí con una sonrisita de pura complicidad.

Me quedé mirando la caja de cartón como si fuera a explotar en cualquier momento. Mis manos temblaban a simple vista mientras rasgaba la cinta adhesiva de embalar y abría las solapas superiores. Aparté el papel de burbujas de relleno a un lado y me quedé sin nada de aliento.

Dentro de la caja había un tubo cilíndrico de cartón duro, de los que se usan para transportar planos enrollados. Y algo más. Un casco de obra reglamentario. Pero no un casco blanco y rayado cualquiera de la constructora. Era un casco blanco, nuevo, brillante e impoluto. Y tenía mi nombre rotulado en la parte frontal con letras negras adhesivas y una tipografía moderna, pero no ponía «Valeria Torres».

Ponía, en mayúsculas: ARQUITECTA JEFA.

Saqué el tubo cilíndrico con manos torpes, quité la tapa de plástico y desenrollé el plano grande sobre la mesa, con el corazón latiéndome desbocado en la garganta.

No era el plano técnico en AutoCAD de un edificio de oficinas. Era un boceto a mano alzada, precioso, con un detalle increíble y sombreado, de una estructura que reconocí al instante con lágrimas en los ojos. Era el diseño exacto de las velas tensadas que habíamos improvisado bajo la lluvia en el acantilado para salvar la boda de Sofía.

Pero debajo del dibujo, en la esquina inferior derecha del papel vegetal, justo donde suele ir el cajetín con la firma del arquitecto responsable y la fecha del proyecto, había una nota escrita a mano con tinta negra:

«Proyecto de ejecución: Cimientos a prueba de terremotos. Fase 1 (Supervivencia al Caribe): Completada con éxito. Fase 2 (Asentamiento en Madrid): Pendiente de aprobación inmediata por la dirección facultativa. Nota adjunta: Se requiere reunión urgente a pie de obra con la jefa para discutir los acabados finales y firmar los permisos».

Sonreí de oreja a oreja, mordiéndome el labio inferior. Un escalofrío eléctrico se extendió por mi columna vertebral hasta mis dedos de los pies, avivando el frío del invierno de Madrid y transformándolo en un calor que sofocaba.

No se había rendido. El muy cabrón, arrogante y maravilloso arquitecto no se había rendido conmigo.

El resto del día en la oficina pasó volando. La adrenalina pura había sustituido por entero a la tristeza gris de la mañana. ¿Qué significaba exacto «reunión urgente a pie de obra»? ¿Cuándo? ¿Dónde era la obra? Miré la pantalla del móvil cien veces seguidas. Nada. Cero mensajes.

Nicolás estaba jugando conmigo con todo el descaro del mundo. Estaba usando en mi contra mis propias herramientas profesionales: el silencio táctico, la espera calculada y el control de los tiempos.

A las siete en punto de la tarde, apagué el ordenador de golpe. Salí de la oficina casi corriendo, me puse mi abrigo largo de paño color camel, me enrollé una bufanda gruesa de lana gris al cuello y salí a la calle. Ya era de noche. Hacía un frío que pelaba la piel. El

viento de la sierra cortaba la cara como cuchillos invisibles. Madrid en diciembre no hace prisioneros ni perdona a nadie.

Caminé a paso rápido hacia mi casa, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, apretando el metal frío del mechero Zippo con la mano derecha como si fuera un talismán.

Llegué a mi portal. Era un edificio antiguo en el codiciado barrio de Salamanca, señorial, de techos altos y fachada seria. Saqué el manojo de llaves del fondo del bolso.

Y entonces, giré la cabeza. Y lo vi.

Estaba sentado en un banco de hierro forjado, solo por completo, justo enfrente de las puertas de mi portal, bajo el halo de luz amarilla de una farola municipal que parpadeaba un poco. Llevaba un abrigo largo de paño negro con el cuello levantado para protegerse del viento, vaqueros oscuros y botas de cuero desgastadas.

Tenía las dos manos envueltas alrededor de un par de vasos de cartón humeantes para no congelarse. Tenía la punta de la nariz roja por el frío intenso y el pelo negro revuelto sin piedad por las ráfagas de viento.

Sentado allí, parecía el fotograma melancólico de un personaje atormentado en una película independiente en blanco y negro. Y me pareció, sin lugar a dudas, el hombre más insultante, guapo y real que había visto en toda mi vida.

Me detuve en seco en la acera, con las llaves tintineando en la mano.

Nicolás levantó la vista del suelo de baldosas. Me vio llegar. Se levantó despacio del banco helado, estirando las piernas con esa elegancia perezosa tan suya, y caminó hacia mí cruzando la acera

estrecha. No sonreía sin reservas. Me miraba a los ojos con una intensidad tan abrasadora que me hizo olvidar por entero que estábamos a tres grados bajo cero en la calle.

Se detuvo a un escaso metro de mí. Me tendió uno de los vasos de cartón blanco.

—Café con doble de leche de avena. Templado, no hirviendo —anunció.

Lo cogí con ambas manos. El calor reconfortante del cartón atravesó la fina piel de mis guantes al instante.

—¿Qué demonios haces aquí sentado pasando frío, Nicolás? —preguntó mi boca, y mi voz salió convertida en una pequeña nube de vaho blanco en el aire invernal.

—Te dije anoche en la playa que me gustaba más el frío que el calor —respondió él, encogiéndose de hombros, metiendo las manos libres en los bolsillos de su abrigo—. Y, sobre todo, te dije en el audio que te borré que iba a esperar.

—Estás congelado a más no poder.

—Merece la pena el riesgo de hipotermia si la jefa baja a inspeccionar la obra.

Bebí un sorbo largo del café. Estaba perfecto. Como siempre que lo pedía él.

—He recibido tu... plano arquitectónico esta mañana en el despacho —dije, intentando mantener la compostura profesional, aunque por dentro mi corazón estaba dando saltos mortales.

—¿Y bien? ¿Aprueba la dirección facultativa la Fase 1 del proyecto?

—La estructura principal resistió la prueba de carga del Caribe —admití, esbozando una media sonrisa—. No se cayó con el viento

huracanado.

—Me alegra oírlo. —Dio un paso al frente hacia mí, reduciendo la distancia de seguridad a centímetros—. Porque necesito contratarte con carácter de urgencia.

Arqueé una ceja, divertida por su juego de roles.

—¿Contratarme a mí? Tengo la agenda de diciembre muy llena de reuniones, Rivas. El proyecto de remodelación del Ritz me tiene absorbida por entero de lunes a viernes.

—Es un proyecto de carácter personal —dijo él, poniéndose muy serio y mirándome a los ojos—. Una reforma integral de un espacio vacío. El cliente que me ha contratado es un desastre absoluto para la decoración. Tiene un piso clásico increíble en la calle Barquillo, un ático recién alquilado, con miradores antiguos a la calle y techos de molduras de tres metros de altura... pero el pobre idiota no tiene ni la más remota idea de cómo convertir esas paredes frías en un hogar cálido. Necesita a alguien que le ponga orden. Alguien que sepa de estructuras sólidas que no se caen.

Calle Barquillo. La misma dirección que le leí en los labios al darle al taxista en Barajas.

Mi corazón se saltó un latido completo.

—¿Te has... te has alquilado un piso de verdad? —pregunté, incrédula, bajando la voz.

—Alquilado y firmado ayer mismo desde el móvil. De momento —puntualizó él—. Con opción a compra el año que viene si la cosa funciona y los cimientos aguantan. —Me miró fijo bajo la luz amarilla de la farola, y vi la vulnerabilidad asomando de nuevo en sus ojos oscuros, el miedo irracional y humano a que yo, a pesar de todo, le dijera que no—. Es grande, Val. Es antiguo. Tiene muchísima luz

natural por la mañana. Y tiene una habitación de sobra, vacía, que... bueno, que he calculado que tiene la orientación y la luz perfecta para poner una gran mesa de dibujo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas calientes que amenazaron con congelarse en mis pestañas.

No eran palabras vacías pronunciadas de madrugada al calor del alcohol en el Caribe. Eran hechos. Eran ladrillos. Había alquilado un piso a su nombre. En el centro de Madrid. Se quedaba a vivir aquí. Se quedaba conmigo.

—¿Y cómo pretende pagar ese desastroso cliente mis servicios? —preguntó, con la voz temblando por la emoción reprimida—. Porque te advierto que como arquitecta jefa, mis honorarios por hora son muy altos.

Nicolás sonrió. Por fin. Esa sonrisa amplia, blanca y canalla que me derretía las rodillas al instante.

—Paga con puntualidad en café con avena templado todas las mañanas. Paga en sobredosis de tortitas con sirope los domingos por la mañana en la cama. Paga en muchísima paciencia. Y... —Se acercó un paso más, acortando el último milímetro de espacio, hasta que la gruesa lana de nuestros abrigos de invierno chocó—. Y paga en lealtad absoluta y vitalicia, jefa. De la lealtad de verdad, de la que se queda a luchar bajo cero. De la que no huye nunca más.

Solté mi vaso de café medio lleno en el poyete de piedra de la ventana de mi portal, sin importarme mancharlo, y me lancé de cabeza a sus brazos.

Nicolás me recibió al vuelo con un gruñido sordo de pura satisfacción, envolviéndome por entero en su abrigo negro, cerrando los brazos alrededor de mi cintura y levantándome del suelo de

baldosas congeladas con un tirón fuerte. Me besó con desesperación en medio de la acera.

Fue un beso helado por fuera por culpa de la brisa, y ardiente como el puto infierno por dentro. Un beso profundo con sabor a café de avena y a invierno duro en Madrid. Un beso que sabía a una llegada para siempre, y nunca más a una despedida en un aeropuerto.

—Acepto el trabajo de reforma de la calle Barquillo —murmuró mi boca directo contra la suya, jadeando, con los pies colgando en el aire.

—Menos mal, joder —susurró él, hundiendo la cara contra mi pelo y respirando hondo—. Porque había firmado un año de permanencia y no tenía un puto plan B.

Me bajó despacio hasta que las suelas de mis zapatillas tocaron de nuevo el suelo, pero no me soltó el cuerpo ni aflojó el abrazo.

—Vamos arriba al piso —dije, tirando con fuerza de la solapa negra de su abrigo hacia el portal de madera—. Hace muchísimo frío aquí fuera. Y además, tengo un mechero tuyo plateado en el bolsillo que quiero devolverte a puerta cerrada... o quizás usarlo para encender la chimenea del salón.

Nicolás se echó a reír a carcajadas en la calle vacía, una risa libre de culpa y de miedos, pasando su brazo pesado y protector por encima de mis hombros.

—Quédate tú con el mechero de recuerdo, jefa. Yo ya tengo todo el puto fuego que necesito para el resto de mi vida.

Entramos abrazados en el portal, dejando a nuestra espalda el viento helado y los miedos antiguos de la calle.

Madrid seguía siendo una ciudad gris. El invierno seguía prometiendo ser largo, frío y oscuro. Pero por primera vez en cuatro interminables años, no me importaba lo más mínimo el clima que hiciera fuera de las paredes.

Porque por fin tenía los cimientos sólidos, tenía un hogar caliente al que volver y, lo más importante de todo, tenía de vuelta al arquitecto de mi vida.

Capítulo 29

Valeria

Madrid en diciembre es una ciudad de contrastes crudos. Fuera, en la calle Barquillo, el viento helado de la sierra cortaba las caras de los transeúntes y las luces de Navidad ya empezaban a parpadear con timidez en los balcones de hierro forjado. Pero dentro del ático, la temperatura era puramente tropical.

—¡Cuidado con la viga maestra, bruto! —grité, cubriéndome la cara y los ojos con el antebrazo.

—¡No es maestra, es un tabique de panderete, jefa! —respondió Nicolás, riéndose a carcajadas desde el otro lado de la sala.

Con un golpe seco y brutal de la maza, el muro de ladrillo cedió por fin. Una nube espesa de polvo rojo y yeso blanco explotó en el aire, envolviéndonos por entero. Tosí, abanicando el aire denso con la mano, y miré a través de la neblina suspendida.

Nicolás estaba de pie entre los escombros recién caídos, con una maza de cinco kilos apoyada en el hombro y una sonrisa de satisfacción absoluta cruzándole la cara. Llevaba unos vaqueros viejos llenos de manchas de pintura seca y una camiseta blanca de algodón que ya no era blanca, pegada al cuerpo por el sudor del esfuerzo. Tenía polvo de ladrillo en el pelo oscuro, en la barba y hasta en las pestañas.

Parecía un dios de la destrucción. Y estaba jodida e increíblemente sexi.

—Te lo dije —dijo, señalando con la barbilla el enorme hueco que acababa de abrir a golpes—. Ahora la luz natural del mirador del salón llegará directa hasta la isla de la cocina.

—Vale, de acuerdo, tenías razón —admití, acercándome a él pisando con cuidado por encima de los cascotes blancos—. Pero la próxima vez, avisa antes de dar el golpe de gracia. Casi me como un trozo de ladrillo de postre.

Llevábamos tres días exactos así.

Tres días desde que firmó el contrato de arrendamiento. Tres días durmiendo apretados en mi casa del barrio de Salamanca (donde su humilde cepillo de dientes ya había colonizado a sus anchas el vaso de mi lavabo) y viniendo aquí cada tarde después de nuestros respectivos trabajos para «preparar el lienzo».

El ático era una joya en bruto. Tenía suelos originales de pino melis, techos abuhardillados altísimos con vigas de madera vistas y una terraza perimetral que daba directo a los tejados rojizos de Madrid. Pero necesitaba amor. Muchísimo amor. Y Nicolás estaba decidido a dárselo todo con sus propias manos, derribando lo viejo para hacer espacio a lo nuevo.

Me pasó una botella de agua de plástico. Bebí con ansia, notando el líquido tibio bajando por mi garganta seca.

—¿Estás cansada? —preguntó, acercándose para limpiarme una mancha de polvo de la mejilla con la yema del pulgar. Su tacto dejó un rastro caliente en mi piel fría.

—Estoy molida —confesé con un suspiro—. Pero me gusta. Huele a... posibilidad.

Nicolás dejó la pesada maza en el suelo de madera y se apoyó contra la pared desnuda que acabábamos de descubrir bajo tres capas de papel pintado horrible de los años setenta.

—Sí. Huele a nosotros.

En ese preciso momento, su móvil empezó a vibrar y a sonar con ruido sobre una pila de cajas de herramientas en la esquina. Nicolás se acercó a mirarlo. Vi cómo su expresión cambiaba en un microsegundo. La sonrisa relajada se le borró de golpe y el ceño se le frunció con esa seriedad profesional, tensa y hermética que yo conocía demasiado bien.

—¿Sí? —contestó, llevándose el teléfono a la oreja y alejándose por instinto un poco hacia la ventana del fondo—. Sí, Mark, soy yo. ... Ya, entiendo. ... No, eso no es en absoluto lo que acordamos.

Me quedé quieta como una estatua en medio del salón, con la botella de agua a medio beber en la mano, sintiendo un frío súbito en el estómago que no tenía nada que ver con la falta de calefacción del ático.

Era Mark. Su socio del estudio de Londres. O un cliente internacional importante. Mi mente traicionera, todavía convaleciente y llena de cicatrices de sus cuatro años de abandono, empezó a disparar todas las alarmas de pánico de golpe.

«Ya está. Se acabó el juego de las casitas. Ahora le ofrecerán algo mejor, más grande, más caro. Ahora hará la maleta y se irá».

Nicolás escuchaba al otro lado de la línea, asintiendo con la mandíbula tensa, pasándose la mano libre por la nuca manchada de yeso.

—Ya. Escucha, Mark. No puedo ir. ... No, no me importa que sea una emergencia de la constructora. ... Sí, lo sé de sobra. Pero no voy

a coger un puto avión mañana.

Mi corazón, que se había detenido, volvió a latir con un golpe sordo contra mis costillas. *No voy a coger un avión mañana*.

—Mira —siguió Nicolás, con una voz tan firme y cortante que no dejaba margen a réplica—. Si queréis que supervise los cálculos de la obra, lo haré por videollamada desde aquí. Y si necesitáis presencia física a pie de zanja, mandad a Elena o a David. Yo estoy en Madrid. Y me voy a quedar en Madrid. Si eso es un problema insalvable para mi contrato con vosotros, rescindimos ahora mismo y os mando a mis abogados. ... Vale. Piénsalo bien y me dices algo el lunes.

Colgó.

Se quedó mirando la pantalla oscura del teléfono un segundo y luego lo tiró sobre una chaqueta doblada, como si el aparato le quemara en las manos. Se giró muy despacio hacia mí. Me vio de pie entre los escombros. Vio el pánico irracional en mis ojos verdes, ese miedo residual y pegajoso que todavía no había conseguido sacudirme del todo del sistema nervioso.

—Era Mark —dijo, acortando la distancia entre los dos con pasos pesados—. Hay problemas graves de asentamiento con los cimientos del *resort* en Bali. Quería que volara mañana a primera hora para echar un vistazo sobre el terreno.

—¿Y qué le has dicho? —pregunté en un hilo de voz, aunque ya lo había oído a la perfección. Necesitaba que me lo dijera él mirándome a la cara.

—Que no.

—Pero es un proyecto importantísimo, Nico. Son millones de euros. Si hay problemas estructurales de cimientos...

—Me importa una soberana mierda el proyecto de Bali —me cortó de raíz, llegando por fin a mi altura.

Me agarró de la cintura con las dos manos llenas de polvo blanco, manchando sin remedio mi camiseta negra de trabajo, pero a ninguno de los dos nos importó—. No me voy a ir a ninguna parte, Valeria. Te lo dije en la acera del aeropuerto en Punta Cana y te lo repito ahora mismo entre escombros en Madrid. No voy a irme. Mi proyecto vital más importante está aquí mismo, en este piso, levantando paredes contigo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas por la pura liberación de la tensión. No eran solo palabras bonitas de madrugada. Estaba arriesgando su reputación internacional, muchísimo dinero y su carrera en ese estudio... por quedarse. Estaba apostando todo al rojo. Por mí.

—Eres un idiota integral —susurré, sonriendo a través de la humedad de mis ojos.

—Soy única y en exclusiva tu idiota —corrigió él, acercando su cara a la mía.

Me miró a los ojos. Y la ternura palpable que había en sus ojos oscuros se transformó en un segundo en otra cosa. Algo muchísimo más oscuro. Más denso. Más hambriento. La adrenalina residual de la demolición del tabique, el sudor, el polvo flotando en el aire, el inmenso alivio tras la tensión de la llamada... todo se comprimió hasta convertirse en una chispa que prendió la gasolina derramada.

—Joder, Valeria —gruñó desde el fondo de la garganta, bajando la mirada hacia mi boca entreabierta—. Estás condenadamente preciosa llena de polvo.

No esperé a que él diera el primer paso. Me lancé directo a su boca.

Le besé con fuerza, con lengua, con desesperación, saboreando el gusto a polvo de ladrillo, a sudor salado y a menta. Nicolás respondió al instante con la misma fiereza, como si llevara horas aguantándose las ganas, esperando permiso para devorarme. Sus manos bajaron deprisa de mi cintura a mis caderas, apretándome contra él con fuerza posesiva. Me empujó hacia atrás, obligándome a retroceder a ciegas, hasta que mi espalda chocó con un golpe seco contra la pared del pasillo, la única de todo el ático que todavía estaba entera y limpia.

—Nico... —jadeé sin aliento cuando sus besos bajaron con agresividad por mi mandíbula hasta mi cuello, mordiendo y succionando la piel sensible de mi garganta.

—¿Qué pasa? —murmuró contra mi clavícula, metiendo una mano grande y áspera bajo el bajo de mi camiseta, buscando con urgencia el calor de mi piel desnuda.

—Estamos sucios... llenos de yeso... el ático está vacío... nos pueden oír los vecinos...

—Muchísimo mejor —sentenció él con voz ronca.

Dejó de besarme un segundo solo para mirarme desde arriba. Sus pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos parecían dos pozos de deseo negro y absoluto.

Sin previo aviso, me agarró de la parte posterior de los muslos y me levantó en vilo del suelo con una fuerza bruta que me hizo soltar un grito agudo de sorpresa. Rodeé su cintura estrecha con las piernas por puro instinto de supervivencia, aferrándome a sus hombros anchos. Él me estampó de nuevo contra la pared. El golpe

me sacó el aire de los pulmones, pero el contacto eléctrico de su cuerpo duro presionando exacto contra mi centro me hizo perder la cabeza por entero.

—Agárrate fuerte a mí —ordenó.

No tuvo que decírmelo dos veces. Me besó con una violencia animal que me hizo ver estrellas de colores detrás de los párpados cerrados. No era un beso dulce de romance de película. Era un beso crudo que gritaba: *«Estamos aquí, estamos vivos y no nos vamos a mover de este puto pasillo»*.

Sus manos manchadas de blanco lucharon con torpeza con el botón metálico de mis vaqueros. Yo luché a ciegas con la hebilla de su cinturón de cuero. El sonido metálico de las cremalleras bajando se mezcló con nuestras respiraciones agitadas resonando con eco en el piso vacío.

—Mía —gruñó como una fiera, entrando en mí de un solo y profundo empuje, clavándome contra el yeso de la pared.

Arqueé la espalda con violencia, gritando su nombre al techo de vigas, pero él me tapó la boca con la suya en el último segundo, devorando mis gemidos de placer para que no nos oyera todo el edificio.

Se movía dentro de mí con una fuerza bruta, rítmica e incansable. Cada embestida que me sacudía contra la pared era una afirmación territorial. *Estoy aquí. No me voy. Eres mía.* Yo le clavé las uñas sin piedad en la espalda, a través de la tela de la camiseta sudada, anclándole a mi cuerpo. Sentía el roce áspero y frío de la pared en mis omóplatos y el calor abrasador, casi febril, de la frente de Nicolás apoyada contra la mía.

Era primitivo. Era sucio. Era jodidamente perfecto.

El mundo entero se redujo por arte de magia a eso. Al olor acre a yeso y sexo en el aire. Al sonido húmedo de nuestra piel chocando. A la abrumadora sensación de estar construyendo por fin algo sólido e indestructible en medio del caos y los escombros de nuestras vidas pasadas.

Cuando llegamos al final juntos, temblando sin control como si la estructura del edificio estuviera colapsando bajo nosotros, Nicolás apoyó la frente en la pared de yeso, justo al lado de mi cabeza, jadeando en busca de oxígeno. Me mantuvo en brazos con firmeza, sin dejarme tocar el suelo en ningún momento, soportando todo mi peso como si yo no pesara nada en absoluto.

Me quedé allí suspendida, colgada de su cuello como un koala exhausto, con la cara escondida en su hombro sudado, respirando su olor a trabajo y a hombre.

—No te vayas nunca —susurré contra su piel salada, aunque, por primera vez en años, ya sabía de sobra cuál iba a ser la respuesta.

Él giró la cabeza con pesadez y me besó la sien húmeda, apretándome aún más fuerte contra su pecho.

—Ni con agua hirviendo me sacas de aquí, jefa.

Me bajó muy despacio, deslizándome por su cuerpo, dejando que mis pies descalzos tocaran por fin el suelo de pino lleno de polvo blanco, pero no me soltó el agarre de la cintura. Nos quedamos abrazados en medio del pasillo de nuestro futuro hogar, sucios de obra, despeinados, con la ropa a medio abrochar y asquerosamente felices.

Miré alrededor apoyada en su pecho. Había escombros tirados por todas partes. Había muchísimo trabajo físico por hacer. Había paredes maestras que tirar abajo, cables que esconder y tuberías

viejas que cambiar por completo. Pero por primera vez en mi vida, no vi el desorden y sentí pánico. Vi el hogar.

—Tenemos que ir a comprar una cama de urgencia —dije en voz baja, apoyando la mejilla en su esternón, escuchando sus latidos calmándose.

Nicolás se echó a reír con ganas, y el sonido profundo retumbó feliz en las paredes desnudas y vacías del ático.

—Sí. Una muy grande. Y muy resistente.

—Súper resistente —confirmé yo, levantando la vista para besarle la barbilla.

Salimos del ático de la calle Barquillo una hora después, cerrando la puerta con dos vueltas de llave. Nuestra propia llave. La calle en Madrid seguía helada, amenazando con nevar, pero mientras caminábamos de la mano hacia el metro, yo sentía que llevaba todo el fuego del mundo ardiendo dentro del pecho.

Capítulo 30

Valeria

La Navidad llegó a la calle Barquillo con un frío seco que cortaba la respiración y una promesa de nieve en el aire que tenía a todo Madrid mirando al cielo plomizo.

Nuestro ático todavía no era una casa de revista de decoración. De hecho, si lo mirabas con ojos un poco críticos, seguía pareciendo una zona de demolición. Habíamos conseguido pintar a rodillo el salón de blanco luminoso y acuchillar el suelo original de madera, pero todavía faltaban las cortinas, el sofá que habíamos encargado tardaba seis semanas en llegar, y la cocina se reducía, a grandes rasgos, a una nevera pequeña y un microondas sobre una mesa de *camping* plegable.

Pero era nuestro. Y esa noche estaba lleno de gente.

—¡Por los supervivientes del Caribe! —gritó Lucas, alzando una copa de champán barato que habíamos comprado en el supermercado de la esquina de abajo.

—¡Y por que arreglen la calefacción central antes de que muramos todos de hipotermia! —añadió Sofía, riendo a carcajadas, envuelta en tres gruesas capas de jerséis de lana.

Estábamos sentados en el suelo del salón, sobre una enorme alfombra persa que Nicolás había rescatado de su trastero, rodeados de cajas de pizza vacías y botellas de vino tinto. Habíamos

inaugurado el piso de forma oficial con nuestros mejores amigos, que acababan de aterrizar de su luna de miel en Japón y venían cargados de anécdotas.

El ambiente era cálido, ruidoso y feliz. Había velas encendidas por todas partes (porque todavía no habíamos tenido tiempo de instalar las lámparas de techo) que proyectaban sombras danzantes y doradas en las paredes desnudas.

Miré a Nicolás. Estaba sentado en el suelo a mi lado, con el brazo apoyado sin tensión en mi rodilla, riéndose con ganas de una historia absurda de Lucas. Llevaba un jersey de lana grueso de color gris marengo y tenía una mancha de pintura blanca rebelde en el nudillo del dedo índice.

Parecía relajado. Parecía estar en casa.

Giró la cabeza, sintiendo mi escrutinio silencioso, me miró a los ojos y me guiñó un ojo con complicidad. Mi corazón dio un vuelco al instante. Todavía me pasaba. Después de semanas viviendo juntos (o, mejor dicho, acampando juntos entre escombros y polvo), todavía me costaba creer a veces que de verdad se hubiera quedado. Que fuera real.

Cuando Sofía y Lucas se fueron, cerca de la medianoche, el silencio volvió al ático. Pero ya no era un silencio vacío y amenazante como el de las habitaciones de hotel. Era un silencio denso, hogareño y muy cómodo.

—Tengo algo para ti —dijo Nicolás de pronto, poniéndose de pie de un salto y tendiéndome la mano grande.

—¿Ahora? —pregunté, aceptando su ayuda para levantarme del suelo—. Pensé que habíamos acordado que los regalos eran para mañana por la mañana.

—No puedo esperar a mañana, soy un impaciente. Ven.

Me llevó de la mano por el pasillo a oscuras hacia la habitación del fondo. La habitación del mirador grande. La que habíamos dejado vacía adrede «por ahora». La puerta estaba cerrada. Nicolás la abrió y encendió la luz de la pared (una bombilla solitaria colgando de un cable en el techo, pero suficiente para iluminar la escena).

Me quedé sin aliento en el umbral.

En el centro exacto de la habitación vacía, bañada por la luz amarillenta de las farolas de la calle que entraba por el mirador, había una mesa. Pero no una mesa cualquiera de tienda de muebles. Era una mesa de arquitecto antigua, imponente, de base de hierro forjado negro y madera maciza, con el tablero inclinable y un taburete industrial a juego.

Era una pieza de coleccionista. Una preciosidad restaurada con mimo que olía con fuerza a cera natural, a barniz y a historia. Sobre el tablero de madera perfecta, había dejado un rollo de papel vegetal virgen y un juego de estilógrafos profesionales sin estrenar.

—La encontré de casualidad en el Rastro el domingo pasado —dijo él, apoyándose con actitud casual en el marco de la puerta, observando mi reacción con los ojos brillantes—. He estado lijándola y encerándola por las noches en la terraza mientras tú dormías.

Me acerqué a la mesa como en un trance y pasé la palma de la mano por la madera suave y pulida. Era perfecta.

—Nico... es increíble. Es preciosa.

—Es para ti, Val. —Se acercó por detrás y me abrazó por la espalda, envolviéndome, apoyando su barbilla en mi hombro—. Para

que diseñes tu propio imperio. Para que tengas un sitio firme donde crear cosas que no se caigan nunca.

Me giré en sus brazos, me puse de puntillas y le besé. Fue un beso lento, profundo, con sabor a champán barato, a noche de invierno y a una gratitud infinita.

—Yo también tengo algo para ti adelantado —susurré contra sus labios cálidos.

Fui corriendo al salón y saqué un paquete pequeño, plano y bastante pesado del fondo de mi bolso. Estaba envuelto en papel de estraza marrón muy sencillo. Volví y se lo tendí.

Nicolás lo cogió con ambas manos, sopesándolo, extrañado por la densidad.

—Pesa bastante. ¿Es un ladrillo de oro macizo para financiar la reforma?

—Ábrelo, idiota.

Rasgó el papel de estraza con cuidado. Dentro había una placa de latón rectangular, gruesa, brillante y pulida a la perfección. De las clásicas y pesadas que se atornillan en las puertas de los despachos importantes de Madrid. Las letras estaban grabadas en negro, profundas y elegantes:

ESTUDIO RIVAS & TORRES Arquitectura y Diseño

Nicolás se quedó paralizado mirando la placa metálica. Pasó la yema del dedo índice muy despacio por nuestros apellidos, unidos para siempre por el símbolo &. Tragó saliva con fuerza. Su nuez subió y bajó en su garganta. Cuando levantó la vista, sus ojos oscuros brillaban, a punto de desbordarse.

—¿Va en serio, Valeria? —preguntó, con la voz ronca, casi en un susurro.

—Muy en serio —respondí, entrelazando mis dedos con los suyos por encima del metal frío de la placa—. Ya tenemos el piso alquilado. Ya tenemos la mesa de dibujo en el mirador. Solo nos falta atornillar el cartel en la puerta de la calle para inaugurar nuestro propio estudio. Vamos a construir cosas importantes, Nico. Los dos juntos.

Él soltó de golpe el aire que contenía en los pulmones y me abrazó tan fuerte que me levantó del suelo con un solo movimiento. Dejé caer la cabeza en el hueco de su cuello, respirando su olor a madera, a limpio y a felicidad absoluta.

—Rivas y Torres —murmuró él contra mi pelo, saboreando las palabras—. Suena bien. Suena muy sólido.

—Suena a nosotros.

En ese momento, un destello blanco llamó mi atención a través del gran ventanal del salón.

—¡Nico, mira fuera!

Nos separamos de golpe y corrimos de la mano hacia la terraza. Abrimos las puertas de cristal de par en par y el aire gélido de la madrugada nos golpeó la cara al instante.

Estaba nevando.

Cosa rara e insólita en el centro de Madrid, los copos caían lentos, densos y grandes, arremolinándose bajo las farolas y cubriendo a toda prisa los tejados de pizarra del barrio de Justicia con un manto blanco y puro, silenciando por entero el ruido habitual de la ciudad.

Nicolás desapareció un segundo hacia el interior del salón y volvió al balcón con una manta de lana gruesa del sofá. Me envolvió con ella por encima de los hombros y se metió dentro también, abrazándome con fuerza por la espalda para compartir el calor corporal.

Nos quedamos allí de pie, inmóviles en nuestra terraza de la calle Barquillo, viendo nevar sobre nuestra ciudad en silencio.

Hacía frío. Muchísimo frío. Pero yo no lo sentía en absoluto.

Sentía la firmeza de su pecho contra mi espalda. Sentía la fuerza de sus brazos rodeándome la cintura. Sentía la certeza absoluta, inquebrantable e indestructible de que no había ningún otro lugar en todo el universo donde quisiera estar.

Nicolás apoyó la mejilla fría en mi pelo cobrizo.

—Feliz Navidad, Val —susurró muy cerca de mi oído, fundiendo su aliento con el mío en la noche helada.

Me giré lo justo dentro de su abrazo para mirarle a los ojos; esos ojos oscuros e insondables que una vez habían sido mi mayor perdición, y que ahora se habían convertido en mi refugio más seguro. Sonreí.

—Feliz vida, Nico.

Él sonrió de vuelta, con esa luz canalla y tierna que me volvía loca, y me besó bajo la nieve de Madrid. Y supe, con una certeza absoluta, mientras los primeros copos blancos se derretían en nuestras pestañas enredadas, que los cimientos habían aguantado el peor de los terremotos. Que la estructura era firme y a prueba de derrumbes.

Y que, por fin, estábamos en casa.

Epílogo

Valeria

Tres años después.

Los domingos por la mañana en la calle Barquillo tenían un sonido muy particular. Era el eco metálico de las campanas de las iglesias cercanas mezclado con el silencio perezoso de una ciudad que decide, por consenso, levantarse tarde y despacio.

Me removí entre las sábanas blancas, buscando una postura un poco cómoda. Tarea imposible del todo desde hacía un par de meses. Mi cuerpo, que durante toda mi vida había sido solo mío y respondía a mis órdenes, ahora parecía propiedad pública de un pequeño inquilino que había decidido usar mis costillas bajas como batería de percusión acústica.

Abrí un ojo. La luz del invierno en Madrid entraba dorada y limpia por los inmensos ventanales del ático, iluminando las motas de polvo que bailaban suspendidas en el aire.

La habitación ya no tenía paredes desnudas de yeso ni bombillas solitarias colgando de un cable triste. Ahora tenía cortinas de lino color piedra, una alfombra mullida bajo la cama y estanterías de madera maciza llenas de libros de arquitectura, catálogos de materiales y fotos enmarcadas. Fotos de nuestra boda (una ceremonia civil, íntima y caótica en el propio mirador de nuestro salón). Fotos de la inauguración de nuestro primer hotel *boutique* en

Lisboa. Fotos de nosotros dos, riéndonos, trabajando hasta tarde, viajando. Viviendo.

Al otro lado de la cama *king size*, el lado de Nicolás estaba vacío, pero las sábanas aún conservaban la forma de su cuerpo y su calor.

Me incorporé con un gruñido sonoro de esfuerzo, apartando el edredón nórdico pesado. Me puse de pie y me estiré despacio, arqueando la espalda para aliviar la presión constante en las lumbares. Llevaba puesta una de las camisas grises desgastadas de Nicolás, que ahora mismo era de verdad la única prenda del armario que me abrochaba con holgura sobre la barriga de ocho meses.

Salí al salón caminando descalza por el suelo de pino. El olor a café recién hecho y a pan tostado inundaba la casa, mezclándose con el olor a cera de los muebles.

Nicolás estaba fuera, en la terraza, regando las plantas que habíamos conseguido (por puro milagro y contra todo pronóstico) mantener vivas durante tres años. Llevaba puestos solo unos pantalones de pijama de cuadros sueltos, descalzo, desafiando el frío de diciembre. El sol claro de la mañana le daba de lleno en la espalda desnuda, iluminando la tinta negra de sus tatuajes y la vieja cicatriz de sus costillas.

Se giró al oír el crujido de la madera bajo mis pies. Su cara se iluminó al instante con esa sonrisa canalla y blanca que, tres años después, seguía provocándome un vuelco estúpido en el corazón cada maldita mañana. Dejó la regadera de metal en el suelo y entró rápido, cerrando la puerta de cristal tras de sí para que no entrara el fresco en el salón.

—Buenos días, mi amor —dijo, acercándose a mí con paso ágil.

—Buenos días —bostecé sin disimulo, dejándome abrazar por él.

—¿Cómo habéis dormido hoy? —preguntó en voz baja. Puso una mano firme en mi espalda baja para darme soporte y la otra, grande y cálida, directo sobre la curva de mi vientre abultado.

—Tu hijo ha estado practicando artes marciales mixtas a las cuatro de la madrugada. Creo sin duda alguna que va a ser futbolista o boxeador, no arquitecto.

Nicolás se echó a reír, un sonido grave y ronco que vibró con un cosquilleo cálido contra mi pecho.

—O baterista de una banda de *rock*. Le gusta llevar el ritmo.

Me guio con cuidado hacia el sofá, ese sofá enorme, gris y a prueba de derrumbes que compramos nuestra primera Navidad juntos, y me ayudó a sentarme. Fue a la cocina abierta, me trajo un vaso de zumo de naranja recién exprimido y regresó a mi lado. Pero no se sentó en el cojín; se sentó en la alfombra, en el suelo, acomodándose entre mis piernas abiertas.

—¿Te duele mucho la espalda hoy, jefa? —preguntó, empezando a masajearme los gemelos y los tobillos hinchados con sus pulgares expertos.

—Un poco. Me siento como una ballena varada en medio del salón, Nico.

—Eres, con diferencia, la ballena más sexi y alucinante de todo Madrid —dijo él, mirándome muy serio, subiendo las manos para masajearme las rodillas con mimo—. Y eres la estructura más impresionante que he visto en mi vida. Estás creando vida, Val. Lo que estás haciendo deja en el más absoluto ridículo a cualquier rascacielos de cien pisos que yo pueda diseñar.

Le miré desde arriba en silencio. Tenía algunas canas nuevas e incipientes asomando en las sienes, y las líneas de expresión

alrededor de sus ojos oscuros estaban un poco más marcadas al sonreír. Parecía cansado (nuestro estudio, Rivas & Torres, iba viento en popa y daba muchísimo trabajo), pero, por encima de todo, parecía muy feliz.

Se le veía sólido. Asentado. Ya no quedaba ni el más mínimo rastro de aquel chico asustado e insuficiente que huyó de madrugada a Panamá para salvar a su hermana. El hombre maduro que tenía delante, dándome un masaje en los pies, era mis cimientos.

—¿Alguna vez te arrepientes? —pregunté de pronto, en un susurro, acariciándole el pelo negro y desordenado.

Él levantó la vista de mis rodillas, deteniendo el masaje de golpe.

—¿De qué?

—De quedarte. De cambiar los aviones intercontinentales por presupuestos, pañales y una hipoteca. De cambiar la libertad absoluta por... por esto.

Nicolás me cogió la mano derecha, acarició la pulsera de plata lisa que seguía en mi muñeca, y besó mis nudillos, uno a uno, con una devoción que me puso la piel de gallina.

—Valeria, mírame. —Sus ojos negros se clavaron en los míos con una intensidad inmensa, despejando cualquier atisbo de duda—. Antes, cuando era un idiota, pensaba que la libertad era no tener nada que perder. Ahora sé que la libertad de verdad es poder elegir el sitio donde quieres quedarte a echar raíces. Y yo elijo esto. Elijo este piso, te elijo a ti como mi compañera y elijo a este pequeño terremoto que viene en camino. Todos y cada uno de los putos días de mi vida.

Se me llenaron los ojos de lágrimas sin poder evitarlo. Las hormonas, me dije a mí misma intentando excusarme. Pero los dos sabíamos de sobra que no eran solo las hormonas. Era la pura gratitud. Era el alivio de saber que estaba a salvo.

Nicolás sonrió con ternura, viendo mi emoción desbordada. Se inclinó hacia delante y levantó con cuidado la tela gris de la camisa que me cubría, dejando mi barriga desnuda y tensa al aire del salón. La piel estaba blanca, surcada por una línea oscura vertical. Para mí, a veces, frente al espejo, era difícil reconocerme. Para él, estaba claro que era un altar.

Se acercó despacio y apoyó la mejilla con cuidado contra mi piel. Cerró los ojos, escuchando, sintiendo en silencio. El bebé, al notar el calor repentino de su padre a través de mi piel, o quizás al reconocer su voz grave, dio una patada suave y nítida justo donde Nicolás tenía apoyada la cara.

Él abrió los ojos de golpe, maravillado de verdad, con una sonrisa deslumbrante que le llegó hasta los ojos.

—Hola, pequeño —susurró directo contra mi ombligo, acariciando la piel—. Soy papá. Pórtate un poco bien con mamá hoy, ¿vale? Déjala descansar este domingo. Estamos deseando conocerte ya.

Luego, besó mi barriga. Fue un beso largo, sonoro, cálido y tierno. Un beso que sellaba para siempre una promesa de futuro inquebrantable. Un beso que decía a gritos «estoy aquí, soy tu hogar y no me voy a ir a ninguna parte».

Me incliné sobre él y le besé en la coronilla, sintiendo una paz absoluta y abrumadora instalándose en mi pecho.

Habíamos pasado por huracanes tropicales, por huidas cobardes, por miedos asfixiantes, por secretos familiares y por años de

silencios dolorosos. Nos habíamos roto en mil pedazos por separado y nos habíamos vuelto a armar juntos, pieza a pieza, con mucha paciencia. Pero al final, habíamos logrado construir algo que ningún plano arquitectónico podía prever ni calcular.

—Te amo, Rivas —le dije, acariciándole la barba.

Nicolás levantó la cabeza y me sonrió. Fue esa misma sonrisa canalla, de medio lado, que me había enamorado hasta los huesos el primer día en la facultad de arquitectura, y que estaba del todo segura de que me volvería a enamorar cada día del resto de mi vida.

—Y yo a ti, jefa. Y yo a ti.

Miré por encima de su hombro, a través del gran ventanal del mirador, hacia el cielo muy azul y despejado de Madrid.

La estructura estaba por fin terminada. Y era, a fin de cuentas, indestructible.

Agradecimientos

Escribir un libro sobre cimientos rotos y reconstrucción es irónico, porque mientras lo haces, a veces sientes que es tu propia cabeza la que está en obras. Por eso, esta historia no sería hoy de papel y tinta sin las personas que me han sostenido para que no me derrumbara.

A Mario. Ya te lo adelanté en la dedicatoria, pero te lo repito aquí al final del viaje: gracias por ser mi hormigón armado. Gracias por traerme café cuando me quedaba atascada en un capítulo, por aguantar mis dramas de escritora y por no quejarte cuando Valeria y Nicolás ocupaban más espacio en nuestra casa que nosotros mismos. Eres mi lugar seguro.

A ti, que estás leyendo esto. Gracias por hacer las maletas para viajar a Punta Cana conmigo, por darle una oportunidad a esta historia y por quedarte hasta la última página. Que un trocito de mi imaginación esté ahora mismo en tus manos es el mejor regalo que me puede dar la literatura. Sin ti al otro lado, este rascacielos nunca se habría terminado de construir.

Y, por último, a Valeria y Nicolás. Gracias por ser tan cabezotas y no dejarme dormir hasta que encontrasteis la forma de volver a encajar las piezas. Prometo dejaros descansar tranquilos... al menos por ahora.

Acerca del autor

Cristina Pino

Cristina Pino es una apasionada de las historias intensas, los amores a fuego lento y las segundas oportunidades que te dejan sin respiración. Lectora empedernida desde que tiene memoria, dio sus primeros pasos compartiendo sus escritos en Wattpad, donde descubrió que su verdadera vocación era hacer suspirar a los demás. Cuando no está escribiendo romance New Adult o buscando la banda sonora perfecta para sus personajes, probablemente la encuentres con un café en la mano, planeando su próximo viaje o perdiéndose entre las estanterías de su librería favorita. Todo lo que construimos al caer es su salto a la publicación tradicional.